

LEE CHILD

SERIE JACK REACHER



Personal

VIII Premio RBA de Novela Negra 2014

Lectulandia

Algo grande se cuece cuando la CIA, el Departamento de Estado y las Fuerzas Especiales echan el resto por dar con el escurridizo Jack Reacher y convencerle de que neutralice a un misterioso francotirador de élite, responsable de un audaz intento de asesinar al presidente de Francia.

En la pequeña lista de sospechosos figura uno a quien Reacher mandó a prisión tiempo atrás y de quien se sabe que le ha jurado eterna venganza. Así que nadie mejor que el legendario exinvestigador militar para darle caza. Y con urgencia, porque los líderes del mundo esperan reunirse en el G-8 y ninguno quiere que le vuelen la cabeza ante las cámaras.

En un desafío irrenunciable, Reacher conducirá su persecución por Estados Unidos y Europa intentando descubrir quiénes y por qué contrataron al asesino antes de cumplir con la orden de matarle.

Lectulandia

Lee Child

Personal

Jack Reacher - 19

ePub r1.1

Ariblack 05.12.14

Título original: *Personal*
Lee Child, 2014
Traducción: V. M. García de Isusi

Editor digital: Ariblack
Corrección de erratas: r1.1 jcmi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Andrew Grant y Tasha Alexander, mis cuñados,
que son estupendos escritores y mejores personas

1

Hace ocho días mi vida estaba llena de altibajos. A veces me iba bien. Otras no tanto. Sin incidentes la mayor parte del tiempo. Largos y pesados periodos de poca cosa aderezados con estallidos esporádicos de alguna que otra. Como en el Ejército. Que es por lo que dieron conmigo. Tú puedes abandonar el Ejército, pero él a ti no te abandona. Ni para siempre. Ni del todo.

Empezaron a buscarme dos días después del atentado contra el presidente de Francia. Lo había leído en el periódico. Un intento a larga distancia con un fusil. En París. No tuve nada que ver. Me encontraba a más de nueve mil quinientos kilómetros, en California, con una chica que había conocido en el autobús. Quería ser actriz. Yo no. Así que, después de cuarenta y ocho horas en Los Ángeles, ella se fue por su lado y yo por el mío. Volví a coger el autobús, primero para pasar un par de días en San Francisco; luego, tres más en Portland, Oregón, y después puse rumbo a Seattle. Lo que me llevó cerca de Fort Lewis, donde se apearon del autobús dos mujeres de uniforme. Se dejaron el *Army Times* de la semana en el asiento que quedaba al otro lado del pasillo.

El *Army Times* es una revista curiosa y anticuada. Empezó a imprimirse antes de la Segunda Guerra Mundial y todavía tiene tirón. Es un semanario lleno de noticias de ayer y de siempre, y artículos diversos e instructivos, como el del titular que me miraba a los ojos en aquel momento: «¡Nueva normativa! ¡Cambios en distintivos e insignias! ¡Y cuatro de los cambios que están por venir en los uniformes!». Las malas lenguas dicen que las noticias son viejas porque están copiadas con poca gracia de los antiguos resúmenes de la Asociación de Prensa pero, si lees entre líneas, a veces captas un tono de lo más sarcástico. En ocasiones, los editoriales son valientes. En ocasiones, las esquelas son interesantes.

Esa es la única razón por la que lo cogí. A veces, la gente muere y te alegras. O no. En cualquier caso, quieres estar al tanto. Pero no lo conseguí porque de camino a las esquelas me topé con la sección de anuncios por palabras. Que, como es habitual, los habían puesto en su mayoría veteranos que buscaban a otros veteranos. Decenas de anuncios, todos iguales. Incluido uno en el que salía mi nombre.

Allí mismo, en el centro de la página, un recuadro con seis palabras en negrita: «Jack Reacher, llama a Rick Shoemaker».

Lo que tenía que ser cosa de Tom O'Day. Razón por la cual, más adelante, me sentí un poco tonto. No es que O'Day no fuera listo. Tenía que serlo. Había sobrevivido mucho tiempo. Muchísimo. Llevaba en el negocio toda la vida. Veinte años atrás ya parecía que tuviera cien. Era un hombre alto, delgado, demacrado, cadavérico, que se movía como si fuera a derrumbarse en cualquier momento, como una escalera de mano rota. Al verlo, nadie imaginaba que fuera un general. Se parecía más a un profesor. O a un antropólogo. Desde luego, su manera de pensar le había dado resultado: «Reacher, permanece por debajo del radar, lo que significa autobuses

y trenes, salas de espera y cafeterías, que, aunque sea por mera coincidencia, es el hábitat económico natural de los soldados, que compran el *Army Times* antes que cualquier otra publicación del economato militar y que, sin lugar a dudas, hacen que el semanario llegue a todas partes, como hacen los pájaros con las semillas».

Por esa regla de tres, O'Day sabía que acabaría haciéndome con un ejemplar. En alguna parte. Antes o después. Con el tiempo. Porque quieres estar al tanto. Tú puedes abandonar el ejército, pero él a ti no te abandona. No del todo. Como método de comunicación, para establecer contacto, por lo que sabía y por lo que suponía, seguro que había pensado que diez o doce semanas consecutivas de anuncios por palabras le proporcionarían una posibilidad de éxito pequeña pero real.

La cuestión es que había funcionado a la primera. Al día siguiente de que se imprimiera la revista. Razón por la cual, más adelante, me sentí un poco tonto. Por ser un tío predecible.

Rick Shoemaker era el chico de los recados de Tom O'Day. Lo más probable era que a aquellas alturas fuera su lugarteniente. Habría sido sencillo ignorar el anuncio. Pero le debía un favor a Shoemaker. Algo de lo que O'Day estaba al tanto, es evidente. Por eso había puesto el nombre de Shoemaker en el anuncio. Y por eso iba a tener que responder a él.

Un tío predecible.

El clima era seco cuando bajé del autobús. Y hacía calor. Seattle me parece la cara y la cruz de una misma moneda. La cara porque se consume café en cantidades tan prodigiosas que la convierte en el tipo de ciudad que me encanta. Y la cruz porque hay puntos de conexión *wifi* y dispositivos portátiles por todos los lados, lo que la convierte en el tipo de ciudad que odio y en cuyas calles es muy difícil encontrar las anticuadas cabinas telefónicas. Ahora bien, había una junto a la lonja de pescado, a la que me acerqué y desde la que marqué un número gratuito del Pentágono mientras notaba la brisa salada y el olor a mar. Un número que no encontrarías en el listín. Un número que había aprendido de memoria mucho tiempo atrás. Una línea especial, para emergencias. No siempre llevas una moneda en el bolsillo.

Un operador respondió al teléfono y pregunté por Shoemaker. Transfirió mi llamada vete tú a saber si a otra parte del edificio, del país o del mundo, y después de un montón de clics y siseos y de unos minutos que se me hicieron eternos, Shoemaker se puso al aparato.

—¿Sí?

—Soy Jack Reacher.

—¿Dónde está?

—¿No tiene un montón de máquinas automáticas que se lo digan?

—Sí. Está en Seattle, en la cabina telefónica que hay junto a la lonja de pescado, pero preferimos que la gente nos dé la información de forma voluntaria. Los estudios

dicen que facilita que la conversación tome un buen derrotero. Así la gente ya está cooperando. Se involucra.

—¿En qué?

—En la conversación.

—¿Así que esto es una conversación?

—En realidad no. ¿Qué tiene delante?

Miré.

—Una calle.

—¿Y a la izquierda?

—La lonja de pescado.

—¿Y a la derecha?

—Una cafetería, cruzando la calle.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije.

—Entre en ella y espere.

—¿A qué?

—A que pase una media hora. —Y colgó.

Nadie sabe por qué en Seattle está tan bueno el café y les gusta tanto. Se trata de un puerto, así que, en su momento, quizá les pareciera sensato tostar el grano cerca de donde llegaba a tierra y, después, venderlo cerca de donde se tostaba, lo que debió de dar paso a un mercado que atrajo a otros sectores, de igual manera que todos los fabricantes de coches acabaron en Detroit. O quizás el agua sea buena. O la altitud, o la temperatura, o el índice de humedad. Sea por lo que sea, hay una cafetería en cada esquina, y cada año, para el verdadero entusiasta, se publica un directorio de cafeterías, gordo como un listín de teléfonos. La cafetería que había cruzando la calle era representativa de las de la zona. Pintada de granate, ladrillo visto, madera en la que se apreciaba el paso del tiempo y una pizarra con un menú lleno de platos que no pegaban ni con cola con el café, como productos frescos de varios tipos, tanto fríos como calientes, extraños sabores con la nuez como protagonista y muchos otros contaminantes del sabor. Pedí una mezcla de la casa, solo, sin azúcar, en una taza para llevar de tamaño mediano, no el enorme cubo que le gusta a algunas personas, y un pedazo de bizcocho de limón con el que acompañarlo, y me senté solo en una de las duras sillas de madera de una mesa para dos.

El bizcocho me duró cinco minutos y el café, cinco más. Dieciocho minutos después apareció el mandado de Shoemaker. Seguro que era de la Marina, porque llegar en veintiocho minutos era llegar muy rápido y, en Seattle, la Marina está ahí mismo. Además, su coche era de color azul oscuro, un cinco puertas de fabricación nacional, poco atractivo pero brillante como una patena. El tipo estaba más cerca de los cuarenta que de los veinte y tenía pinta de duro. Iba de civil. Americana azul

sobre polo azul y unos pantalones chinos de color caqui. La chaqueta estaba raída y el polo y los pantalones se habían lavado una y mil veces. Suboficial de Marina, probablemente. Fuerzas Especiales, casi seguro. Sin duda, un SEAL que formaba parte de alguna turbia operación conjunta supervisada por Tom O'Day.

Entró en la cafetería y la escaneó con aire inexpresivo, como si tuviera una décima de segundo para diferenciar a amigos de enemigos antes de empezar a disparar. Evidentemente, la descripción que le habían dado tenía que ser general y verbal, extraída a toda prisa de algún viejo archivo de personal, pero no tardó en reconocermé. Casi todos los demás clientes eran asiáticos, y la mayoría, mujeres menudas. Vino directo a mí y me preguntó:

—¿El comandante Reacher?

—Ya no —le contesté.

—Entonces, ¿el señor Reacher? —me preguntó esta vez.

—Sí —le respondí.

—Señor, el general Shoemaker solicita que me acompañe.

—¿Adónde?

—Aquí al lado.

—¿Cuántas estrellas...?

—No le entiendo, señor.

—¿Cuántas estrellas tiene el general Shoemaker?

—Una, señor. El general Richard Shoemaker es un general de brigada, señor.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué, señor?

—Lo ascendieron.

—Hace dos años.

—¿Y no le parece tan insólito como a mí?

Se quedó callado un instante.

—Señor, no tengo opinión al respecto.

—¿Qué tal está el general O'Day?

Volvió a quedarse callado un instante y luego dijo:

—Señor, no conozco a nadie que se llame así.

El coche azul oscuro era un Chevrolet Impala con tapacubos de la policía y asientos de tela. El abrillantado era, de largo, lo más nuevo que tenía. El de la americana me llevó por las calles del centro hasta que tomó la I-5, por donde había entrado el autobús. Esta vez la recorrí en dirección sur. Pasé de nuevo por el aeropuerto de Boeing Field. Volví a dejar atrás el aeropuerto Sea-Tac y seguimos hacia Tacoma. El de la americana no hablaba. Yo tampoco. Íbamos mudos, como si se tratase de un concurso para ver quién aguantaba más tiempo sin decir esta boca es mía y ambos estuviéramos ansiosos por ganar. Yo miraba por la ventanilla. Todo era verde: las

colinas, el mar, los árboles. Todo.

Dejamos atrás Tacoma y aminoramos la velocidad a la altura de donde las dos uniformadas se habían apeado del autobús y habían dejado el *Army Times*. Tomamos la misma salida. Las señales indicaban que delante de nosotros no había sino tres pueblecitos y una enorme base militar. Por lo tanto, había muchas probabilidades de que estuviéramos dirigiéndonos a Fort Lewis. Pero resultó que no era así. O sí, técnicamente hablando. La cuestión es que, años atrás, el sitio hacia el que avanzábamos no formaba parte de Fort Lewis. Íbamos hacia lo que antes era la base McChord, de las Fuerzas Aéreas, que era ahora la mitad del aluminio de la Base Conjunta Lewis-McChord. Recortes. Los políticos hacen lo que sea por ahorrar.

Esperaba alguna que otra tirantez en la verja, puesto que la base pertenecía conjuntamente al Ejército y a las Fuerzas Aéreas, el coche y su conductor eran ambos de la Marina y yo era todo un don nadie. Solo faltaban el Cuerpo de Marines y las Naciones Unidas. Ahora bien, la autoridad de O'Day era tal que el de la americana apenas tuvo que reducir. Entramos, giramos a la derecha y luego a la izquierda, e incluso nos saludaron al cruzar una segunda verja. De pronto el coche estaba en la pista, enano al lado de un enorme avión de transporte C-17, como un ratoncillo en un bosque. Pasamos por debajo de una gigantesca ala de color gris y seguimos por el asfalto hasta un pequeño avión blanco que estaba solo. Tenía un aire corporativo. Parecía el avión privado de una empresa. Un Lear, o un Gulfstream, o lo que sea que compran hoy en día los ricos. La pintura resplandecía al sol. No había nada escrito en él, excepto la matrícula de la cola. Ni nombre ni logotipo. Solo pintura blanca. Los motores empezaban a girar, despacio, y la escalerilla estaba bajada.

El de la americana describió un semicírculo bien calculado y se detuvo dejando mi puerta a un metro de la escalerilla. Lo entendí como una invitación. Bajé del vehículo y me quedé unos momentos al sol. La primavera ya había llegado y la temperatura era agradable. El coche arrancó y se fue. Un auxiliar de vuelo apareció en la pequeña entrada ovalada de la cabina. Iba uniformado.

—Por favor, señor, suba.

La escalerilla se hundió un poco bajo mi peso. Me agaché para entrar. El auxiliar se apartó hacia mi derecha, y a mi izquierda otro hombre de uniforme salió como pudo por la abertura de la cabina de mando.

—Bienvenido a bordo, señor —me saludó—. Toda la tripulación de hoy pertenece a las Fuerzas Aéreas y le aseguro que llegaremos enseguida.

—¿Adónde?

—A su destino.

Volvió a embutirse en su asiento, junto al copiloto, y ambos se pusieron a comprobar diales. Seguí al auxiliar de vuelo hasta una cabina llena de cuero de color *toffee* y revestida de nogal. Era el único pasajero. Elegí una butaca cualquiera. El auxiliar de vuelo subió la escalerilla, selló la puerta y se sentó en un asiento para la tripulación que había respaldo con respaldo con el del piloto. Treinta segundos

después estábamos en el aire, ascendiendo a toda prisa.

Supuse que saldríamos de la base McChord girando en dirección este. No es que hubiera muchas más posibilidades. Al oeste quedaban Rusia, Japón y China, y yo dudaba de que un avión tan pequeño tuviera tanta autonomía. Le pregunté al auxiliar de vuelo adónde íbamos y me respondió que no había consultado la hoja de ruta. Lo que, sin lugar a dudas, era una mentira como un piano. Aun así, no insistí. Respecto a cualquier otro tema resultó de lo más hablador. Me contó que viajábamos en un Gulfstream IV confiscado a un fondo de inversión corrupto tras un procedimiento federal y asignado a las Fuerzas Aéreas para el transporte de personalidades. Pues menuda suerte tenían aquellos a quienes las Fuerzas Aéreas consideraban personalidades. Aquel avión era la hostia. Silencioso, estable y con unas butacas sensacionales, ajustables a la posición que prefirieras. Y había café en la cocina, y una cafetera de filtro, como tiene que ser. Le pedí al auxiliar de vuelo que la mantuviera en marcha y le dije que ya iría levantándome yo para servirme más. Me lo agradeció. Creo que se lo tomó como una señal de respeto. A todas luces, no se trataba de un auxiliar de vuelo. Era una especie de escolta de seguridad, lo bastante duro como para que le dieran el trabajo. Se sintió orgulloso de que me hubiera dado cuenta.

Miré por la ventanilla. Lo primero que vi fueron las Rocosas, con árboles de color verde oscuro en las faldas y una cegadora nieve blanca en los picos. Después, las leonadas llanuras agrícolas, con sus pequeños mosaicos arados, sembrados y cosechados una y otra vez y sobre los que no había llovido mucho. Por el aspecto del suelo supuse que estábamos sobrevolando la esquina de Dakota del Sur y vi un poco de Nebraska antes de entrar en Iowa. Aquello, dada la complejidad geométrica de los vuelos de gran altura, significaba que lo más probable era que fuéramos camino del sur. Una ruta del Gran Círculo^[1]. Resultaba extraño en un mapa plano, pero normal en uno esférico. Íbamos a Kentucky, a Tennessee o a alguna de las Carolinas. Puede que incluso a Georgia.

No paramos de darle a la lengua, hora tras hora, y cuando llevábamos dos cafeteras el suelo empezó a estar algo más cerca. Al principio me pareció que se trataba de Virginia, pero luego me figuré que debíamos de estar en Carolina del Norte. Vi un par de ciudades que no podían ser sino Winston-Salem y Greensboro. Quedaban a la izquierda e iban haciéndose más pequeñas. Eso significaba que llevábamos dirección suroeste. No había más ciudades hasta Fayetteville, pero Fort Bragg quedaba justo antes. Allí estaba el cuartel general de las Fuerzas Especiales, que, claro está, era el hábitat natural de Tom O'Day.

De nuevo me equivocaba. O no, técnicamente hablando, aunque solo en cuanto al nombre. Empezaba a oscurecer cuando aterrizamos en Pope, una base que las Fuerzas Aéreas habían cedido al Ejército. Ahora se llamaba Pope Field y era un pequeño

rincón de un Fort Bragg cada vez más y más grande. Recortes. Los políticos hacen lo que sea por ahorrar.

Rodamos durante mucho rato por una pista tan grande que podían despegar escuadrones aerotransportados. Por fin, nos detuvimos cerca de un pequeño edificio administrativo con un cartel que rezaba «47° de Logística, Centro de Mando del Apoyo Táctico». Se apagaron los motores y el auxiliar abrió la puerta y bajó la escalerilla.

—¿Por dónde? —le pregunté.

—Por la puerta roja —me contestó.

Descendí y caminé a oscuras. Solo había una roja, que se abrió cuando me encontraba a unos dos metros. En el vano apareció una mujer joven vestida con un traje negro de falda y chaqueta. Medias oscuras. Buenos zapatos. Una mujer muy joven. Veintipocos. Rubia, con los ojos verdes y el rostro en forma de corazón. Con una agradable sonrisa de bienvenida dibujada en él.

—Me llamo Casey Nice —dijo.

—Casey ¿qué? —le pregunté.

—Nice.

—Yo soy Jack Reacher.

—Lo sé. Trabajo para el Departamento de Estado.

—¿En el Distrito Central?

—No, aquí —me respondió.

Lo cual tenía cierto sentido. Las Fuerzas Especiales eran el brazo armado de la CIA, que era el brazo práctico del Departamento de Estado, y seguro que algunas decisiones requerirían que los tres cogiesen el trozo del pastel al mismo tiempo. De ahí su presencia en la base a pesar de su juventud. Puede que fuera un genio de la táctica y los planes de acción. Una especie de niña prodigio.

—¿Está aquí Shoemaker? —le pregunté.

—Pase —me dijo.

Me llevó a una pequeña habitación con una ventana de vidrio reforzado. Había tres sillones, todos ellos diferentes, todos ellos un tanto tristes y dejados.

—Sentémonos —dijo ella.

—¿Para qué me han traído?

—Antes de nada, debe comprender que todo lo que se diga a partir de este momento es información clasificada. Cualquier filtración será penada con severidad.

—¿Por qué va a confiarme sus secretos? No me conoce de nada.

—Nos han facilitado su expediente. Tuvo usted habilitado cierto nivel de seguridad. No se lo revocaron. Sigue usted obligado por ley.

—¿Puedo marcharme cuando quiera?

—Preferiríamos que se quedase.

—¿Por qué?

—Queremos hablar con usted.

—¿El Departamento de Estado?

—¿Está de acuerdo con lo de la información clasificada?

Asentí.

—¿Qué quiere de mí el Departamento de Estado?

—Tenemos ciertas obligaciones.

—¿A qué se refiere?

—Alguien ha disparado al presidente de Francia.

—En París.

—Los franceses han pedido ayuda internacional para encontrar al francotirador.

—No fui yo. Estaba en Los Ángeles.

—Sabemos que no fue usted. No está en la lista.

—¿Hay una lista?

No respondí. Se limitó a buscar en el interior de su chaqueta y a sacar una hoja de papel doblada que me tendió. Guardaba el calor de su cuerpo y estaba un tanto curvada. No era una lista. Se trataba del resumen de un informe confeccionado por nuestra embajada en París. Por el director regional de la CIA, probablemente. El quid del asunto.

La distancia era excepcional. No tardaron en descubrir que el tirador había disparado desde la terraza de un apartamento, a mil trescientos metros. Mil trescientos metros era casi un kilómetro y medio. El presidente francés hablaba detrás de un atril, al aire libre, pero protegido por una especie de paneles de cristal a prueba de balas. Un material nuevo y mejorado, por lo visto. Nadie había sido testigo del disparo, excepto el propio presidente, que había visto un fogonazo increíblemente lejano, pequeño y alto, a su izquierda. Y, entonces, algo más de tres segundos después, en el panel había aparecido una pequeña estrella blanca, como si se hubiera posado un insecto de color claro. Un disparo muy muy lejano. Pero el cristal aguantó y el sonido del impacto desencadenó una reacción instantánea en los guardaespaldas del presidente, que enseguida formaron una montonera encima de él. Más tarde, con los pocos fragmentos de bala que habían quedado, casi tuvieron que adivinar que se trataba de munición perforante del calibre 50.

—No estoy en la lista porque no soy tan bueno. Mil trescientos metros es demasiado contra un objetivo del tamaño de una cabeza. La bala pasa en el aire tres segundos enteros. Es como dejar caer una piedra dentro de un pozo muy profundo.

Casey Nice asintió y comentó:

—La lista es muy corta. Y eso es lo que les preocupa a los franceses.

Pero no se habían preocupado de inmediato. Eso estaba claro. De acuerdo con el informe, las primeras veinticuatro horas se las habían pasado congratulándose por haber conseguido establecer un perímetro muy amplio y por la calidad de su cristal antibalas. Luego habían vuelto a la realidad y empezado a hacer llamadas a larga distancia. ¿Quién conocía a un francotirador así de bueno?

—Chorradas —dije.

—¿Qué parte en concreto son chorradas? —preguntó Casey Nice.

—A ustedes no les importan una mierda los franceses. No mucho, al menos. Puede que estuvieran dispuestos a dar unas cuantas voces en la dirección adecuada y a encargarles a un par de becarios que escribieran una tesina al respecto. Pero esto ha acabado en el escritorio de Tom O’Day. Aunque solo haya sido durante cinco segundos. Y eso lo convierte en importante. Me envían ustedes un SEAL en veintiocho minutos y me hacen cruzar el continente en un avión a reacción privado. Es evidente que tanto el SEAL como el avión estaban a la espera, pero también lo es que no tenían ustedes ni idea de dónde me encontraba o de cuándo iba a llamarlos, así que deben de tener un montón de SEAL y de aviones privados aquí y allí, repartidos por todo el país, a la espera, día y noche. Por si acaso. Y si me buscaban a mí, también están buscando a otros. Un marcaje en toda regla.

—El asunto se complicaría si el tirador fuera estadounidense.

—¿Por qué?

—Esperamos que no lo sea.

—¿Qué puedo hacer por ustedes que justifique que me pongan un avión a reacción privado?

Le sonó el teléfono, que llevaba en el bolsillo. Contestó, escuchó y colgó.

—El general O’Day se lo explicará. Dice que ya puede pasar.

Casey Nice me guio hasta una habitación del piso de arriba. El edificio estaba viejo y el mobiliario parecía provisional. Y seguro que lo era. Los tipos como O'Day se movían mucho. Un mes estaban aquí; otro, allí, en edificios impersonales con carteles sin significado real, como lo de «47° de Logística, Centro de Mando del Apoyo Táctico». Por si acaso había alguien mirando. O justo porque había alguien mirando, diría él. Siempre hay alguien mirando. Y O'Day había sobrevivido mucho tiempo.

O'Day estaba detrás de un escritorio, con Shoemaker sentado a un lado, como corresponde a un buen lugarteniente. Shoemaker había envejecido veinte años, lo que era de esperar, porque ese era el tiempo que habíamos pasado sin vernos. Había engordado y su pelo, rubio antes, ahora tiraba a gris y se veía apagado. Tenía el rostro rojo y descolgado. Iba con el uniforme de campaña, orgulloso de su estrella, que lucía bien a la vista.

O'Day no había envejecido lo más mínimo. Seguía pareciendo centenario. Vestía igual que siempre, es decir, una americana negra descolorida sobre un jersey de cuello de pico, también negro, tan zurcido que tenía más costuras que tela original. Aquello me hizo pensar que la señora O'Day debía de seguir viva, porque me resultaba imposible imaginar que nadie más fuera a coger aguja e hilo por él.

O'Day subía y bajaba aquella mandíbula cuadrada y gris que tenía, y me miraba por debajo de sus pobladas cejas con los ojos apagados.

—Me alegro de volver a verle, Reacher —me dijo.

—Tiene suerte de que no tuviera ningún compromiso urgente. O me estaría quejando —le contesté.

No dijo nada. Me senté en una silla de metal que tenía pinta de pertenecer a la Marina, y Casey Nice se sentó en una similar que había al lado.

—¿Le han dicho ya que este asunto es secreto? —me preguntó.

—Sí —le respondí.

Casey Nice asintió con gesto rotundo, como si estuviera ansiosa por confirmar que había seguido las órdenes al pie de la letra. O'Day provocaba aquel efecto en las personas.

—¿Ha leído el resumen del informe? —me preguntó.

—Sí.

Casey Nice asintió una vez más.

—¿Qué ha extraído de él? —me preguntó O'Day.

—Que el fulano es un gran tirador —le dije.

—Yo pienso lo mismo —convino O'Day—. Tiene que serlo para garantizar un disparo así a la primera y a mil trescientos metros.

Aquello era típico de O'Day. «Método socrático» se le denominaba en la universidad. Le daba al tema vueltas y revueltas. Era un especialista en sonsacarte las verdades que, de forma implícita, todo ser racional conoce.

—No se aseguró de que lo haría a la primera, sino a la segunda. Con el primer proyectil rompería el cristal. Con el segundo mataría al presidente. La primera bala se iba a hacer añicos contra el cristal de todas todas. O se desviaría, en el mejor de los casos. Estaba listo para disparar de nuevo, si el vidrio se hubiera roto, claro. Tuvo que tomar la decisión en una fracción de segundo. Disparar de nuevo o largarse. Lo que resulta impresionante. Munición perforante, ¿no?

O'Day asintió.

—Les hicieron una cromatografía de gases a los restos.

—¿Tenemos un cristal como ese para nuestro presidente?

—Lo tendremos mañana.

—Un calibre 50, ¿eh?

—Recogieron suficientes fragmentos como para determinar que es lo más probable.

—Lo que resulta más impresionante aún. Se necesita un monstruo de fusil.

—Del que se sabe que es capaz de acertar a algo más de mil seiscientos metros. A dos mil cuatrocientos en una ocasión, en Afganistán. Así que quizás una distancia de mil trescientos no sea para tanto.

Método socrático.

—A mí me parece que acertar dos veces seguidas a mil trescientos metros es más difícil que hacerlo en una ocasión aislada a más de mil seiscientos —opiné—. Es cuestión de repetibilidad. El tipo tiene talento.

—Yo también lo creo —dijo O'Day—. ¿Diría usted que ha estado en las Fuerzas Armadas?

—Es evidente. No se puede llegar a ser tan bueno de ninguna otra manera.

—¿Diría que sigue estándolo?

—No. No tendría libertad de movimientos.

—Estoy de acuerdo.

—¿Están seguros de que era un tirador a sueldo? —le pregunté.

—¿Qué posibilidades hay de que un ciudadano con una queja sea también un tirador de primera? Es más probable que dicho ciudadano se haya gastado algo de dinero en el mercado libre. Quizá se trate, incluso, de un pequeño grupo de ciudadanos. Una facción, en otras palabras. Eso incrementaría la capacidad de inversión.

—¿Y por qué nos preocupa a nosotros? El objetivo era francés.

—La bala era estadounidense.

—¿Cómo lo sabemos?

—La cromatografía de gases. Se alcanzó un acuerdo. Hace unos años. Apenas se divulgó. Bueno, de hecho, no se divulgó. Cada fabricante usa una aleación algo diferente. Una diferencia casi imperceptible. Pero suficiente. Es como si fuera su firma.

—Gran parte del mundo compra armas estadounidenses.

—Este tipo es nuevo en escena, Reacher. Nunca habíamos visto su perfil. Ha sido su primer trabajo. Se está forjando un nombre. Y, ¡joder!, ha empezado fuerte. Tenía que acertar dos veces, y rápido, con un cañón del calibre 50 a mil trescientos metros de distancia. Si lo consigue, se mete en primera división para el resto de sus días. Si falla, desaparecerá para siempre. Una apuesta muy fuerte. Hay mucho en juego. Aun así, dispara. Eso significa que estaba seguro de que iba a acertar. Tenía que estarlo. Segurísimo. Y en dos ocasiones. A mil trescientos metros. Confiaba ciegamente en sí mismo. ¿Cuántos francotiradores hay tan buenos?

Era una muy buena pregunta.

—¿Con sinceridad? —le pregunté—. ¿Entre los nuestros? ¿Tan buenos? Yo diría que, en cada generación, y con suerte, uno en los SEAL, dos en los Marines y dos en el Ejército. Cinco en total en todas las Fuerzas Armadas.

—Pero antes ha dicho que no está en el Ejército.

—Y los cinco de la generación anterior. Los que no se hayan retirado hace mucho, mayores como para que estén mano sobre mano, pero lo bastante jóvenes para acertar todavía. A esos deberían ir a buscar.

—¿Esos serían sus candidatos? ¿Los de la generación anterior?

—No sé quién más estaría a la altura.

—Y, según esa teoría, ¿cuántos países deberíamos tener en cuenta?

—Unos cinco, diría yo.

—Siendo así, a una media de cinco candidatos por país, habría veinticinco tiradores en todo el mundo, ¿no?

—Más o menos sí.

—Ha dado en el clavo, diría yo. Resulta que veinticinco es el número exacto de francotiradores de élite retirados conocidos por las agencias de inteligencia de todo el mundo. ¿Diría usted que los gobiernos hacen un seguimiento minucioso de ellos?

—Estoy seguro.

—En ese caso, ¿cuántos cree que tienen una coartada sólida para un día elegido al azar?

Dado que estarían bien vigilados, respondí:

—¿Veinte?

—Veintiuno —me corrigió O'Day—. Solo nos quedan cuatro. Y aquí aparece el problema diplomático. Es como si fuéramos cuatro personas en una habitación, todas mirándonos unas a otras. No quiero que la bala sea estadounidense.

—¿Uno de los nuestros no tiene coartada?

—Digamos que no.

—¿Quién?

—¿A cuántos tiradores tan buenos conoce?

—A ninguno —le contesté—. No salgo de copas con tiradores.

—¿A cuántos ha conocido?

—A uno, pero es imposible que fuera él —le dije.

—¿Por qué está tan seguro?

—Está en la cárcel.

—¿Por qué está tan seguro?

—Fui yo quien lo envió a prisión.

—Le cayó una pena de quince años, ¿no?

—Por lo que recuerdo sí, así es —le dije.

—¿Cuándo?

Método socrático. Hice un cálculo mental. Hacía muchos años. Había llovido mucho. Había viajado mucho, conocido a muchas personas.

—Joder... —solté.

O'Day asintió.

—Hace dieciséis años —añadió—. ¿No le parece que el tiempo vuela cuando uno se lo está pasando bien?

—¿Ha salido?

—Lleva un año fuera.

—¿Y dónde está?

—En casa no, desde luego.

John Kott era el primogénito de dos emigrantes checos que habían escapado del viejo régimen comunista y se habían establecido en Arkansas. Tenía ese aire enjuto típico de quienes habían vivido a la sombra del Telón de Acero y que tanto se parecía al de la miserable juventud local, por lo que creció como uno más. De no ser por su apellido y sus pómulos pensarías que se trataba de un pariente de esos chicos muy muy lejano. A los dieciséis años era capaz de abatir ardillas entre las ramas de los árboles a distancias a las que la mayoría de las personas ni siquiera las verían. A los diecisiete mató a sus padres. O, por lo menos, es lo que pensaba el sheriff del condado. No había pruebas, pero las sospechas que se cernían sobre él eran legión. Ninguna de ellas, no obstante, pareció importarle mucho al reclutador militar que lo alistó un año después.

A diferencia de la mayoría de la gente huesuda y pequeña, era de lo más calmado y tranquilo. Capaz de hacer descender su ritmo cardiaco a treinta y pocos y de yacer inerte horas y horas. Tenía una vista sobrehumana. En otras palabras: era un francotirador nato. Hasta el Ejército se había dado cuenta. Lo adiestraron en una sucesión de academias especializadas, y tras eso lo enviaron directo a los Delta. Allí se esforzó día y noche por poner sus demás talentos a la altura y acabó convirtiéndose en una estrella en la sombra entre los comandos de operaciones secretas.

Sin embargo, por asombroso que parezca en un soldado de las Fuerzas Especiales, el mecanismo que tenía en la cabeza para separar los periodos de servicio de los de tiempo libre no era hermético. Abatir a alguien a novecientos metros de distancia requiere algo más que talento y habilidades atléticas. Se necesita permiso de esa ancestral y recóndita parte de la cabeza en la que las inhibiciones esenciales están o bien reguladas o bien distendidas. Es imprescindible que el tirador crea a pies juntillas: «Esto está bien. Se trata del enemigo. Eres mejor que él. Eres el mejor del mundo. Todo el que te desafía merece morir». La mayoría tiene un interruptor de apagado. El problema es que el de John Kott seguía haciendo contacto.

Lo conocí tres semanas después de que descubrieran a un fulano con el cuello rebanado en la parte de atrás de un bar remoto de Colombia. El fiambre era un sargento de los Rangers. El barucho era adonde una unidad de las Fuerzas Especiales dirigida por la CIA acudía con asiduidad cada vez que no estaba en la jungla abatiendo a miembros de cárteles. Lo que hacía que el grupo de sospechosos fuera muy reducido y de lo más discreto. En aquel tiempo me encontraba en el 99° de la PM y fue a mí a quien le asignaron el caso. Porque el asesinado era un militar estadounidense. De haberse tratado de un civil local, el Pentágono se habría ahorrado el vuelo.

Aunque nadie lo señaló, lo que declararon me sirvió de mucho. Sabía quiénes habían estado en el bar aquella noche y les pedí que me lo describieran. De ese modo cada uno me dijo alguna que otra cosilla. Me hice una idea general. Uno de ellos

estaba haciendo esto. Otro, aquello. Este se fue a las once; el que estaba a su izquierda, a medianoche. El otro estaba sentado al lado del primero, que bebía ron, no cerveza. Y todo así. Tenía la coreografía en la cabeza y la repasé una y otra vez hasta que todo estuvo hilado y resultó coherente.

Excepto John Kott, que era como un vacío en medio de lo demás.

Ninguno de ellos había dicho gran cosa de él. Ni dónde estaba sentado, ni lo que hacía, ni con quién estaba hablando. Nadie describió ni sus actos ni a él. Lo que podía deberse a varias razones. Como, por ejemplo, que, aunque los miembros de su unidad no fueran a delatarlo, tampoco quisieran inventar nada por él. Llámalo ética. O falta de imaginación. En cualquier caso, una decisión prudente. Las mentiras acaban quedando al descubierto. Es mejor no decir nada. De esa manera, quizá, con un poco de suerte, una larga y violenta discusión con el asesinado podría quedarse en... nada. Un vacío en medio de lo demás.

Era un caso cogido con pinzas, pues implicaba muchas teorías basadas en suposiciones, un jugador estrella y una operación clandestina. Ahora bien, he de reconocer que las Fuerzas Armadas decidieron coger el toro por los cuernos. Sabían que no íbamos a ningún lado sin una confesión pero, aun así, me permitieron encausar a Kott.

Lo más importante de hacer preguntas es escuchar las respuestas, y lo escuché largo y tendido antes de concluir que, en el fondo, su arrogancia era tan grande como su cabeza. E igual de dura. Y era incapaz de distinguir. Eso de «todo el que te desafía merece morir» son memeces del campo de batalla, no una forma de vida.

Había conocido a muchas personas así. De hecho, yo era producto de esas ideas. Te hablan del tema. Quieren que lo entiendas. Quieren que lo apruebes. Sí, vale, saben que cabe la posibilidad de que alguna regulación estúpida y pasajera esté, técnicamente, en su contra en algún momento dado, pero ellos están por encima del bien y del mal. ¿Verdad?

Dejé que hablara, y después lo acorralé y conseguí que acabara admitiendo que, en efecto, aquella noche había estado conversando con la víctima. Después de eso fue coser y cantar. Aunque quizá sea mejor usar otra metáfora. Fue como poner una tetera al fuego, como hinchar la rueda de una bicicleta.

Dos horas después firmaba una declaración larga y detallada. En resumidas cuentas, que el muerto lo había llamado «nenaza». Eso fue lo que pasó. La situación se le había ido de las manos por una simple provocación. Las Fuerzas Armadas exigieron medidas. Hay cosas que no pueden excusarse. ¿Verdad?

Dado que se trataba de una estrella de las operaciones clandestinas, le permitieron hacer un trato. Una de esas variantes de asesinato a cambio de quince años. A mí me pareció bien. Como no tuvo que llegar a celebrarse el consejo de guerra, pude pasar una semana más en las Fiji y conocí a una australiana de la que todavía me acuerdo. No iba a quejarme.

—No deberíamos dar nada por supuesto —dijo O’Day—. Ni siquiera tenemos

pruebas de que haya vuelto a tocar un arma.

—¿Y lo han incluido en la lista?

—No queda más remedio.

—¿Qué probabilidades hay?

—Una entre cuatro, como es obvio.

—¿Pondría la mano en el fuego?

—No estoy diciendo que sea el culpable. Digo que hay que afrontar el hecho de que existe un veinticinco por ciento de probabilidades de que lo sea.

—¿Quién más está en la lista?

—Un ruso, un israelí y un británico.

—John Kott ha pasado quince años en prisión —dije.

O'Day asintió y añadió:

—Empecemos por la factura que eso podría haberle pasado.

Aquella era una buena cuestión. ¿Cómo le afectaban quince años de cárcel a un francotirador? Disparar bien se basa en muchas cualidades. El control muscular puede sufrir. Tienes que ser tranquilo y fuerte a un tiempo. Tranquilo como para ser capaz de dejar a un lado el canguelo, y fuerte como para controlar una explosión violenta. La condición atlética puede sufrir, lo que también es importante, porque tener las pulsaciones bajas y una buena respiración es imprescindible. Pero, al final, solté:

—La vista.

—¿Por qué? —preguntó O'Day.

—Todo lo que ha tenido al alcance de la vista durante quince años estaba bastante cerca. Paredes, en su mayoría. El patio de ejercicios. Sus ojos no han enfocado a larga distancia desde que era joven.

Aquel razonamiento me parecía de lo más adecuado. Me gustaba la imagen mental que me hacía de él: sumiso, quizás un poco tembloroso, con gafas, encorvado a pesar de que fuera bajito. Pero, entonces, O'Day me leyó el informe de puesta en libertad.

Las raíces de John Kott estaban en Checoslovaquia, o en Arkansas, o quizás en ambas, que era lo más probable, pero se había tirado los quince años que había pasado en prisión comportándose como un místico oriental. Se había dedicado a practicar yoga y meditación. No había hecho mucho ejercicio, una sola vez al día, para mantener la fuerza y la flexibilidad fundamentales del cuerpo, y había pasado sin moverse muchísimas horas, apenas respirando, con la mirada en blanco y fija en un punto alejado casi un kilómetro, que es lo que decía que necesitaba para practicar.

—He hecho unas cuantas indagaciones —dijo O'Day—. Entre las chicas que trabajan aquí, más que nada. Me explicaron que el tipo de yoga que practicaba Kott tiene mucho que ver con la quietud y el poder de la relajación. Te vas desvaneciendo poco a poco, cada vez más y, de pronto, ¡zas!, llegas al siguiente nivel. Y lo mismo pasa con la meditación. Dejas la mente en blanco. Visualizas el éxito.

—¿Insinúa que salió de la cárcel siendo mejor de lo que era?

—Ha trabajado duro estos quince años. Ha estado muy centrado en su objetivo. Al fin y al cabo, un arma es una mera herramienta de metal. El éxito tiene que ver con la mente y el cuerpo.

—¿Cómo llegó a París? ¿Acaso tiene pasaporte?

—Piense en todas las facciones terroristas que hay. Piense en su poder adquisitivo. Conseguir un pasaporte no es problema para ellos.

—La última vez que lo vi estaba firmando su declaración. Hace dieciséis años, visto lo visto. No sé en qué puedo ayudarlos en esta ocasión.

—No podemos dejar ningún cabo suelto.

—¿Y qué cabo me toca a mí?

—Ya lo atrapó en una ocasión —insistió O'Day—, y si es necesario volverá a hacerlo.

Entonces empezó a hablar Shoemaker, como si la toma de contacto hubiera acabado y fuera hora de ahondar en detalles. Era mucho lo que había en juego dependiendo del motivo del ataque. Ciertas facciones terroristas jamás contratarían a un israelí, lo que reducía las probabilidades a tres. Pero, por lo visto, el israelí parecía irlandés y tenía un nombre en clave de lo más neutro. Quizá las facciones no lo supieran. Lo que añadía confusión al asunto. Al final se había abandonado la idea de desentrañar el motivo. La lista de personas cabreadas con los franceses que había confeccionado el Departamento de Estado era larga. Por lo tanto, se decidió tratar a los cuatro sospechosos por igual. Nada de perfiles criminológicos.

Me volví hacia Casey Nice y le dije:

—Todo esto siguen siendo chorradas.

—¿Qué parte en concreto? —volvió a preguntar.

—La misma. Se están implicando ustedes demasiado cuando, si los franceses estuvieran quemándose, ni siquiera mearían sobre ellos para sofocar las llamas. Pero aquí están. Se comportan como si se tratara de Pearl Harbor. ¿Por qué? ¿Qué van a hacer los franceses? ¿Dejar de enviarnos queso?

—No se nos puede ver perdidos.

—Por no poder, no pueden ni dejarse ver. Van ustedes de acá para allá escondiéndose detrás de carteles falsos. Lo que está bien. Nadie en las embajadas va a darse cuenta de quiénes son o de qué están haciendo. Ni siquiera los de la francesa. Que, de hecho, serán incapaces de determinar si los están ayudando o no. Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación?

—Es por nuestra reputación.

—Hay una probabilidad entre cuatro de que un convicto estadounidense esté ofreciendo sus servicios por todo el mundo. No es el primero y no será el último. Nuestra reputación podría encajar un golpe tan diminuto. En especial porque el francés sigue vivo. El que nada hace, nada teme.

O'Day se revolvió en la silla y comentó:

—No somos nosotros los que marcamos las reglas de la política.

—La última vez que le hicieron ustedes caso al Congreso, Abraham Lincoln aún llevaba pantalones cortos.

—Pero ¿a quién hago yo caso?

—Al presidente.

—Todo el mundo tiene algo contra los franceses. En consecuencia, es como si nadie lo tuviera. Nadie tenía una razón concreta para disparar. Al menos en lo que va de año. No más de lo habitual. Por lo tanto, ahora mismo la lógica dice que el chico estaba dejando su carta de presentación a la espera de una propuesta más importante. Y, ¿cuál será?, ¿de quién se tratará? Nadie lo sabe, pero todo dirigente mundial apuesta porque será él. Y, ¿por qué no? Todos son la persona más importante del

mundo. Se acerca una reunión de la Unión Europea, con todos sus presidentes y primeros ministros; y dos más, la del G8 y la del G20. Veinte mandatarios mundiales, incluido el nuestro, en un mismo sitio. Todos posando para la fotografía de grupo. Quietecitos y sonrientes. En la escalinata de algún edificio público, lo más probable. No quieren que haya suelto alguien capaz de dispararles a mil trescientos metros de distancia.

—¿Así que todo esto se debe a que los políticos tienen miedo a que les vuelen la tapa de los sesos?

—Literalmente. Los de todo el mundo.

—¿Incluido el nuestro?

—Da igual lo que piense el nuestro, el servicio secreto ya está perdiendo los papeles por ambos.

—De ahí que me pongan un avión privado.

—El dinero no es problema.

—Pero no cuentan solo conmigo, ¿verdad? Por favor, díganme que no están confiando en una sola persona.

—Tenemos toda la ayuda que necesitamos —contestó O'Day.

—Lo más probable es que no fuera John Kott.

—Lo único seguro es que tres de ellos no fueron. ¿Quiere jugar a los dados o ponerse manos a la obra?

No respondí. Shoemaker me explicó que me alojaría en un acuartelamiento cercano y que mi presencia quedaba restringida a la parte de la base en la que nos encontrábamos. Si alguien me lo preguntaba, ya fuera oficialmente o por curiosidad, tenía que decir que era un contratista civil experto en cargas. Si pretendían sacarme más información debía decir que estaba trabajando con el 47º de Logística en un problema que había en Turquía. Lo que era una buena argucia, porque en cuanto dijera «Turquía» el interrogador supondría que se trataba de misiles, y si era de los buenos dejaría de molestarme, y si era de los malos lo estaría desinformando. En opinión de O'Day, era lo más aconsejable.

—¿Quién se está encargando de buscar a los otros tres?

—Su gente, en su país —respondió O'Day.

—Y los franceses en Francia, ¿no?

—Suponen que el francotirador ha vuelto a su casa a esperar.

—Podría tratarse de un expatriado. Un ruso que vive en Francia. O un israelí, o un británico. En una vieja granja, o en una villa junto al mar.

—Puede que no lo hayan tenido en cuenta.

—¿Se fue Kott a vivir a Francia?

O'Day negó con la cabeza.

—Volvió a Arkansas.

—¿Y?

—Sobrevolamos su casa con un dron de vigilancia en un par de ocasiones durante

el primer mes. No vimos nada por lo que tuviéramos que preocuparnos. Después necesitaban el dron en otro lado y Kott pasó a un segundo plano.

—¿Y ahora?

—Volvemos a tener el dron. Su casa está vacía. No hay señales de vida.

Casey Nice me acompañó al acuartelamiento al que había hecho mención Shoemaker, que resultó ser una especie de pueblecito improvisado compuesto por viviendas unifamiliares prefabricadas y transportables adaptadas a contenedores de transporte de acero. Algo menos de dos metros y medio de alto por dos metros y medio de ancho, con puertas y ventanas, aire acondicionado, agua corriente y electricidad. La mía estaba pintada de amarillo arena, llegada por barco de Irak, probablemente. En casas peores había vivido.

Hacía una buena noche. Primavera en Carolina del Norte. Era pronto para que hiciera calor, pero habían pasado los meses de frío. Las estrellas relucían en el cielo a pesar de las fantasmales nubes alargadas. Nos detuvimos frente a mi puerta.

—¿Usted también está en una de estas?

Señaló la siguiente fila.

—En la blanca.

La suya era la calle Uno, así que la mía era la Dos.

—¿Es para esto para lo que se alistó?

—Es donde más acción hay. Estoy bastante contenta.

—Lo más probable es que no fuera John Kott —insistí—. Por estadística, y, además, son los rusos los que dan más y mejores francotiradores. Y a los israelíes les chiflan las balas del calibre 50. Va a ser el uno o el otro.

—Lo que nos preocupa es lo del yoga. Está claro que Kott se había fijado un objetivo. Su idea era salir y retomar lo donde lo había dejado.

Asintió para sí, como si hubiera cumplido con su cometido, y se marchó. Abrí la puerta y entré.

El interior tenía, exactamente, el aspecto de un contenedor de transporte. Acero ondulado, pintado de blanco brillante, con una sala de estar, una cocina, un cuarto de baño y un dormitorio, en línea uno detrás del otro. Como aquellos apartamentos antiguos en los que se entraba de una habitación a la siguiente. Las ventanas tenían paneles antiexplosión que se convertían en superficies de trabajo cuando los bajabas. El suelo era de contrachapado. Deshice las maletas, lo que, en mi caso, consistía en sacar del bolsillo el cepillo de dientes de viaje, unir sus dos mitades y dejarlo en el vaso del cuarto de baño. Pensé en darme una ducha, pero no llegué a hacerlo porque alguien llamó a la puerta. Desanduve el camino por el estrecho rectángulo y abrí.

Era otra mujer con traje negro de falda y chaqueta, medias oscuras y buenos zapatos. Esta estaba más cerca de mi edad. Por su manera de comportarse daba la impresión de que tuviese cierto rango y mucha experiencia. Tenía el pelo negro, pero

con algunas canas, y era evidente que hacía poco que había ido a la peluquería, aunque no lo llevaba ni teñido ni con ningún corte en particular. Había tenido una cara bonita en su momento y ahora era atractiva.

—Señor Reacher, soy Joan Scarangelo.

Me tendió la mano. Se la estreché. Era fina pero parecía fuerte. Las uñas sin pintar, cortas y rectas. Esmalte transparente. Sin anillos.

—¿De la CIA? —le solté.

Sonrió.

—Se supone que no debería resultar tan obvio.

—Ya me he reunido con el Departamento de Estado y con las Fuerzas Especiales. Imaginaba que el tercero en discordia aparecería de un momento a otro.

—¿Puedo pasar?

La sala de estar era de casi dos metros y medio de altura, y otro tanto de ancho por unos cuatro de largo. Adecuada para dos, pero no le pidieras más. El mobiliario estaba atornillado al suelo: un sofá y dos sillas pequeñas dispuestos muy juntos. Como en una caravana, o puede que como el diseño de la cabina del siguiente modelo de avión a reacción de Gulfstream. Me senté en el sofá y Joan Scarangelo en una de las sillas. Adaptamos nuestra postura para quedar cara a cara.

—Le agradecemos su ayuda —dijo.

—Todavía no he hecho nada —le contesté.

—Pero seguro que lo hará, si es necesario.

—¿Ha cerrado el FBI? ¿No son ellos quienes se dedican a buscar a ciudadanos estadounidenses en Estados Unidos?

—Puede que Kott no esté en el país. Al menos, ahora.

—Entonces es cosa suya.

—Y nos estamos encargando de ello. Lo que implica conseguir la mejor ayuda que podamos. No hacerlo sería negligente. Usted conoce al sujeto.

—Lo arresté hace dieciséis años. Aparte de eso, no lo conozco de nada.

—La Unión Europea primero, el G8 luego y el G20 después. La Unión Europea, las ocho mayores economías del mundo y las veinte mayores. Jefes de Estado, todos en el mismo sitio y al mismo tiempo. Todos menos uno juegan en campo contrario, por decirlo así. Si cae uno, será un desastre. Si caen más, será una catástrofe. Y como bien ha señalado usted, el tirador de París estaba preparado para disparar en dos ocasiones. Ahora bien, ¿por qué iba a detenerse después de la segunda? Imagine que abatiera a tres o cuatro. Todo se paralizaría. Los mercados se hundirían y volveríamos a la recesión. La gente se moriría de hambre. Se declararían guerras. El mundo podría romperse en pedazos.

—Quizá deberían cancelar las reuniones.

—El resultado sería el mismo. Hay que gobernar el planeta. No se puede hacer todo por teléfono.

—Durante uno o dos meses sí.

—Y eso, ¿quién lo va a proponer? ¿Quién va a ser el primero en parpadear? ¿Estados Unidos ante los rusos? ¿Ellos ante nosotros? ¿Los chinos ante alguien?

—Así que es una cuestión de testosterona.

—¿Y qué no lo es? —preguntó Scarangelo.

—Ya que hablamos de gobernar el planeta, no tengo ni móvil —le dije.

—¿Quiere uno?

—Lo que quiero decir es que John Kott es una persona a la que solo he visto una vez, hace dieciséis años. No tengo recursos, ni medios para comunicarme, ni bases de datos, ni sistemas. No tengo nada.

—Todo eso lo tenemos nosotros. Le pondremos al día de todas las pistas que seguimos.

—Y después, ¿me enviarán a darle caza?

No respondió.

—La cuestión es la siguiente, señora Scarangelo. Sé que acabo de llegar, pero no nací ayer. No me he caído de un guindo. Si Kott es el francotirador de París, lo que quieren ustedes es que salga ahí fuera y yo asome la cabeza porque, así, quienquiera que le esté pagando querrá quitármelo de en medio. Sea la facción terrorista que sea, como diría O'Day. Se supone que he de sacarlos de la madriguera. Nada más. Soy un cebo.

No dijo nada.

—O quizá pretendan que sea el propio Kott quien venga a por mí —continué—. Al fin y al cabo, tiene que estar cabreado conmigo. Soy el responsable de que haya estado encerrado quince años. Seguro que eso le supuso un revés en su plan de vida, fuera cual fuese. Seguro que alberga cierto grado de resentimiento hacia mí. Puede que tanto yoga fuera por mí, no porque quisiera ser mejor en lo suyo.

—Nadie pretende que sea usted un cebo.

—Sí, claro. Tom O'Day piensa en todo y siempre se decanta por lo más sencillo y efectivo.

—¿Tiene miedo?

—¿Conoce usted a algún soldado de infantería?

—Esta base está llena.

—Hable con alguno. Tienen que comer un montón de mierda. Viven en conejeras frías, húmedas y embarradas; pasan hambre; a su alrededor caen morteros, cañonazos y cohetes, bombas y gases, asaltos aéreos y misiles, y frente a ellos solo hay alambre de espino y nidos de ametralladoras. Ahora bien, ¿sabe qué es lo que menos les gusta?

—Los francotiradores.

—En efecto. Porque eligen los objetivos al azar, aparecen en cualquier lado, en cualquier momento, sin que se los vea, sin avisar. A todas horas, todos los días. No ofrecen descanso. El estrés llega a ser insoportable. Algunos se vuelven locos, como lo oye. Y lo entiendo. Solo llevo unos minutos dentro de esta cajita metálica y

empiezo a sentirme más cómodo de lo que me gustaría.

—Conocí a su hermano —dijo Scarangelo.

—¿En serio?

Asintió.

—Joe Reacher. Por aquel entonces, él pertenecía a la inteligencia militar y yo era una joven agente encargada de casos especiales. Trabajamos juntos en uno de ellos.

—Y ahora me va a contar lo bien que hablaba de mí y que decía que era el tipo más duro sobre la faz de la Tierra. Pretende usar la influencia de un muerto.

—Siento mucho que muriera, pero es cierto que me habló bien de usted.

—Si Joe estuviera vivo me aconsejaría que saliera cagando leches de aquí. Recuerde a qué ha dicho que se dedicaba: inteligencia militar. Él también conocía a Tom O'Day.

—No le cae bien, ¿verdad?

—Creo que alguien debería concederle una medalla, meterle un tiro en la cabeza y ponerle su nombre a un puente.

—Quizá no sea buena idea.

—Me sorprende que siga en el negocio.

—Son este tipo de asuntos los que le hacen seguir en el negocio. Ahora más que nunca. Está delante de todos.

No dije nada y Scarangelo prosiguió:

—No podemos obligarle a que se quede.

Me encogí de hombros.

—Le debo un favor a Rick Shoemaker. Voy a devolvérselo.

Un tío predecible.

6

Después de eso, Scarangelo se fue, dejando tras de sí un leve aroma a perfume. Me di una ducha y me acosté. A O'Day le gustaba empezar el día con una reunión y mi intención era asistir, sí, pero después de desayunar. La cuestión es que fui incapaz de encontrar el comedor. A la luz del amanecer vi que estábamos en un rincón de Pope Field dejado de la mano de Dios. Y la base era gigantesca. Calculé que me encontraba a más de kilómetro y medio del comedor más cercano. Puede que hasta a ocho. Además, mi presencia estaba restringida a esa parte de la base. Y deambular sin autorización por Fort Bragg no era buena idea. No, dadas las circunstancias actuales. Bueno, bajo ninguna circunstancia.

Así que me dirigí a la puerta roja de nuevo y me encontré a Casey Nice en una habitación con una mesa. La mesa estaba llena de platos con bollitos y de grandes cartones de café del Dunkin' Donuts. Nada de esa comida «sana y nutritiva» del Ejército. Una empresa de comidas privada. Recortes. Lo que sea por ahorrar.

—¿El cuartel es confortable? —me preguntó.

—Es mejor que dormir en un tronco hueco —le respondí.

—¿Es donde acostumbra a dormir?

—Es un decir —le dije.

—Pero ¿ha dormido bien?

—A las mil maravillas.

—¿Fue a verle alguien?

—Una mujer llamada Joan Scarangelo.

—Bien.

—¿Quién es?

—Una de los adjuntos del subdirector de operaciones.

Lo que parecía poca cosa, pero no lo era. En terminología de la CIA, un A del SDO era parte de un reducido círculo que había en lo más alto. Una de las tres o cuatro personas con más contactos del planeta. Su hábitat natural era un despacho de Langley unas ocho veces más grande que mi contenedor de transporte y, probablemente, con más teléfonos sobre el escritorio de los que había visto en mi vida.

—Sí que se lo están tomando en serio.

—No les queda más remedio, ¿no le parece?

No respondí, y casi al instante entró Scarangelo. Cabeceó a modo de saludo, se sirvió un bollito y un café, y se marchó. Yo cogí dos bollitos, una taza vacía y un termo de café. Di por sentado que lo podría dejar en el borde de la mesa de reuniones, con el tapón mirando hacia mí y rellenarme la taza tanto y tantas veces como me apeteciera. Como un alcohólico detrás de una barra.

La reunión se celebró en una habitación que había junto al despacho de O'Day, en el piso de arriba. Nada del otro mundo. Cuatro mesas normales y corrientes, una contra otra formando un cuadrado, y ocho sillas para los cinco. Shoemaker, O'Day y Scarangelo ya estaban sentados. Casey Nice se sentó junto a la otra mujer y yo elegí un sitio con una silla vacía a uno y otro lado. Me serví café y mordí uno de los bollitos.

Shoemaker fue el primero en hablar. De nuevo llevaba el uniforme de campaña, con su estrella, cosa que no me sorprendió. Su análisis inicial incluía tanta información que parecía que se hubiera ganado la estrella a pulso, cosa que sí me sorprendió.

—Por lo visto, el gobierno polaco está a punto de anunciar elecciones anticipadas —empezó diciendo— y es muy probable que el griego no tarde en hacerlo. Podría parecer un mero mecanismo político de la democracia, pero si escarbamos en la constitución de la Unión Europea encontraremos una estipulación que permite posponer las asambleas de jefes de Estado si dos o más países miembros están celebrando elecciones. En otras palabras, que están huyendo. La reunión de la Unión Europea no se va a celebrar. Eso nos deja solo con la del G8, que se celebrará dentro de tres semanas. Ese plan sigue intacto. Lo que nos proporciona tanto el tiempo como el objetivo.

Tomé aire con intención de hablar, pero O'Day adelantó uno de sus largos brazos con la palma hacia mí, como cuando le dices a un perro que se detenga, y dijo:

—Va a advertirnos de que estamos dando mucho por hecho y que cualquiera podría ser el objetivo. Y tiene razón pero, por favor, debe entender que ningún otro objetivo nos importa. Si el tiro se lo lleva otro, nos pondremos a bailar. Hasta entonces, y a efectos operativos, vamos a dar por hecho que va a haber un intento de asesinato contra un dirigente mundial.

—Iba a preguntar quién está en el G8 —le dije.

Que debía de ser una pregunta estúpida, porque todos se revolviéron en el asiento y nadie me respondió. Al cabo de un rato, Casey Nice dijo:

—Nosotros y Canadá, el Reino Unido, Francia, Alemania e Italia, Japón y Rusia.

—Esas no son las ocho economías más fuertes.

—Pero lo fueron en su tiempo —apuntó Scarangelo—. Hay cosas que quedan escritas en piedra.

—Por lo tanto, si se trata de un asunto personal o nacionalista, cualquiera de ellos podría ser el objetivo. En cambio, y con todos mis respetos, si tiene que ver con el terrorismo a gran escala, dudo mucho de que vaya a ser Italia. Es decir, ¿quién iba a darse cuenta? Esa gente cambia de presidente cada tres semanas. Ni Canadá. No reconocerías a su primer ministro aunque te cruzaras con él en el supermercado. Y lo mismo pasa con Japón. Y con Francia. Y con el Reino Unido. Que se carguen a un

pijo no va a desestabilizar el planeta. Que disparasen a la alemana sería un poco más problemático.

Scarangelo asintió.

—La mayor economía europea, el único adulto fiscal de toda la región, y una psique nacional restaurada que se basa por completo en que no disparen a los políticos. El tejido podría descoserse. Y en Alemania el fondo está muy pero que muy abajo...

—Así que seremos nosotros, Rusia o Alemania. Lo que facilita el asunto. Mantienes escondidos a los tres. Que no vean la luz del día. Dejas que sean los otros cinco los que den la cara. O coges y envías también a los vicepresidentes, aunque solo sea para la foto. Le daríamos la vuelta a la tortilla: «¡Tenemos tantos huevos que enviamos a los dos!».

O'Day asintió.

—Ese es el plan B, que ya está bosquejado. El plan A consiste en encontrar a John Kott. Y esperar a que Londres, Moscú y Tel Aviv tengan un éxito similar.

—¿Sabemos algo de los suyos?

—Lo sabemos todo. El británico es un ex de la SAS que se apellida Carson. Cuando aún vestía el uniforme tenía más de cincuenta bajas por todo el mundo, aunque nadie va a admitirlo, una de ellas a algo más de mil ochocientos metros, documentada y verificada. El ruso se apellida Datsev. Su primer instructor lo entrenó en Volgogrado, en una academia muy dura. El israelí se apellida Rozan. Dicen en el mejor que han visto con un Barrett del calibre 50, que es mucho decir tratándose de israelíes.

—Todos parecen mejores que Kott.

—Usted lo ha dicho, lo parecen. Para Kott, un disparo de mil trescientos metros no era nada. Pura rutina. Hasta que lo arrestó usted, claro está.

—Lo dice como si le jodiera que lo hubiera hecho.

—Era mucho más valioso que el machaca de infantería al que asesinó.

—¿Dónde se celebra la reunión del G8? —pregunté.

—En Londres —respondió O'Day—. A las afueras. En una mansión o un antiguo castillo. Algo así.

—¿Tiene foso?

—No estoy seguro.

—Pues quizá debieran empezar a excavar uno.

—La idea es no permitir que se acerque tanto.

—En cualquier caso, no puedo ayudarlos. Tengo el pasaporte caducado.

—Eso se lo resolverá el Departamento de Estado —me soltó O'Day antes de levantar la mirada, ante lo que Casey Nice volvió a buscar en el interior de su chaqueta, igual que con el resumen del informe de la embajada, y sacó una especie de libretita delgada de color azul que deslizó hacia mí sobre la mesa. También guardaba el calor de su cuerpo.

Era un pasaporte con mi nombre y mi foto, hecho el día anterior, con diez años de validez.

Cuando acabó la reunión me solicitaron que fuera al despacho de Rick Shoemaker, donde este me pidió que comenzara a trazar un plan táctico detallado para un viaje a Arkansas. Lo que era ridículo. No había nada que detallar en un sitio como Arkansas. Además, no era la dirección que debíamos tomar.

—Lo más probable es que se haya quedado en Europa —comenté—. Seguro que ya está en Londres. Si es que fue él.

—Joan Scarangelo nos ha dicho que entiende usted a la perfección cuál es su papel.

«Sí, el de cebo».

—¿Lo dice en serio? —pregunté.

—No es para tanto —respondió—. Como usted ha señalado, si se trata de Kott, es improbable que se encuentre allí. Ahora bien, si se trata de él, puede que haya alguien que esté vigilando nuestros avances. Es la primera parada, no cabe duda. O, al menos, deberíamos hacerla. Hay que confirmar que ha vuelto a coger el fusil. Si no es así, aquí paz y después gloria. Lo del yoga y la meditación habla de sus intenciones solo hasta cierto punto. También hay que darle un poco al gatillo. Podrían estar esperando que lo comprobemos. Serán matones de cuarta. No le supondrán ningún problema. Y podríamos sacarles algo.

—Si se trata de él.

—Y si no, pues menos de lo que preocuparse.

—¿Por qué yo? Hay multitud de agentes federales por el mundo. Ellos harían muy bien las veces de cebo. Mejor que yo, probablemente. Podrían aparecer con las luces y las sirenas.

—¿Sabe cuántos estadounidenses tienen autorización de seguridad para conocer secretos de Estado hoy en día?

—Ni idea.

—Casi un millón, y la mitad son civiles. Ejecutivos y gente de negocios, contratistas y subcontratistas. En el mejor de los casos, de ese millón solo habrá unos doscientos que pasen información realmente comprometedor a los del otro bando.

—Parece usted O'Day.

—No suele equivocarse.

—Pero es un paranoico.

—De acuerdo, déjelo en la mitad. Tenemos cien traidores con acceso a importantes secretos de Estado. La seguridad nacional está fuera de control. Lleva así una década. No obstante, ahora mismo este proyecto lo controlamos muy de cerca. Apenas se está distribuyendo la información. De momento, el general O'Day prefiere contar solo con gente en la que confía.

—Ni siquiera puedo alquilar un coche. No tengo ni carné de conducir ni tarjeta de crédito.

- Le acompañará Casey Nice —me dijo Shoemaker—. Tiene edad para conducir.
—Entonces será parte del cebo.
—Sabe para qué se alistó. Y es más dura de lo que parece.

Mi plan táctico detallado consistió en recoger el cepillo de dientes del cuarto de baño y copiar la última dirección de John Kott: una casa alquilada en medio de ninguna parte, en la esquina inferior izquierda del estado, donde Arkansas se convierte en Oklahoma, Texas o Louisiana. Casey Nice entró en su contenedor blanco con el traje negro de falda y chaqueta y salió a los cinco minutos con unos vaqueros y una cazadora de cuero marrón. Sin lugar a dudas, aquel atuendo era más adecuado para la esquina inferior izquierda de Arkansas.

Nos asignaron el mismo avión. La misma tripulación. Dejé que Casey Nice subiera la escalerilla por delante de mí, que es lo más cabal que puedes hacer cuando uno de los dos es una veinteañera con vaqueros y el otro no lo es. Me senté en la misma butaca y ella en la de enfrente. Esta vez el auxiliar de vuelo lo sabía todo acerca de adónde nos dirigíamos: a Texarkana, un aeropuerto civil en el que podríamos alquilar un coche. No se trataba de una ruta del Gran Círculo. Hacia el oeste y hacia el sur, poca cosa, sobrevolando Georgia, Alabama y Mississippi. Iría bien una cafetera, a menos que Casey Nice quisiera una taza.

—Shoemaker me ha dicho que sabe para qué se alistó —le comenté.

—Eso creo —me contestó.

—Que fue ¿para...?

—Es por esa teoría. Ya sabe a qué me refiero. La que dice que debemos trabajar unidos. Que, en el futuro, nos fusionaremos unos con otros. Bajo cuerda, claro está. Así que debemos obtener reconocimientos. Lo que me parece bien. Tengo que estar preparada. La parte más importante de mi carrera se va a desarrollar en el futuro.

—¿Y qué reconocimientos ha conseguido hasta el momento?

—Esta misión no me quita el sueño, si es a eso a lo que se refiere.

—Me alegro —le dije.

—¿Debería quitármelo?

—¿Ha estado alguna vez en un hotel con una de esas camas la mar de grandes? De esas de más de dos metros. Si en algún momento salimos a campo abierto, esa es la distancia a la que quiero que se mantenga de mí. Más de dos metros. Porque, en el mejor de los casos, Kott no tiene nada que ver con este asunto y estaba pescando cuando su dron pasó, pero ahora ya ha vuelto a casa, a la que se llega por un camino largo y recto, y tiene un arma cargada junto a la ventana de la cocina. Depende de lo entusiasmado que esté, el primer disparo podría fallar por un metro ochenta. Ahora bien, el segundo no fallará por dos metros.

—No creo que esté en casa. Creo que está en Londres.

—¿Por qué creen que ha sido él? Los demás parecen mejores.

—Datsev estuvo en el Ejército Rojo cuando era muy joven y después pasó al Ejército ruso. Hasta hace cinco años, en que dejó el servicio. Rozan lleva más tiempo fuera del Ejército israelí. Y Carson, el británico, lleva fuera de la SAS más todavía. Lo de París lo hizo un perfil nuevo. ¿Por qué iban a tardar tanto esos tres en meterse en el negocio? Parece que se trate de alguien que lleva un año preparándose para dejar claro que está en el mercado. Alguien que acaba de retirarse.

—Sigo pensando que ha de mantenerse a más de dos metros de mí. Datsev, Rozan y Carson podrían haber estado empleados en otras labores. Como mercenarios en ejércitos o en empresas de seguridad privadas, o quizá montaran una librería de segunda mano y les fuera mal. O se les haya acabado la pensión. O puede que acaben de salir de la cárcel por delitos no relacionados entre sí. Aunque solo hubiera estado un año, Kott podría llevar en el mercado más tiempo que los demás.

—En ese caso, lo contratarían a él porque se trataría del más experimentado. Está en Londres. Estoy segura. Arkansas no me preocupa en absoluto.

A mí tampoco me preocupaba, en principio.

Aterrizamos en Texarkana y encontramos los coches de alquiler al final de una larga fila de establecimientos relacionados con el negocio de la aviación. Casey Nice sacó un carné de conducir de Maryland y su fecha de nacimiento me saltó a los ojos: tenía veintiocho años. El carné lo acompañó con la Visa de un banco de Maryland. A cambio le dieron un montón de formularios para firmar y, después, la llave de una camioneta Ford F-150, con la trasera descubierta, que, por lo visto, era la que más demandaba la gente que tomaba tierra en aquel aeropuerto.

El vehículo era rojo y tenía un GPS que se conectaba al mechero. Casey Nice introdujo en él la dirección que nos habían facilitado. El aparato empezó a hacer cálculos como si estuviera repasando sus vastos conocimientos de geografía local y, al rato, nos comunicó que teníamos por delante un viaje de ochenta kilómetros. Miré el aeropuerto mientras salíamos. Allí se quedaba nuestro avión. Por delante teníamos carreteras estrechas llenas de curvas y follaje nuevo en los árboles que corrían a los lados.

—Deberíamos parar para comer —comenté.

—¿No deberíamos hacer primero el trabajo? —respondió.

—Come mientras puedas. Es la regla de oro.

—¿Dónde paro?

—En el primer sitio que veamos.

Que resultó no ser la típica cafetería de carretera, que era lo que me habría gustado. Por el contrario, llegamos a un pulcro pueblecito que había prosperado a partir de un cruce de caminos, donde encontramos un complejo comercial pequeño y nuevo con una gasolinera Shell en una punta y un restaurante familiar en la otra. Entre ambos había establecimientos de ofertas que vendían todo lo necesario para el día a día a precios bajos, incluidos una farmacia y una tienda de ropa. El restaurante tenía mesas de madera sencillas y platos dispares, pero los menús estaban muy bien de precio. Pedí un desayuno, que incluía café, tortitas, huevos y bacón. Casey Nice pidió una ensalada y una botella de agua. Pagó ella, cargándolo al presupuesto de O'Day, lo más probable.

Cuando acabamos me acerqué a la tienda de ropa para ver qué encontraba de color más o menos caqui en la sección de prendas baratas y cogí unos calzoncillos y unos calcetines, unos pantalones, una camisa, y una chaqueta que parecía diseñada para jugar al golf bajo la lluvia. No encontré mejores zapatos que los que llevaba. Como siempre, me cambié en el probador y dejé la ropa vieja en la papelera. Como siempre, Casey Nice estaba interesada en lo que hacía.

—Esto nos lo explicaron en la reunión que tuvimos acerca de usted, pero no sabía si creérmelo —comentó.

—¿Tuvieron una reunión acerca de mí? —pregunté.

—El general O'Day le llama Sherlock Homeless. El sin techo.

—¡Mira tú!, el que debería comprarse otro jersey.

Volvimos a la camioneta y seguimos viaje, al norte y al oeste, rodeando la esquina de Texas, camino de la línea de Oklahoma. El GPS mostraba nuestro destino, que parecía que estuviera en medio de la nada, con una bandera a cuadros blancos y negros, de esas con las que se marca el final de una carrera de coches. Esperaba que aparecieran más carreteras en la pantalla a medida que fuésemos acercándonos.

Una hora después, en efecto, habían aparecido más carreteras, todas ellas estrechas, grises y serpenteantes. También había lagos, arroyos y ríos, orientados todos ellos de tal manera que te llevaba a pensar que nos encontrábamos en un paisaje recorrido por desfiladeros. Lo que quedó confirmado con una simple mirada hacia delante, al mundo real. Achaparradas colinas boscosas, una detrás de otra, a derecha e izquierda, como una tabla de lavar. Casey Nice aparcó a kilómetro y medio de la bandera a cuadros y sacó el móvil, pero no tenía suficiente cobertura para lo que fuera que pretendía. Una imagen por satélite, quizás. Así que no teníamos más que el GPS, que había plantado la bandera a cuadros ochocientos metros al norte de la carretera en la que estábamos, más sola que la una en un mar de color verde.

—Un camino de entrada un pelín largo —dije.

—Esperemos que no sea recto —comentó.

Reemprendió la marcha, más despacio, hasta que vimos el acceso al camino, a la derecha. No era más que un sendero rocoso entre los árboles, que empezaba entre dos montones de piedras apiladas a modo de mojones y que, tras una curva que llegaba enseguida, se perdía de vista tras el follaje nuevo y verde. Había un buzón en la cuneta, oxidado, sin nombre. Justo enfrente, en la parte izquierda de la carretera, bien a la vista, había una casa. El vecino más cercano de Kott, probablemente.

—Empecemos por ahí —dije.

La casa del vecino no era nada del otro mundo, pero tampoco estaba mal. Era larga y baja, hecha con tablones marrones. Tenía una zona de gravilla justo delante y había una camioneta aparcada en ella. Daba la impresión de que detrás encontrarías un jardincito. A un lado había una antena parabólica de televisión tan grande como un coche familiar, y al otro, una lavadora comida por el óxido y con los tubos por el barro, descoloridos y podridos.

Toqué el timbre con un nudillo y oí el sonido de unas campanillas provincianas en el interior. Nada. Al rato oímos pasos y un tipo salió de detrás de la casa, por el lado de la lavadora. De unos cuarenta años, con el pelo al rape y la barba igual, el cuello ancho y mirada de escepticismo. Su cara habría sido de lo más corriente de no ser porque le faltaba un diente, el incisivo lateral izquierdo superior. Nos preguntó con tono neutro:

—¿En qué puedo ayudarlos?

Lo que, por experiencia, sé que es una pregunta que puede preceder tanto a la

colaboración más sincera y desinteresada como a un tiro en la jeta.

—Buscamos a John Kott —respondí.

—Pues yo no soy —contestó.

—¿Sabe dónde vive?

Señaló, a modo de evasiva, el otro lado de la carretera, el camino que se abría allí.

—¿Está en casa? —dije.

—¿Quién lo pregunta?

—Un colega.

—¿De qué?

—De la cárcel.

—¿Por qué no pilla el carro y lo comprueba usted mismo?

—Es de alquiler. Si se te pincha una rueda te hacen pagarla, y ese camino no tiene buena pinta.

—No sé si está.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo ahí?

—Un año, más o menos.

—¿Tiene trabajo?

—No creo.

—Entonces, ¿cómo paga el alquiler?

—Ni idea.

—¿Lo ve ir y venir?

—Si coincide que estoy mirando.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—No sabría decirle.

—¿Hoy? ¿Ayer?

—No sabría decirle. No paso mucho tiempo mirando.

—¿Hace un mes? ¿Dos?

—No sabría decirle.

—¿Qué coche tiene? —le pregunté.

—Una vieja camioneta azul —respondió—. Una Ford del año de la polca.

—¿Ha oído alguna vez disparos por allí arriba?

—Allí arriba..., ¿dónde?

—En el bosque. En las colinas.

—Esto es Arkansas —dijo.

—¿Suele recibir visitas el señor Kott?

—No sabría decirle.

—¿Suelen venir extraños por aquí?

—¿A qué se refiere con extraños?

—Pues a gente de fuera, por ejemplo.

—Son ustedes los primeros en mucho tiempo.

—Nosotros no somos ni extraños ni de fuera. Ni lo uno ni lo otro —le aseguré.

—¿Dónde nació usted? —me preguntó.

Para lo que no tenía una buena respuesta. Por mi acento, le quedaba claro que no era del Sur. Y si le decía en Nueva York, Chicago o Los Ángeles se quedaría igual. Así que le dije la verdad.

—En Berlín Oeste.

No dijo nada.

—Familia de marines —comenté.

—Yo estuve en las Fuerzas Aéreas. Los marines no me caen bien. Una panda de fanfarrones que solo persiguen medallas, eso es lo que pienso.

—No me he ofendido —le dije.

El tipo se giró y miró a Casey Nice de arriba abajo y de abajo arriba, despacio, luego le dijo:

—Seguro que usted nunca ha estado en la trena.

—Porque soy más lista y nunca han conseguido pillarme.

El tipo sonrió y se pasó la lengua por el hueco del diente.

—¿Haciendo qué, señorita?

—Debería ir al dentista —le soltó—. Le quedaría una bonita sonrisa. Y retirar la lavadora del terreno de la entrada. Va contra la ley que la tenga ahí.

—¿Me está tomando el pelo?

Dio un paso adelante y se la quedó mirando. Luego me miró a mí. Le devolví una mirada inexpresiva, como si en veinte centésimas de segundo fuera a decidir si dejarlo cojeando durante una semana o en silla de ruedas de por vida. Vaciló y dijo:

—Espero que lo pasen bien con su colega. —Y desapareció por detrás de la casa, esta vez por el lado de la antena parabólica.

Nos quedamos allí un segundo, bajo el débil sol de primavera, después volvimos a la camioneta alquilada y cruzamos la carretera como si fuera un badén de dos carriles, directos hacia la entrada del sendero pedregoso de John Kott.

El sendero era poco mejor que el lecho de un río seco pero, al menos, no era recto. Al principio. De la carretera salía describiendo una curva suave, y luego giraba bruscamente a la derecha, después subía una ladera antes de volver a la izquierda y alinearse con el desfiladero que reseguía. Luego había una curva cerrada a la derecha y no veíamos nada más allá. Casey Nice iba inclinada hacia delante, luchando con el volante, que corcoveaba en sus manos.

—Es mejor que vaya apoyada en el respaldo. De hecho, debería echar el asiento hacia atrás —le dije.

—¿Por?

—Porque debería poder tirarse al suelo con facilidad en cuanto comience el tiroteo. No sé si el motor de este cacharro será de hierro o de aluminio, pero cualquiera de los dos le proporcionará una buena protección. Siempre que no la mate a las primeras de cambio.

—Está en Londres.

—Uno de ellos. Los otros tres no.

—Es el mejor de los cuatro.

—Ha pasado quince años en prisión.

—Con un plan. Que puede haber funcionado o no. Si lo ha hecho, si ha funcionado, es tan bueno como antes. Lo que sería más que suficiente para que fuera quien disparó en París. O podría, incluso, ser mejor que antes. ¿Ha pensado en eso? Aunque eso, como quien dice, equivaldría a ser sobrehumano.

—¿Es ese el análisis oficial del Departamento de Estado? Deberían dedicarse ustedes a los pasaportes y a los visados.

Seguimos subiendo hacia la curva cerrada y sin visibilidad. No vimos nada de vigilancia. Nadie monitorizaba nuestro avance. Aquel desfiladero tenía que resultar poca cosa desde el aire, como un arañazo en la espalda de un amante, pero cara a cara, a escala humana, era de lo más impresionante. No tendría más de nueve metros de profundidad, como si fuera un gran tajo, y el fondo estaba lleno de rocas rotas y cantos rodados, por lo que no crecía nada en él a excepción de malas hierbas y arbustos resistentes. No volvía a haber árboles hasta el borde superior de la ladera, árboles a los que les estaban saliendo hojas nuevas que, a pesar de estar aún rizadas y no haber alcanzado todo su tamaño, eran tan numerosas que estorbaban la vista.

—Quizá sería mejor que siguiéramos a pie —sugerí.

—¿A más de dos metros de distancia el uno del otro?

—Por lo menos.

Redujo la velocidad hasta que la camioneta se detuvo con un rebote. No había por dónde salir. El sendero tenía la anchura justa para que cupiese una camioneta. Lo que estaba bien.

—Si ha ido al supermercado, lo oiremos volver. Tocaré el claxon cuando vea el

vehículo en medio.

—Está en Londres.

—Quédese en la camioneta si quiere.

—No quiero.

—Entonces, vaya usted primero. Como si vendiese enciclopedias. No le disparará.

—¿Está seguro?

—Aún no le ha desafiado.

—¿Ve como sabe algo de él?

—Yo la seguiré a unos veinte metros. Grite si hay algún problema.

Observé cómo se adelantaba. Avanzaba pisando las piedras del centro del camino con tiento, con cuidado, como si aquella especie de lecho de río llevara agua y fuera importante que no se mojase los pies. La seguí cuando llevaba recorridos cerca de veinte metros, dando pasos más largos pero más lentos, pisando como si estuviera escalando una colina, aunque la pendiente era gradual. Casey Nice se detuvo antes de la curva cerrada y miró hacia atrás. Me encogí de hombros y ella siguió adelante y la perdí de vista. Me quedé quieto un momento y escuché con gran atención, pero no oía nada más que el ruido de las piedras bajo sus pies, así que reemprendí la marcha, un poco más rápido, con la intención de que volviera a separarnos la misma distancia del principio.

Después de la curva venía un largo trecho recto que ascendía pegado al desfiladero, y al final del cual parecía haber un claro entre los árboles, y una casa construida con los mismos tablones marrones que la del vecino. Y un punto de pintura azul apagada, a la izquierda, entre las hojas distantes. Quizá también una camioneta aparcada, una del año de la polca. Unos noventa metros me separaban de todo aquello.

Casey Nice se había apartado hasta el borde del sendero y ascendía por él. Eso la obligaba a ir más despacio, pero supuse que ahí se sentía más segura. Como yo. Avancé de lado hasta el borde opuesto. Era mejor no presentar un único blanco lineal. Como lo era que la muchacha no muriera por un disparo fallido contra mí, y que no lo hiciera yo por uno fallido contra ella.

Continuamos adelante, con paso sincronizado y en diagonal, hasta que llegó al borde del claro, donde se detuvo y miró hacia atrás. Le hice la vieja señal de infantería para «esperar», pero la entendió. Retrocedió un paso hacia los árboles. Crucé el sendero en tres zancadas y me uní a ella.

—¿Quiere que llame a la puerta? —me preguntó.

—Me temo que no queda más remedio.

—¿Tendrá perro?

—Ya habría ladrado.

Asintió, respiró hondo y salió de entre los árboles. El sonido de sus pisadas cambió: de caminar sobre piedras a hacerlo sobre gravilla. Llamó a la puerta. No había timbre. Tan solo el sonoro «toc, toc, toc» de sus nudillos sobre la madera, que podría haber parecido apremiante en la ciudad, pero que resultaba apropiado en el campo, donde la gente puede estar atareada fuera de casa.

No respondió nadie. No se oyeron pisadas ni chirridos en el interior, ni movimientos apresurados o crujidos alrededor de la casa.

Nada.

Volvió a llamar.

«Toc, toc, toc».

Silencio. No respondió nadie. No había nadie en casa, nadie nos observaba, nadie nos vigilaba.

Abandoné los árboles y me uní a ella. La mayor parte de las ventanas tenían las cortinas corridas, y lo poco que alcanzamos a ver del interior fueron habitaciones normales y corrientes amuebladas por poco dinero años atrás. La casa era una finca larga de una sola planta, de estilo muy parecido a la del vecino de abajo. Puede que incluso la hubiera levantado la misma gente, en la misma época. Era robusta. El claro en el que se alzaba era de tierra compactada con algo de gravilla esparcida con poco entusiasmo. Las malas hierbas del año anterior volvían a salir, más pobres alrededor de la entrada principal por tratarse de un sitio de paso, y lo mismo pasaba en la trasera y en los caminos curvados que llevaban desde ambas puertas hasta donde estaba aparcada la camioneta azul.

En efecto, era una Ford del año de la polca. Cien pavos en metálico, lo más probable. Perfecta para alguien que acabara de salir de Leavenworth. Estaba fría como el hielo y parecía que no se hubiera movido en un tiempo, pero ¿cómo asegurarlo en el caso de un vehículo tan viejo?

Casey Nice buscaba escondites en los que se pudiera guardar una copia de la llave, pero su ausencia era notable. No había macetas junto a la entrada, ni estatuas, ni leones de piedra.

—¿Forzamos la puerta? —me preguntó.

Vi un tercer camino. Era poco más que una depresión larga y poco profunda, con malas hierbas aquí y allí, de menor tamaño aún y con las hojas oscuras y pisoteadas. Dejaba atrás la vieja camioneta y subía hasta el siguiente desfiladero.

—Vamos a investigar eso primero —le respondí.

Me siguió en fila india hasta el bosque, a derecha e izquierda, y llegamos a la cara oriental de un desfiladero. Era muy similar al otro por el que habíamos venido, una herida en el terreno, también este de unos nueve metros de profundidad, como una larguísima bañera. Un antiguo suceso geológico. Efecto de la glaciación, lo más probable, hace millones de años, rocas gigantescas incrustadas en incontables toneladas de hielo, moliendo el paisaje, lentas pero seguras, como un arado en un campo. Al igual que su gemelo, el fondo estaba lleno de piedras y apenas crecía nada

en él. A cada uno de sus lados los árboles eran altos, lo que acentuaba la profundidad de la trinchera y exageraba su largura.

Había tres árboles caídos. Allí mismo, en la parte oriental. Tres pinos hechos y derechos. Dos de ellos yacían en paralelo, a unos tres metros el uno del otro, y cruzaban el desfiladero como si fueran los pilares de un puente. El tercero lo habían cortado con una motosierra en trozos de unos tres metros, que habían amarrado después a lo largo del hueco que había entre los otros dos troncos para conformar una plataforma sólida sobre la cual había, muy bien claveteado, un tablero de contrachapado para exterior de dos metros y medio por uno veinticinco.

—¿Para qué será? —preguntó Casey Nice.

Subimos al puente y avanzamos por él muy poco a poco, valiéndonos de las ramas que teníamos a mano para no perder el equilibrio, inestable por momentos, hasta que llegamos al tablero y miramos en derredor. A derecha e izquierda solo había árboles. Frente a nosotros, el desfiladero corría en dirección oeste, larguísimo, recto y estrecho. Lo poco que crecía en él quedaba muy por debajo de nosotros. Casi no alcanzábamos a ver la parte más alejada. Había allí como una mancha grisácea, una interrupción, como si la trinchera acabara antes de lo esperado, quizá debido a un desprendimiento de rocas de eones de antigüedad.

Bajé la mirada y vi dos formas vagas en el contrachapado, ovaladas, cada una de ellas del tamaño de un huevo de avestruz o un poco más pequeñas que un balón de fútbol americano, una al lado de la otra, como las huellas de una persona que hubiera permanecido allí de pie. Las formas eran grises, o un tanto plateadas, de ese color del que queda el contrachapado cuando lo rozas con metal, y también había grafito, grasa de lubricante y las habituales porquerías del aire que se adhieren a este último, porque el aceite jamás deja de estar pegajoso.

Me acuclillé y recorrí las formas con el dedo.

—Un fusil de ese tamaño necesita un bípode en el antebrazo. Las patas se pueden asegurar hacia delante o hacia atrás. Engrasó un poco las bisagras, para protegerlas, como haría una persona cuidadosa, y limpió el exceso con un trapo, que luego pasó por las patas para evitar la corrosión, en especial la de los pies que, al fin y al cabo, son la única parte que llega a tocar el suelo, y vino a practicar tantas veces y en tantas posturas diferentes que dejó marcas de este tamaño.

—Sherlock Homeless —dijo.

Me quedé mirando la parte más alejada del desfiladero.

—Suponga que aquellas piedras de allí le servían de balda o mesa. Suponga que era allí donde ponía los objetivos.

—¿Qué piedras? —preguntó.

Medimos la distancia con pasos, caminando en paralelo por el bosque, sin desviarnos, compensando los obstáculos que suponían los árboles que teníamos que esquivar,

dando cómodos pasos de un metro en mi caso, contando ella en silencio al principio, hasta que llegó a mil ciento cincuenta. Entonces empezó a musitarlos, por rutina, y a decirlos en alto después, con más claridad y emoción, al tiempo que la cantidad de metros seguía aumentando, y hasta acabar en voz baja, perpleja, cuando me puse justo al lado de la última de las rocas grises caídas y dijo:

—Mil trescientos.

En efecto, y por lo que podía deducir, aquellas rocas habían caído por causa de un antiguo desprendimiento. Y, en efecto, servían a la perfección de balda o mesa. Solo treinta centímetros de profundidad y algo más de un metro de largo en la parte más plana. Más que suficiente para poner montones de latas y botellas. Había esquirlas de metal y vidrio pulverizado por doquier. Tiras blancas también, como si hubiera dispuesto dianas de papel de vez en cuando. Había multitud de lascas y las rocas estaban llenas de agujeros que parecían cráteres. Estaban muy dañadas. Habían recibido cientos y cientos de disparos. Puede que miles.

—Necesitamos un recipiente —dije.

—¿De qué tipo? —preguntó.

—Con algo pequeño nos vale. —Señalé las lascas, las esquirlas y los demás restos—. Deberíamos llevarnos algunos de estos restos. Para la cromatografía de gases. Tenemos que descubrir si se trata de las mismas balas.

Casey Nice se dio unas palmaditas en los bolsillos y vi cómo le venía una idea a la cabeza y la descartaba, y cómo volvía a sopesarla cuando se había quedado sin alternativas. Me miró un poco avergonzada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Tengo un pequeño bote de pastillas —comentó.

—Con eso nos vale.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un botecito naranja con una etiqueta. Abrió la tapa, que hizo ¡plop!, y vació el contenido en la palma de la mano. Se metió las pastillas en el bolsillo, volvió a ponerle la tapa y me lo tendió.

—Gracias.

Fui amontonando polvo, arenilla y restos, y metiéndolo todo en el bote a pellizcos, con el índice y el pulgar, una y otra vez. No sabía lo que era una cromatografía de gases, pero tenía claro que se trataba de algo muy sofisticado capaz de analizar hasta la muestra más diminuta. Pero necesitábamos fragmentos del metal, porque quería que nuestras probabilidades aumentaran, así que seguí pellizcando e introduciendo restos hasta que el botecito estuvo lleno un poco por encima de la mitad. Le puse la tapa y me lo guardé en el bolsillo.

—Vale, ahora sí que vamos a forzar la puerta.

Cosa que hicimos reventándola de una patada. No fue complicado. Cuestión de fuerza, qué duda cabe, que es el producto de multiplicar la masa por la velocidad al cuadrado. Y es ese cuadrado lo que te indica que la clave es la velocidad, no el peso. Ganar nueve kilos de músculo en el gimnasio está bien porque añade nueve kilos a la fórmula, pero mover los pies un veinte por ciento más rápido es mejor. Te hace un favor un cuatrocientos por ciento mayor. Porque es la velocidad lo que se eleva al

cuadrado. Es decir, que la multiplicas por sí misma. Dinero fácil. Como en el béisbol. Puedes golpear despacio con un bate pesado o rápido con uno ligero. Con la primera opción mandarás la pelota hasta la valla del fondo, pero con la segunda la enviarás a las gradas. Un principio que muchos olvidan. La gente trata las puertas con demasiado respeto. Las mira con cautela, se acerca y, después, hace poco más que presionar la suela contra la madera.

Yo no. Elegí la puerta de atrás en vez de la principal porque parecía de categoría inferior en varios aspectos: el grosor, los goznes y la cerradura, y porque allí detrás la carrerilla podía ser mayor. Necesitaba tres pasos grandes. Que di como si pasease. No son necesarios aspavientos. Mientras estuviera en movimiento, el muslo se movería más rápido; la pierna, todavía más; y el pie, más si cabe. De este modo el talón reventaría la cerradura como si fuera de cristal.

Que es lo que sucedió. Cogí la puerta cuando rebotó y Casey Nice entró delante de mí. A una cocina. Pasé tras ella y vi encimeras y armarios, un fregadero de metal, un refrigerador del color del aguacate y una campana extractora de metal prensado, con esas curvas abombadas como las de los automóviles de los años cincuenta. Las encimeras estaban mates y los armarios los habían pintado de un color lamentable que bien podría haber sido verde, marrón o cualquier tono intermedio entre ambos.

El aire, que no se movía, olía a seco, y tampoco había los habituales olores de una cocina. Ni cebollas ni basura. Solo una nada neutral e inorgánica.

El aire olía a viejo.

Casey Nice avanzó hacia la puerta que daba al pasillo.

—¿Preparado?

—Espere —le respondí.

Me paré a escuchar esas ligeras vibraciones que emite todo ser vivo. Pero no oí nada. La casa estaba en silencio y vacía. Abandonada incluso, como si llevase mucho tiempo vacía.

—Yo miraré en la sala de estar —le dije—. Mire usted en los dormitorios.

Fue la primera en salir al pasillo, recubierto de paneles de contrachapado con manchas marrones. Miró a su alrededor y se dirigió a la izquierda, por lo que yo fui a la derecha, donde encontré una sala de estar a la que había adosado un comedor que le daba forma de «L» al espacio. Era una sala espaciosa y de proporciones elegantes, pero casi todas las paredes estaban revestidas de madera oscura, lo que le daba aspecto de cueva, y las que no, tenían un insulso papel pintado, de esos que ponen en los hoteles de dos estrellas. Había un sofá, una otomana y dos sillones, todo ello tapizado con pana marrón, ya raída. También había dos mesitas auxiliares y no se veía ninguna televisión. Tampoco había periódicos ni revistas. Ni libros. No había teléfono. No había un jersey viejo sobre el brazo de uno de los sillones, ni un vaso con restos secos de cerveza, ni un cenicero usado. Nada personal. Nada. No había señales de vida, excepto la tela raída y las depresiones del sofá.

—¡Reacher! —gritó Casey Nice desde la otra punta de la casa.

—¿Qué?

—Venga a ver esto.

Había algo en el tono de su voz.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

—Tiene que verlo.

Así que fui hacia la habitación de la que provenía su voz y, al entrar, me encontré frente a frente conmigo mismo.

Era una fotografía, qué duda cabe. En blanco y negro. De mi jeta. Ampliada a tamaño real. En una fotocopistería, lo más seguro. En tamaño folio, ocupaba casi hasta los bordes. Clavada con chinchetas en la pared. A metro noventa y cinco del suelo. Debajo, había varios folios más, como azulejos, solapándose aquí y allí, dando forma a un cuello, unos hombros, un torso, unos brazos y unas piernas, y en ellos había bosquejado a mano el resto de mí con un rotulador indeleble de color negro, como si pretendiera mantener ese tono como de hollín que la Xerox le había dado a mi rostro. Un humano de tamaño natural, allí mismo, de pie, alerta, con los pulgares hacia delante, plantado firmemente y con unos zapatos dibujados con todo lujo de detalles, incluidas las lazadas de los cordones.

En general, estaba bastante bien hecho. A mi madre no la habría engañado, pero se me parecía bastante.

Tenía un cuchillo clavado en el pecho. Más o menos por donde tengo el corazón. Uno de esos grandes de cocina, de unos veinticinco centímetros, doce de los cuales se hundían en la madera.

—Y hay más —dijo Casey Nice.

Ella estaba de pie en un cuarto, pensado quizá para alojar una cama. Pasé y vi que la pared del fondo estaba cubierta de recortes de periódico. Artículos acerca de mí. En lo más alto, la misma fotografía que en el dormitorio, también a tamaño real. Debajo, allí de donde provenía: la página de mi biografía de mi expediente del Ejército, con mi foto de carné pegada en la esquina superior derecha, fotocopiada con nitidez. Debajo de la biografía había decenas de folios más, todos ellos fotocopiados, todos clavados con chinchetas, unos con otros, ordenados de alguna manera.

Seleccionados de alguna manera.

Mis errores. Informes de actuación, en su mayoría, en los que se admitía la pérdida de pruebas y conexiones, los riesgos corridos que habían salido mal. Treinta páginas enteras dedicadas a Dominique Kohl.

Mis errores.

—¿Quién era? —me preguntó Casey Nice.

—Trabajaba para mí. La envié a que arrestara a un fulano. La capturó, la mutiló y la mató. Debería haber ido yo.

—Lo siento.

—Y yo.

Estudió las páginas durante un minuto y comentó:

—Cómo iba a saber usted que le pasaría eso...

—Tenía la misma edad que usted —le dije.

—Me temo que hay más —comentó.

Me llevó a otro de los dormitorios, en el que, sobre una mesa, vi lo que me pareció un soporte casero, excelente para clavar objetivos de papel en él, excelente para apoyarlo en una balda de piedra a mil trescientos metros del fusil. Un trabajo admirable, de no ser porque los objetivos de papel que utilizaba eran mi fotografía. Igual que antes, a tamaño natural. Había dos montones. En uno, los usados. En el otro, los sin usar. Estos últimos eran como el que ya había visto. Mi cara, borrosamente fotocopiada casi hasta los bordes del papel. Los que estaban usados eran todavía peor. Había muchos destrozados casi por completo, ya fuera por los daños causados por una bala del calibre 50, ya por las lascas que habían saltado del cráter producido por el disparo, o por ambos. Aunque algunas copias habían encajado mejor el impacto. Una de ellas no tenía ningún tipo de marca excepto por un agujero limpio de algo más de un centímetro justo debajo del pómulo derecho. Otra tenía un agujero en la comisura derecha de los labios.

A mil trescientos metros. A la izquierda y un poco bajo, pero un buen disparo, sin duda.

E iba mejorando.

Según ibas bajando, muchos seguían estando destruidos, pero los buenos eran la hostia de buenos, incluidos tres con el agujero justo entre los ojos: uno un poco caído a la izquierda, otro un poco caído a la derecha, y el tercero en el mismísimo centro.

A mil trescientos metros.

Casi un kilómetro y medio.

—¿De cuándo es la fotografía? —preguntó Casey Nice.

—Podría tener veinte años como mínimo —respondí.

—Podría haber conseguido el expediente antes de que lo enviara a la cárcel.

Negué con la cabeza.

—Algunos de esos errores sucedieron después de que estuviera encerrado. Lo consiguió cuando salió.

—Parece que está muy cabreado con usted.

—¿Eso le parece?

—Está en Londres.

—No estoy tan seguro. ¿Por qué razón iba a viajar hasta allí? Si tan cabreado está conmigo, ¿por qué iba a cruzar el charco?

—Por muchas razones. La principal, el dinero. Porque este trabajo le va a reportar una paga de lo más suculenta, créame. Pero otra bien podría ser que es incapaz de dar con usted. Es muy difícil localizarlo. Podría tirarse toda la vida buscando. Seguro que no lo tuvo en cuenta.

—Puede ser. Sin embargo, ya no hace falta que siga buscándome. Soy yo quien ha llamado a su puerta. Y hay tres probabilidades sobre cuatro de que esté aquí.

—A estas alturas podría habernos disparado mil veces. Pero no lo ha hecho.

Porque no está aquí.

—¿Y alguna vez lo ha estado? ¿Dónde están sus cosas?

—Yo diría que no tiene nada. Puede que solo un saco de dormir y una mochila. Que lleve una vida monacal, o como sea que se llame a eso de dedicarse a la meditación. Lo recogió todo y se lo llevó a París. Y después, a Londres.

Lo cual tenía sentido. Asentí. John Kott no había tenido nada durante quince años. Quizá se hubiera acostumbrado. Miré largo y tendido el objetivo con el impacto entre los ojos, en el mismísimo centro, y dije:

—Vámonos.

La vuelta a nuestra camioneta fue mejor de lo que había esperado. Gracias a los árboles. La geometría hace que sea imposible acertar a larga distancia a un objetivo que camina por un bosque. Siempre habría un tronco de por medio, ya fuera para detener la bala, ya para desviarla de forma impredecible. Era bastante seguro.

El sendero no era tan ancho como para dar la vuelta y no queríamos tener que ir marcha atrás hasta la carretera, así que condujimos hasta la casa, viramos en redondo sobre la zona de tierra y gravilla, y bajamos de cara. No vimos nada ni a nadie en el camino, y la carretera de dos carriles estaba vacía. Le pedimos al GPS que nos llevara de vuelta al aeropuerto y enseguida se puso a hacer sus cálculos. Los mismos ochenta kilómetros, pero en sentido contrario.

—Le pido disculpas —dije.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque he cometido un error de bulto. Supuse que era usted la típica del Departamento de Estado cedida a la CIA para que obtenga reconocimiento y experiencia. Y que eso podría hacer que la situación la superara un poco. Pero es al revés, ¿me equivoco? Es agente de la CIA y está cedida al Departamento de Estado. Para obtener reconocimiento y experiencia. Sobre pasaportes, visados y todo tipo de papeles. Vamos, que la situación no la supera en absoluto.

—¿Qué me ha delatado?

—Un par de detalles. La señal de infantería que le he hecho con la mano. La conocía.

Asintió.

—He pasado mucho tiempo en Fort Benning.

—Y que es usted muy resolutiva.

—¿No me comentó que Shoemaker le había dicho que soy más dura de lo que parezco?

—Pensé que intentaba justificar el gran riesgo que suponía que la enviase conmigo.

—Y, por cierto, el Departamento de Estado no solo se dedica a hacer pasaportes y visados. Hace de todo. Incluso supervisar operaciones como esta.

—¿Y cómo lo hace? Esta operación la llevan O’Day y dos de la CIA: Scarangelo y usted. El Departamento de Estado no está involucrado.

—Yo represento al Departamento de Estado. Como bien acaba de decir. Durante un tiempo. Y en teoría.

—¿Y está manteniendo al tanto a su jefe temporal y teórico?

—No del todo.

—¿Por qué?

—Porque este asunto es importantísimo para el Departamento de Estado. Si el culpable es el británico, el ruso o el israelí, tenga por seguro que dejaremos que sea el Departamento de Estado quien se ponga la medalla, pero hasta que estemos seguros este seguirá siendo un proyecto que controlaremos muy de cerca.

—¿Es así como lo denominan ahora?

—Lo de «alto secreto» ya estaba cogido.

—Ha salido en los titulares de todo el planeta, ¿cómo de secreto pretenden que sea?

—Mañana, la noticia empezará a perder interés. Los franceses van a efectuar una detención. Eso calmará los ánimos.

—¿A quién van a arrestar?

—A un cabeza de turco. Seguro que encuentran a algún pobre hombre ansioso por hacerse pasar durante tres semanas por un terrorista con ojos de loco. A cambio de favores en algún otro lado, claro. Seguro que ya han empezado con el proceso de selección. Lo que nos da tiempo y espacio para trabajar.

—Son mil trescientos metros —dije—. Eso es lo importante. No quién dispara. Necesitan un perímetro. De al menos mil seiscientos metros.

—O podrían esconderse en conejeras. Cosa que quizá tengan que hacer de verdad antes o después. Hasta entonces, preferimos tomar acciones preventivas. Tenemos que arrestar a John Kott. No queremos ser los únicos que no detienen al suyo.

—¿Qué tal lo llevan los demás?

—Ya ha oído lo que ha dicho O’Day esta mañana. Tienen nombres, fotografías e historiales.

—¿Nada más?

—Tienen lo mismo que nosotros. En estos momentos estamos en igualdad de condiciones.

Llegamos al aeropuerto, devolvimos la camioneta y caminamos hasta una puerta de alambre que había en una verja también de alambre. Allí nos recogió un carrito de golf y nos llevó al avión. Dos horas después estábamos de vuelta en Pope Field, donde descubrimos que habíamos dejado de estar en igualdad de condiciones.

Y no lo estábamos porque los israelíes habían dado con el suyo. Habían localizado al señor Rozan. Estaba de vacaciones. En el Mar Rojo. A los que lo vigilaban se les pasó su marcha. Pero ya estaba de vuelta. Camareros de varios bares y restaurantes confirmaban su coartada. Indiscutible. No había estado en París. Rozan no era uno de los candidatos. Quedaba fuera de la lista.

—Lo que hace nuestra labor un poco más urgente —dijo O’Day.

A O’Day también le gustaba reunirse por la tarde. Volvíamos a estar en la misma habitación de arriba, la de las mesas adosadas entre sí. O’Day, Shoemaker y Scarangelo sentados ya, y Casey Nice y yo recién llegados, con el zumbido del avión silbando aún en los oídos. Les contamos lo que habíamos encontrado en Arkansas y les entregamos el polvillo y los restos que habíamos recogido, pero en una bolsita para pruebas, no en el botecito de pastillas. A Shoemaker le decepcionó que no encontráramos vigilancia. Le habría encantado que el cebo funcionara. O’Day comentó que era comprensible que John Kott estuviera obsesionado conmigo.

—Me gustaría saber cómo consiguió mi expediente —le dije.

—Lo más probable es que por medio de algún amigo que tenga en algún departamento administrativo —comentó—. Se trata de un archivo normal y corriente en un almacén normal y corriente de Missouri.

—No tiene amigos en ningún departamento administrativo. Ni siquiera los tenía en su unidad. Nadie quiso mentir por él.

—Pues lo compraría.

—¿Con qué? Acababa de salir de Leavenworth. Y luego fue a la parte trasera de su casa y disparó un millar de proyectiles del calibre 50, que cuestan como cinco pavos cada uno. Incluso en Arkansas. ¿De dónde sacó tanto dinero?

—Lo investigaremos.

—¿Cómo? No tienen medios. No me vengán otra vez con la chorrada esa de la seguridad nacional. Ahora esto es una investigación policial. Tenía un campo de tiro de mil trescientos metros y dinero suficiente para practicar cuanto quisiera. ¿Es una coincidencia? ¿O fue elegido hace mucho tiempo ese apartamento parisino con terraza? ¿Entrenaba específicamente para eso? De ser así, podríamos estar ante una conspiración que se lleva gestando casi un año. Necesitamos datos. Como, por ejemplo, a quién pertenece el apartamento de París.

—¿Se está ofreciendo voluntario para ser nuestro policía?

—Pensaba que era el cebo.

—Podría ser ambos.

—No me ofrezco voluntario para nada. Regla fundamental del soldado.

—Pues quizá debería. No va a vivir tranquilo ahora que ha visto lo que ha visto.

—Yo diría que en el mundo hay una decena de personas la leche de cabreadas conmigo. ¿Por qué iba a importarme que haya una más? Ninguna de ellas va a

encontrarme jamás.

—Nosotros le hemos encontrado.

—Es diferente. ¿Creen que iba a responder a un anuncio de Kott?

—¿Y va a dejarlo en libertad?

Método socrático.

—No soy su agente de la condicional.

—Está usted en buena forma para su edad, Reacher. No me cabe duda de que el estilo de vida que ha elegido le proporciona muchas oportunidades de hacer ejercicio. Caminar, en su mayor parte, supongo. Que es el mejor ejercicio, por lo que me dicen. Pero usted no lo hace por recomendación del médico. Es parte de su atractivo, ¿verdad? Campar a sus anchas, sol, horizontes lejanos. O la ciudad, con ruidos y luces, con todo su trajín y bullicio, y un circo allá donde mire. Le gusta caminar. Le gusta la libertad.

—¿Adónde quiere llegar?

—No será lo mismo ahora que hay un francotirador buscándole.

Joan Scarangelo me miraba fijamente a los ojos, desafiándome a que lo negara.

—En especial —prosiguió O’Day—, uno tan chalado como para tirarse quince años practicando yoga y dibujar su estampa a tamaño natural en su dormitorio.

No dije nada.

—¿Qué línea de investigación policial seguiría? —preguntó O’Day.

—Kott ha dejado la camioneta en su casa. Por lo tanto, pasaron a recogerle. No se trataba de un taxi porque no tiene teléfono y alrededor de la casa no había cobertura para móviles. Estaba convenido. Como todo lo demás, sin duda. Lo que significa que ha habido gente subiendo y bajando por ese sendero durante meses. Alguien ha tenido que ver algo.

—El vecino no.

—Eso es lo que él dice. Lo han untado. E instruido.

—¿Usted cree?

Asentí.

—Se ha visto obligado a admitir que conocía a su vecino. En Arkansas sería muy raro que no fuera así. Ahora bien, le dijeron que mantuviera la boca bien cerrada sobre las idas y venidas. En cuanto le pregunté si había visto extraños por la zona, cambió de tema. Insultó al Cuerpo de Marines e intentó intimidar a la señorita Nice con una actitud lasciva.

—¿Sucedió como dice? —O’Day se dirigió a ella.

—Me he ocupado de ello —respondió Casey Nice.

—¿Qué dijo de los marines?

—Que son unos fanfarrones y que solo persiguen medallas.

—¿Era de la Marina?

—De las Fuerzas Aéreas.

O’Day asintió como si eso lo explicara todo y volvió a concentrarse en mí.

—¿Cuál es su conclusión?

—Que el vecino tiene una maleta llena de billetes detrás del armario.

—Imposible rastrearlos.

—Puede que sí, puede que no. Desde luego, él sabe quién se la dio. Y más de esos mismos billetes han tenido que acabar en la caja registradora de algún armero. Que seguro que recuerda haber vendido un millar de proyectiles del calibre 50. Es un pedido muy gordo.

—Podría haberlos comprado en varias armerías.

—En efecto. Incluso varias personas podrían haberlos comprado en pequeñas cantidades para no levantar sospechas. Y cuantas más, más vuelos entre Little Rock y Texarkana, más coches alquilados, más gasolina repostada en estaciones de servicio de la zona, y puede que multas por exceso de velocidad o por aparcamiento indebido, apariciones en los vídeos que graba la policía desde el salpicadero de sus coches, más desayunos, comidas y cenas en cafeterías y restaurantes locales, y más noches pasadas en moteles de la zona. Habría que comprobar todo eso. Y, por supuesto, lo que sabe el vecino.

O'Day abrió y cerró la boca como si estuviera practicando varias respuestas pero, al final, lo único que dijo fue:

—Está bien.

—Yo no voy a ir. No tengo autoridad. Nadie hablaría conmigo —le dije.

—Se encargará el FBI.

—Pensaba que este proyecto era alto secreto. O que estaba controlado muy de cerca, vamos.

—Divide y vencerás. No pasa nada si los demás se quedan un pedacito. Siempre y cuando ninguno tenga uno tan grande como para imaginarse el todo.

—En ese caso, recomiendo que comiencen «ayer».

—«Mañana» es lo más que voy a conseguir. —Apuntó algo en un pedazo de papel—. Los rusos están atascados. El camarada Datsev se ha desvanecido. Los británicos creen que el suyo, Carson, viaja con un pasaporte adquirido hace poco por cauces fraudulentos. Por lo tanto, están buscando personas con pasaporte nuevo que viajaran a París durante el periodo de tiempo que nos ocupa. Trenes, aviones, automóviles y barcos. Tienen casi mil nombres.

—¿Dónde vieron a Carson por última vez?

—En casa, hace un mes. Un avistamiento rutinario por parte de la División Especial, sin detener el vehículo.

—¿Y a Datsev?

—Parecido, pero en Moscú. Hará cosa de un mes. La cuestión es que a ninguno de ellos se les ha encontrado un campo de tiro de mil trescientos metros. Tengo el mal presentimiento de que se trata del nuestro.

—Carson y Datsev podrían haber entrenado en el extranjero. No necesitan disparar a tanta distancia como Kott, que tenía que ponerse al día. Puede que se

reunieran en alguna parte. Puede que se convocase una especie de prueba previa. Puede que compitieran entre los tres y el ganador se llevara el trabajo.

—Por poder, pueden ser muchas cosas —dijo O’Day.

—¿Tenemos fotografías? —pregunté.

Abrió una carpeta de color rojo y sacó cuatro primeros planos en color. Deslizó uno aparte y lo descartó. Un tipo de pelo rizado, bronceado y con cara de no haber roto un plato. Rozan, a todas luces, el israelí, de quien ya no se sospechaba. Puso los otros tres separados sobre la mesa, mirando hacia mí. El primero era un tipo de unos cincuenta años con la cabeza afeitada, la cara tan inexpresiva como un tablón de madera, y los ojos oscuros y un poco ladeados. Seguro que tenía sangre mongola.

—Fiodor Datsev —me apuntó O’Day—. Cincuenta y dos años. Natural de Siberia.

El siguiente era un tipo que, aunque parecía de piel clara, estaba curtido por el sol y el viento. Pelo corto y castaño, mirada alerta, la nariz rota y una sonrisa de medio lado que parecía, bien irónica, bien amenazadora, a tu elección.

—William Carson —señaló O’Day—. Nacido en Londres. Cuarenta y ocho años.

El último era John Kott. Hay gente que engorda con la edad, que se hincha y suda, como Shoemaker, por poner un caso. Pero Kott estaba más pequeño, enjuto, puro músculo y nervio. Sus pómulos checos asomaban prominentes y apretaba los labios con fuerza. Solo los ojos habían aumentado de tamaño. Y me miraban relucientes.

—Es la fotografía que le sacaron cuando salió de la cárcel —explicó O’Day—. La más reciente que tenemos.

Qué trío de indeseables. Junté las tres fotos y se las devolví.

—¿Qué tal llevan el foso los británicos? —pregunté.

—No van a trazar un perímetro de mil seiscientos metros —respondió Scarangelo—. Ya sabe la gran densidad de población que tiene Gran Bretaña. Sería como vaciar Manhattan. Imposible.

—¿Qué hacemos a continuación?

—Usted va a viajar a París —me dijo O’Day.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Como cebo o como policía?

—Como ambos. Pero, en especial, lo que queremos es a alguien que escudriñe el escenario del crimen. Por si acaso se nos ha pasado algo a todos.

—¿Por qué iban a colaborar conmigo? Soy un don nadie.

—Su nombre le abrirá todas las puertas. Ya he llamado para avisar. Le enseñarán a usted lo mismo que me enseñaron a mí. Tal es mi autoridad. En especial, ahora.

No dije nada.

—Habla usted francés, ¿verdad? —me preguntó Shoemaker.

—Verdad.

—Y británico.

—Un poco.

—¿Y ruso?

—¿Por?

—Los británicos y los rusos también van a enviar efectivos. Tendrá que reunirse con ellos. Sonsáqueles cuanto pueda, pero no suelte prenda.

—Puede que les hayan dado la misma directriz.

—Necesitamos que haya presencia de la CIA —dijo O'Day.

Casey Nice se inclinó hacia delante.

—Yo lo acompañaré —dijo Joan Scarangelo.

El avión era el mismo, pero la tripulación no. Piloto y copiloto nuevos, y otro auxiliar de vuelo, una mujer esta vez, todos ellos con uniforme de las Fuerzas Aéreas. Subí a bordo nada más darme una ducha, con la ropa nueva de Arkansas. Scarangelo llegó cinco minutos después, también duchada y con otro traje negro de falda y chaqueta. Llevaba una pequeña maleta con ruedas y un bolso. Teníamos por delante un viaje que duraría toda la noche, siete horas volando y seis husos horarios, por lo que llegaríamos a Francia a las nueve de la mañana, hora local. Mi butaca de siempre estaba estirada y pegada a la de al lado, también estirada, para dar forma a un diván. Las dos butacas que había al otro lado de la cabina estaban dispuestas de igual manera. Ambos divanes estaban preparados con una almohada, sábanas y una manta. Dos camas largas y estrechas separadas por un pasillito. A mí me pareció bien. Scarangelo no lo tenía tan claro. Era una mujer de cierta edad y cierta clase. Estoy seguro de que habría agradecido un poco más de intimidad.

No obstante, para el despegue tuvimos que sentarnos a una mesa, en asientos normales y corrientes, y permanecer allí un rato, porque la auxiliar de vuelo nos comunicó que iba a servirnos la cena. Que no estuvo a la altura del entorno. No era el equivalente culinario del cuero de color *toffee* y el revestimiento de nogal. Aunque tampoco era rancho del Ejército. Ni de las Fuerzas Aéreas. Simples hamburguesas en caja de cartón, recalentadas en el microondas de a bordo y de padre y madre desconocidos, compradas, lo más probable, en el restaurantucho que más cerca quedase de la entrada de Pope Field. Puede que incluso en uno que estuviera puerta con puerta con el Dunkin' Donuts.

Me comí la mía, y media de la de Scarangelo en cuanto dijo que no quería más. Acto seguido, la mujer empezó a rumiar cómo acostarse sin pasar vergüenza. Vi que miraba en todas las direcciones, comprobando todas las esquinas, fijándose en la iluminación, intentando determinar dónde estaría yo y qué es lo que iba a ver.

—Iré yo primero al baño —le dije.

El lavabo estaba al otro lado de la cocina, atrás del todo, frente al compartimento para el equipaje, donde la auxiliar de vuelo había guardado la maleta de Scarangelo. Usé el baño, me cepillé los dientes, volví a la zona de dormir y elegí la cama de estribor. Me quité los zapatos y los calcetines porque dormía mejor así, me tumbé sobre la manta y me di la vuelta, de cara a la pared.

La mujer se dio por enterada. El siseo de la lana y el nailon me dejaron claro que se ponía en marcha, y un poco después oí que volvía, haciendo menos ruido, vestida, probablemente, ahora de algodón. Se metió en la cama y se acomodó entre las sábanas. Emitió un ruidito, algo a caballo entre un murmullo somnoliento y una tos, que interpreté como un «muchas gracias, ya estoy», así que me puse boca arriba y me quedé mirando el revestimiento de nogal.

—¿Siempre duerme encima de la manta y las sábanas? —me preguntó.

—Cuando hace buena temperatura —le respondí.

—¿Siempre duerme con ropa?

—No me queda otra, dada mi situación.

—Porque no tiene pijama. No tiene casa, no tiene maletas, no tiene posesiones. Tuvimos una reunión acerca de usted.

—Ya me lo contó la señorita Nice —le dije.

Me giré un poco hacia la pared para ponerme cómodo y algo se me clavó en la cadera. Algo que llevaba en el bolsillo. El cepillo de dientes no era, porque lo llevaba en el otro. Me incorporé y lo comprobé.

Era el botecito de pastillas de Casey Nice. Ahuequé la mano para sujetarlo y leí la etiqueta, a media luz, por puro interés. Supongo que esperaba que se tratase de un medicamento para la alergia, puede que para prevenirse del polen primaveral de los bosques de Arkansas, o analgésicos para un dolor de muelas o un tirón muscular. Sin embargo, en la etiqueta ponía Zoloft y estaba bastante seguro de que aquel no era un medicamento ni para alergias ni para dolores. De hecho, estaba bastante seguro de que el Zoloft servía para combatir el estrés. O la ansiedad. O depresiones, ataques de pánico, trastornos por estrés postraumático u obsesivo-compulsivos. Muy fuerte y expandido solo con receta médica.

Sin embargo, no eran de Casey Nice. No era su nombre el que aparecía en la etiqueta, sino el de un hombre: «Antonio Luna».

—¿Qué piensa de nuestra señorita Nice? —me preguntó Scarangelo.

Guardé el bote en el bolsillo.

—Es agradable, tanto por el significado de su apellido como por su forma de ser —le respondí.

—¿Demasiado?

—¿Le preocupa?

—Quizás en el futuro.

—Lo hizo bien en Arkansas. El vecino de Kott no consiguió ponerla nerviosa.

—¿Qué tal lo habría hecho si no hubiera estado usted?

—Igual, lo más probable. Una dinámica diferente, pero un resultado similar.

—Me alegro.

—¿Es su protegida?

—Ni siquiera la conocía —me dijo—. Y no tengo claro que la hubiera elegido. Pero no teníamos a nadie más en el Departamento de Estado, así que se adecuaba al perfil.

—Los dirigentes mundiales se arriesgan a diario a que les disparen. Es el precio por hacer negocios. Y hoy en día la seguridad es mejor que nunca. No sé a qué viene tanto miedo.

—En el informe que nos dieron ponía que es usted un hábil matemático.

—Entonces el informe está mal. Solo di hasta la aritmética del instituto.

—¿Cuál es el área de un círculo con un radio de mil trescientos metros?

Sonreí en la oscuridad. Pi por el radio al cuadrado.

—Algo más de cinco kilómetros cuadrados —le respondí.

—¿Densidad de población media de las capitales occidentales?

Lo que no tenía nada que ver ni con las matemáticas ni con la aritmética, sino con la cultura general.

—¿Quince mil por kilómetro cuadrado? —le contesté.

—Se ha quedado usted desfasado. Está algo por encima de los diecinueve mil. Hay zonas de Londres o de París en las que llega a veintisiete mil. Como poco, tendrían que acordonar decenas de miles de tejados y ventanas, y tener controladas a cien mil personas. No es factible. Un tirador de larga distancia con talento es su peor pesadilla.

—No para el cristal antibalas.

Scarangelo asintió en la oscuridad. Oí cómo movía la cabeza sobre la almohada.

—Solo protege los flancos —empezó diciendo—, ni la parte posterior ni la frontal. Además, a los políticos no les gusta. Hace que parezca que tienen miedo. Que lo tienen. La cuestión es que no quieren que la gente se dé cuenta.

«No será lo mismo ahora que hay un francotirador buscándole».

—¿Sabía alguien que el cristal aguantaría? —le pregunté.

—El fabricante lo aseguraba —me informó Scarangelo—. Algunos expertos tenían dudas.

Ahora me tocaba a mí asentir en la oscuridad. Yo también las habría tenido. Los proyectiles del calibre 50 son muy potentes. Los crearon para la ametralladora Browning, que es capaz de abatir árboles.

—Que duerma bien —le deseé.

—Lo dudo mucho —me dijo.

Aterrizamos en Le Bourget con un resplandeciente sol primaveral. La auxiliar de vuelo nos contó que era el aeropuerto privado con más tráfico de toda Europa. El avión se dirigió hacia dos coches negros aparcados en mitad de la nada. Citroën. No es que fueran limusinas, pero eran largos, bajos y brillantes. Había cinco hombres junto a ellos, todos sacudidos por el viento, apiñados entre sí y encogidos por el ruido. Saltaba a la vista que dos eran conductores, había dos gendarmes de uniforme y el último era un caballero de pelo entrecano con un buen traje. El avión se detuvo junto a los coches y, un minuto después, los motores se apagaron y los cinco se irguieron y avanzaron a la expectativa. La auxiliar de vuelo empezó a abrir la puerta y Scarangelo se levantó, se quedó en el pasillo y me tendió un teléfono móvil.

—Llámeme si me necesita —me dijo.

—¿A qué número? —le pregunté.

—Está grabado.

—¿Nos separamos?

—Por supuesto. Usted va a analizar un escenario del crimen y yo voy a la DGSE.

Asentí. La Direction Générale de la Sécurité Extérieure. La versión francesa de la CIA. Ni mejor ni peor, a la par. Una organización competente. Una visita de cortesía por parte de Scarangelo y, presumible y probablemente, un intercambio de información entre gente muy importante. O de la falta de ella.

—Y, además, soy el cebo —comenté.

—Por mera casualidad —me dijo.

—Casey Nice me acompañó en Arkansas.

—A dos metros de distancia.

Asentí de nuevo.

—Eso resulta más complicado en la puerta de un apartamento.

—Está en Londres —dijo Scarangelo—. Se trate de quien se trate.

Se abrió la puerta y el aire de la mañana entró por ella, fresco, con un ligero aroma a combustible para reactores. La auxiliar de vuelo se quitó de en medio y Scarangelo se adelantó e hizo una pausa en el escalón superior antes de bajar, tal como haría un dignatario extranjero. Cuando empezó a descender, la seguí. El del pelo entrecano y el traje bueno la saludó. No cabía duda de que se conocían. Puede que fuera su homólogo. Puede que ya hubieran trabajado juntos. Subieron a los asientos traseros del primer Citroën, uno de los conductores se puso al volante y se marcharon.

Entonces, los dos gendarmes uniformados se situaron frente a mí y se mantuvieron a la espera, educados y expectantes. Busqué mi nuevo pasaporte en el bolsillo, lo saqué y se lo tendí. Uno de ellos lo cogió, lo abrió y ambos consultaron el nombre que había impreso, la fotografía y mi cara. Acto seguido me lo devolvió con ambas manos, como si se tratase de una ofrenda ceremonial. Aunque, en realidad, ninguno de los dos llegó a hacerme una reverencia o a entrecocar los talones; cualquiera que estuviera observando la situación a cierta distancia habría jurado que lo hacían. Tal era la autoridad de O'Day.

El segundo chófer me abrió la puerta y me senté en la parte de atrás del segundo Citroën. Emprendimos la marcha, cruzamos unas verjas de malla metálica, dejamos atrás el edificio de la terminal y salimos a la carretera.

Le Bourget está más cerca del centro, pero el gigantesco aeropuerto civil Charles de Gaulle sigue la misma carretera, por el noroeste de la ciudad, así que el tráfico era muy denso. Había una larguísima retención de coches y taxis en dirección a la urbe. La mayoría de los taxistas tenían cara de vietnamita y había muchas mujeres entre ellos. Unos llevaban pasajeros solitarios en los asientos traseros. Otros, grupos felices que acababan de reencontrarse en las puertas de llegada. Por encima de la carretera había carteles electrónicos que advertían de la congestión y recomendaban *Attention aux violentes rafales de vent*, que significaba que había que tener cuidado con un tipo

de viento en concreto, pero no fui capaz de recordar qué quería decir *rafales* hasta que vi coches que recibían sacudidas inesperadas y banderas que ondeaban de repente en los edificios, y entonces recordé que quería decir «ráfagas».

—Señor, ¿necesita alguna cosa? —me preguntó el chófer.

Si nos poníamos filosóficos, aquella era la gran pregunta. Ahora bien, como no tenía ninguna necesidad inmediata, negué con la cabeza mirando por el retrovisor y permanecí en silencio. Lo cierto es que estaba hambriento y el cuerpo empezaba a pedirme un café, pero supuse que ambos problemas se resolverían a corto plazo. Supuse también que los vuelos matutinos de Londres llegarían poco después que el nuestro; los de Moscú, un poco más tarde aún, y que la policía de París no querría organizar tres pantomimas en el escenario del crimen y que, por lo tanto, nos llevaría a los tres juntos, lo que significaba que tenía tiempo para tomar un desayuno decente antes de que mis homólogos llegaran. Seguro que íbamos camino de un hotel para que esperara allí, un alojamiento adecuado al presupuesto del Departamento de Policía, y que cerca habría cafés, todos ellos de lo más gratos. París era una ciudad grata en mi opinión. Estaba deseando que arrancara el día.

Y arrancó.

Cruzamos el Périphérique, que es la versión parisina del cinturón de D. C., donde la ciudad pasa de ser una eurobasura caótica a convertirse en un vasto museo viviente lleno de calles arboladas, edificios majestuosos bien conservados y ornamentadas construcciones de metal. Bajamos por la rue de Flandre y seguimos adelante, en dirección a la zona que queda entre las estaciones ferroviarias de la gare du Nord y la gare de l'Est. Una vez allí, el conductor se puso en «modo urbano» y empezó a esquivar coches a diestro y siniestro por callecitas estrechas hasta que se detuvo junto a una puerta verde en un callejón que daba a la rue Monsigny, que me pareció que se encontraba, más o menos, a medio camino entre la parte de atrás del Louvre y el frontal de la Opéra. A un lado de la puerta verde había una pequeña placa de latón en la que ponía «Pensión Pelletier». Una pensión, un hotel modesto a caballo entre una casa de huéspedes y un hostel con alojamiento y desayuno. Adecuado al presupuesto del Departamento de Policía.

—Están esperándolo, *monsieur* —me informó el conductor.

—Gracias —le dije.

Abrí la puerta y bajé del coche. El sol apenas calentaba y el aire no era ni fresco ni cálido. El conductor arrancó y se fue. Ignoré la puerta verde por el momento y me encaminé a la rue Monsigny. Justo enfrente había otra callejuela que giraba en ángulo cerrado, con lo que se formaba un pequeño triángulo adicional de acera que, al igual que todos los rincones de París que no se consideraban de relevancia, había sido colonizado por un café de esos con mesas dispuestas bajo sombrillas, un tercio de las cuales, como pasaba en todos los cafés de la ciudad a aquella hora de la mañana, estaban ocupadas por clientes habituales, la mayoría de ellos inertes tras periódicos, tazas vacías y platos con migas de cruasanes. Me acerqué y me senté a una mesa, y un minuto después un camarero de edad avanzada con camisa blanca, pajarita negra y un largo mandil blanco me tomó nota. Pedí una taza enorme de café, para ir afianzándome en el día, acompañada de una *croque madame*, que era una tostada con jamón y queso, y un huevo frito encima, y dos *pains au chocolat*, es decir, napolitanas rellenas de una barrita de chocolate amargo. Una tarea extenuante, pero alguien tenía que hacerla.

Dos mesas más allá, un tipo leía un periódico matutino con la portada encarada hacia mí y vi que el titular aseguraba que el pánico causado por el intento de asesinato había pasado, tal como Casey Nice me había asegurado. «Mañana, la noticia empezará a perder interés». La policía había llevado a cabo un arresto y el culpable estaba bajo custodia, el asunto se había resuelto y el mundo podía recuperar la calma. El periódico estaba demasiado lejos para leer la letra pequeña, pero no me cabía duda de que la noticia hablaría de un fanático solitario con un complicado nombre norteafricano, un aficionado, un pirado sin contactos y del que, por lo tanto, no había que preocuparse. «Eso calmará los ánimos. Lo que nos da tiempo y espacio

para trabajar».

Me lo comí todo, apuré el café y observé la boca del callejón. Aún había, de vez en cuando, *rafales de vent* que sacudían la sombrilla de mi mesa durante un segundo y se aquietaban. Pasaba mucha gente caminando, ya fuera en dirección al trabajo o de vuelta de él, con una barra de pan en la mano, paseando a perros diminutos o entregando cartas y paquetes. El camarero se llevó los platos y le pedí más café. Poco después, un Citroën negro similar al que me había traído entró en el callejón y se detuvo junto a la puerta verde. El pasajero tardó un rato en bajar del coche porque lo más probable es que también estuvieran diciéndole lo de «Están esperándolo, *monsieur*». Era de estatura mediana, de unos cincuenta años, recién afeitado, con el pelo corto, entrecano y bien peinado; con una bufanda de cuadros y una gabardina tostada Burberry bajo la que llevaba unos pantalones grises de buena calidad, parte de un traje comprado probablemente en Savile Row, y unos zapatos ingleses de color marrón tan limpios que resplandecían.

Lo que, a mi entender, lo convertía en el ruso. Ningún agente británico vestiría así a menos que pretendiera conseguir un papel en una peli de James Bond. Además, el nuevo Moscú contaba con cantidad de tiendas de ropa de lujo. Los *apparatchiks*, los funcionarios comunistas, nunca lo habían tenido tan bien. El coche que lo había traído dio marcha atrás y desapareció. El hombre miró la puerta verde unos momentos. A continuación, como yo había hecho, la ignoró y vino hacia el café, observando a los clientes, mirando a derecha e izquierda, fijándose en cada persona solo un instante. Valoraciones hechas casi de inmediato, pero sin duda acertadas, porque vino directo hasta donde me encontraba y me preguntó en inglés:

—¿Es usted el americano?

Asentí y comenté:

—Pensaba que el británico llegaría antes que usted.

—No ha sido así porque me han hecho salir en mitad de la puta noche. —Tras lo cual me tendió la mano y dijo—: Eugeni Khenkin. Encantado de conocerlo. Puede llamarme Eugene, que sería su traducción. Gene, si prefiere el diminutivo.

Se la estreché.

—Jack Reacher.

Se sentó a mi izquierda y dijo:

—Bueno, ¿qué opina de este montón de mierda?

Su dicción era buena y el acento, neutro. Ni británico ni estadounidense. Una especie de acento internacional multiusos. Y hablaba con gran fluidez.

—Opino que uno de los tres tiene un serio problema.

—¿Es usted de la CIA?

Negué con la cabeza.

—Militar retirado. Arresté al nuestro una vez. ¿Es usted del FSB o del SVR?

—Del SVR. —Que eran las siglas de Sluzhba Vneshnei Razvedki, su servicio de inteligencia extranjero, como la CIA, la DGSE o el MI6. Y añadió—: Aunque, en

realidad, seguimos siendo el KGB. El mismo perro con diferente collar.

—¿Conoce al suyo, al tal Datsev?

—Podría decirse que sí.

—¿Cómo de bien?

—Fui su adiestrador.

—¿Era del KGB? Me habían dicho que era del Ejército. Del Rojo primero y del ruso después.

—Sí, bueno, en teoría sí. Puede que fuera lo que ponía en su nómina. Las pocas veces que había dinero para pagarlas, claro. Alguien que dispara tan bien es mejor emplearlo en otra cosa.

—¿En qué?

—En disparar a la gente a la que queríamos disparar.

—¿Y ya no lo hace?

—¿Es aficionado al fútbol? —me preguntó Khenkin.

—Un poco —le dije.

—Los mejores jugadores reciben estupendas ofertas. Un día son pobres de pedir en un pueblucho de mala muerte y al siguiente, millonarios en Barcelona, Madrid, Londres o Manchester.

—¿Y a Datsev le hicieron una oferta así?

—Decía que tenía varias. Se puso de mala hostia conmigo cuando le dije que no pensaba igualarlas. Entonces desapareció. Y aquí estamos.

—¿Qué tal es?

—Sobrenatural.

—¿Le gustan los proyectiles del calibre 50?

—Cada trabajo tiene su munición. A esa distancia, seguro.

No dije nada y añadió:

—Pero no creo que fuera él.

—¿Por qué?

—No accedería a participar en una prueba. No tiene que demostrarle nada a nadie.

—Entonces, ¿quién cree que fue?

—Creo que fue el suyo. Él sí que tiene algo que demostrar. Estuvo quince años en la cárcel.

Oí el timbre de un teléfono móvil y aguardé a que Khenkin lo buscara en alguno de sus bolsillos y respondiera, pero al ver que no lo hacía me di cuenta de que era el mío el que sonaba. El que me había dado Scarangelo. Lo saqué y consulté la pantalla. «Número oculto», ponía. Pulsé el botón verde y respondí:

—¿Sí?

—¿Está solo? —Era Scarangelo.

—No.

—¿Nos oyen?

—Tres gobiernos diferentes, probablemente.

—En este teléfono no —aseguró ella—. No se preocupe por eso.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Acaba de llamarme O'Day. Ya tenemos los resultados de la cromatografía de gases de los fragmentos que recogió en Arkansas.

—¿Y?

—No son la misma bala. No son perforantes. Son de competición. Fabricadas para aumentar su precisión.

—¿Estadounidenses?

—Por desgracia.

—Esos bichos cuestan seis pavos cada uno. ¿Está O'Day siguiendo el dinero?

—El FBI. Pero esto es bueno, ¿no? En términos generales.

—Podría ser peor —le dije.

Colgó y guardé el móvil.

—¿Qué es estadounidense y cuesta seis pavos cada uno? —me preguntó Khenkin.

—Parece el comienzo de un chiste —le contesté.

—¿Y cómo acaba?

No respondí y, enseguida, el mismo camarero de edad avanzada vino a la mesa y Khenkin pidió café y bollitos con mantequilla y mermelada de albaricoque. Lo pidió en francés, de nuevo fluido pero sin arraigo en ninguna parte del mundo. Cuando el camarero se fue, Khenkin me miró y me preguntó:

—¿Y qué tal está el general O'Day?

—¿Lo conoce?

—Por lo que me han contado. Lo analizamos en detalle. De hecho, lo estudiábamos en clase. Para el KGB era un modelo a seguir.

—No me sorprende. Le va bien. Sigue siendo el mismo de siempre.

—Me alegro de que esté de nuevo al pie del cañón. Seguro que usted también.

—¿Es que alguna vez ha dejado de estarlo?

Khenkin puso una cara que no era ni de «sí» ni de «no».

—Tuvimos la sensación de que su estrella se apagaba. Los periodos de estabilidad relativa son malos para los viejos caballos de guerra como él. Una cosa como esta desentierra a las personas. Todo tiene su lado bueno.

En ese momento, otro Citroën negro apareció entre el caos peatonal y entró en el callejón. El conductor, delante. El pasajero, detrás. Se detuvo junto a la puerta verde y no sucedió nada durante un instante. «Están esperándolo, *monsieur*». El pasajero bajó. Un tipo fornido de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, un poco quemado por el sol, con el pelo rubio y cortado al rape, y la cara cuadrada. Vestía unos vaqueros, un jersey, una cazadora de tela y botas de ante marrón. Puede que fuera el atuendo informal del Ejército británico para el desierto. El coche que lo había traído se fue y el hombre miró la puerta de color verde, la ignoró, se giró, analizó lo que tenía delante, a derecha e izquierda y cruzó la rue Monsigny, directo hacia nosotros.

—Reacher y Khenkin, ¿verdad? —dijo.

—Está bien informado —respondió el ruso—. Me refiero a que sepa ya nuestros nombres.

—Intentamos hacerlo lo mejor posible.

Me pareció que tenía acento galés, de toda la vida. Un poco cantarín. Nos tendió la mano y añadió:

—Bennett. Encantado de conocerlos. No tiene sentido que les diga mi nombre de pila, serían incapaces de pronunciarlo.

—¿Cuál es? —pregunté.

Soltó un sonido gutural, como si fuera un minero del carbón con enfisema pulmonar.

—Vale, dejémoslo en Bennett —dije—. ¿Es usted del MI6?

—Si usted quiere, sí. Son los que han pagado el billete. De momento, todo va fluido.

—¿Conoce al suyo, a Carson?

—Hemos coincidido varias veces.

—¿Dónde?

—Aquí y allí. Ya se lo he dicho, todo va fluido.

—¿Cree que es él?

—No, no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el franchute sigue vivo. Creo que es el suyo.

Se sentó a mi derecha, frente a Khenkin. El camarero llegó con lo que había pedido el ruso y Bennett pidió lo mismo. Yo pedí más café. El anciano parecía contento. La cuenta iba subiendo. Esperaba que, o bien Khenkin o bien Bennett tuvieran euros. Porque yo, desde luego, no los tenía.

El ruso se dirigió al británico:

—¿Conoce la mansión donde se celebra el G8?

Asintió.

—De acuerdo con los estándares convencionales, es bastante segura. Aunque quizá no tanto con John Kott campando a sus anchas.

—Podría no tratarse de Kott —comenté—. Han de tener una mentalidad más abierta. Las ideas preconcebidas juegan en nuestra contra.

—Mi mentalidad está tan abierta que podría caérseme el cerebro. Sigo pensando que Carson no fue. Datsev, quizás.

—Entonces no fue una prueba y estamos perdiendo el tiempo con tanta teoría de mierda —puntualizó Khenkin—. Datsev jamás se prestaría a una prueba. Es demasiado arrogante. Si fue él quien disparó, entonces no hay más que hablar, el asunto consistía en meterle un tiro al francés. Tiro que falló por el cristal. En cuyo caso sigo pensando que estamos perdiendo el tiempo, porque el rastro se enfrió hace días.

El camarero volvió con el café, el pan, la mantequilla y la mermelada de Bennett y con una tercera taza enorme de café para mí. Al otro lado de la calle, una furgoneta pintada con los colores del Departamento de Policía entró en el callejón y se detuvo junto a la puerta verde. De ella salió un policía con uniforme azul y quepis que llamó a la puerta y esperó. Un minuto después, una mujer vestida con ropa de trabajo la abrió y tuvo lugar una conversación corta y embarullada. «Vengo a recoger a esos tres», supuse. «Todavía no se han registrado», lo más probable. El policía dio un paso atrás y miró a su alrededor: callejón arriba y callejón abajo, al otro lado de la rue Monsigny, se levantó un poco la gorra y se rascó la nuca, después su mirada volvió a nosotros, sorprendida, como a cámara lenta. Le dio las gracias a la mujer y vino directo hacia nosotros. Noté que intentaba convencerse de que no se confundía al apostar porque fuéramos quienes creía que éramos. Llegó hasta nuestra mesa y dijo:

—Tenemos que ir a la comisaría.

Lo dijo en francés, con acento de parisino paleta, el equivalente al de Brooklyn en la buena de Nueva York o al *cockney* en Londres, pero carente de encanto, un mero gañido forzoso y taciturno, como si el peso de un mundo injusto descansase sobre sus hombros.

—Dice que tenemos que ir a la comisaría —comentó Bennett.

—Lo sé —respondió Khenkin.

Yo no dije nada.

Fue el ruso el que pagó la cuenta, con un rollo de billetes novísimos que tanto podían haber sido auténticos como falsos. Nos levantamos de la mesa, nos estiramos, nos sacudimos las migas y, después, seguimos al policía hasta la furgoneta. El sol iba escalando el cielo de la mañana, tan azul como el huevo de un petirrojo, y sentí cierta calidez, hasta que volvió a soplar una ráfaga de viento, momento en que noté como si una mano fría se me hubiera posado en el hombro. La cara gabardina de Khenkin ondeó alrededor de sus rodillas y la ráfaga remitió tan de repente como había aparecido, entonces la calidez volvió hasta que entramos en el callejón en sombra.

Subimos a la furgoneta: Bennett primero, Khenkin después y yo el último, animados, como cuando subes a un transporte de tropas cuyo destino es un bar, un club o cualquier otro sitio en el que haya chicas esperándote.

La comisaría a la que nos llevaron no era, en realidad, una comisaría. No era el típico edificio al que un ciudadano acudiría para denunciar que ha perdido la cartera o que su gato se ha extraviado. Se parecía más al búnker de una agencia de espías, y se entraba a él por una anónima puerta de color gris que se alzaba en medio de la fila de edificios gubernamentales que había en la orilla izquierda del río, cerca de la Assemblée Nationale, que es la versión francesa del Capitolio o del Parlamento. La puerta gris daba a una escalera que bajaba dos pisos hasta llegar a una madriguera de techo bajo con las paredes pintadas de gris y con linóleo gris en el suelo. Una instalación de la DGSE, supuse. Esperaba que el dinero que se habían ahorrado en decoración lo hubieran invertido en obtener resultados.

Nos llevaron a una especie de sala de conferencias. Habían retirado las sillas y sobre la mesa había dispuestos doce ordenadores portátiles formando una larga línea. Todos ellos abiertos en el mismo ángulo y con un salvapantallas animado de la Police Nationale que se movía sin prisa pero sin pausa, en todos a un tiempo, rebotando contra la parte superior de la pantalla, la inferior y los lados, como en aquel antiguo videojuego de tenis de mesa. Detrás de nosotros entró una mujer menuda pero hecha y derecha, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo oscuro y sedoso, y los ojos vivarachos y también oscuros. En otras circunstancias la habría invitado a comer. Dada la situación, me ignoró por completo y dijo sin dirigirse a nadie en concreto:

—Ahora todos nuestros archivos son digitales. Empiecen por la izquierda y vayan avanzando hacia la derecha y sabrán lo mismo que nosotros.

Bennett, Khenkin y yo nos apiñamos frente a la primera pantalla y el ruso tocó el teclado táctil con una de sus uñas bien arregladas. El salvapantallas desapareció, sustituido por una grabación de vídeo que se puso en marcha. De alguna de las cadenas de televisión francesas, supuse, que retransmitía el discurso del presidente. El acto se había celebrado por la tarde. El hombre estaba de pie en un atril que había ante una escalinata de mármol ancha y bien iluminada. Detrás tenía banderas francesas. Los escudos de cristal antibalas, a su derecha y a su izquierda, apenas se veían. Los micrófonos eran unas bolitas negras al final de unos cuellos de cisne también negros que salían de la parte superior del atril. Multidireccionales, por cómo recogían el sonido. Apuntaban al pecho, a la garganta y a la boca del presidente, y no captaban nada más que su voz. Sin embargo, estaba claro que los de la tele habían introducido algo del sonido ambiente, que debían de estar recogiendo con algún otro micrófono, porque, mitigado, se oía el bullicio de la multitud y el ruido de la calle. El mandatario no paraba de asegurar que tenían el progreso al alcance de la mano y que estaban a tiempo de conseguir que el siglo XXI le perteneciera a Francia, siempre y cuando se siguiera la política adecuada, que, ¡menuda casualidad!, resultaba ser la suya. En un momento dado se le trabó la lengua y levantó la mirada hacia la

izquierda, como pensativo, después siguió a lo suyo. Tres segundos después volvió a levantar la mirada hacia la izquierda, solo que esta vez enfocó algo que estaba mucho más cerca, tartamudeó de nuevo y, un par de segundos después, los de seguridad, con sus trajes oscuros y sus auriculares, lo derribaron y formaron una montonera encima de él antes de llevárselo de allí a todo correr, agachados casi a ras de suelo, como una enorme y veloz tortuga.

Khenkin usó la uña de nuevo, esta vez para rebobinar la grabación hasta la primera vez en la que al presidente se le trababa la lengua, hasta el momento en que levantaba la mirada hacia la izquierda.

—Es por el fogonazo —dijo—. No hay duda. —Y, luego, tres segundos después, cuando levantó la mirada por segunda vez—. Y ahí es donde la bala impacta en el cristal.

No conseguimos oír el sonido del disparo. Quizás un experto digital del carajo hubiera sido capaz de aislar un pico concreto en la banda sonora, pero qué más daba. Todo el mundo sabía que alguien había disparado.

—¿Suficiente? —nos preguntó el ruso.

Bennett asintió y yo no dije nada, por lo que Khenkin pulsó el ratón y apareció un mapa de París. Destacaban en él una flecha roja que señalaba la «A» que había frente a la escalinata de Les Invalides y otra que señalaba la «B» que había a cierta distancia, en medio de un racimo de callejuelas cercanas al boulevard St. Germain. Ambas flechas estaban unidas por una fina línea roja sobre la que ponía «1273 metros», que venía a ser la distancia que habíamos tenido en cuenta hasta entonces.

—Les Invalides es un antiguo hospital militar —comentó Bennett.

—Lo sé —respondió Khenkin—. Ahora es un monumento. Imponente.

Y, por lógica, un marco magnífico para dar un gran discurso político. Un edificio emotivo, significativo y con una amplia zona al aire libre en la que albergar gran cantidad de gente, aunque no tanto como para hacer el ridículo en caso de que no asistiera la que se esperaba, y espaciosa como para que cupieran las unidades móviles de los medios y las antenas parabólicas. Entonces era en el boulevard St. Germain donde debía de estar el apartamento. Un disparo muy muy largo, más o menos desde el oeste, sobre edificios bajos y mucho espacio abierto, casi en paralelo con el río, a unos novecientos metros de donde nos encontrábamos en aquel momento. Muy cerca de casa, para cualquiera que tuviera algo que ver con el gobierno.

Khenkin pinchó un símbolo y lo siguiente que vimos fue una instantánea del atril del presidente y los cristales a prueba de balas. El mueble era práctico, diseñado, a todas luces, para montarlo y desmontarlo con presteza y almacenarlo con facilidad. Los escudos eran paneles apenas visibles, de algo más de dos metros de alto y uno veinte de ancho, y de unos trece centímetros de grosor, diría yo, paralelos entre sí, encajonando el atril a una distancia prudencial, como si se tratase de las paredes laterales de una cabina de teléfonos espaciosa.

—¿Visto? —preguntó Khenkin.

Bennett asintió y yo no dije nada. El ruso pinchó para ver la siguiente fotografía, un primer plano del punto en el que el proyectil había impactado en el cristal. No era más que una pequeña desportilladura blanca rodeada por unas grietecillas de unos dos centímetros y medio que parecían las patas de una araña. Khenkin siguió adelante y fuimos viendo una serie de primeros planos cada vez más cercanos, hasta llegar a uno sacado con un microscopio de electrones que hacía que el agujero pareciera el Gran Cañón del Colorado, a pesar de que los datos que aparecían a su lado dijeran que no tenía ni dos milímetros de profundidad. La última fotografía volvía a ser a tamaño real, como la primera, pero estaba animada con esa tecnología de vídeo que utilizan en los programas deportivos de la televisión, en los que congelan la acción y después la giran para examinarla desde otro ángulo. Así, el punto de vista de la fotografía rotó hasta mostrarnos el escudo de cristal casi por completo, de costado, después se elevó para mostrárnoslo un poco desde arriba. Supuse que se trataba, más o menos, de cómo lo veía el tirador a través de la mira telescópica, desde la terraza del apartamento, a mil trescientos metros de distancia.

A tamaño natural, la pequeña desportilladura blanca apenas se veía, pero entonces apareció un brillante punto rojo para marcarla y de él brotaron dos finas líneas rojas que medían su distancia desde el perímetro del escudo, que era un poco mayor de quinientos milímetros desde el borde izquierdo y de setecientos desde el superior.

Khenkin reaccionó como si aquellas medidas lo importunaran. Se inclinó hacia delante, observó con atención y dijo:

—¿Ven lo mismo que yo?

Bennett no dijo nada y yo comenté:

—No sé lo que ve usted.

Se dio la vuelta a derecha e izquierda buscando a la mujer de pelo oscuro y sedoso.

—¿Podemos ir ahora al apartamento? —le preguntó cuando la localizó.

—¿No quieren ver el resto de la exposición? —le respondió.

—¿Qué queda?

—Las pruebas forenses, el análisis de las mismas, el informe de balística, el de metalurgia; datos de ese tipo.

—¿Revelan quién es el tirador?

—Me temo que no.

—Entonces, no —concluyó Khenkin—. No queremos ver toda esa mierda. Queremos ver el apartamento.

Fuimos a ver el apartamento en la misma furgoneta del Departamento de Policía, conducida por el mismo policía estridente. La mujer del pelo oscuro y sedoso nos acompañó, con dos de los portátiles, y vino también un *police nationale*, un veterano canoso con uniforme azul de gala. El viaje fue corto y cómodo, desde el distrito 7 al 6, todo el rato por el boulevard St. Germain hasta que nos internamos por las callecitas que quedaban por detrás de la rue Bonaparte y llegamos a un edificio antiguo y elegante que se alzaba indiferente y silencioso en una manzana de construcciones similares. Era una construcción de buena calidad y estilo *Beaux Arts*, con un portalón para carruajes el doble de alto de lo normal y por el que, casi seguro, y tras dejar atrás una conserjería, se llegaba a un patio interior en cuyas esquinas habría escaleras y ascensores de hierro desvencijados. Ya había estado en edificios así. Huelen a polvo, a cocina y a cera para suelos, y a veces se oye en ellos la melodía apagada de un piano o las carcajadas repentinas de los niños. Están divididos en enormes apartamentos venidos a menos, con pan de oro y madera de cerezo, alfombras de Aubusson deshilachadas y viejos muebles de estilo Imperio pulidos con cariño.

El conductor despertó al conserje, que abrió las dos hojas de la enorme puerta, entramos y aparcamos en el patio. Nos dirigimos a la escalera que había en la esquina trasera izquierda y subimos andando cinco pisos hasta una puerta cerrada con llave y sin distintivo alguno. Ni de precinto de la policía, ni sello de la fiscalía, ni el aviso oficial de que se trataba de un escenario del crimen.

—¿Quién es el dueño? —pregunté.

—La dueña murió hace dos años —respondió el veterano *police nationale*.

—A alguien le pertenecerá ahora.

—Por supuesto, pero no hubo herederos. Es un asunto complicado.

—¿Cómo entró el tirador?

—Creemos que hay llaves en circulación.

—¿El conserje no vio nada?

El veterano negó con la cabeza y añadió:

—Ni los vecinos.

—¿Hay cámaras en la calle?

—No concluyentes.

—¿Tampoco lo vieron salir?

—Yo diría que todo el mundo estaba atento a la televisión, pendiente de lo que sucedía.

Sacó una llave que parecía recién hecha y la movió a uno y otro lado en la cerradura hasta que consiguió abrir la puerta. Entramos en un vestíbulo formal de techos altos y avanzamos por un pasillo formal también de techos altos. El suelo era de mármol blanco y negro, mate y un tanto ondulado por efecto de los miles de pies

que lo habían recorrido. El aire era frío y no se movía. Varias de las puertas eran dobles, de entre tres metros treinta y tres metros y medio de altura, algunas de ellas estaban medio abiertas y daban paso a habitaciones sombrías. El veterano nos guio hasta un salón y, a través de él, a un comedor de unos doce metros de largo. En él había una inmensa mesa de caoba tapada en parte con una vieja sábana blanca, y veinte sillas, diez a cada lado, y una chimenea embaldosada digna de un castillo, y viejos espejos maculados, y bustos de mármol, y oscuros paisajes con recargados marcos dorados. En la pared del fondo había tres ventanales que iban del suelo al techo, tenían orientación oeste y se abrían hacia dentro. La gigantesca mesa estaba alineada con el ventanal central, y las otras dos ventanas tenían delante, cada una de ellas, un bufé con el tablero de mármol. El viejo estilo clásico: apacible, sosegado, simétrico y agradable a la vista.

Los ventanales daban a la terraza. Esta tenía la misma largura que anchura el comedor y unos dos metros y medio de profundidad con el suelo de baldosas y una balaustrada baja de piedra. Había una larga línea de macetas de piedra llenas de tierra y con restos de geranios secos. Había también dos mesitas de hierro redondas, cada una de ellas con dos sillas de hierro, dispuestas contra la pared, entre dos ventanales cada una de ellas.

A lo lejos, muy a lo lejos, había una vista lateral de la escalinata de Les Invalides. Mil trescientos metros. Casi ni se veían.

—¿Cómo descubrieron que fue desde aquí? —preguntó Bennett.

—El presidente vio el fognazo, lo que nos indicó la dirección aproximada —empezó a responder el veterano—. Después fue suficiente con hacer un sencillo cálculo de balística, que nos proporcionó cuatro localizaciones posibles, todas ellas propiedades de este mismo edificio. Tres de ellas están ocupadas por familias inocentes. Esta está vacía. Además, aquí el polvo estaba movido. Estamos convencidos de que este es el escenario del crimen.

—Todo lo cual se explica en la exposición. Deberían haber acabado de verla —soltó la mujer de pelo oscuro y sedoso.

Khenkin asintió, en parte disculpándose y en parte impaciente.

—¿Desde dónde creen que disparó? —le preguntó.

—Trabajamos a partir de los datos del microscopio de electrones —respondió ella—. Los proyectiles perforantes tienen una punta dura por extremo, así que, en el nivel molecular, fuimos capaces de ver el ángulo exacto del impacto. Calculamos la velocidad, que nos dio el alcance, y luego la inclinación, que nos dio el punto exacto. Creemos que disparó desde el centro de la terraza, sentado, con el bípode descansando en la tierra de la maceta central. Había marcas en la tierra y arañazos en las baldosas.

Khenkin asintió de nuevo y dijo:

—Vamos a verlo.

Así que fuimos al exterior y echamos una ojeada. Estábamos en un quinto piso, el

aire era fresco y la vista, magnífica. La maceta del centro era maciza, pesada, firme como una roca, bastante más ancha que alta, tallada como una antigüedad griega, lisa pero con zonas que el paso del tiempo había cubierto de musgo. Sí, bien podía tratarse del punto de apoyo. Dado el ligero ángulo descendente hacia el objetivo, un tirador de estatura mediana sentado detrás de ella habría estado de lo más cómodo. Habría apuntado entre la balaustrada, entre dos de los musgosos balaustres que sujetaban el pretil.

—¿Cuánto mide Datsev? —pregunté.

—Entre metro setenta y metro setenta y cinco —respondió Khenkin.

Que, desde luego, era una estatura mediana.

—¿Y Carson? —le pregunté a Bennett.

—Un metro setenta y cinco centímetros —me dijo.

Otro que estaba en la media. Como John Kott, tallado en metro setenta la última vez que lo vi, hacía dieciséis años.

Entonces Khenkin se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, detrás de la maceta, sin que le preocupara mancharse las elegantes y caras prendas que vestía. Cerró un ojo y entrecerró el otro.

—¿Tienen fotografías sacadas desde aquí? —preguntó—. En las que se vean el atril y los paneles.

—Por supuesto —respondió la mujer de pelo oscuro y sedoso—. Están incluidas en la exposición. Deberían haber acabado de verla.

—Lo siento —se disculpó Khenkin—. ¿Las ha traído?

—Pues sí. —La mujer encendió uno de los portátiles, hizo unos pocos clics, se desplazó por la pantalla y dejó el ordenador sobre la maceta, delante del ruso—. Esto simula la vista desde la mira o, al menos, eso creemos.

Y así era, más o menos. Me agaché para echar una ojeada y vi el atril en el centro de la imagen, razonablemente cerca, razonablemente grande, con el escudo antibalas más cercano apenas visible pero justo delante. El atril parecía triste, desamparado, en medio de un escenario evacuado a todo correr primero y cuyo perímetro se había asegurado después.

—No veo la mella —dijo Khenkin.

La mujer se hizo sitio entre nosotros. Olía a Chanel. Pinchó un par de veces con el ratón y el punto rojo reapareció en el cristal, a un poco más de quinientos milímetros del borde izquierdo y setecientos del superior.

—¿Qué altura tiene su presidente? —prosiguió el ruso.

La mujer volvió a pinchar con el ratón y apareció una figura detrás del panel, detrás del atril. No era el presidente de Francia, sino un doble, con el mismo peso y estatura, probablemente. Un policía, quizás, o uno de los de seguridad.

El punto rojo estaba a quince centímetros de la garganta.

—¿Ven? Lo sabía —soltó Khenkin—. Iba a fallar. A la izquierda y un poco caído.

Se puso de pie, se sacudió la Burberry y se acercó a la balaustrada. Miró por

encima de los tejados grises de París, en dirección a Les Invalides. Bennett se unió a él, hombro con hombro a su derecha, y yo lo hice a la izquierda, también hombro con hombro. Vi el boulevard Raspail, calles anchas, automóviles y personas, ordenadas filas de árboles podados, zonas verdes, edificios maravillosos con herrajes negros, tejado de pizarra y banderas lacias, farolas ornamentadas, la vaga mole blanquecina del viejo hospital y más allá, mucho más lejos, la punta de la torre Eiffel.

Entonces sucedieron tres cosas, orquestadas en perfecto orden y tan despacio como el tictac de un viejo reloj. Tic, un puntito repentino de luz apareció a lo lejos. Tac, por todos lados, las banderas ondearon de golpe al levantarse una ráfaga de viento. Tic, la cabeza de Khenkin voló en pedazos justo al lado de mi hombro.

Me tiré al suelo antes incluso de que el cuerpo sin vida de Khenkin se desplomara. Su cabeza, destrozada, me cayó encima mientras me agachaba y me dejó una mancha pegajosa de color rojo y gris en el hombro de la chaqueta. Recuerdo que pensé: «Joder, que es nueva», y, justo después, Bennett aterrizaba a mi lado, sobre las baldosas, y, acto seguido, desaparecía como por arte de magia. Ahora me ves, ahora no me ves. Típico de buenos agentes secretos. En Gran Bretaña tienen un dicho: «Tu secreto, ni al más discreto». Lo mejor era no salir ni en los registros.

La mujer estaba de rodillas, con la cabeza gacha y el ordenador en las manos, despotricando y esforzándose por volver al comedor. El policía veterano con el uniforme de gala azul seguía de pie, firme en el mismo sitio en el que había estado todo el rato, expuesto de cintura para arriba. Lo que me pareció bien, porque era evidente que el tirador no iba a quedarse mucho rato allí donde estuviera. No en el centro de París. Me puse de rodillas y eché una ojeada por encima del pretil para determinar dónde había visto el fogonazo. Cerré los ojos y volví a verlo, a la izquierda del antiguo hospital y, por lo tanto, aún más lejos, en el tragaluz de lo que parecía un sexto piso.

Abrí los ojos y lo comprobé. O era en el boulevard de Latour-Maubourg o en una pequeña calle que había detrás, en un tejado gris en buhardilla en el que, cómo no, una ventana ovalada de estilo *Beaux Arts* intrincadamente enmarcada en piedra era la protagonista. A unos mil cuatrocientos cincuenta metros, diría yo. Cerca de mil quinientos. Una caminata de diecisiete minutos a ritmo normal. Me puse de pie, salté hacia la mujer del portátil, que seguía de rodillas, y crucé a todo correr el comedor, el salón, el pasillo y el vestíbulo; bajé la escalera hasta el patio y salí a la calle.

No me dirigí hacia Les Invalides. No tenía sentido. Supuse que el tirador ya se habría marchado y, por lo tanto, cada minuto que pasase corriendo hacia él, él lo pasaría alejándose de mí. Oí sirenas a lo lejos, el formal y lastimero «nino-nino» que seguían usando los franceses. Muchas. ¿Hacía dónde tiraría? Al norte no. Y en coche no iba. Por las sirenas. Los puentes eran cuellos de botella. Sería imposible cruzarlos, excepto por el agua. Pero la policía también tenía lanchas. Así que huiría a pie, bien hacia el sur, bien hacia el suroeste. Hacia el sureste no, porque la gare Montparnasse estaba en aquella dirección y el transporte público sería lo siguiente que se llenaría de policía después de los puentes. Por la misma regla de tres, evitaría el metro. Vamos, que iba por la calle, a pie, y ya llevaba recorridos cerca de doscientos metros, por la École Militaire, quizá, lo que lo llevaría a la avenue de la Motte-Picquet o a la avenue Lowendal.

Me encaminé por la rue de Sèvres, sin correr, porque los policías con los que me cruzase estarían nerviosos, pero a buen paso y sin aflojar el ritmo. Mucho más rápido de lo que iría el tirador, seguro, que pasearía, sin prisa, como si no fuese a ninguna parte en especial; la viva imagen de la inocencia. Pero ¿con qué a cuestas? Ningún

fusil de francotirador del calibre 50 se podía desmontar. A menos que tuvieras una sierra y un soplete. La mayoría medía metro y medio y pesaba más de trece kilos. ¿En una alfombra persa? ¿En un rollo de tela? ¿O lo habría dejado escondido?

Giré por el boulevard Garibaldi y supuse que, a aquellas alturas, el tipo debía de llevarme unos doscientos setenta y cinco metros de ventaja, por el mismo camino que yo, a lo lejos, así que me di más prisa, tres minutos intensos, hasta que llegué a la rue de la Croix-Nivert, continuación de la avenue Lowendal, lo que significaba que una larguísima manzana más allá estaba la rue du Commerce, continuación de la avenue de la Motte-Picquet. Seguro que había cogido una de las dos, dirección suroeste, hacia el centro del distrito 15, donde estaría a salvo.

Me decidí por la primera esquina porque supuse que Lowendal le habría parecido mejor que Motte-Picquet, pues la mole de la École Militaire se interpondría entre él y las sirenas más cercanas, las de los equipos de respuesta rápida que llegarían de la torre Eiffel. Así que doblé la calle, aceleré, miré a lo lejos, hacia la gris distancia, y me topé de bruces con un hombre bajito que avanzaba a toda prisa en sentido contrario. Antes de chocar con él me había dado la impresión de que era asiático, puede que vietnamita, mucho mayor de lo que se deduciría por su paso vivaz. Con el golpe me resultó nervudo, fornido y mucho más pesado de lo que cabía imaginar.

Ralentiqué el ritmo para que le diera tiempo a hacerse a un lado tras rebotar contra mí y con la esperanza de que no llegara a caerse, de manera que podría pedirle perdón y seguir adelante sin mayor dilación. Sin embargo no se apartó, sino que se agarró a los pliegues de mi chaqueta y tiró hacia abajo, como si le fallaran las rodillas. Di un paso tambaleante hacia delante, me incliné un poco e intenté no pisarle, pero él tiró de mí, describiendo un semicírculo en el sentido contrario a las agujas del reloj. Entonces empezó a empujarme hacia el bordillo.

Luego me golpeó.

Dejó de agarrarme la chaqueta con la mano derecha, la llevó hacia atrás y me lanzó un puñetazo a la entrepierna. Lo que me habría supuesto todo un problema de no ser porque me encogí a toda velocidad y el golpe me alcanzó en la cara interna de la cadera —que no es que no sea una zona sensible—. Sentí una especie de calambre nervioso que me bajó en cascada por la pierna y se me durmió el pie durante un segundo. El tipo debió de darse cuenta, porque empezó a empujarme de nuevo con todas sus fuerzas, que no eran pocas. Oía el tráfico detrás de mí, muy cerca. Una estrecha calle parisina, coches pasando a una velocidad media de sesenta y cinco kilómetros por hora, nueve de cada diez conductores hablando por el móvil.

Ya era suficiente.

Lo cogí por la garganta con una mano y lo alejé de mí hasta que lo tuve a un brazo de distancia. Sus puñetazos ya no me alcanzaban. Podría haber empezado a pegarme patadas pero, en ese caso, le habría apretado el cuello más fuerte, cosa que, por lo visto, había comprendido. Empecé a empujarle hacia atrás.

Justo entonces apareció la policía.

Eran dos, jóvenes ambos, una simple patrulla en un cochecito, con un uniforme barato de color azul no muy diferente del de los barrenderos o los basureros. Ahora bien, sus placas eran de verdad, sus armas eran de verdad. Y el escenario que tenía lugar delante de ellos era incuestionable. Un gigante caucásico asfixiando a un pequeño asiático de edad avanzada y llevándolo a rastras por la acera. Una de esas imágenes inapropiadas que tanto temen los políticos. Así que me detuve, como es normal, y solté al tipo.

El tipo salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Regateó a derecha, regateó a izquierda y lo perdí de vista. Los policías no salieron corriendo tras él. Lo que era lógico. Era la víctima, no el culpable. Al culpable lo tenían justo delante. No necesitaban el testimonio de la víctima porque habían sido testigos de lo sucedido. Caso visto para sentencia. Tenía veinte centésimas de segundo para tomar una decisión. ¿Me quedaba allí o salía yo también a la carrera? Suponía que, al final, la influencia de O'Day era tal que me protegería hiciera lo que hiciese, y en poco tiempo. Pero seguro que el tirador se había esfumado hacía un buen rato. Y si me quedaba, no tendría que acabar perdiendo el resuello. Así que me quedé.

Me arrestaron de inmediato, frente a un bar con estanco, y debido, por lo visto, a varios delitos, incluidos asalto con agresión, delito racial y maltrato de ancianos. Me apretujaron en la parte de atrás del cochecito y me llevaron a la comisaría de la rue Lecourbe. Los de recepción me cachearon y me quitaron el móvil de Scarangelo, el pasaporte nuevo, el cepillo de dientes, la tarjeta bancaria, los dólares y el botecito de pastillas vacío de Casey Nice. Luego me llevaron a un calabozo en el que ya había otros dos fulanos: uno de ellos borracho y el otro colocado. Obligué al primero a que me dejara el sitio que ocupaba en el banco. Lo mejor es establecer el orden jerárquico cuanto antes. A la larga le ahorraría problemas. Me senté, me apoyé contra la pared y esperé. Supuse que en veinte minutos me habrían introducido en el sistema y que, para entonces, Scarangelo ya me estaría buscando con toda la artillería.

Tardó una hora en dar conmigo. Llegó con el caballero de pelo entrecano y el buen traje, que parecía muy conocido allí. Todos se levantaban de un brinco para saludarlo. Un minuto después volvía a tener todas mis pertenencias en los bolsillos, y otro minuto después estábamos en la calle. Libre y sin cargos. Tal era la influencia de O'Day. Scarangelo se sentó en la parte de atrás del mismo Citroën en el que se había marchado de Le Bourget, y yo a su lado. El caballero de pelo entrecano cerró la puerta desde la acera y le ordenó al conductor en francés: «Llévelos directos al

aeropuerto». El coche arrancó a toda velocidad. Estiré el cuello y vi que el tipo se quedaba unos segundos observándonos antes de volver a la comisaría.

—¿Por qué ha salido corriendo? —me preguntó Scarangelo.

—No he salido corriendo. No me gusta correr. Iba caminando —le respondí.

—Pero ¿por qué?

—He venido como policía. Iba en busca del culpable. A eso es a lo que se dedica la poli.

—Ni siquiera estaba usted cerca. Por no estar, no estaba ni en el mismo barrio.

—He supuesto que no se quedaría en la zona.

—Pues se ha equivocado.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo han detenido. Con el fusil.

—¿Que lo han detenido?

—Se ha quedado esperando, allí mismo.

—¿Quién de los tres era?

—Ninguno de ellos. Un vietnamita de unos veinte años.

—¿Y con qué fusil ha disparado?

—Con un AK-47.

—Menuda chorrada.

—Eso lo dirá usted.

Fui a responder, pero levantó la mano.

—No diga nada. No quiero conocer su punto de vista. Mañana podrían llover citaciones. Es mejor que no sepa nada. Voy a esperar a la versión oficial.

—Iba a preguntarle si tiene inconveniente en que demos un rodeo de nada —le dije.

—El avión nos espera.

—No va a despegar sin nosotros.

—¿Adónde quiere ir?

Me incliné hacia delante y le dije al chófer en francés:

—Diríjase a la Bastille y gire a la derecha.

Se quedó pensativo unos instantes y respondió:

—¿En Roquette?

—Hasta el final —le pedí—. Luego, espérenos en la verja.

—Sí, señor.

Scarangelo iba a empezar a interrogarme de nuevo, pero se quedó mirando el hombro de mi chaqueta. La mancha pegajosa que antes era de color rojo y gris ahora era entre marrón oscura y morada, si te fijabas bien se veían cinco esquirlas de hueso.

—¿Qué es eso? —preguntó Scarangelo.

—Un conocido —le dije.

—Oh, qué repugnante.

—Bueno, es mi punto de vista.

- Necesita una chaqueta nueva.
- Esta lo es.
- Tiene que deshacerse de ella. Vamos a ir a comprarle otra. Ahora mismo.
- El avión nos espera.
- No tardaremos mucho.
- Estamos en Francia —le recordé—. Nada de lo que tengan me valdrá.
- ¿Adónde vamos?
- Quiero hacer una cosa antes de que nos vayamos.
- ¿El qué?
- Dar un paseo.
- ¿Por dónde?
- Ya lo verá.

Cruzamos el Sena por el pont d'Austerlitz, giramos a la izquierda en el boulevard de la Bastille y seguimos hacia el propio monumento, rápido a pesar del tráfico, como si el conductor llevara puestas las luces y las sirenas. El monumento estaba en el centro de una rotonda llamada place de la Bastille, tan caótica como todas las de la ciudad y cuya cuarta salida, de las diez que tenía, daba a la rue de la Roquette, que avanzaba en dirección este, directa a la verja del cementerio.

—Père Lachaise —comentó Scarangelo—. Aquí está enterrado Chopin. Y Molière.

- Y Édith Piaf y Jim Morrison —le dije—. El de los Doors.
- No tenemos tiempo para hacer turismo.
- No tardaremos mucho —le repetí.

El conductor aparcó frente a la entrada y bajé del coche. Scarangelo me acompañó. Había un quiosco de madera que vendía mapas para llegar a las tumbas famosas. Como en Hollywood con las casas de las estrellas. Entramos por un amplio camino de arena y giramos a derecha e izquierda entre elaborados mausoleos y lápidas de mármol blanco. Caminaba de memoria, por lo que recordaba de una deprimente mañana gris de invierno de hacía muchos años. Caminaba despacio, deteniéndome de vez en cuando, comprobando, hasta que encontré lo que buscaba: una parcela de hierba, verde ahora por efecto de la primavera, salpicada de lápidas anchas y bajas. Encontré la que buscaba. Era de color claro y casi no se notaba en ella el paso del tiempo. Tenía una inscripción de dos líneas, aún nítidas y precisas: «Joséphine Moutier Reacher, 1930-1990». Una vida de sesenta años. En aquel entonces yo tenía justo la mitad. Me quedé allí parado, con las manos a los lados, con la sangre y la materia gris de otro hombre en la chaqueta.

- ¿Un familiar? —me preguntó Scarangelo.
- Mi madre —le dije.
- ¿Por qué está enterrada aquí?

—Nació y murió en París.

—¿Por eso conoce tan bien la ciudad?

Asentí.

—Veníamos de vez en cuando. Se mudó aquí cuando mi padre murió. Vivía en la avenue Rapp. Al otro lado de Les Invalides. La visitaba cuando podía.

Scarangelo asintió y se quedó callada un rato, puede que por respeto. Permaneció a mi lado, hombro con hombro.

—¿Cómo era?

—Menuda, con el pelo oscuro y los ojos azules, muy femenina. Muy obstinada. Pero, en general, feliz. A todo le encontraba un lado bueno. Era capaz de entrar en la última casa de mala muerte para marines que nos hubieran asignado, soltar una carcajada, sonreír después y comentar: «*Hogag*, dulce *hogag*». Tenía tanto acento que era incapaz de pronunciar la erre.

—Sesenta años no son muchos —comentó ella—. Lo siento.

—Te toca lo que te toca. No se quejó —le dije.

—¿Qué le pasó?

—Un cáncer de pulmón. Fumaba mucho. Era francesa.

—Estamos en Père Lachaise.

—Lo sé.

—Me refiero a que aquí no entierran a cualquiera.

—Normal —le dije—. Estaría hasta los topes.

—Me refiero a que es un honor.

—Por sus distinguidos servicios militares.

Scarangelo volvió a mirar la lápida.

—¿En qué guerra?

—En la Segunda Guerra Mundial.

—Pero si tenía quince años cuando terminó.

—Fueron tiempos muy difíciles.

—¿Qué hacía?

—Trabajos para la Resistencia. A los pilotos aliados que eran abatidos en Holanda o en Bélgica los llevaban al sur pasando por París. Había una red. Se encargaba de acompañarlos de una estación a la siguiente y los ponía en camino.

—¿Cuándo?

—Durante casi todo mil novecientos cuarenta y tres. Ochenta viajes dicen que hizo.

—Tenía trece años.

—Fueron tiempos muy difíciles —repetí—. Las colegialas eran una buena tapadera. Le enseñaron a explicar que los pilotos eran su tío o su hermano y que estaban de visita. Por lo general los vestían de campesinos u obreros.

—Arriesgaba su vida. Y la de su familia.

—A diario. Pero era buena en lo suyo.

—Esta información no sale en su expediente —comentó Scarangelo.

—Nadie lo sabía. Ella no iba contándolo por ahí. Ni siquiera sé si mi padre estaba al tanto. Cuando murió encontramos una medalla. Un anciano vino a su funeral y nos contó la historia. Era su instructor. Supongo que también habrá muerto ya. No había vuelto desde que la enterramos. Es la primera vez que veo la lápida. Lo más seguro es que fuera mi hermano quien lo organizó todo.

—Elegió bien.

Asentí. Un recuerdo modesto para una mujer modesta. Cerré los ojos y rememoré la última vez que la había visto con vida. Durante el desayuno, con sus dos hijos, crecidos, en su apartamento de la avenue Rapp. Estaban derribando el Muro de Berlín. Ya estaba muy enferma por aquel entonces, pero nos había expresado su deseo de vestir bien y actuar con normalidad. Bebimos café y comimos cruasanes. O, al menos, mi hermano y yo. Ella parlotaba para escondernos su falta de apetito. Hablaba de todo tipo de asuntos: de gente que habíamos conocido, de sitios en los que habíamos estado y de situaciones que habíamos vivido en ellos. En un momento dado se quedó callada y, al cabo de un rato, nos dio un par de mensajes finales, que, por otro lado, eran los mismos de siempre. Como un ritual materno. Lo había hecho miles de veces. Se levantó de la silla con esfuerzo y se nos acercó, le puso las manos en los hombros a Joe, desde atrás, que era parte de la coreografía, se inclinó, le dio un beso en la mejilla, como hacía siempre, y le preguntó: «¿Qué es lo que no tienes que hacer, Joe?». Mi hermano no respondió, porque nuestro silencio era parte del ritual. «No tienes que resolver todos los problemas del mundo. Solo algunos. Porque los hay para dar y tomar».

Después le dio otro beso y vino a situarse detrás de mí. Con dificultad, también me besó en la mejilla, midió la anchura de mis hombros con sus manitas y tocó los duros músculos, como hacía siempre, aún fascinada por lo grande que se había hecho aquel bebé tan pequeño, y aunque me faltaba poco para cumplir los treinta me dijo: «Tienes la fuerza de dos muchachos normales. ¿Qué piensas hacer con ella?». Yo tampoco respondí. Nuestro silencio era parte del ritual. Y que respondiera por mí: «Vas a hacer las cosas como es debido».

Y lo había intentado, casi siempre, lo que unas veces me había dado problemas y otras había hecho que ganara medallas. Como homenaje, aunque no fuera gran cosa, había enterrado junto a ella mi Estrella de Plata. La tenía bajo los pies, en París, enterrada. Supuse que la cinta ya se habría podrido, pero seguro que el metal seguía brillando.

Abrí los ojos, di un paso atrás, miré a Scarangelo y le dije:

—Vale, ya podemos marcharnos.

En la cabina del avión hacía una temperatura agradable, así que, por deferencia a la sensibilidad de Scarangelo, me quité la chaqueta sucia, la doblé del revés y la dejé sobre una de las butacas vacías. En cuarenta minutos habíamos salido del espacio aéreo francés y cruzamos Gran Bretaña en diagonal a trece mil metros de altura. Tras eso empezó el viaje de larga distancia sobre el lejano Atlántico Norte. Una ruta del Gran Círculo. Comimos lo que la tripulación había comprado en Le Bourget y nos tumbamos en las butacas reclinadas, cada uno a un lado del pasillo, enfrentados. Cerca, pero no demasiado.

—¿Quién era el del traje? —le pregunté.

—El director de Antiterrorismo de la DGSE —me explicó.

—¿Es suyo el vietnamita? ¿El del AK-47?

—¿Suyo?

—¿Otro cabeza de turco? ¿Para los periódicos?

—No, no, este ha disparado de verdad. Seguía allí, en la ventana de la buhardilla. No dije nada.

—¿Qué tiene que decir? —soltó.

—Nada, nada, usted no quiere conocer mi punto de vista.

—¿Es alguna conclusión a la que llegará O'Day?

—Seguro que ya lo ha hecho.

—Entonces, póngame en antecedentes.

—¿Qué recuerda de los soviéticos?

—Muchas cosas.

—Por encima de todo eran realistas —le dije—, en especial en lo tocante a la naturaleza humana y a la calidad de su personal. Tenían un ejército descomunal, lo que trae consigo que el soldadito medio sea vago, incompetente y no esté bendecido con ningún talento que salte a la vista. Eso lo entendieron y sabían que poco podían hacer al respecto. Así que, en vez de dedicarse a entrenar a los suyos para que se adecuaran al armamento moderno que tenían a su disposición, diseñaron un armamento moderno que se adaptara al común de sus mortales. Lo que, desde luego, es una estrategia radical.

—Le sigo.

—De ahí el AK-47. Le pongo un ejemplo: ¿qué hace un soldado de infantería del montón cuando está cagado de miedo porque le están disparando? Coge su fusil, le da al selector de disparo y aprieta el gatillo. Nuestras armas pasan del seguro a una sola bala y, después, a automático, lo que está bien, es lineal y lógico. Ahora bien, los comunistas sabían que, con un selector así, sus soldaditos, acojonados, moverían la palanquita hasta el fondo el noventa y nueve por ciento de las veces y empezarían a disparar ráfagas a las primeras de cambio, sin apuntar. Con lo que se fundirían el cargador nada más empezar el combate. Y eso es una putada. Por eso, el AK-47 pasa

del seguro a automático y, después, a una sola bala. No es lineal, no es lógico, pero, sin duda, es práctico. Es como si disparar tiro a tiro fuera la configuración por defecto, y el automático, una elección deliberada.

—Le sigo.

—Además, sabían que su soldadito medio no cuidaría del fusil en campaña, de manera que lo hicieron fiable, como quien dice, en cualquier situación. Tú aprietas el gatillo y el fusil dispara. Hemos visto algunos AK-47 que seguían disparando bien a pesar de llevar años bajo tierra y tener la madera comida por los insectos.

—Le sigo.

—Y los comunistas también sabían que ninguno de sus soldados le acertaría a nada que estuviera a doscientos metros. Quizá fueran incapaces, incluso, de ver más allá. Así que, ¿para qué gastar dinero en precisión? La fiabilidad es lo primero, lo segundo y lo tercero mejor que tiene el AK-47. Pero es impreciso. Es un arma de cuerpo a cuerpo. Poco más que una pistola. Para dispararla desde el otro lado de la calle, desde un edificio o desde el otro lado del río.

—¿Quiere decir que es imposible que haya disparado con eso?

—No ha disparado con eso ni de coña. Podría usted darles a Kott, a Carson o a Datsev el mejor AK-47 que se haya fabricado jamás, que no les serviría de nada más allá de, digamos, trescientos cincuenta metros. Ahora bien, el disparo que ha matado a Khenkin se ha efectuado desde casi mil quinientos metros. Cuatro veces más. No le habrían acertado ni al edificio. Además, la bala es poca cosa. No habría llegado. Tendrían que haber disparado con una elevación de unos treinta grados, como si quisieran lanzarle al bateador una bola curva envenenada. Arriba y abajo, como un misil balístico. Un disparo imposible, vamos. Y aunque lo hubieran conseguido, la bala habría llegado a tan poca velocidad que la podrías haber apartado con una pala de *ping-pong*. Habría rebotado contra la gomina de Khenkin. Pero no ha sido así. Le ha arrancado la cabeza de los hombros.

—¿Entonces?

—Que no ha sido un vietnamita de unos veinte años con un AK-47.

—¿Y qué hacía allí?

—Yo diría que era parte de una de esas ofertas con todo incluido. Parte del apoyo local contratado por Kott, Carson, Datsev o quienquiera que lo hiciera. Que en París bien puede ser vietnamita. La comunidad es numerosa. Seguro que la mayoría tiene profesiones legales, al volante de un taxi o lo que sea, trabajando duro; pero también estoy seguro de que algunos son pandilleros. Ponen diez o doce en la calle, como cordón de seguridad móvil para el verdadero culpable, para que consiga escapar. No hay duda de que el viejo que me detuvo era uno de ellos. Una interferencia con patas. Y dejaron al chico en la buhardilla, como señuelo. Será su iniciación. Se está ganando los galones. Dejas que te arresten, te estás calladito, no flaqueas y ya eres un hombre. Seguro que su arma no tiene percutor. Para asegurarse de que lo sacan del aprieto gracias a ese tecnicismo.

Scarangelo se quedó callada un rato, luego dijo:

—Tiene que tratarse de Datsev, ¿no? ¿Qué van a tener Kott o Carson contra Khenkin?

—Seguro que O'Day tiene teorías al respecto —le dije.

Pero resultó que el método socrático tenía sus limitaciones. O'Day, Shoemaker y Casey Nice le habían dado muchas vueltas a lo sucedido, pero se quedaban en frases al alcance de cualquier persona racional. Aunque tenían los informes detallados de París, Moscú y Londres, diagramas y fotografías, vídeos e informes de actuación y habían repasado los datos una y otra vez, no habían llegado a ninguna conclusión. Estaban esperando mi punto de vista.

Aterrizamos en Pope Field a última hora de la tarde, ni un día después de despegar; habíamos recuperado las seis horas que habíamos perdido volando a París. Scarangelo quería ducharse antes de que nos sentáramos y nos pusiéramos manos a la obra, lo que parecía razonable, por lo que O'Day nos concedió treinta minutos, que yo también pasé en la ducha, sacando a Khenkin de la chaqueta primero, lo que resultó bastante fácil porque la tela era impermeable y pude enjuagar la mugre. No cejé hasta que el agua salió limpia, después sequé la prenda dándole palmaditas con una toalla. Después, y a toda prisa para que me diera tiempo de pasar por el bufé antes de que empezara la reunión, me di un manguerazo con su champú y su jabón, y me vestí. No quedaba gran cosa en el bufé, pero había café, así que me serví una taza y subí la escalera.

O'Day estaba en su silla de costumbre y tenía a Shoemaker a la derecha. Casey Nice me dio la bienvenida con una sonrisa y me senté. Scarangelo llegó después de mí, brillando aún por el efecto del agua caliente, con el pelo mojado y con otro traje negro de falda y chaqueta.

—Lo primero —empezó a decir O'Day—, desechemos a los vietnamitas.

—Siempre hay una primera vez para todo —solté.

No le hizo gracia. Lo más probable era que en aquel antiguo conflicto, en el que había parecido un anciano de ochenta años, estuviera a cargo de parte de la estrategia, razón por la cual aún se mostraba un poco sensible cuando se tocaba el tema. Al incómodo silencio resultante le puso fin Casey Nice:

—Suponemos que el tirador o quienes le pagaron contrataron un grupo criminal para que le sirviera de apoyo táctico. O para que les permitieran operar en su territorio. O para ambas cosas.

—Lo más probable —dije—. A menos que lo contrataran los propios vietnamitas. Quizás esto sea cosa del gobierno. Quizás estén pensando en invadir Rusia.

—¿Lo dice en serio?

—No mucho —respondí—. Estoy de acuerdo con ustedes. Era apoyo táctico.

—En cuyo caso, por cuestión de orgullo y disciplina, no van a soltar prenda. Por

lo que no tenemos nada con lo que trabajar excepto nuestra propia interpretación de un escenario muy confuso e incompleto.

—De incompleto nada. Al menos, no desde el punto de vista de Khenkin.

—Pensamos que viajó a París ansioso por convencernos tanto a nosotros como a los británicos de que Datsev no estaba involucrado. ¿Está de acuerdo?

Asentí.

—Insistía en que Datsev nunca se prestaría a tomar parte en una prueba.

—Y la DGSE dice que Khenkin parecía obsesionado con demostrar que el disparo no le habría acertado al presidente. Cosa que, por lo visto, así es. A la izquierda y un poco bajo. Moscú dice que Datsev nunca falla. Y «a la izquierda y un poco bajo» parece ser la firma de John Kott en Arkansas. De acuerdo con los blancos de papel.

—Kott no ha estado nunca en la terraza de ese apartamento —aseguré.

O'Day me miró y me preguntó:

—Y eso, ¿cómo lo sabe?

—La mujer de la DGSE afirma que el tirador estaba sentado detrás de una maceta. Sin embargo, Kott ha pasado un año entrenándose tumbado. Es como dormir. Todo el mundo prefiere una postura en concreto. Y sentado detrás de una maceta no es la postura de Kott.

O'Day asintió.

—Me alegra saberlo —dijo.

—Pero es imposible que Khenkin supiera eso —comentó Casey Nice—. Lo único que él argumentaba era que Datsev no habría fallado. Y se quedó tan campante hasta que recibió el disparo. Que es donde el asunto se vuelve confuso. Porque resulta que no era Datsev y, de repente, sí que lo era. Porque entre Datsev y Khenkin existe una conexión, pero es improbable que la haya con alguno de los otros dos tiradores.

—Póngase en pie —le pedí.

—¿Cómo dice?

—Póngase en pie y quítese un zapato.

—¿Para qué?

—Usted hágalo.

Y lo hizo. Se puso de pie y me preguntó:

—¿Cuál me quito?

—Da lo mismo —le dije.

Yo también me puse de pie. Se agachó y se quitó el izquierdo. Fui hasta la puerta. Como todas las que había en el edificio, era de madera pintada, rectangular, de dos metros de altura y algo menos de ochenta centímetros de ancho.

—Imagine que esto es un panel de cristal. Imagine que sabe que es bastante duro. Imagine que le doy una sola oportunidad para romperlo con el tacón. Un buen golpe, fuerte. Dígame, ¿dónde se lo daría?

Pensó unos instantes y se acercó cojeando hacia mí. Le dio la vuelta al zapato y lo

sujetó como si fuera un arma. Se detuvo.

—No sé lo suficiente del tema —comentó—. Se trata de tecnología cerámica. Es una ciencia que estudia materiales muy duros.

—Datsev, Kott y Carson tampoco son científicos. Use su instinto.

Me fijé en que sopesaba varios puntos. Levantó el zapato llena de dudas y lo movió un poco, como de forma involuntaria, como si se le pasaran diferentes alternativas por la cabeza.

—Cuénteme lo que está pensando —le pedí.

—No golpearía cerca del borde —respondió—. Creo que lo único que haría sería astillarlo, nada más; como darle un mordisquito a una galleta enorme.

—Vale.

—Tampoco le daría en el mismo centro. Me da la sensación de que la fuerza del impacto se repartiría con uniformidad, que quizás incluso el material llegase a recuperarse por dentro, distribuyendo la fuerza hacia los bordes, y que el impacto no conseguiría nada. Puede que si lo golpease en el centro solo se hundiese, como la piel de un tambor.

—Entonces, ¿dónde golpearía?

—En algún punto que estuviera a caballo entre el centro y los bordes. Así el impacto sería asimétrico y la tensión interior jugaría a mi favor.

—Muéstreme dónde.

Miró la puerta una última vez, levantó el zapato e hizo como que daba un golpe fuerte antes de poner la punta del tacón en el cuadrante superior izquierdo, de forma que si la puerta y el escudo antibalas de París tuvieran las mismas dimensiones, el punto que había elegido quedaría, más o menos, a quinientos milímetros del borde izquierdo y a setecientos del superior.

—Era el segundo tiro el que se efectuaría para matar al presidente, no el primero —afirmé—. El primero tenía que romper el cristal. Nada más. Así que no falló. Dio justo en el blanco.

Casey Nice dio un par de saltitos y se puso el zapato. Volvimos a sentarnos.

—Creo que Khenkin sabía todo esto desde el principio —dije—. Lo que había descubierto la DGSE no reducía las probabilidades de que se tratara de Datsev, sino que las acrecentaba. Fue a París con la esperanza de que su chico estuviera limpio, pero todo lo que vio le sugirió lo contrario.

—Cualquiera de los tres podría haber hecho un disparo así —comentó Shoemaker.

—Pero ¿qué hay del segundo? Creo que es a eso a lo que le daba vueltas Khenkin. Porque quienquiera que hubiera disparado tenía que volver a apuntar, unos quince centímetros más arriba y a la derecha esta vez, si quería cargarse al francés. Y a toda prisa. Que es algo la hostia de complicado de hacer a ojo y a mil trescientos

metros de distancia. Tendría que mover el cañón algo menos de tres milésimas de centímetro. Ni más, ni menos. Y rápido, sin pararse a pensar y con gran precisión pero, aun así, con serenidad. No tenía tiempo ni para prepararse, ni para comprobar el tiro, ni para respirar. Si el cristal se hubiera roto, el francés lo habría advertido, más o menos, de inmediato. Como mínimo, habría empezado a hacer aspavientos. Y, como hemos visto, los agentes de seguridad lo habrían sepultado en dos segundos. Piensen en ello. Disparas, mueves el cañón unas tres milésimas de centímetro y vuelves a disparar, todo ello más rápido de lo que soy capaz de decirlo. Para eso habría que tener una habilidad sobrehumana. Y Datsev la tenía, según Khenkin.

—De acuerdo, vamos avanzando —dijo el general O’Day—. El francotirador era Datsev.

—Desde luego, es lo que Khenkin creía. Lo estuve observando. Era muy tozudo, pero tenía una parte sensible. Por la mañana estaba de mal humor porque habían hecho que se levantase demasiado temprano, pero a su vez estaba contento. En ese momento, era como si hubiese ido a París a pasar el día. Toda esa historia era problema de otro. Mío, lo más probable. Incluso me invitó a desayunar. Pero entonces empezaron a cernerse los nubarrones y el día se torció. Porque, claro, de repente era problema suyo. Tenía que volver a casa y dar la mala noticia. Y no quería hacerlo. Tenía muy poco de funcionario.

—Pero Datsev le ha disparado y le ha evitado el apuro.

—No —dije—, no ha sido Datsev quien le ha disparado.

—Deben pensar en ese segundo disparo —proseguí—. Pero nadie los obliga a creer lo que yo les diga. Llamen a nuestros cinco mejores francotiradores. A los marines de reconocimiento, a los SEAL, a los Delta Force, a quien quieran. No les llevará ni cinco minutos. Seguro que los tienen a todos grabados en la marcación rápida. Seguro que trabajan para ustedes, igual que Datsev trabajaba para el KGB.

—Hace tiempo que el KGB no existe —me corrigió Shoemaker—. Ahora es el SVR.

—El mismo perro con diferente collar.

—¿Adónde quiere llegar?

—Pregunten a sus mejores tiradores acerca de ese segundo disparo. Pregúntenles lo que es tirar dos veces del gatillo, como en un doble disparo rápido, sin nada más entre medias que una desviación de quince centímetros a mil trescientos metros. Todo ello con un fusil de metro y medio de largo que pesa más que una barra de hierro.

—¿Qué me dirían?

—Le dirían: «Por supuestísimo, general, puedo hacerlo con los ojos cerrados».

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que usted tendría que responderles: «Déjese ya de fanfarronadas, soldado, y dígame la verdad», y seguro que todos le jurarían que hacer ese disparo es imposible.

—Por lo visto, Khenkin no pensaba eso.

—Se había creído sus propias chorradas propagandísticas. Datsev es tan humano como usted y como yo. Bueno, o, al menos, como yo. Habría sido incapaz de hacer dos disparos así. Nadie en el mundo habría sido capaz.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Que había dos tiradores.

Todos se quedaron callados y aproveché para acabarme el café.

—Uno de ellos era Datsev o Carson, y el otro, John Kott.

O'Day levantó la cabeza poco a poco, como una vieja tortuga gris saliendo de la arena, y dijo:

—Pero si acaba de asegurarnos que Kott no estaba allí.

—He dicho que nunca ha estado en la terraza. Él se encontraba en el comedor, tumbado sobre la mesa, el final de la cual era más o menos del tamaño de un tablero de contrachapado de dos y medio por uno veinticinco. Apuntaba por encima de la cabeza de su compañero. Piénsenlo. Dos francotiradores. Uno con las piernas cruzadas delante de la maceta. El otro tumbado sobre la mesa. Llevan allí treinta minutos. Están en la zona. Respiran despacio. Son uno con el entorno. Los ventanales franceses están abiertos. El que está detrás de la maceta es el que apunta al panel de cristal. Tiene en la recámara una bala perforante. En la mira, el mismo punto que ha elegido la señorita Nice. Por puro instinto. Por encima y por detrás de él, el segundo

tirador tiene en la recámara un proyectil de competición. Él está apuntando al francés. A la sien, lo más probable, porque puede que el presidente lleve un chaleco antibalas por debajo del traje. Quizá no suponga un gran impedimento pero ¿por qué arriesgarse a tener que lidiar con un factor desconocido? Mejor apuntar a la cabeza. Y ahí la tiene, en la mira. Está esperando a que el cristal se rompa.

—Pero no se rompió.

—Así que ponen pies en polvorosa. Ahora bien, Kott se queda en París. Prefiere ponerle fin a su asunto personal allí mismo. Acampa y observa el balcón, día tras día. O quizá lo avisen los franceses. Es algo que les recomiendo que comprueben. Sea por lo que sea, por fin tiene la oportunidad. Aparecemos tres investigadores. Al verme por la mira ha debido de pensar que acababa de tocarle la lotería. Se le ha tenido que acelerar el corazoncito. Pero se ha tranquilizado y ha tirado del gatillo.

—¿Y ha dado a Khenkin por error?

—No, por error no. Su centro de masas era yo, el centro de la diana, y ha disparado sin dudar, un tiro que le valdría una medalla olímpica de oro. Me ha matado en el momento en que ha apretado el gatillo. La cuestión es que la bala ha estado en el aire casi cuatro segundos. Momento en que ha soplado una ráfaga de viento. La he visto con claridad. Recuerdo el fogonazo y que, acto seguido, ha ondeado una bandera, y, de pronto, Khenkin ha recibido el disparo. Porque el viento ha desviado la bala. Unos cuarenta y cinco centímetros en mil cuatrocientos cincuenta metros. La ha empujado un poquito mientras volaba, de la derecha a la izquierda, de mi pecho a su cabeza.

—Eso no puede demostrarlo.

—Claro que puedo —le aseguré—. Si se hubiera tratado de Datsev apuntando a Khenkin, habría muerto Bennett. Era el que estaba a su derecha. No se puede hacer nada contra el viento, que estaba presente. Las banderas han flameado y han vuelto a enlaciarse en un instante. Ha habido ráfagas toda la mañana. Compruébenlo.

O'Day se quedó callado un rato.

—Dos tiradores —dijo por fin—. Dios. Tenemos que contarles esta teoría a Londres y a Moscú. Si es que la damos por buena, claro está. ¿Rick?

Shoemaker pensó unos instantes y asintió.

—La doy por buena.

—¿Joan?

—Es mejor pensar que eran dos aunque solo fuera uno, que pensar que solo era uno y que fueran dos. Pequemos de precavidos —dijo Scarangelo.

A Casey Nice no le preguntó.

—Tengo que ir a Londres ahora mismo —dije.

—¿Ahora mismo? —preguntó O'Day.

—Me da igual que tuviera mi fotografía en su dormitorio. Incluso me da igual que ese mierda me haya disparado. Son los riesgos laborales de la policía. Pero ha sido descuidado y ha fallado. No debería haberlo intentado en un día ventoso. Ha matado

a un inocente. Y eso cambia la escena. Ha sido un error. Y como usted mismo dijo, ya lo pillé en una ocasión. Puedo volver a pillarle.

—¿Y después?

—Pienso retorcerle el brazo derecho hasta que se lo arranque y golpearle con su propia mano hasta matarlo.

—Negativo —dijo O'Day—. Irá a Londres cuando yo se lo diga. Este asunto es muy complejo. Hay que hacer preparativos.

—No puede darme órdenes, soy un civil.

—Que está ayudando a su país. Hagámoslo como es debido.

No dije nada.

—Khenkin no era un angelito. Era del KGB. Hizo cosas malas —dijo O'Day.

No dije nada.

—Se lo advertí —soltó.

—¿Cómo dice?

—Le advertí que no sería lo mismo con un francotirador buscándole.

—¿Y también trabajarán juntos en Londres? —me preguntó Scarangelo.

—Es lo más probable —le respondí—. Es un lugar con muchos objetivos. Doblará su potencia de fuego.

—¿Quién cree que es el otro implicado, Carson o Datsev?

—No soy de los que apuestan.

—¿Y si lo fuera?

—Carson. Khenkin aseguraba que Datsev no se hubiera prestado a tomar parte en una prueba. No me pareció que fanfarronease. Creo que decía la verdad.

—Espere hasta que estemos listos —dijo O'Day—. Después irá a Londres.

La reunión terminó y empecé a bajar la escalera con la idea de salir por aquella puerta roja e ir a mi casa de chapa ondulada, pero Casey Nice me dio alcance cuando iba por la mitad y me preguntó si me apetecía que fuéramos a cenar. Me pareció buena idea. La *croque madame* a la que me había invitado Eugeni Khenkin en París era lo último caliente que había comido.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Fuera de la base. Digamos que a comer carne a la parrilla.

—¿Tiene coche?

—Más o menos.

—Y eso, ¿qué significa?

—Ya lo verá.

—Vale.

—Debería cambiarme —dijo.

Vestía un traje negro de falda y chaqueta. Medias oscuras y buenos zapatos. Idóneo para D. C. o Virginia, pero quizá no tanto para un restaurantito de pueblo a las afueras de Fayetteville.

—La espero.

—Cinco minutos.

Que resultaron estar más cerca de los diez. Pero el retraso mereció la pena. Llamó a la puerta y, cuando abrí, resultó que la tenía ante mí con una versión de las ropas de Arkansas y coleta. La misma cazadora de cuero marrón, con una camiseta blanca y unos vaqueros diferentes. Del mismo color, pero de talle bajo. Y todo agujereados, deshilachados y desgastados. «Envejecidos», creo que los llaman, pero le sentaban tan bien que era como si algo no encajase en la ecuación. Si los envejecidos la favorecían tanto, no quería ni imaginármela con unos nuevos.

Llevaba las llaves del coche colgando del dedo. Las levantó para enseñármelas y comentó:

—Le pido disculpas de antemano.

—¿Por qué?

—Ya lo verá.

Y, en efecto, lo vi, a algo menos de doscientos metros, en un solar vallado cerca de la carretera que rodeaba Pope Field. El aparcamiento estaba lleno de todo tipo de vehículos, desde camionetas a potentes clásicos de fabricación nacional de más de veinte años, pasando por Mercedes y BMW destartados traídos por soldados que habían estado destinados en Alemania. Me mantuve alerta en busca de alguno especialmente raro y vi un pequeño Mini Cooper de color lavanda y uno de los nuevos Escarabajos de Volkswagen, de color amarillo y medio escondido detrás de un

horroroso vehículo de campo. Seguro que me había pedido disculpas porque el suyo era el nuevo Volkswagen. Quizá fuera un regalo de graduación. Quizá llevase en el salpicadero un florero con una margarita del mismo color que el coche.

Pero no, no era el Escarabajo. Era el horroroso vehículo de campo que estaba aparcado delante.

—¿Qué coño es esto? —le solté.

—Parte de él es un viejo Ford Bronco —me explicó—. El resto está hecho con láminas de metal soldadas allí donde se han ido cayendo pedazos del original. La coloración marrón está compuesta a partes iguales por óxido y barro. Me aconsejaron que no limpiara el barro porque, por lo visto, protege de la corrosión y refuerza la carrocería.

—¿Dónde lo compró?

—Me lo vendió uno de Fort Benning.

—¿Por cuánto?

—Veintidós dólares.

—Espectacular.

—Suba. Está abierto. Nunca lo cierro. ¿Para qué?

La bisagra de la puerta del copiloto tenía más óxido que barro y tuve que hacer bastante fuerza. Chirrió tanto que solo la abrí lo suficiente para colarme de lado. Vi que Casey Nice hacía lo mismo con la del conductor, como si estuviéramos haciendo contorsionismos el uno hacia el otro. No tenía cinturones de seguridad. Ni asientos, y no estoy exagerando. Tan solo había una lona verde sobre una estructura tubular.

Pero el cacharro arrancó, al rato, después de un montón de explosiones y traqueteos del motor. Entonces permaneció al ralentí, respirando como si tuviera neumonía. La transmisión era más lenta que el servicio postal. Casey Nice metió la marcha atrás y todas las piezas mecánicas dijeron su nombre en alto, como si les pasaran lista. Luego, se reunieron para ver si había quórum acerca de lo que tenían que hacer. Decisión que, por lo visto, alcanzaron tras un largo debate, porque pasaron varios segundos antes de que la camioneta pegase un salto hacia atrás. Casey Nice hizo grandes esfuerzos para girar el volante y metió primera, para lo que el comité de la marcha atrás tuvo que poner fin a su reunión, aprobar sus minutas y abandonar la sala para dar paso al comité de la marcha adelante, que se inscribió y se puso cómodo, hecho lo cual presentó una moción que debatió. Pasaron unos cuantos segundos más hasta que la camioneta empezó a renquear hacia delante, despacio y tartajando al principio, a coger velocidad y a rodar inexorablemente hacia la puerta de salida.

—Debería haberle robado la camioneta a John Kott —le dije—. ¡Habría salido ganando!

—Este cacharro me sirve para ir de A a B.

—¿Y qué pasa si quiere ir de C a D?

—Pues que hace una bonita noche y a usted le gusta caminar.

Salimos al mundo real, o al menos a una versión del mismo, por una de las muchas puertas secundarias de Fort Bragg. Cogimos una sencilla carretera de Carolina del Norte, de dos carriles, a cada lado de los cuales se alzaban establecimientos dirigidos en exclusiva a los gustos y a la capacidad económica de los soldados. Había tiendas de empeño y restaurantes de comida rápida, concesionarios de coches usados y tiendas de teléfonos de tarjeta, bazares y tiendas de intercambio de videojuegos, bares y cafeterías de todo tipo. Más adelante, a cosa de kilómetro y medio, los solares vacíos, los pinares y la sensación de que frente a nosotros no había sino un inmenso vacío empezaron a reemplazar a tanto establecimiento.

La camioneta seguía rodando. No muy rápido, e impregnada de olor a aceite quemado, pero mantenía el ritmo. Giramos a la derecha y nos internamos aún más en el inmenso vacío en dirección, no me cabía duda, a un sitio que Casey Nice conocía bien.

—¿Le molesta que Kott haya estado regodeándose con sus errores? —me preguntó.

—Lo cierto es que no —le contesté—. Son de dominio público.

—A mí me molestaría.

—De momento sigo ganando por 1-0. De eso es de lo que debería preocuparse.

—Gracias a una ráfaga de viento.

—Digamos que nací con suerte.

—Eso y que estaba a contraviento.

—Sí, eso también.

—¿Deliberadamente?

—Por una costumbre aprendida. Lo que supongo que es una manera de acabar haciéndolo todo con una intención en mente.

Vi luces colgando entre los árboles y, un poco más adelante, un claro de tierra y gravilla en medio del bosque, con una cabaña destartalada y rodeada de mesas y sillas en el centro, y de cuya chimenea salían humo y calor. Olía a carne asada a fuego lento.

—¿Le parece bien? —me preguntó.

—Es de los que me gustan —le dije.

Casey Nice dio inicio al proceso de detener la camioneta, para lo que tenía que pisar a fondo el pedal de freno primero y, después, bombearlo como una posesa. Giró el volante, aparcó con un golpe leve y el vehículo se detuvo. Aunque sacó la llave del contacto, el motor siguió girando durante un minuto, tras eso sufrió una sacudida y murió. Salimos de lado y nos sentamos a una mesa. Aquel sitio no tenía nombre. Ni carta. Solo había carne, aunque tenías la libertad de acompañarla con pan de molde, o con alubias cocidas, y tres tipos de refrescos en lata. Platos y cubiertos de plástico, servilletas de papel, no se aceptaba el pago con tarjeta de crédito y parecía que la camarera tuviera once años. Todo maravilloso.

Pedimos. Costillas de cerdo y pan para ella, lomo y alubias para mí, y dos Coca-Colas. El cielo estaba despejado y se veían las estrellas. El aire era fresco, pero no frío. El local estaba medio lleno. Rebusqué en el bolsillo y saqué el botecito de pastillas. Lo dejé sobre la mesa con la etiqueta mirando hacia otro lado.

—Tome. No creo que la pelusa de bolsillo sea buena para la salud —le dije.

Durante un momento no reaccionó. Luego, rebuscó en el bolsillo y sacó las pastillas con la mano ahuecada. Siete. Menos que la vez anterior. Sopló el polvillo que había entre ellas y cogió el bote, abrió la tapa con el pulgar y las guardó en él.

—¿Quién es Antonio Luna? —le pregunté.

—Un amigo —me respondió—. Yo le llamo Tony Moon.

—¿Un compañero de trabajo?

—Un amigo.

—¿Que tenía un bote vacío justo cuando usted lo necesitaba?

No respondió.

—¿O que finge ciertos síntomas y después le da las medicinas que le recetan porque usted no se atreve a ir a ver al médico de su empresa?

—No es asunto suyo —me soltó.

—No, no lo es —le dije.

Se guardó el botecito en el bolsillo.

—No me pasa nada —aseguró.

—Me alegro.

Justo entonces llegó la comida y me olvidé de las pastillas, ya fueran legales o no. Las alubias eran alubias y la Coca-Cola era auténtica; ahora bien, la carne era sensacional. Un asador sin nombre en el quinto pino de Carolina del Norte, sí, pero en aquel momento no había mejor sitio en el que estar. Y parecía que Casey Nice opinaba igual que yo. Apuraba los restos de carne de las costillas, sonreía y se relamía. Todo maravilloso. Hasta que le sonó el teléfono.

Se limpió los dedos, respondió, escuchó, colgó y dijo:

—Tenemos que volver. Acaba de suceder algo en Londres.

Lo que había sucedido en Londres era que alguien había muerto. Aunque eso, en sí mismo, no era noticia. La ciudad tiene una población aproximada de ocho millones y la tasa de mortalidad del Reino Unido está algo por encima del nueve por mil anual, así que un par de cientos de londinenses expiran su último aliento cada día. Edad avanzada, sobredosis, enfermedades degenerativas, diversos cánceres, accidentes de tráfico y de otros tipos, incendios, suicidios, infartos, trombosis y apoplejías. Todo ello normal. Pero que te disparen a la cabeza con un fusil de alta potencia no lo es tanto.

Volvíamos traqueteando a Fort Bragg en el anticuado Bronco parcheado y nos encontramos a O'Day, Shoemaker y Scarangelo esperándonos en la sala de reuniones del piso de arriba. Shoemaker nos refirió los hechos. Había en Londres un jefe del crimen albanés llamado Karel Libor, riquísimo, brutal y exitoso, que se dedicaba a traficar con drogas, mujeres y armas. Como la mayoría de los jefes del crimen riquísimos y con éxito, vivía paranoico. Mucha gente lo buscaba, por lo que no salía de casa a menos que hubiera comprobado que su destino era seguro. Requería protección hasta para ir de la puerta de casa a la del coche. Aunque, por lo visto, nada había podido protegerle de un proyectil del calibre 50 disparado a novecientos metros de distancia. La cabeza del señor Libor había explotado y salpicado todo el Range Rover blindado al que iba a subir.

—¿Conclusiones? —preguntó O'Day.

Shoemaker se reclinó en la silla como si la pregunta no fuera con él, y Scarangelo miró a Casey Nice, que se encogió de hombros y no dijo nada.

—Kott y Carson ya están en Londres —dije—. Han vuelto a contratar apoyo táctico. Pero no con dinero. Por lo que parece, los que van a ayudarlos querían un pago en especie. Como, por ejemplo, la eliminación de un rival.

O'Day asintió y comentó:

—Un rival al que sería muy difícil acceder en la calle. Pero si levantas la vista, no obstante, la silueta de los edificios de Londres es muy densa e imagino que hay multitud de ellos desde los que se puede disparar a novecientos metros. Y esa distancia no es nada para Kott. Casi como disparar a quemarropa.

—O para Carson —puntalicé yo.

—O para Datsev —dijo él—. Lo de Carson solo es su opinión. Debemos tener una mentalidad abierta.

—¿Sucedió algo así en París?

O'Day volvió a asentir.

—Creo que sí. Pero no llegamos a atar cabos porque no había fusiles de por medio. Cosa de una semana antes del atentado contra el presidente, el líder de una banda argelina fue acuchillado hasta la muerte en Montmartre. Un queso de los grandes, como dirían los franceses. Visto ahora, se podría decir que eran los

vietnamitas quienes más beneficiados salían.

—¿Quién se beneficia en Londres? —preguntó Casey Nice.

—Estoy esperando a que actualicen el informe —respondió O’Day— pero, por lo que parece, la cosa está entre dos. Un grupo serbio del oeste de Londres y una banda londinense de corte clásico, chapada a la antigua, del este. Según el MI5, Karel Libor era un grano en el culo para ambos.

—¿Dónde se celebra la reunión del G8? —pregunté.

—En el este de Londres.

—En ese caso, si por apoyo «táctico» entendemos «local», es con los londinenses chapados a la antigua con quienes están haciendo manitas.

—¿Por qué está tan seguro? —me preguntó Scarangelo.

—Lo del pago en especie —empezó a responder Shoemaker— está en desuso hoy en día, pero que antiguamente se hacía a cambio de permiso para actuar en el territorio de otro. Como un peaje o una tasa. Habrán hecho otra parte del pago en metálico, para la logística, los alojamientos, los escondites y para el día en cuestión, en el que necesitarán centinelas y demás detalles de seguridad, como un cordón. Igual que en París.

—Eso complica las cosas.

Negué con la cabeza.

—Las facilita —dije—. Ya no estamos buscando a dos tipos. Estamos buscando a unos cincuenta y dos. Ustedes lo llaman «apoyo táctico», pero yo diría que son como un caminito de migas de pan.

—Por cierto, tenía razón con lo del vecino de Kott —comentó O’Day—. El FBI ha encontrado casi diez mil dólares en metálico. Aunque no en una maleta detrás del armario.

—¿Dónde?

—En la lavadora que tenía en la calle.

—Qué ingenioso —dije—. Debería haber mirado. ¿Quién se los dio?

—No suelta prenda. Y ahora mismo no está muy bien visto que lo torturemos con agua.

—Tiene demasiado miedo para soltarlo. Lo que podría significar algo.

—Y los franceses han analizado la bala con la que han matado a Khenkin. Esta misma mañana. Estaba muy deformada, en la pared del apartamento, pero la química dice que es igual a las de los fragmentos que recogió usted en Arkansas. Cabe incluso la posibilidad de que fueran del mismo lote.

Asentí.

—Lo que plantea preguntas acerca de cómo viaja. No ha debido de coger un vuelo comercial, porque tendrían ustedes un rastro de papel. Además, no podría facturar un fusil del calibre 50 y una caja de balas sin que alguien se diera cuenta.

—Barajamos dos posibilidades —informó Shoemaker—. En un buque de carga que haya partido de Mobile o de Galveston, o en un avión privado, en cuyo caso

podría haber salido, como quien dice, de mil sitios. En casi ninguno de los aeropuertos privados de Europa se llevan a cabo controles de pasaportes.

—Me inclino por el avión privado —comentó O’Day—. Están derrochando el dinero. A ver, ¿quién le suelta diez mil dólares a un paleta desdentado de Arkansas? Es excesivo. Seguro que se habría quedado más que contento con doscientos. No están reparando en gastos. Quieren soluciones fáciles y tienen el presupuesto necesario para obtenerlas.

—¿Y cómo han entrado en Londres? —preguntó Casey Nice.

—En tren, lo más probable —respondió Scarangelo—. Por el túnel. En París hay un control de pasaportes pero, aparte de eso, es rápido y seguro; del centro de una ciudad al de la otra.

—¿Y cómo han llevado los fusiles?

—En bolsas de golf, quizá. O de esquí. Muchas personas viajan con equipajes extraños.

—¿Cómo sabían con quién ponerse en contacto en Londres para lo del apoyo táctico?

—Investigándolo de antemano, supongo. Negociándolo de antemano, quizá.

—Tendremos más detalles por la mañana —dijo O’Day—. Tómense libre el resto de la noche. Volveremos a reunirnos a la hora del desayuno.

Bajé la escalera y me dirigí a la puerta roja pero, una vez más, oí detrás de mí el taconeo de unos buenos zapatos y el frufú de unas medias oscuras. Me giré y me encontré con Joan Scarangelo. Me miraba con una especie de emoción lóbrega en los ojos.

—Tenemos que hablar —me dije.

—¿De qué?

—De usted.

—¿Qué pasa conmigo?

—Aquí no.

—Pues, ¿dónde?

—En su acuartelamiento. Siempre parece que estén deshabitados. Como si fueran terreno neutral.

Así que caminamos hasta mi casa, abrí la puerta, nos sentamos como la vez anterior, ella en la silla y yo en el sofá, y volvimos a adaptar nuestra postura para quedar cara a cara.

—¿Le ha gustado la cena? —me preguntó.

—No ha estado mal —le respondí—. ¿Y a usted la suya?

—Me la he pasado discutiendo con los generales O’Day y Shoemaker.

—¿Sobre la calidad de la comida?

—No, sobre su papel en Londres.

—¿Qué sucede?

—En Londres no será como en París. Los británicos son diferentes. A ellos les gusta llevar la batuta. Los consejos y la información serán bienvenidos, pero no nos dejarán hacer nada en su campo. Y eso tenemos que respetarlo. Para nosotros son importantes en muchos aspectos.

—¿Y?

—Yo digo que debería ir usted como asesor acreditado.

—Pero a O'Day le parece mal porque, en ese caso, sí que podría hacer algo.

Asintió.

—Quiere que sea un ciudadano más. No quiere que lo acreditemos. Lo que significa que si lo pillan asfixiando a un anciano en la calle, no podremos hacer nada por usted.

—Tendré cuidado.

—Hablo en serio —dijo—. El general O'Day propone cosas que serán flagrantemente ilegales. Lo será, en primer lugar, su mera presencia. En la jurisdicción de un aliado se mira con muy malos ojos a los asesores no acreditados. Si la fastidia, será un criminal común, nada más. No; será incluso algo peor, porque nuestra embajada se encarga de los criminales comunes, pero nadie se encargará de usted. Se apartarán de usted como si tuviera la peste. Porque es lo que les diremos que hagan.

—Tendré cuidado —le repetí.

—He leído el expediente de John Kott.

—¿Y?

—Su interrogatorio fue magistral.

—Gracias.

—Usted le dio la cuerda y él solito se ahorcó. Era arrogante y no soportaba que lo desafiase.

Asentí.

—Ese era el puntal de mi actuación.

—Creo que el Kott de entonces no se diferencia mucho del Reacher de hoy en día —me comentó.

No dije nada.

—Ahora es cuando usted replica que nunca le ha rebanado el pescuezo a nadie.

—Lo haría si fuera cierto.

—Creo que enviarlo a Londres, de una u otra manera, es un riesgo demasiado grande.

—Pues no lo hagan.

—Porque ya irá usted como sea, ¿verdad?

—Es un país libre.

—Podría quitarle el pasaporte.

—Lo llevo en el bolsillo. Cójalo.

—Podría cancelarlo en el sistema informático. Le arrestarían en el aeropuerto.

—Haga lo que quiera —le dije—. Me da lo mismo. Kott volverá a casa antes o después. Ya lo atraparé entonces. Cuando esté todo paralizado, los mercados se hundan, hayamos vuelto a entrar en recesión, la gente se muera de hambre y hayan empezado a declararse guerras. Cuando el mundo empiece a caerse en pedazos. Nada de eso me importará lo más mínimo. Sé cuidar de mí mismo. Y no soy de los que tienen una gran cartera de valores.

No dijo nada.

—Han de conseguir la mejor ayuda que puedan —proseguí—. No hacerlo sería negligente. ¿Dónde habré oído esas palabras...?

—¿Y es usted lo mejor que vamos a encontrar?

—Eso está por ver. Alguien hará el trabajo. O no. Ese alguien podría ser yo. O no. No soy adivino. Ahora bien, mi expediente dice que se me da más que bien encontrar a gente. Y no sé en qué iba a perjudicarlos tenerme allí.

—Podría perjudicarnos que lo arrestasen a los cinco minutos. Entonces tendríamos entre manos un incidente diplomático y una crisis de seguridad internacional. No tengo claro que podamos confiar en usted.

—Pues acompañeme —le dije—. Podría usted aprobar cada uno de mis pasos. Deliberaríamos, codo con codo. No a dos metros de distancia.

Asintió.

—Es el acuerdo que he alcanzado con O'Day.

—¿En serio?

—Pero no seré yo quien lo acompañe, sino la señorita Nice. Sin acreditar. A ella no la tienen en el radar. Lleva muy poco tiempo con nosotros. Además, ahora mismo tampoco es de la CIA. Es del Departamento de Estado.

—¿Alguna directriz?

—Haga punto por punto lo que ella le diga.

Se marchó después de decir aquello y dejó tras de sí un aroma a jabón y a piel cálida. Esperé un minuto antes de salir y dirigirme a la puerta roja. Subí al despacho de Shoemaker y lo encontré sentado a su escritorio.

—Scarangelo me ha contado lo que han estado hablando durante la cena —le dije.

—¿Se alegra? —me preguntó.

—¿No ve que doy saltos de alegría?

—Quédese con lo bueno. Va a necesitar información actualizada y saber qué está pasando. Nosotros se la proporcionaremos a la señorita Nice y ella se la pasará a usted. Sin ella avanzaría usted a oscuras.

—¿Ha tomado parte la señorita Nice en alguna operación fuera del país?

—No.

—¿Ha tomado parte en alguna operación?

—En nada que pueda considerarse como tal.

—¿Cree usted que es buena idea?

—Es un compromiso necesario. Sirve para que llegue usted allí. Luego, no tiene por qué hacer lo que ella diga.

—Pero tendré que cuidar de ella.

—Sabe para qué se alistó. Y es más dura de lo que parece.

—Eso ya me lo ha dicho.

—¿Y me equivocaba?

Pensé en su amiguito Tony Moon, y no dije nada.

—Márchese si quiere, Reacher —me dijo—. No me debe una mierda. La disposición legislativa en materia de plazos expiró hace años. Lo de buscarle fue idea de O'Day. «Planteamiento psicológico», lo llamó. Dijo que probablemente sería lo único que funcionase.

—¿Y se ha equivocado?

—Márchese si quiere —me repitió—. Hay cientos de personas trabajando en esto. Y los británicos han empezado a tomarlo muy en serio. Bueno, ya se lo estaban tomando muy en serio desde el principio. Es una reunión del G8. Si estás en el tinglado de la seguridad, es como la Superbowl. Se han metido de lleno. Así que nadie le va a echar de menos, Reacher. Es usted uno más. ¿Acaso cree que va a marcar la diferencia?

—¿Esa pregunta es parte de otro planteamiento psicológico?

—Quiero que usted esté, sí. Quiero que estén todos. Un muro humano si es necesario. Lo que haga falta. Porque si un francotirador estadounidense convierte el G8 en el G4, esta nación tendrá un grave problema.

—¿Otro planteamiento psicológico más? Como lo de «soy patriota», ¿no? ¿De dónde lo sacan, del *Manual elemental de manipulación*?

—Hable con O'Day —me dijo.

Cosa que hice acto seguido, después de dejar atrás la sala de reuniones y entrar en el despacho que había al lado. O'Day estaba sentado a su escritorio, ataviado con su americana negra y el jersey negro. Tenía la cabeza inclinada y no la levantó para mirarme, solo los ojos, como si le doliera el cuello.

—Esa idea debe de ser una de las peores ideas de todos los tiempos —le solté.

—Y, aun así, es la mejor oportunidad que va a tener de atrapar a John Kott —me respondió—. Le iré transmitiendo a la señorita Nice todo lo que sepa. Tendrá usted detrás todo el poder del gobierno. Sabe que ha de ponerle punto y final a esto. No volverá a dormir tranquilo hasta que Kott esté fuera de juego.

—Duermo a las mil maravillas.

—En ese caso, deje de mirarse el culo. Todos hemos leído su expediente, como es

normal. Sabemos muy bien lo que pone en los papeles que había en el dormitorio de Kott. Nuestra señorita Nice tiene la misma edad que Dominique Kohl, a quien le cortaron los pechos con un cuchillo de cocina porque la envió usted a arrestar a un maníaco.

—Es lo que pone, desde luego —le aseguré.

—¿Qué pasa, acaso es supersticioso? Todo el mundo tiene veintiocho años alguna vez en la vida. No hay conexión. Y no va a enviarla usted a arrestar a nadie. Porque no va a haber arrestos. Quiero que esté usted allí, solo usted, respirándole en la nuca, que lo convierta en algo personal. Y quiero que me traiga sus orejas para demostrarlo.

—¿Por qué yo? Hay cientos de personas metidas en esto.

—Y si el asunto no tiene complicaciones, no dude en que será una de ellas la que remate el trabajo. Pero las va a tener. Esa es la realidad. Y puede que nadie más lo vea. Que es lo que me temo. Necesito a alguien que pare las bolas. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

Aquel discurso debía de ser otro planteamiento psicológico.

Me reuní con Casey Nice a la mañana siguiente. Ya se lo habían comunicado. Estaba radiante. Me explicó los procedimientos.

—Tanto su teléfono móvil como el mío tienen GPS, por lo que sabrán dónde estamos en todo momento. Recibiré información a tiempo real tanto por voz como por mensajes de texto y correo electrónico. Mi número está grabado en su móvil, y viceversa, al igual que el de los generales O’Day y Shoemaker, para casos de emergencia. Todas las llamadas están encriptadas y son ilocalizables.

—¿Le han dado las directrices? —le pregunté.

—Sí.

—¿Quién?

—Los tres.

—¿Juntos o por separado?

—Por separado.

—¿Y le han dicho todos lo mismo?

—No.

—¿Y a quién va a hacer caso?

—Al general O’Day —me respondió.

Shoemaker nos facilitó lo práctico: cargadores para el móvil, tarjetas de crédito, un fajo de libras esterlinas, las reservas del hotel y los billetes de avión desde Atlanta hasta Heathrow, con Delta Air Lines. El Gulfstream nos llevaría a Georgia, pero a partir de ahí volaríamos en aerolíneas comerciales, como ciudadanos normales y corrientes.

Después nos reunimos todos porque O’Day tenía que darnos información de última hora. Lo primero, una fotografía. Un fotograma sacado de una cámara de vídeo de vigilancia en la gare du Nord, en París. Tenía impresa la hora: cincuenta minutos después del disparo que había acabado con la vida de Khenkin. No estaba enfocada y había una zona borrosa pero, en general, se veía bastante bien. Aparecía en ella un hombre de estatura mediana, de pocas carnes, todo nervio y fibra. La cámara lo recogía de perfil, entre la multitud, pero aquellos pómulos lo delataban. Era John Kott. Iba con la mirada gacha y llevaba los labios apretados con fuerza. Era difícil asegurarlo a partir de una instantánea, pero su lenguaje corporal y su gesto me llevaron a pensar que se sentía incómodo entre tanto bullicio. Comprensible. Quince años en Leavenworth y, después, otro más en una finca perdida de Arkansas. La gare du Nord era una de las estaciones de tren más transitadas del mundo. Menudo cambio de aires.

—Es el vestíbulo que hay justo delante de las vías del Eurostar —explicó O’Day—. El tren de Londres salió diez minutos después. Debemos suponer que iba a bordo.

—¿Por qué no lo acompaña Carson? —preguntó Casey Nice.

—Debemos suponer que viajan por separado —dijo O’Day—. Es mucho más seguro. ¿Por qué arriesgarse a que los detengan a ambos por culpa del mismo golpe de mala suerte?

Acto seguido, O’Day abrió una carpeta y sacó un montón de papeles. El análisis de la banda inglesa por parte del MI5 londinense.

—Están seguros de que se trata de los londinenses chapados a la antigua. Las calles que rodean el objetivo son suyas y se han hecho con las operaciones de Karel Libor muy deprisa. Demasiado deprisa para que la noticia de la muerte del señor Libor les llegase por canales convencionales. Sabían de antemano lo que iba a suceder. Porque fue cosa suya.

Leyó una lista con cuatro nombres, un jefe y tres capitanes de confianza: White, Miller, Thompson y Green. Sonaba a bufete de abogados. Prosiguió describiendo un círculo interno de treinta personas, complementado cuando y donde fuera necesario con mano de obra ansiosa por demostrar su valía. Explicó que eran conocidos desde siempre como los Chicos de Romford porque estaban radicados en una zona llamada Romford, enclavada en el límite oriental de la ciudad, al norte del río, cerca de la autopista de circunvalación. Por lo visto, casi todos eran blancos y de familia inglesa. Describió sus actividades comerciales: drogas, chicas y armas; igual que Libor, pero con los chantajes y la usura como guinda del pastel. O’Day no tenía nada escabroso que contar sobre ellos, ni asesinatos horripilantes, ni castigos espeluznantes, ni torturas sádicas. A lo largo de los años, sus víctimas, muchas y variopintas, sencillamente habían desaparecido como por arte de magia y nunca jamás se había vuelto a saber de ellas.

Casey Nice fue a hacer la maleta y yo volví a ducharme y a vestirme, y guardé el cepillo de dientes en el bolsillo. Habíamos quedado en el Gulfstream. Llevaba puesto lo mismo que en Arkansas.

—El general O’Day me ha comentado que tiene usted dudas respecto a este asunto —me soltó.

No dije nada.

—En cuanto a trabajar conmigo, en concreto —puntualizó.

Seguí callado.

—Lo que le sucedió a Dominique Kohl no fue culpa suya —continuó.

—¿Le ha enseñado O’Day el expediente?

—Ya lo había leído en la pared de Kott. No fue culpa suya. ¿Cómo iba a saberlo?

No respondí.

—No voy a arrestar a nadie —siguió diciendo—. Pienso quedarme atrás. No va a suceder otra vez.

—Coincido con usted. Esos sucesos suelen ser la excepción, no la norma.

—Puede que incluso todo haya acabado antes de que lleguemos. Seguro que los británicos se están deslomando.

—Seguro.

—Sabremos lo mismo que ellos un minuto después de que se lo hayan contado a O'Day. No nos va a pasar nada.

—Lo dice como si, ahora, fuese usted la que tiene dudas.

—No sé qué esperar...

—Ni yo. Nadie lo sabe. Nunca. En ninguno de los bandos. Pero eso es bueno. Significa que la partida se la llevan los que piensen más rápido. Y es en eso último en lo que tiene que concentrarse.

—Pero ambos no podemos ser el más rápido.

—Estoy de acuerdo —le dije—. Quizá sea yo el segundo más rápido. En cuyo caso me dispararán con un fusil. Así que será mejor que se mantenga a dos metros de distancia.

—Suponga que la segunda soy yo y que es a mí a quien disparan.

—Pues lo mismo. Manténgase a dos metros. Así al menos tendré la oportunidad de ganar.

El aeropuerto de Atlanta era tan grande que tuvimos que coger un taxi desde la facturación a las terminales de pasajeros. Casey Nice se registró en un cacharro que parecía un cajero automático, pero yo preferí ir al mostrador, donde una mirada a mi nuevo pasaporte me granjeó una tarjeta de embarque de anticuado cartoncillo. Íbamos en turista preferente, lo que me pareció un oxímoron. Casey Nice me dijo que eran asientos con espacio adicional para las piernas. Me explicó un algoritmo largo y complicado con el que el gobierno le ahorraba dinero al contribuyente. A todos los agentes les reservaban asientos normales a menos que hubiera razones de peso para que no fuera así. La única razón de peso que había en nuestro caso era que se esperaba que nos pusiéramos manos a la obra nada más desembarcar. Eso nos había granjeado el espacio adicional para las piernas. Que resultó no ser para tanto.

Pasamos el arco de seguridad sin zapatos, sin chaqueta y con los bolsillos vacíos, y vagamos después por una especie de centro comercial hasta llegar a la puerta de embarque, no sin detenernos antes en un puesto ambulante de café por mí y en otro de zumos por ella. Casey Nice llevaba una maleta pequeña con ruedas y un bolso que estaba a caballo entre uno de mano y una bolsa de la compra. Encajaba mejor que yo como ciudadano de a pie. Nos sentamos a esperar en unas butacas con un acolchado muy fino, y un rato más tarde, después de que pasaran los pasajeros de las filas de asientos con espacio normal para las piernas, embarcamos. Nuestros asientos en sí eran como todos, y eso del espacio adicional para las piernas le iba a venir bien a ella, pero no a mí. Si apretaba con fuerza la espalda contra el respaldo, podría doblar las rodillas algo más de noventa grados, pero ese era todo el espacio extra que me

reportaban.

El piloto nos dijo que el vuelo duraría seis horas y cuarenta minutos.

Dos horas después habíamos comido y bebido, y el personal de cabina subió el termostato para que nos quedáramos fritos y los dejáramos en paz. «El porrazo» había oído que lo llamaban mientras hablaban entre ellos. A mí me pareció bien. En peores posturas había dormido. El reposacabezas tenía unas alas móviles, así que me sujete la cabeza con ellas como si se tratase de un soporte médico y cerré los ojos.

—Tomo las pastillas para la ansiedad —me dijo Casey Nice.

Los abrí.

—¿Y funcionan? —le pregunté.

—Sí.

—¿Cuántas le quedan?

—Cinco.

—Anoche, antes de cenar, tenía siete.

—¿Las contó?

—No, me fijé. Sin más. Amarillas, pequeñas; las llevaba en el bolsillo y había siete.

—Me tomé una anoche y otra esta mañana.

—¿Porque estaba ansiosa?

—Sí.

—¿Y por qué lo estaba?

—Por tener que interiorizar el informe y pensar en cómo ejecutar la misión.

—¿Está ansiosa ahora?

—No.

—¿Gracias a la pastilla de la mañana?

—Ya se han pasado los efectos. Pero estoy bien.

—Me alegro. Porque esto es lo fácil.

—Lo sé.

—Y al médico de Tony Moon, ¿no le preocupa que su paciente no mejore?

—La gente se tira años tomándolas. Algunas personas, toda la vida.

—¿Es eso lo que va a hacer?

—No lo sé.

—¿Qué otras cosas le ponen nerviosa?

Tardó un rato en responder.

—Lo que está en juego, supongo. Solo eso. Pero es que hay tanto en juego... No podemos permitir que se repita.

—¿No podemos permitir que se repita?

—El 11 de septiembre.

—Pero ¿cuántos años tenía entonces?

—Era una adolescente.

—¿Fue entonces cuando decidió unirse a la CIA?

—Sabía que quería hacer algo. Al final, tomaron la decisión por mí. Me reclutaron en la universidad.

—¿A cuál fue?

—A Yale.

Asentí desde mi soporte médico. Yale es el jardín de infancia de la CIA. Como Cambridge, en Inglaterra, lo es del MI6. Lo único que han de hacer los terroristas es conseguir los listados de estudiantes. O poner una bomba en las cenas de antiguos alumnos.

—Tiene que ser inteligente para haber entrado en Yale —le dije.

No respondió.

—¿Trabaja duro? —le pregunté.

—Me esfuerzo al máximo —me contestó.

—¿Presta atención?

—Siempre.

—Y pagó veintidós dólares por un vehículo.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Significa que no es usted del todo convencional. Que es la cuarta de las cuatro cualidades que debe tener. Y las tiene todas. No necesitamos más. Personas inteligentes que trabajen duro, presten atención y sean capaces de pensar de modo diferente.

—El 10 de septiembre ya teníamos todo eso.

—No, no lo teníamos. Al menos, no de verdad. Igual que no teníamos un ejército de verdad en 1941. Hacía mucho tiempo que no lo necesitábamos. Teníamos gente desfasada dedicándose a asuntos desfasados. Pero mejoramos la hostia de rápido. Como usted. No va a volver a suceder.

—Eso no puede asegurarlo.

—Acabo de hacerlo.

—Pero no lo sabe.

—No merece la pena tomarse una pastilla por eso. Concéntrese en trabajar duro, prestar atención y no deje nunca de pensar. Es lo único que puede hacer. Además, no está sola. Hay miles como usted, igual de buenos, trabajando igual de duro y prestando tanta atención como usted.

—Aun así, podríamos fallar.

—Relájese —le dije—. Al menos durante un par de semanas. Lo que tenemos entre manos no es el 11 de septiembre. Sé que Scarangelo es una alarmista, pero suponga que se equivoca. Si le vuelan la tapa de los sesos a un político, medio país hará una fiesta en la calle. Comprarán banderas y beberán cerveza. Hasta podría desencadenar un milagro económico.

—Seguro que ya han estudiado esa posibilidad. Pero me temo que la mayoría

comparte el punto de vista de la adjunta del subdirector de operaciones.

—¿Es así como la llama?

—Es lo que es.

—¿La espera su arma en el hotel? —le pregunté.

—¿Qué hotel? —me respondió.

—En el que vamos a dormir. ¿O va a recogerla en algún otro sitio?

—No me espera ningún arma. No estoy acreditada. El gobierno no puede proveerme de un arma. Y a usted tampoco.

—¿Y qué vamos a hacer?

—El procedimiento estándar consiste en que consigamos nuestros propios suministros sobre el terreno —me explicó.

Empujé las alas de mi reposacabezas a derecha e izquierda con la cabeza.

—Lo que será bastante fácil puesto que, con lo de Kott y Carson, lo más probable es que los Chicos de Romford estén vigilantes y que, por lo tanto, antes o después nos topemos con el cordón periférico, el hilo exterior de la telaraña. Y lo más probable es que los del cordón periférico estén armados, lo que significa que nosotros también lo estaremos, porque les vamos a quitar las armas.

—Yo diría que es una de las posibilidades que pretenden que tengamos en cuenta. Además, el general Shoemaker considera que establecer contacto con el cordón periférico de los Romford es una buena táctica. Sugiere que lo hagamos poniendo una transacción como excusa. Si superamos la primera capa, podemos triangular con la segunda y hacernos una idea de dónde está el centro. Que, sin duda, es donde están Kott y Carson.

—Si le hago una pregunta, ¿será sincera conmigo?

—Depende.

—¿Cuántos asesores no acreditados más envía Estados Unidos?

—Cinco.

—¿Cuántos británicos infiltrados hay?

—La última vez, trece.

—¿Y los otros seis países?

—Van a enviar dos cada uno, excepto Rusia, que enviará siete.

—¿Cuándo llegarán?

—Antes que nosotros, lo más probable. Puede que lleguemos tarde a la fiesta.

—¿Y cómo de ocupados están los Chicos de Romford?

—¿Ocupados con qué?

—Haciendo tratos. Con proveedores, mayoristas, minoristas y ese tipo de cosas.

—No tengo ni idea.

—Supongo que bastante ocupados, ¿no? Lo de las drogas, las chicas y las armas va todo de comprar y vender. Y siempre hay en escena alguna cara nueva con mejores precios, ya sea en uno de los lados o en el otro. Así que de vez en cuando hablan con desconocidos. En cierto modo están acostumbrados. Y, por lo tanto, no le darán

mucha importancia a que aparezca un extraño vestido de tipo duro con una mierda de trato. Puede que al segundo tampoco. Pero acaba de decirme que hay treinta y siete personas a las que se les va a ocurrir la misma idea que a Rick Shoemaker. Después del tercero o del cuarto, los del cordón van a empezar a disparar a todo desconocido que se menee. Así que nosotros no vamos a hacer lo de la telaraña. Vamos a hacer otra cosa.

—¿El qué?

—Ya se lo explicaré más adelante.

Lo cierto es que no tenía ni idea del qué. Pero eso no pensaba decírselo porque solo le quedaban cinco pastillas.

Dormí cosa de tres horas, rígido, con la cabeza sujeta, hasta que, noventa minutos antes de aterrizar, se encendieron las luces y la cocina se llenó de ruidos y golpes. Casey Nice tenía esa cara de quien no ha pegado ojo: un poco pálida, brillante y febril. Los placeres de viajar por la noche.

—¿Ha estado ya en Londres? —me preguntó.

—Unas cuantas veces.

—¿Qué debería saber?

—¿No ha estado nunca?

—Por trabajo no.

—Esto no es trabajo. No estamos acreditados, ¿recuerda?

—Tiene razón —dijo—. Estoy a punto de entrar en un país extranjero y transgredir un centenar de leyes y tratados. La policía suele ver eso con malos ojos, ¿sabe?

—Me lo explicó Scarangelo.

—Pues tenía razón.

—En cuyo caso, el aeropuerto será el mayor problema. Deberíamos dar por sentado que están en alerta máxima. ¡Como si no fueran paranoicos de por sí! Tienen cámaras y ventanas unidireccionales por todos lados. Empezarán a vigilarnos desde que descendamos del avión. Desde que estemos en la pasarela. A nosotros y a todos los demás. Buscan comportamientos nerviosos y sospechosos. Porque esta es su primera y mejor oportunidad de atrapar a los malos. Y no nos viene especialmente bien que nos prohíban la entrada o que nos encierren y nos interroguen. Así que no muestre nerviosismo ni actúe de forma sospechosa. No piense en ese centenar de leyes y tratados. Piense en otra cosa.

—¿En qué?

—¿Qué es lo que más le gustaría hacer en Londres? Ese deseo oculto. Aunque sea una estupidez.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Quiero que se imagine llevándolo a cabo. O que se dirige allí. Solo ha venido para eso. Su intención es subirse a un taxi e ir allí de inmediato.

—De acuerdo.

—Después del aeropuerto la cosa se vuelve mucho más sencilla. Con la salvedad de que tienen una cámara por cada tres centímetros cuadrados de espacio público. Y en una gran extensión del privado. En Londres hay una cuarta parte de todas las cámaras de circuito cerrado del mundo. En una sola ciudad. Es imposible evitarlas. Tenemos que darlo por hecho y seguir adelante. Estamos rodando una película, nos guste o no, y lo único que podemos hacer al respecto es salir de allí echando leches en cuanto acabemos, antes de que empiecen a repasar las cintas.

—Si damos con Kott y con Carson no será necesario que salgamos echando

leches. Nos invitarán al Palacio de Buckingham para concedernos una medalla.

—Depende de lo que hagamos con ellos cuando los encontremos. Y de lo bien que lo hagamos. No me cabe duda de que a los británicos les gustan los trabajos finos tanto como a nosotros. Tenga por seguro, no obstante, que si no es fino nos venderán en menos que canta un gallo. El Parlamento empezará a hacer preguntas y los periódicos hostiles se les echarán al cuello, así que tardarán nada y menos en arremangarse y venir a por nosotros. Dirán que querían un arresto legal, con la advertencia previa de derechos y todo, y un juicio justo, ¡cómo no! Dirán que somos mercenarios extranjeros ilegales. Asesinos, vamos. Nos denunciarán. Y, si es necesario, nos sacrificarán. Así que, en cualquier caso, prefiero lo de salir echando leches. Además, no tengo ningún interés en visitar el Palacio de Buckingham.

—¿No le gustaría conocer a la reina?

—La verdad es que no. Es una persona más. Todos somos iguales. ¿Ha expresado ella algún interés en conocerme a mí?

—Como se ponga a pensar eso en el aeropuerto, lo arrestan seguro. Creerán que ha venido a hacerla saltar por los aires.

En Heathrow, la mañana es uno de los momentos más ajetreados del día en lo que a tráfico aéreo se refiere, y estuvimos volando en círculos más de cuarenta minutos. Largas y lentas vueltas sobre el centro de Londres, con unos pasajeros tensos debido a la típica sensación de «tan cerca pero tan lejos» y otros encantados ante la posibilidad de apreciar las vistas desde la ventanilla: tanto el serpenteante río como la gigantesca ciudad en constante expansión y los famosos edificios diseminados por ella, poco más que miniaturas detalladas desde allí arriba. Pasado ese rato, el piloto se puso manos a la obra, enfilamos la entrada, desplegamos el tren de aterrizaje, descendimos como patos, despacio, aterrizamos con suavidad y rodamos a toda velocidad entre pistas.

Con tantas personas de pie, estirándose, recuperando el contacto con la red de su teléfono móvil, recogiendo su equipaje de mano y buscando debajo del asiento aquello que no encontraban, tardamos un buen rato en desembarcar. Entramos en la terminal como parte de un grupo multitudinario y desigual que avanzaba en fila de a uno, de a dos y de a tres, con sus integrantes separados pero claramente asociados, todos en la misma dirección y más o menos a la misma velocidad: a caballo entre la impaciencia y la fatiga. No vi ningún comportamiento sospechoso en los pasajeros que me precedían. No miré hacia atrás, no fuera a ser que el mío lo pareciera.

Después de una larga espera en una larga fila, no tuvimos ningún problema en el control de pasaportes. Casey Nice pasó primero, con el papeleo bien cumplimentado, y leí en los labios del agente que la atendía «¿Cuál es el motivo de su visita?». «Ocio», oí que respondía, tras lo cual añadió: «Es decir, vacaciones». Cuánto vocabulario. Yo era el siguiente y no me hicieron ninguna pregunta. Mi pasaporte

nuevo ya tenía su primer sello. Me uní a Casey Nice una vez pasados los mostradores. Seguidamente cruzamos la sala de equipajes camino de la aduana de Su Majestad. Donde tampoco tuvimos ningún problema. Confiaban mucho en eso de la vigilancia oculta. Pasamos por delante de cuatro mil metros cuadrados de ventanas unidireccionales y no vimos ni un alma detrás de ellas.

Entonces llegamos hasta la muchedumbre que esperaba para dar la bienvenida a personas que no éramos nosotros; empezamos a notar el frío aire de la mañana que se colaba entre las puertas de la salida y vimos carteles por encima de nuestra cabeza que presentaban las opciones de transporte, que eran el tren, el metro, el autobús o el taxi. Heathrow está en la zona oeste y nuestro hotel estaba en la este, un viaje largo, memorable para un taxista, la carrera de la semana. Y el fajo que nos había dado Shoemaker, aunque generoso, no era infinito.

Así que optamos por el metro, más porque lo conocíamos que por cualquier otra razón, pero también porque considero que donde mejor se percibe de qué humor está una ciudad es en sus túneles. La acústica reverberante amplifica los sentimientos de miedo y tensión, o deja patente su ausencia.

Fue un viaje largo, en asientos duros, con dos transbordos, a toda velocidad y dando bandazos por tubos subterráneos poco más anchos que los vagones. No sentí una crispación especial en el ambiente. Mucha de la rabia y la preocupación habituales de los días laborables, pero nada más. Bajamos en Barking y en la superficie nos recibió el sol de media mañana. De pie en la acera y con su maleta de ruedas, junto a la boca de la estación, Casey Nice parecía una niña esquelética y abandonada, cansada y un poco desaliñada. Se dio cuenta de que nuestro hotel aún estaba a bastantes manzanas. Toda una caminata. No pasaba ningún taxi. Estábamos demasiado lejos del centro.

—Nos vendría bien un taxi —dijo.

—No creo que pase ninguno por aquí.

Pero parecía que había algo similar. A la puerta de una especie de oficina vi un par de berlinas maltrechas. En la fachada blanqueada de la misma ponía «Minitaxis Barking». Nos acercamos pero entré solo. Había un tipo detrás de un mostrador alto de contrachapado. Le dije que quería un taxi. Me respondió que los minitaxis no tenían permiso para recoger a clientes que los parasen por la calle. Que había que reservar por teléfono.

—Pero si no estoy parando nada —le dije—. Ni siquiera he levantado la mano. Y no estoy en la calle.

—Solo reservas por teléfono —insistió—. Podríamos perder la licencia.

—¿Acaso tengo pinta de inspector del gobierno? ¿O le parezco policía?

—Tiene que reservar por teléfono.

Señaló un enorme cartel que había en la pared y en el que ponía «Solo reservas telefónicas», y un número de teléfono debajo.

—¿Me está tomando el pelo? —exclamé.

—Podríamos perder la licencia —repitió.

Estaba a punto de ponerme a contemplar métodos alternativos cuando recordé que llevaba un móvil en el bolsillo. El que me había dado Scarangelo en París. O’Day había hecho que le pusieran un localizador GPS para la misión. Lo saqué y marqué el número que ponía en el cartel. Al principio no se oyó nada, mientras un montón de servicios de localización y de asistencia internacional se ponían a funcionar. Entonces, como a un metro de mi codo, sonó un teléfono. El fulano respondió.

—Quiero un taxi —dije.

—Por supuesto, señor. ¿Para cuándo lo necesita? —me preguntó.

—Para dentro de treinta segundos.

—¿Dónde quiere que pase a recogerle?

—Aquí mismo.

—¿Destino?

Di el nombre del hotel.

—¿Número de pasajeros?

—Dos.

—El taxi llegará en un minuto.

Que era el doble de tiempo del que había dicho que lo necesitaba, pero lo dejé correr. Me limité a colgar y a reunirme con Casey Nice en la calle. Le conté lo que acababa de sucederme.

—No debería haber insistido. Ahora lo recordarán. Y seguro que un negocio como este paga un impuesto de protección a los de Romford. Les van a vender la información.

El coche estaba hecho polvo y sucio, y no era muy espacioso, pero nos llevó a donde teníamos que ir, es decir, a un hotel económico con aparcamiento, atrapado entre una serie de empresas y talleres de todo tipo, en un vecindario que en su momento, hacía mucho, había sido un pueblo remoto, lejano, y alguno de cuyos rincones seguía pareciéndolo. Había casas de ladrillo aquí y allá, un viejo caserón rodeado de pequeñas construcciones apiñadas entre sí. Debía de tratarse de una antigua mansión, fértil y feliz hacía doscientos años, cuando la ciudad no era sino una leyenda a un día a caballo. Pero entonces llegó el tren y es probable que la mansión perdiera cuatro hectáreas de la finca y, después, media más. Y cuando llegaron el autobús y el coche la mansión perdió la huerta y, después, el jardín y, después, todo lo demás, excepto una entrada enlosada con sitio para dos coches, siempre y cuando hicieras maravillas para aparcarlos.

El hotel había sido construido haciendo especial hincapié en la eficacia. Si hubieran cogido una grúa y apilado los contenedores de Pope Field en cuatro pisos, el resultado no habría sido muy diferente. Nos registramos y nos dieron las llaves. Nice quería subir a dejar el equipaje, así que fui a mi habitación, que era de lo más sencilla

pero tenía todo lo que necesitaba y nada que me resultara innecesario. Me lavé las manos y la cara, y me peiné con los dedos, después bajé por la escalera. Me la encontré en recepción, lista y esperándome.

—¿Cuál es el plan? —me preguntó.

—Vamos a ir a echar una ojeada —le dije.

—¿A qué?

—Al sitio en el que se celebrará el G8.

El recepcionista nos pidió un minitaxi, adecuadamente reservado por teléfono, que nos sorprendió por la rapidez con la que llegó. Casey Nice le dio la dirección al taxista y me pareció que nos llevaba primero hacia el norte y hacia el este después, por calles típicas de las afueras que parecía que se sintieran incómodas por llevar un tráfico más denso y veloz del que debieran y ser más estrechas de lo que les gustaría. Dejamos atrás un cartel que decía que nos encontrábamos en Romford. Permanecemos al oeste del centro y más adelante giramos, rodeándolo por una carreterita, hasta que salimos de golpe a una extensión verde con la forma de una porción de pizza que iba ensanchándose a medida que se alejaba de nosotros y cuyo borde lo conformaba el tráfico infernal de la autopista de circunvalación. O de la M25, que es como la denominaban las señales.

En medio de la cuña verde había una bonita casa de ladrillo con ventanas en mirador, gabletes y chimeneas, tejados empinados y cientos de relucientes ventanas emplomadas. Isabelina, lo más probable, o una elaborada copia victoriana. Estaba rodeada de gravilla dorada muy bien rastrillada, rodeada a su vez por una extensión de césped sencilla y agradable a la vista, pero no tan espiritual como si fuera zen.

Alrededor del césped había un altísimo muro de ladrillo con la forma de un rectángulo gigantesco. Cercaba la mansión por completo: por delante, por detrás y por ambos lados, pero a una distancia muy generosa. La extensión de césped era amplia, profunda. Las proporciones estaban muy bien calculadas. Nadie pondría en duda que el muro pertenecía a la casa, pues era parte evidente de la estructura. Ahora bien, seguro que, desde dentro, los jardines seguían resultando la mar de espaciosos. La parte de la porción de pizza que quedaba fuera del muro era muy pequeña y, a continuación, Londres comenzaba de nuevo, por todos lados, como si ejerciera presión hacia el interior.

—¿Es aquí? —pregunté.

—Sí —respondió Casey Nice—. Wallace Court. Hogar de la familia Darby durante muchos siglos. La casa es del siglo XVI y el muro es victoriano. Hoy en día es un palacio de exposiciones y congresos.

Asentí. Otra antigua mansión, también fértil y feliz hacía doscientos años, pero quizá con mejor suerte. El dueño victoriano debía de haberlo visto venir. Quizá fuera un inversor ferroviario. Así que construyó el muro para mantener el mundo a raya. Y supongo que lo consiguió, hasta cierto punto, durante cien años o alguno más, hasta que construyeron la autopista y el ruido hizo que fuera imposible vivir allí. Al final, la familia se dio por vencida y se mudó, y ahora su hogar se había convertido en un centro de convenciones, donde puede que el ruido sirviera para que la gente se sintiera conectada y activa.

—No parece el típico emplazamiento para una reunión del G8 —le dije.

—No —me contestó—. Su elección ha resultado controvertida. Normalmente se prefieren zonas rurales, más aisladas, pero los británicos insistieron. Porque está cerca de donde se celebraron las Olimpiadas, o algo así. No creo que nadie tenga claro el porqué.

Permanecimos en el taxi un buen rato después de que se detuviera. «No será lo mismo ahora que hay un francotirador buscándole». Respiramos hondo y bajamos para echar una ojeada de cerca. El muro tenía unos dos metros setenta y cinco centímetros de altura y era ancho, estaba ornamentado y tenía contrafuertes. Seguro que había costado una fortuna. Tendría unos mil millones de ladrillos. Se podrían haber construido con él pueblos enteros. Me volvió a la cabeza el antiguo propietario victoriano. El señor Darby. Lo más probable era que llevara barba o unas patillas largas y pobladas. Seguro que había sido más terco que una mula. Le habría resultado más sencillo hacer las maletas y comprarse una isla.

El muro tenía una sola puerta, en la parte frontal, una verja de hierro pintada de negro con hojas doradas por todas partes. Era simétrica con la puerta principal de la casa, que se encontraba a lo lejos, al final de la larga y recta avenida de entrada. Lo que hacía que la mansión no resultase un emplazamiento tan malo. Atípico y controvertido quizá, pero no suicida. Movilizas al Ejército, despliegas la infantería en la parte frontal del muro, armada hasta los dientes, con uniforme de campaña, a unos nueve metros, dispones un gran cerco de seguridad alrededor de la única puerta que hay y ya has evitado el noventa y nueve por ciento de los peligros convencionales. Un Humvee blindado podría tirar abajo el muro, o no, pero, desde luego, algo más pequeño no podría. Era comprensible que los ocho servicios secretos hubieran accedido. El sitio les había parecido adecuado. Hasta ahora.

Todavía faltaban casi tres semanas para la reunión del G8, pero los preparativos ya habían comenzado. Eso estaba claro. A lo lejos se veían furgonetas descargando. Y había un policía en la verja. Que no nos quitaba ojo. No era uno de esos amables *bobbys* con su elegante casco, sino uno achaparrado y con cara de pocos amigos, con un chaleco de Kevlar y un subfusil Heckler & Koch.

—Nos ha visto —me susurró Casey Nice.

—Es su trabajo —le dije.

—No podemos irnos sin más. Sería un comportamiento sospechoso.

—Pues vayamos a hablar con él.

Me acerqué paseando y me detuve frente a él, no demasiado cerca, con esa actitud corporal que todos hemos acabado por aprender y que viene a representar algo así como: «Tranquilo, agente que empuña un arma, no hay razón alguna por la que deba considerarme usted un peligro», y le dije:

—Esperábamos poder entrar.

—¿De verdad, señor? —respondió el agente.

Tenía acento local, su tono era plano y había pronunciado «señor» con neutralidad deliberada, como si, en realidad, hubiera querido decir: «Me obligan a llamarle

“señor”, pero no me sale de dentro».

—Debo de estar mal informado. Mi guía turística es muy antigua —le expliqué.

—¿De qué guía se trata? —me preguntó.

—Me la dio mi padre. Y creo que a él se la dio mi abuelo. Supongo que es como una herencia familiar. Pone que hay ciertos días del año en los que se puede entrar a ver la casa y los jardines por seis peniques.

—Sería mejor que llevara la guía a un anticuario.

—Imaginaba que ya no serían seis peniques, por la inflación.

—Hace treinta años que esta no es una casa privada. Además, en estos momentos está cerrada. Así que le agradecería que se alejase, ahora.

—Está bien —le dije.

Y es lo que hicimos, despacio, con miradas largas y detalladas a derecha e izquierda, hacia atrás, a nivel de la vista, hacia arriba, a los árboles, a las casas adosadas, a las pareadas y a los apartamentos bajos y cuadrados, a las gasolineras, a las tiendas veinticuatro horas, al tráfico y al cielo. El taxi se había ido, así que seguimos caminando.

—¿Y ahora? —preguntó Casey Nice.

Parecía cansada, así que respondí:

—Volvamos al hotel y echemos una siesta.

Lo que no llegamos a hacer debido a una llamada de O’Day, la cual, entre otras cosas, me llevó a desear haber sido de los que apuestan. Scarangelo me había preguntado: «¿Quién cree que es el otro implicado?», a lo que acabé respondiendo que Carson. Y resultaba que estaba en lo cierto, porque habían encontrado a Datsev. Arrestado, de hecho. Acababan de informarlos desde Moscú. Hacía algo más de tres semanas se había escondido en el maletero de un coche aparcado en un garaje subterráneo situado debajo de un club de alterne. En ese maletero lo habían sacado a escondidas de la ciudad con destino a un aeropuerto privado, donde subió a un avión y viajó seis mil quinientos kilómetros en dirección este. Una vez en su destino, se preparó y se mantuvo a la espera pacientemente, como hacen los francotiradores. Luego, en el momento adecuado, le atravesó la cabeza de un balazo al dueño de una explotación minera de bauxita. A mil cien metros de distancia, según O’Day. Un asunto típico en el mundo de los recursos naturales privatizados. Con ese único toque que Datsev hizo a su gatillo, su cliente se convirtió en el segundo proveedor de aluminio del panorama mercantil.

Lo cual, por desgracia, no le sirvió de nada. El primer proveedor se sintió amenazado, como es natural, y, al mismo tiempo, y como también es natural, vio la oportunidad de consolidarse en el mercado. La cuestión es que tenía amigos en las altas esferas, amistades todas ellas compradas con sobornos, claro está, por lo que los cuerpos de la ley se tomaron unas molestias inusitadas para que la ley tomara cuerpo.

Cosa a la que ayudó el clima. La primavera del lejano oriente ruso no es igual que la de Carolina del Norte, París o Londres. Se dan temperaturas bajo cero y caen las últimas nieves. Y resulta que el avión del nuevo segundo proveedor no pudo despegar. Habían pillado a todo su séquito en un hotel de la zona. Datsev incluido. Un ratito de interrogatorio al más puro estilo del KGB, por parte de lo que Khenkin había denominado «mismo perro con diferente collar», había servido para llegar al fondo del asunto bastante rápido, y, ahora, Datsev estaba bajo custodia. O'Day suponía que le darían a elegir entre volver a trabajar para el SVR sin rechistar o ir a la cárcel. Lo que, según el general, nadie que conociera el sistema penitenciario ruso consideraría una elección. De hecho, ya había pasado el expediente de Datsev de la columna de profesionales por cuenta propia a la de sus subordinados. No sabía qué le deparaba el futuro, pero su pasado estaba claro: Datsev no había estado en París en ninguna de las dos ocasiones y tampoco estaba en ese momento en Londres.

Colgamos. Seguíamos en el vestíbulo del hotel. Casey Nice dijo:

—La cosa se complica. Porque Carson es de aquí y Kott habla inglés.

—¿Quiere un café? —le pregunté.

—No —me dijo.

—¿Té caliente?

—Un descafeinado, quizás.

Así que volvimos a salir del hotel y nos metimos en una cafetería minimalista que había al otro lado de la calle, pero no justo enfrente. No pertenecía a una de esas cadenas internacionales. No se parecía en nada a la cafetería de Seattle. Era la típica de Londres: tradicional, con luz fluorescente fría y mesas mojadas de chapa de madera. Ella pidió un descafeinado, y yo un café. Le dije:

—Cierre los ojos.

Sonrió.

—¿Me quito los zapatos?

—Piense en lo que hemos visto mientras nos alejábamos de Wallace Court. Componga una imagen. Dígame, ¿qué es lo primero que le viene a la cabeza?

Cerró los ojos.

—El cielo.

—A mí también —le dije—. Todos los edificios del entorno son bajos. Hay algunas casas adosadas de tres pisos, algún que otro edificio de apartamentos de cuatro y cinco plantas, pero en su mayoría son casas pareadas de dos pisos, algunas de ellas con buhardilla.

—Lo que, teniendo en cuenta los pisos más elevados y un radio de cinco kilómetros, supone unas diez mil ventanas.

—No, tantas como diez mil no. Esto no es Manhattan, ni Hong Kong. Es Romford. Unos pocos miles sí, claro. De las cuales, unos pocos cientos serían un buen sitio desde el que disparar. ¿Qué haría si estuviera a cargo de la seguridad?

—Daría parte al servicio secreto —me respondió.

—Suponga que el servicio secreto lo dirige usted.

—No cambiaría nada. Les diría que siguiesen trabajando en aquello que tuvieran entre manos.

—¿Y qué tendrían entre manos? ¿Ha visto alguna vez cómo llega el presidente a su destino?

—Pues claro. La limusina blindada que lo transporta se detiene en una calle cortada y él entra en el edificio por una larga carpa de lona blanca que se dispone adosada al mismo. La puerta de la carpa se cierra en cuanto pasa. El presidente nunca queda expuesto. Está a salvo en la limusina blindada y lo está también en la carpa. Al menos de un francotirador que no sabe por dónde o en qué momento va a salir del vehículo. Y, gracias a la carpa, tampoco lo ve después. Podría disparar al buen tuntún, supongo, pero ¿qué posibilidades hay de que lo alcance? La mejor de las suposiciones fallaría por dos metros y dos segundos.

—Y el servicio secreto va a desplegar ese operativo, ¿verdad? —le dije—. Siempre lo hace. La limusina blindada y la carpa, que transportarán en un avión de carga de las Fuerzas Aéreas. Da igual que los británicos se quejen de que eso les estropeará el espectáculo. Si quieres que el presidente de Estados Unidos asista a tu fiesta, es el servicio secreto quien dicta cómo se hacen las cosas. Va a haber una carpa en el lateral de tu casa, quieras o no. Ahora bien, el presidente no va a prohibirle a nadie que la use. No va a soltar: «Lo siento, peña, pero vosotros tenéis que entrar por la puerta de servicio».

—No todos tienen limusina blindada.

—Eso no importa. Eso se arregla con un par de Mercedes con las lunas tintadas. ¿En cuál va el primer ministro? ¿En cuál van los ayudantes y demás personal? Es el mismo principio que lo de la carpa.

—¿Adónde quiere llegar?

—Si yo fuera John Kott, eso no me gustaría un pelo. O William Carson. Tengo contra mí las obvias e infalibles medidas de seguridad que, sin lugar a dudas, se van a poner en práctica, un entorno de edificios bajos, una trayectoria muy plana y solo unos pocos cientos de buenas posiciones de disparo. Joder, si los británicos decidieran hacerle un siete al presupuesto de horas extra ¡podrían desplegar un policía en cada ventana!

—¿Considera imposible que atenten?

—¿Desde dónde iban a hacerlo? La limusina llega hasta la carpa.

—Ya, pero se está olvidando de la foto —me soltó.

Le pregunté a Casey Nice por la fotografía y me dio una explicación detallada. Me contó que, como todo lo que tiene que ver con la política y la diplomacia, era mucho más importante de lo que parecía desde fuera. Mucho más que una formalidad. Estaba cargada de simbolismo. Tenía que ver con la imagen, el compañerismo y con que los pequeños tuvieran la oportunidad de estar a la misma altura que los grandes, literalmente. Tenía que ver con el estatus, el valor económico y con lo que los periódicos acabarían diciendo en casa. En otras palabras, tenía que ver con exhibirse, de manera tanto metafórica como real. Se consideraba importante hacerla al aire libre, porque también tenía que ver con que te mostrases al mundo con tus iguales, hablando, bromeando, tomándoles el pelo, codeándote, haciendo tratos, siendo tan importante como el que más.

Y me explicó que no estarían en el exterior solo el tiempo necesario para hacerse la fotografía. Darían un paseo por el césped de vez en cuando, de dos en dos, de tres en tres. Si el italiano tenía algún problema con la deuda exterior o con el euro, se le tenía que ver con la alemana, enfrascados ambos en una sesuda conversación. Puede que solo estuvieran hablando de sus hijos o de fútbol, pero la imagen tendría mucha repercusión en Roma. De igual manera, a nuestro presidente se le vería con el ruso, y al británico, con el francés, y el japonés hablaría con el canadiense. Había mil y una combinaciones posibles. Con el inconveniente, añadido, de que era normal que se pusieran de los nervios entre sí y que alguno siguiera fumando, aunque a escondidas, por lo que había que hacer descansos.

—Kott y Carson van a tener objetivos a la vista —añadió.

—¿Existe la posibilidad de cancelar la reunión? —le pregunté.

—No —afirmó.

Vi por la ventana de la cafetería, cubierta de gotas de condensación, que una furgoneta negra aparcaba frente al hotel.

—¿Y no se podría tomar dentro la foto? —le dije.

—Se podría, pero no en estas circunstancias —me respondió.

—¿No es aconsejable adoptar precauciones?

—No si parecen cobardía.

—Qué memez.

—Así es la política. El mundo tiene que ver cómo se encargan de los grandes asuntos. Además, algunos de ellos celebran elecciones dentro de poco. Este tipo de cobertura periodística es importante.

Al otro lado de la calle, la furgoneta negra esperaba junto a la acera. No salió nadie. No entró nadie.

—¿Y si llueve?

—Esperarán a que escampe.

—Podría no hacerlo. Estamos en Inglaterra.

—Pues ahora no está lloviendo. ¿Quiere que consulte la previsión meteorológica?
Negué con la cabeza y dije:

—«Espera lo mejor, prepárate para lo peor». ¿Se sabe de antemano dónde se hará la fotografía?

—En el patio de atrás —contestó—. La escalera tiene peldaños poco altos. Las preferidas de los políticos de menor estatura.

—La parte de atrás de la casa da a la autopista. Mejor eso a que dé a la ciudad.

—Hay multitud de edificios a ambos lados.

—¿Van a usar el cristal a prueba de balas?

—No tendría sentido —me dijo—. Los paneles solo son útiles cuando hay una única persona frente a un micrófono. No servirían de nada con ocho personas de un lado para el otro.

Asentí. Imaginé a esas ocho personas de un lado para el otro. Lo más probable era que salieran por una puerta que diera al patio, todas ellas fingiendo desconcierto por tener que pasar de súbito de la solemnidad moral que los caracteriza a atender las sórdidas demandas de la prensa: «¡Cielos, ¿en serio?! ¿Tiene que ser ahora? Bueno, pues daos prisa, que tenemos que volver al trabajo». Después fingirían sonrisas haciendo ver que les daba vergüenza posar y se darían simpáticos empujoncitos. Y suponía que todo ello lo representarían como si estuvieran a partir un piñón, en aras del compañerismo y la igualdad, y por aprovechar unos la estela de gloria de otros. Ninguno querría apartarse de los demás. Que se filtrara una fotografía en la que había siete dirigentes por un lado y un octavo por el otro sería un desastre para este último. En su país, los titulares se escribirían solos: «Apartado», «Ignorado», «Rehuido», «Distante», «Le cuesta relacionarse con sus compañeros».

Así que permanecerían bien juntitos y, cuando estimaran que los servicios de prensa ya tenían suficiente material con el que jugar, se alinearían en la escalera, se erguirían, sacarían pecho y se quedarían quietos como estatuas. Sin protección.

La furgoneta seguía aparcada al otro lado de la calle.

—¿Qué tal lleva lo de las pastillas? —le pregunté.

—Todavía me quedan cinco —me dijo.

—Entonces, ¿se siente bien?

Asintió.

—Bastante bien.

—¿Porque ha asimilado el informe y hemos ejecutado satisfactoriamente la parte inicial de la misión...?

—Porque empiezo a ver el camino. Creo que el problema empieza a desinflarse. Kott y Carson van a querer ver el patio de atrás y puede que también el jardín trasero. Lo que deja fuera del escenario, digamos, el sesenta por ciento del edificio. Sabemos dónde vamos a encontrarlos. Más o menos, claro. A grandes rasgos.

La furgoneta seguía aparcada al otro lado de la calle.

—Suponga que encontramos algún obstáculo por el camino —le dije.

—¿De qué tipo? —preguntó.

—Inesperado. ¿Le supondría algún problema?

—Bueno, depende, ¿no?

—¿De qué?

Se quedó en silencio un buen rato. Se estaba planteando mi pregunta muy en serio.

—No me lo supondría siempre y cuando no distrajese nuestra atención.

—Quiere decir que si nos topamos con un obstáculo, ¿deberíamos resolverlo con rapidez y contundencia?

—Sí —respondió—. Si se trata de un obstáculo, debemos superarlo y seguir adelante. No podemos permitirnos retrasos. Ahora que he empezado a ver el camino, no quiero que se me cierre en las narices.

La furgoneta seguía allí.

—Vale. Volvamos al hotel —le dije.

Nos acercamos a la furgoneta por la parte de atrás. Era del tamaño de un todoterreno pequeño y tenía más o menos la misma forma, solo que la parte trasera no tenía ventanillas. Era toda de chapa. Parabrisas y dos ventanas, la del conductor y la del copiloto, nada más. Estaba pintada de negro y no llevaba ningún rótulo. Y estaba limpiísima. Encerada y pulida, como un espejo. Como el coche del SEAL en Seattle. Lo que daba pie a una buena pregunta: ¿quién usa vehículos grandes y negros y los mantiene immaculados? Pregunta que solo admitía dos respuestas. Las empresas de limusinas y los cuerpos de seguridad. Y las empresas de limusinas no tienen furgonetas en su parque móvil. Minibuses quizá, pero a los pasajeros les gustan las ventanillas.

Ahora bien, estábamos en Londres, así que ¿qué sabía yo? Quizás estuviera teniendo lugar una revolución cultural basada en un repentino entusiasmo por la limpieza automovilística. Puede que llegara a Estados Unidos en seis meses, como pasó con la beatlemania. Pero todos los demás coches que había visto estaban de lo más sucios.

—¿Serán policías? —preguntó Casey Nice.

—Seguro que enseguida nos lo aclaran, de una u otra manera —le dije.

Acabamos de cruzar la calle y seguimos adelante, hacia la furgoneta, directos. Las puertas delanteras se abrieron a un tiempo, rápidamente y con suavidad. Primero el seguro cuando estábamos cerca, y las puertas en sí cuando estábamos aún más cerca. Salieron dos tipos. El de la acera se giró poco a poco, mientras que su compañero se apresuró alrededor del capó. Mismo movimiento circular, a diferente velocidad. Una especie de paso sincronizado, perfeccionado con la práctica, no me cabía duda.

Ambos llevaban traje negro y gabardina negra. Ambos eran blancos. O rosas, para ser exactos. Con el rostro agrietado, como si hubieran pasado un invierno largo y duro. Ambos eran de menor estatura que yo, pero no pesarían mucho menos. Ambos tenían los nudillos prominentes y el cuello musculoso.

Nos cortaron el paso.

—¿En qué puedo ayudarlos? —dije, como el vecino de Arkansas.

Respondió el que había dado la vuelta más corta:

—Voy a llevarme la mano al bolsillo muy despacio y a sacar un documento identificativo del gobierno. ¿Me han comprendido?

Lo que era un truco barato, lo más probable, para que siguiésemos su mano, moviéndose muy despacio hacia el bolsillo, deteniéndose una vez allí, saliendo después, también despacio. Y que, mientras, cualquier cosa que hiciera su compañero nos pasase desapercibida. Como montar pieza por pieza una Heckler & Koch recién sacada de la caja.

Aunque, la verdad sea dicha, si considerasen que necesitaban armas, habrían salido de la furgoneta con ellas en la mano.

—Le he comprendido —le contesté.

Miró a Casey Nice.

—¿Señorita?

—Adelante —dijo ella.

Y eso es lo que hizo, poco a poco, hasta que sacó una cartera de cuero. Era negra y parecía vieja y desgastada. La abrió con el pulgar y el índice. Tenía dos ventanitas de plástico un tanto amarillentas, la una frente a la otra. Detrás de una de ellas había una versión de la placa de la Policía Metropolitana. Como esculpida, brillante e impresionante por sus cascotes altos. Pero no era gran cosa estampada en papel. Detrás de la otra ventanita había un carné de identidad.

La levantó. Tenía puesto el pulgar sobre la foto.

—Tiene puesto el pulgar sobre la foto —le dije.

—Disculpe.

Lo apartó para que dejara de estarlo.

Sí, el de la foto era él. Encima de su cara ponía «Policía Metropolitana».

—Tenemos que hacerles unas preguntas —dijo.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Tienen que subir a la furgoneta.

—¿Y dónde se sentarán ustedes?

Dudó un instante y contestó:

—Tienen que subir a la parte de atrás de la furgoneta.

—No me gusta la oscuridad —dije.

—Hay una tela metálica delante. Le llegará mucha luz.

—Vale.

Creo que mi respuesta lo pilló por sorpresa. Volvió a dudar un instante. Asintió y dio un paso al frente, y su compañero con él. Nosotros dimos uno hacia atrás y media vuelta, bajamos de la acera, nos hicimos a un lado y esperamos con educación a que alguno de ellos abriera las puertas de atrás.

Cosa de la que se encargó el que había rodeado el capó, girando primero la manilla, tirando después del armazón derecho y afianzándolo, y tirando por último del izquierdo y afianzándolo también. Ambas puertas se abrían más de noventa grados, por lo que parecían un cepo. La zona de carga estaba completamente vacía, sin distintivos siquiera, y tan limpia como el exterior. Metal desnudo, pintado de negro, encerado y pulido. Planchas de metal para aumentar su dureza. El suelo acanalado. Y, como habían prometido, una gruesa rejilla de alambre que iba de arriba abajo y de derecha a izquierda separaba el compartimento trasero de los asientos de delante.

Las puertas no tenían manilla por dentro.

Luego le dio la espalda a la puerta izquierda al tiempo que se erguía un poco porque se había inclinado para sujetar la banda de seguridad, y en aquel entretanto afiancé el pie de apoyo, giré la cadera y le aticé un codazo en el puente de la nariz, un

porrazo en un suave ángulo descendente. Se le doblaron las rodillas y la cabeza, que se le fue hacia atrás, rebotó contra la puerta y produjo un retumbo metálico. Pero no vi lo que le pasó a continuación, porque para entonces ya me había dado la vuelta en sentido contrario a las agujas del reloj, había apartado de en medio a Casey Nice y le había soltado el mismo codazo al primer tipo, que era grande y fuerte, pero no un luchador, cosa que saltaba a la vista. Puede que se hubiera vuelto un comodón, confiando en su reputación y apariencia. Que hiciera años que no se metía en una pelea. La única manera de enfrentarse a un codazo repentino es girarte, moverte hacia delante y recibirlo en la parte carnosa del brazo, la superior, lo que siempre resulta doloroso y a veces incluso te lo deja dormido, aunque, por lo general, evita que te tumben. Pero él se movió en la dirección contraria. Eligió la opción equivocada. Se elevó un poco y se echó hacia atrás, con el mentón levantado y la esperanza de esquivar el golpe, cosa que no consiguió, y que jamás habría conseguido de esa manera. El codo le dio de lleno en el cuello, perfectamente horizontal, como una barra de hierro a casi cincuenta kilómetros por hora. La velocidad es importante, como en el béisbol o a la hora de tirar abajo una puerta, y la garganta del ser humano está llena de cartílagos y huesecillos vulnerables. Noté cómo mi codo se los machacaba y me volví como un rayo hacia el otro tipo, que, por lo visto, no necesitaba más lecciones. Estaba sentado en el suelo, recostado contra la puerta izquierda, sangrando por la nariz. Así que me di la vuelta de nuevo y vi al tipo al que le había asestado el codazo en la garganta tumbado en la calzada cuan largo era. Tosía y resollaba, y se llevaba la mano a la tráquea.

Me arrodillé a su lado y lo cacheé. No llevaba pistola. Ni cuchillo. Me volví hacia el que permanecía sentado. No llevaba pistola. No llevaba cuchillo. Porque estábamos a plena luz del día, supuse. Aquello era Londres.

Casey Nice apareció en mi línea de visión, pasmada. Palidísima.

—Pero ¿qué coño ha hecho? —me preguntó.

—Lo de hablar, luego —le respondí—. Estamos en la calle. Antes, metámoslos en la furgoneta.

El que yacía tumbado apenas respiraba. Lo agarré de la pechera de la gabardina, lo levanté y lo giré de forma que su cabeza y sus hombros quedaran dentro de la furgoneta. Después, empujé el resto del cuerpo hacia el interior. Acto seguido hice lo mismo con el otro, pero agarrándolo por detrás, del cuello de la gabardina y del cinturón, porque estaba sangrando mucho por la nariz y no quería que me dejase manchas en la ropa o pegajosas las manos. Aparté las bandas de seguridad con el pie, cerré las puertas y comprobé la manilla. Bien cerrada.

—¿Por qué lo ha hecho? —quiso saber Casey Nice.

—Ha dicho usted que no podíamos permitirnos retrasos —le contesté.

—Son policías, ¡por amor de Dios!

—Suba, que tenemos que abandonar este cacharro en alguna parte.

—Está loco.

Miré en derredor y vi algunos coches y peatones, pero daba la sensación de que todos estuvieran enfrascados en lo suyo. No se estaba formando una muchedumbre a nuestro alrededor. Nadie se había llevado la mano a la boca en señal de sorpresa, ni buscaba con torpeza su teléfono móvil. Nos ignoraban. Conscientemente, diría yo. Igual que al otro lado del globo. La gente mira en otra dirección.

—Usted ha dicho que si nos topábamos con un obstáculo debíamos resolverlo con rapidez y contundencia —continuó.

Subí a la acera y me acerqué a la puerta de conductor. Entré en el vehículo y eché el asiento para atrás tanto como era posible, que no fue mucho por culpa de la rejilla de alambre. Iba a tener que conducir un diésel con las rodillas en las orejas y con un cambio manual, y por la izquierda. No acostumbraba a hacer ninguna de las cuatro cosas.

Casey Nice se subió a mi lado. Seguía pálida. La llave estaba en el arranque. Encendí el motor, pisé el embrague y meneé la palanca de cambios. Parecía que hubiera un montón de marchas. Por lo menos siete, incluida la marcha atrás. Hice una suposición fundamentada y tiré de la palanca hacia la izquierda y hacia arriba, después empecé a buscar los intermitentes.

—Me refería a obstáculos que no fueran policías —puntualizó Casey Nice.

—La poli es un obstáculo como cualquier otro —le expliqué—. Peor, de hecho. Pueden esposarnos y llevarnos de vuelta al aeropuerto. Nadie más puede hacerlo.

—Que es lo que van a hacer ahora. Seguro. Nos darán caza sedientos de venganza. Acaba de pegar a dos agentes de policía. Ahora mismo somos fugitivos. Ha complicado la misión por mil. ¡Por un millón! Ahora será imposible seguir.

Puse el intermitente y miré por el espejo retrovisor exterior. Saqué el morro con una sacudida por culpa de mi torpe pie izquierdo.

—La cuestión es que no son agentes de policía —le dije.

Cambié de marcha una, dos, tres veces, con algo más de suavidad a medida que avanzábamos, y seguí el carril de la izquierda recto y centrado.

—Nos han enseñado la placa —replicó.

—Me apuesto lo que quiera a que está hecha con la impresora de casa.

—¿Apuesta? Eso qué quiere decir: ¿que va a atacar a un centenar de policías por si acaso alguno de ellos no lo es?

Volví a cambiar de marcha y pisé un poco el acelerador, para no llamar la atención.

—Ningún poli del mundo llamaría a su placa «documento identificativo del gobierno» —le dije—. No trabajan para el gobierno. Al menos, no en su fuero interno. Trabajan para su departamento. Los unos para los otros. Por la hermandad mundial de los polis. Puede que, como mucho, por la ciudad. Pero no para el gobierno. Odian al gobierno. Es su peor enemigo, en todas sus vertientes. Nacional, regional, local... Nadie entiende a los policías y todos les complican la vida más y más, con una constante sarta de chorradas. Un poli no usaría esa expresión.

—Estamos en otro país.

—La policía es igual en todo el mundo. Lo sé porque formé parte del cuerpo y conocí a muchos compañeros. Incluidos británicos. En lo que se refiere a la policía, no estamos en otro país.

—Quizá sea así como llaman aquí a su acreditación.

—Yo diría que lo llaman «identificación».

—Habría pensado que no lo entenderíamos. Por eso lo ha llamado de otra manera.

—No, habría dicho: «Soy agente de policía y voy a meter la mano en el bolsillo muy despacio para sacar una acreditación». O «mi acreditación». O identificación. O credenciales. O cualquier cosa. Pero la palabra «policía» habría aparecido por algún lado, me juego los huevos, mientras que la palabra «gobierno» no, y por eso también me los juego.

Se quedó callada un minuto, estiró el cinturón de seguridad, se dio la vuelta y se puso de rodillas para mirar a través de la reja.

—Uno de ellos no respira —dijo.

Miré hacia atrás pero no podía desviar la vista el tiempo suficiente para asegurarme. Quizás el tipo respirara muy despacio.

—Tiene que hacer algo —me dijo.

—¡Ni que fuera yo médico!

—Tenemos que llevarlo a un hospital.

—Los hospitales tienen el número de la policía grabado en la marcación rápida.

—Podríamos dejar la furgoneta en la puerta y darnos a la fuga.

Seguí conduciendo, sin tener ni idea de adónde me dirigía, tomando la opción fácil en cada cruce, siguiendo la corriente, por calles que parecían interminables, ninguna de ellas rectas. Me daba la impresión de que avanzábamos hacia el norte, alejándonos del río. Que Romford quedaba a la derecha. Dejamos atrás establecimientos de todo tipo, incluidos restaurantes anónimos de comida rápida, kebabs, pollo frito, pizza o hamburguesas, agencias de seguros, tiendas de telefonía móvil y tiendas de alfombras. Ningún hospital. Si era verdad que el tipo no respiraba, hacía minutos que había muerto.

Me metí en un callejón lleno de baches que tenía garajes individuales a uno y otro lado. Allí no había nada, exceptuando una bicicleta rota y oxidada. Ni gente. Ni actividad. Paré, dejé la palanca de cambios en punto muerto con cierta torpeza y me di la vuelta.

Y observé.

Y esperé.

No, no respiraba.

El otro no dejaba de mirarme. De nariz para abajo, su rostro era una máscara de color rojo. De nariz para arriba estaba pálido. Ahora sí que era blanco. Tenía la nariz hecha un poema. Los ojos, abiertos como platos.

—Voy a ir atrás y a abrir las puertas. Como me des el más mínimo problema, te hago lo mismo que a él —le advertí.

No respondió.

—¿Me has entendido? —le pregunté.

—Sí. —Al decirlo se le formaron pequeñas burbujas de sangre en la comisura de los labios.

Abrí la puerta, bajé de la furgoneta y fui hasta la parte de atrás. Casey Nice hizo lo mismo por su lado. Giré la manilla y abrí. El que respiraba estaba a la izquierda y el que no, a la derecha. Metí la mano a modo de prueba. No reaccionaron. Cogí por la muñeca al de la derecha y le busqué el pulso.

Nada.

Me incliné hacia delante, me puse de rodillas y se lo busqué en el cuello. Seguía caliente. Le bajé un poco el cuello de la camisa y le puse los dedos debajo de la mandíbula. Permanecí así un buen rato, por si acaso. Lo observé mientras esperaba.

Tenía dos perforaciones en una de las orejas y un pequeño tatuaje que le asomaba por el cuello de la camisa. Parecía la hoja de un árbol girando al viento.

Estaba muerto.

—Deberíamos registrarle los bolsillos —dije—. Deberíamos registrárselos a los dos.

Me hice a un lado para encargarme del vivo.

—No puedo —dijo Casey Nice.

—¿El qué no puede? —le pregunté.

—Registrar a un muerto —respondió.

—Por qué.

—Me da repelús.

—¿Cambiamos?

—¿Podría registrárselos usted a ambos?

—Claro.

Y así lo hice. El que seguía con vida llevaba tan pocas cosas encima que resultaba sospechoso. Y lo que llevaba resultaba sospechoso en sí mismo. Para cuando acabé con los pantalones, tenía claro que no era policía. Para empezar, llevaba demasiado dinero en efectivo. Cientos y cientos de libras esterlinas, puede que miles, en un rollo con manchas de grasa. Los policías son funcionarios, lo que no los convierte en pobres, pero viven al día, se les acumulan las facturas y sudan tinta para pagar los plazos de las tarjetas de crédito. Y, además, no llevaba ningún tipo de dispositivo de comunicación. Nada de nada. En ninguna parte. Ni teléfono móvil ni radio. Lo que era impensable para un policía de servicio.

Me quedé el dinero y le pasé la cartera a Casey Nice.

—Compruébela —le pedí.

Después me puse a registrar al muerto, a quien le encontré el mismo botín. Pasta gansa en efectivo y la cartera. Me quedé el dinero y le di la cartera a Casey Nice. La primera ya la había registrado.

—Parece que tenía razón —me dijo—. Es todo falso. El plástico está rascado a propósito y yo diría que lo amarillo está hecho con un marcador fluorescente. La identificación es un documento de Word y la placa es una imagen de baja resolución sacada, lo más seguro, de alguna página electrónica.

Volví a fijarme en el tatuaje del muerto. Quizá lo hubiera visto mal. Porque, vamos a ver, ¿por qué iba a tatuarse un tipo duro la hoja de un árbol girando al viento? De hecho, ¿para qué iba a tatuarse una hoja? A menos que fuera ecologista, cosa que dudaba mucho. Igual no era lo que me había parecido.

—Mire —comenté.

Me incliné, le desaté la corbata y se la saqué por el cuello de la camisa, estirando, le desabroché los cuatro primeros botones y se la abrí, como si fuera uno de esos de las discotecas de los años setenta.

El tatuaje no era una hoja. Era una floritura, un detalle que adornaba la zona

superior izquierda de la letra mayúscula con la que empezaba la primera palabra de las tres que conformaban la especie de marbete que llevaba escrito en curva en la parte superior del pecho, como si se tratase de una gargantilla de mujer: «Chicos de Romford».

—Por si van a prisión —le dije—. Así los demás presos los dejan en paz.

Volví a cerrar las puertas y comprobé la manilla. Bien cerrada.

Casey Nice no dijo nada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Ha corrido un gran riesgo. ¿Y si se hubiera equivocado? Podía haber sido una manera de presentarse.

—La gente miraba hacia otro lado. Porque sabe lo que le conviene. Puede que esté acostumbrada. Puede que estas furgonetas negras tengan un significado bien claro en el vecindario. Puede que sea así como desaparecen otras personas, personas que nadie vuelve a ver.

Siguió callada.

—Además, solo eran dos. Si nos estuvieran siguiendo porque somos asesores extranjeros no acreditados, le habrían dado el trabajo a la División Especial, que no solo tiene que justificar su desproporcionado presupuesto, sino que le encanta el espectáculo. Habrían aparecido acompañados de media docena de equipos del SWAT lanzando gases lacrimógenos a diestro y siniestro. Nos habrían superado en número por cincuenta a uno. Habría sido una zona de combate. Ya no es como en las películas. Ya no van por ahí con gabardina.

—¿Cuándo se ha dado cuenta?

—Deberían haber conducido una berlina. Y deberían haber dicho que eran del MI5. De esa gente puedes esperarte cualquier mierda.

Subimos de nuevo a la furgoneta y me incliné para rebuscar en la guantera. Había dos teléfonos móviles, de esos de tarjeta y un número limitado de minutos, ambos empaquetados aún, imposibles de rastrear si se habían pagado en metálico, cosa de la que no me cabía la más mínima duda. Ante todo, seguridad diligente. Era evidente que los Chicos de Romford tenían el negocio muy bien montado. Sabían que cualquier operación los hacía vulnerables. Incluso recoger a dos desconocidos desprevenidos a las puertas de un hotel económico. Podría suceder cualquier cosa. Como que nos resistiéramos y que un policía al que no sobornaban pasara por allí justo en el momento más inoportuno. De ahí que no llevaran pistola, ni cuchillo, ni teléfonos usados. Menos pruebas para el fiscal, menos datos para los expedientes.

Moví la palanca de cambios a la izquierda primero y hacia arriba después, y salí a la calle, dando brincos sobre los baches.

Conduje algo más de kilómetro y medio en dirección sur, luego giré hacia el este, hacia Romford. Me gusta dárme las de duro tanto como al que más y estaba buscando

el sitio adecuado para obtener una declaración. Quería que encontraran la furgoneta después de tirarse un día entero preocupados, quería ver quién la encontraba y quería hacerlo desde un emplazamiento seguro. Así que, con esas tres condiciones en mente, seguimos dando vueltas hasta que encontramos un sitio que las cumplía. Se trataba de un aparcamiento con el pavimento cuarteado que había detrás de un pequeño supermercado. A su vez, detrás del estacionamiento había una pensión. Ocupaba dos antiguas casas adosadas que habían convertido en una sola y tenía cantidad de ventanas. Casey Nice cargó un mapa en el móvil y examinó la zona. Era adecuada. La pensión estaba en una calle principal que iba de norte a sur, y cerca había calles que salían a derecha e izquierda.

—Pero seguro que tienen ojos en la pensión —comentó Casey Nice—. Desde luego, los tenían en la empresa de minitaxis. A cambio de un descuento en el impuesto de protección, lo más probable. Puede que un gran descuento, de hecho, porque el que nos ha llevado a Wallace Court ha debido de telefonarlos de inmediato.

—Porque Wallace Court está en su radar. La pensión no. Además, ahora mismo creen que nos tienen. No empezarán a buscarnos de nuevo hasta que encuentren la furgoneta. Así que, de momento, estamos a salvo.

Dimos una vuelta más y aparcamos a algo menos de cien metros de la entrada del aparcamiento. Le dije a Casey Nice que me reuniría con ella en la esquina.

—Puede que haya una cámara en el aparcamiento —comentó ella.

—Agacharé la cabeza —le dije.

—No será suficiente. Es usted muy peculiar.

—Habremos salido del país antes de que empiecen a repasar las cintas.

No dijo nada. Se apeó y se alejó. Tenía claro qué habíamos tocado y borré las huellas con la corbata del muerto. Las manillas exteriores, las interiores, el volante, la palanca de cambios, los intermitentes, tanto la hebilla como el broche de los cinturones de seguridad, la guantera. Tiré la corbata por una alcantarilla, me subí el cuello de la chaqueta y metí las manos dentro de las mangas. Conduje de esa guisa el último trecho y aparqué en una plaza que quedaba cerca de la puerta de carga del supermercado. Paré el motor, salí tras sacar la llave, pulsé el botón de cierre, la puerta emitió un pitido, y me marché con la cabeza gacha y mirando al suelo.

Casey Nice me esperaba en la esquina y caminamos otra manzana antes de girar y entrar en una calle más ancha y ajetreada que la mayoría, con cuatro carriles, con autobuses y camionetas, y el tráfico congestionado. La entrada de la pensión estaba justo donde habíamos supuesto. Una vez dentro nos encontramos con un vestíbulo que debía de haber sido moderno y estado limpio hacía treinta años, pero ya no era el caso. Pedimos una habitación en la parte de atrás. Dijimos que queríamos evitar el ruido del tráfico. Explicamos que la compañía aérea nos había perdido las maletas y que habíamos quedado en que nos las llevaría allí. Pagué con la pasta del rollo del muerto, nos dieron una enorme llave de latón y subimos la escalera.

La habitación estaba fría y un poco húmeda, pero la ventana era grande y teníamos una vista excelente. El aparcamiento estaba justo enfrente, unos cuarenta y cinco grados por debajo. Veíamos la furgoneta claramente, con el culo hacia nosotros. Casey Nice se sentó en la cama y yo cogí la silla del tocador, pero no me puse cerca de la ventana. No quería que alguien levantase la mirada y viera dos óvalos pálidos contra el cristal. Siempre es mejor estar protegido por la oscuridad, como John Kott en París sobre la mesa del comedor.

Esperamos, como había hecho yo tantas otras veces. Esperar es quizá lo que más se hace en los cuerpos de seguridad, y en la vida militar en general. Largos y pesados periodos de poca cosa aderezados con estallidos esporádicos de alguna que otra. Se me daba bien y resultó que a Casey Nice también. Permaneció despierta, que era lo principal. Se mostraba tranquila, sin mirar con descaro, concentrándose en los puntos en los que se veía movimiento. En un momento dado fue al servicio y me pregunté si habría aprovechado para tomar alguna pastilla, pero no dije nada.

Entonces me hizo la pregunta inevitable.

—¿Se siente mal por lo que ha pasado con el de la furgoneta?

—¿Con cuál de ellos? —pregunté a mi vez.

—El que ha muerto.

—¿Se refiere al que he matado a sangre fría?

—Supongo.

—Era un matón.

—¿Se siente mal?

—No.

—¿De verdad?

—¿Usted sí?

—Un poco.

—Pero si usted no le ha hecho nada.

—Aun así.

—Podía elegir —le dije—. Podría haber dedicado su vida a ayudar a viejecitas a cruzar la calle. Podría haber sido voluntario en la biblioteca. Supongo que alguna biblioteca tendrán aquí. Podría haber organizado una colecta para África, o para dondequiera que se necesiten donativos hoy en día. Podría haber hecho la hostia de cosas buenas. Pero no fue así. Eligió no hacerlas. Eligió pasar la vida extorsionando a la gente y haciéndole daño. Y resulta que hoy ha abierto la puerta que no debía y lo que ha salido por ella era problema suyo, no mío. Además, era un inútil. Un echado a perder. Demasiado estúpido para seguir vivo.

—La estupidez no es un pecado capital. Además, aquí no hay pena de muerte.

—Ahora sí.

No dijo nada y volvimos a sumirnos en el silencio. La luz de la tarde se fue desvaneciendo y una farola de gas, de esas que dan una luz muy amarilla, fue cogiendo fuerza en el aparcamiento. Estaba sobre un poste alto y alumbraba casi toda

la furgoneta negra. Otros coches llegaban, aparcaban y volvían a irse. Todos los conductores, sin excepción, echaban un vistazo a la furgoneta y apartaban la mirada. Al principio pensé que se debía a que sabían a quiénes pertenecía y que su presencia los inquietaba. Pero acabé dándome cuenta de que no era esa la razón.

—El que respira debe de estar gritando y dando golpes —dije.

Qué fallo. Debería haberle dicho que no lo hiciera. O asegurarme de que no podía. Aquello iba a estropear la secuencia temporal que me había imaginado. No iba a conseguir que pasasen un día preocupándose. Un par de horas a lo sumo. Aunque, al principio, la falta de interés que mostró la población de Romford por ejercer de buen samaritano resultó de lo más absoluta. Nadie hacía una puta mierda por el tipo. Todos miraban hacia otro lado y se marchaban del aparcamiento cuanto antes. Una nueva demostración, supuse, de que los tiranos no inspiran ni amor ni lealtad.

—Tengo hambre —comentó Casey Nice.

—Seguro que encuentra algún establecimiento de comida en la manzana —le dije—. Kebabs, pollo frito, pizza, hamburguesas; lo que le apetezca. Esta ciudad parece la capital mundial de la comida rápida.

—¿Le apetece algo?

—Come mientras puedas. Es la regla de oro.

—¿No tiene hambre?

—Un poco.

—¿Qué prefiere?

—Pizza. Solo de queso. Baja la probabilidad de que haya rata o paloma entre los ingredientes. O gato o perro.

—¿Algo de beber?

—Lo que sea, siempre que se haya producido en una fábrica y se distribuya en un contenedor sellado.

—No me pasará nada, ¿verdad?

—Eso depende de lo que pida.

—Me refiero ahí fuera.

—¿Le preocupa que la atraquen?

—Me preocupa que me vea uno de los Chicos de Romford.

—No nos están buscando. Creen que nos tienen.

—Una cosa es que no nos busquen y otra que nos vean por casualidad.

—Si le dijera que se describiera con siete palabras, ¿cuáles usaría?

—¿Física o psicológicamente?

—Suponga que es usted el conductor del minitaxi y que tiene que describirla.

—Pues...

—Mujer, altura media, coleta, cazadora de cuero marrón. Diría eso. No puede hacer nada ni con lo de la altura ni con el sexo, pero puede soltarse el pelo y quitarse la cazadora. Entonces pasará usted a ser «veinteañera con vaqueros y camiseta». Y de esas hay cientos de miles por las inmediaciones. No le pasará nada.

Así que se llevó la mano a la coleta y se quitó la goma, sacudió la cabeza y el pelo cayó suelto. Dejó resbalar la cazadora por un hombro, por el otro a continuación y, luego, por ambos brazos a la vez, la dejó sobre la cama y me miró.

¿Se parecía a Dominique Kohl? Sí y no. No, porque su patrimonio genético tiraba hacia lo escandinavo, mientras que el de Kohl estaba más cerca del mediterráneo. Kohl tenía la piel más oscura, el pelo más oscuro y los ojos más oscuros. Las semanas durante las que la había tratado había hecho un calor excepcional, incluso para D. C. en verano, y se había puesto cada vez más morena con el paso de los días. Casi siempre llevaba pantalones cortos y camiseta. Y era justo la camiseta lo que las conectaba. La de Kohl era verde oliva y la de Casey Nice, blanca, y por debajo de tan sencilla prenda ambas eran jóvenes, estaban en forma, en plenitud de facultades físicas, eran esbeltas y delicadas, flexibles, armoniosas y ágiles, idénticas en cierto modo. Al menos por fuera. El interior era diferente. Allí donde Casey Nice era reservada, Kohl había sido más echada para delante, segura de sus capacidades hasta decir basta, con una confianza notable en sí misma, lista para comerse el mundo y no dejar ni las migas. Nada de lo cual había servido para que se salvase.

—Tenga cuidado —le dije.

—Vuelvo dentro de diez minutos —me contestó.

Cerró la puerta tras de sí y oí cómo sus pasos se iban apagando por el pasillo. Me alejé un momento de la ventana y busqué en el bolsillo de su cazadora. Saqué el botecito naranja de plástico. Le quedaban tres pastillas.

Me senté de nuevo y seguí observando el aparcamiento del pequeño supermercado y presencié lo mismo una y otra vez. Los conductores aparcaban, salían del coche, miraban la furgoneta negra, de pronto se mostraban sorprendidos e inseguros, desviaban la mirada y se apresuraban a entrar en la tienda. Minutos después, cuando salían, se largaban como alma que lleva el diablo.

Pasaron diez minutos y Casey Nice no había vuelto.

La noche, detrás de la luz de la farola, estaba oscura como boca de lobo y empezaba a formarse una neblina y una fina capa de rocío sobre la furgoneta negra, que se bamboleaba cada cierto tiempo. El que respiraba debía de estar desesperado. Quizás incluso necesitase ir al baño.

Pasaron quince minutos y Casey Nice no había vuelto.

Al rato, por fin, un conductor aparcó, bajó del coche, miró la furgoneta negra y no salió corriendo. Era más joven, de unos veinte años, con el pelo cortado como con un tazón y aceitoso. Dio un paso cauteloso hacia el vehículo, agachó la cabeza y escuchó. Se acercó un paso más y miró por la ventanilla del conductor, desde el lateral, después estiró el cuello y miró por el parabrisas, por delante.

Sacó un móvil. Mano de obra ansiosa por demostrar su valía, seguro. Volvió a escuchar y empezó a marcar un número, que, lo más probable, le dictaba a gritos el de dentro.

Oí cómo alguien metía una llave en la cerradura y Casey Nice entró en la habitación. Llevaba en una mano dos cajas de pizza, una encima de la otra, como una bandeja, con los dedos bien extendidos, y en la otra una fina bolsa de plástico con latas de refresco cubiertas de condensación.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Hasta el momento... —dijo.

Atraje su atención hacia la ventana con un movimiento de cabeza.

—Un chico está haciendo una llamada.

Puso la cena sobre el tocador y echó una ojeada. El muchacho estaba hablando por teléfono. Se agachó para leer la matrícula. Luego se apartó el teléfono de la oreja y preguntó algo a gritos entre la puerta del conductor y el montante del coche. Tras eso pegó la oreja a la abertura y aguardó la respuesta. El nombre del que respiraba, lo más probable, y que el muchacho repitió por teléfono.

—¿Por qué no rompe la ventana o fuerza la puerta? —preguntó Casey Nice.

—¿Acaso cree que sabe cómo hacerlo?

—Seguro que sí. Es decir, mire qué pinta. Aunque sé que no debería fundamentar mis opiniones en estereotipos, claro.

—Yo diría que el que está al otro lado del teléfono le ha indicado que no lo haga. Vivimos en un mundo chungo. Esos dos no son héroes conquistadores. La han cagado. No merece la pena dañar un vehículo por ellos. Ya traerá alguien una llave.

—¿Cuánto cree que van a tardar?

—Cinco minutos. Puede que diez. En cualquier caso, se darán prisa. Los de dentro les dan igual, pero quieren saber qué ha pasado.

Me levanté de la silla y abrí una de las cajas de pizza. Solo queso, masa blanca con alguna que otra burbuja y ennegrecida por el horno aquí y allí, y más pequeña que las gigantes que se vendían en Estados Unidos.

—Gracias por la cena.

Era lo que mi madre me había enseñado que debía decir.

—De nada.

Cogió la suya y ambos comimos un pedazo. El refresco era una Coca-Cola fría como el hielo. En el aparcamiento, el muchacho había acabado de hablar por teléfono e iba de un lado para el otro, esperando. A que lo felicitaran, lo más seguro. Ya no me cabía duda de que se trataba de mano de obra acumulando puntos positivos.

El móvil de Casey Nice sonó una sola vez, como una campanilla.

—Un mensaje. —Lo comprobó—. Del general O'Day. Quiere saber por qué estamos parados.

—Dígale que estamos descansando.

—Sabe que no estamos en el hotel. Por el GPS.

—Dígale que estamos en el cine. O en el teatro. O en un museo. Dígale que estamos culturizándonos. O haciéndonos la manicura. Que estamos en un balneario.

—Sabe que no. Seguro que ya ha consultado *Google Maps*. La imagen a pie de calle, lo más probable. Sabe dónde estamos.

—Entonces, ¿para qué lo pregunta?

—Quiere saber por qué estamos inmóviles.

—Dígale que se tranquilice. No tiene sentido que pretenda tenerlo todo bajo control estando a cinco mil kilómetros.

—No puedo. Él nos pone al día a nosotros y se supone que yo he de ponerle al día a él. Es la única forma de que esto funcione.

Me concentré en la escena del aparcamiento. No había cambiado. La furgoneta inerte. El muchacho esperando.

—Vale, pues dígale que estamos actuando de acuerdo con la recomendación de Shoemaker. Dígale que estamos intentando ponernos en contacto con el cordón exterior.

—Me temo que tendré que explicarle cómo. No me va a permitir que se la dé con queso.

—Inténtelo. Le da igual.

—Ni mucho menos. Les preocupa usted.

—A Scarangelo. Puede que a Shoemaker un poco. Pero a O'Day se la traigo floja.

—¿Está seguro?

—Pruebe a contarle lo que ha sucedido de verdad —le dije.

Así que ella martilleó la pantalla con pulgares bailarines y yo volví a concentrarme en lo que sucedía al otro lado de la ventana. Que no era gran cosa. La luz, la neblina, la furgoneta, el muchacho. Desvié la mirada y vi que Casey Nice enviaba el mensaje, dejaba el móvil en la cama y cogía un segundo trozo de pizza. Masqué queso, sorbí Coca-Cola y esperé. En el aparcamiento, el muchacho se asomaba a la calle y volvía a la furgoneta cada pocos minutos, apoyaba una mano en ella y gritaba algo a través de la puerta y el montante para consolar al que respiraba, seguramente. «¡Sí, he llamado! ¡Han dicho que venían para aquí! ¡Llegarán en un minuto!».

El móvil de Casey Nice campaneó una vez más. La respuesta de O'Day. La leyó dos veces y me dijo:

—Nos felicita sinceramente y dice que sigamos así.

Asentí.

—La vida humana no significa nada para él. Lo único que le importa es el resultado.

No dijo nada.

—Pregúntele qué información le ha proporcionado el MI5 sobre esta peña de Romford —le pedí—. Fotografías, historias, antecedentes penales, todo lo que tenga. Deberíamos saber con exactitud a quiénes nos enfrentamos.

Empezó a martillar de nuevo. En el aparcamiento, el muchacho volvía a decir algo entre la puerta y el montante. Su lenguaje corporal resultaba conciliatorio. Se retorció y palmeaba el aire y miraba la calle con actitud esperanzada. «¡Ya llegan, te lo prometo!».

Y, en efecto, llegaron.

Dos coches, ambos negros, ambos con las lunas tintadas, el primero de ellos un Jaguar cuatro puertas, el otro un enorme cupé de dos, largo, bajo e imponente. Un Bentley, diría yo. Llegaron a gran velocidad y se detuvieron de golpe en medio del aparcamiento. Las cuatro puertas del Jaguar se abrieron y salieron cuatro hombres, todos ellos blancos, todos ellos con traje oscuro. Conformaron una especie de perímetro, mirando hacia fuera, con la cabeza alta y las manos a los costados. El muchacho del pelo grasiento se hizo a un lado. El conductor del Bentley bajó del coche. También llevaba traje. Miró a su alrededor: a derecha, a izquierda, delante y detrás, describió un amplio círculo para llegar a la puerta del copiloto y la abrió como haría un chófer.

Y del vehículo bajó un titán.

Salió con la cabeza gacha y el espinazo curvado, doblada la cintura, dobladas las rodillas, y se irguió por etapas, como un mecanismo complejo, como el juguete de un niño que empieza siendo un volquete achaparrado y se va abriendo con diferentes clics, parte por parte, hasta que se transforma en uno de esos robots alienígenas. Era

un titán. Tenía los brazos más largos de lo que la mayoría de las personas tienen las piernas, y las manos más grandes que palas, el torso del tamaño de un barril de petróleo, embutido en una chaqueta de traje de tres botones que una persona normal bien podría haber usado de abrigo. Sus pies parecían gabarras, su cuello debía de tener unos treinta centímetros de diámetro, la anchura de sus hombros andaría por los noventa y tenía la cabeza más grande que un balón de baloncesto. Tenía grandes orejas de soplillo, las cejas prominentes, los pómulos pronunciados, los ojos pequeños y hundidos, y la barbilla hundida también, simiesca. Parecía un neandertal de cera salido de un museo de historia natural, solo que era blanco y rubio, no moreno, y que tenía un tamaño que doblaba el de cualquier humanoide prehistórico. Andaría por los dos metros quince y los ciento cuarenta kilos. Puede que incluso más. Aunque era descomunal y desgarrado, se movía con agilidad simiesca, dando zancadas de entre metro veinte y metro y medio, bamboleando sus formidables hombros y con sus inmensas manos oscilando a los lados.

—Dios... —soltó Casey Nice.

—No lo creo —dije—. No lleva ni barba ni sandalias.

Llegó a la parte de atrás de la furgoneta en dos pasos, cuando una persona normal habría necesitado cuatro, y llevó las manos hacia ella, gesto con el que pareció un cisne blanco monstruoso alzando el vuelo. El chófer buscó algo en el bolsillo y se acercó con una llave en la mano. El titán dio un paso a un lado, metro veinte, y el chófer metió la llave en la cerradura, la giró y abrió las puertas, primero la derecha y después la izquierda. Los del Jaguar cambiaron de posición: estrecharon el perímetro y se colocaron mirando al interior, describiendo un semicírculo, cerrando el espacio como transeúntes que se acercaran a presenciar una pelea callejera.

Todos se mantuvieron a la espera.

El que aún respiraba en el interior salió haciendo un esfuerzo, boca abajo, deslizándose con los pies por delante, despacio, agarrotado y dolorido. Se sujetó al borde de la furgoneta, se puso recto y se giró para afrontar las consecuencias. La máscara de sangre parecía de color negro bajo la farola de descarga de gas. Su piel, amarilla. El titán dio un paso hacia el vehículo y miró en su oscuro interior. No podía verle la cara, pero estaba casi seguro de que acababa de hacer una pregunta corta. Probablemente: «¿Qué coño ha pasado?».

El que respiraba no respondió. Se limitó a sacudir la cabeza, a jadear y encogerse de hombros, a levantar las manos con las palmas hacia arriba como si no supiera qué decir. El titán repitió la pregunta. Esa vez, el que respiraba respondió, entre susurros, sin apenas mover la boca ensangrentada, cinco o seis sílabas y nada más. Puede que «nos ha sorprendido», «nos han sorprendido», «se han escapado», «no los hemos cogido».

El titán procesó la información, bajó unos grados la enorme cabeza, la levantó de nuevo, como si ya hubiera digerido la mala noticia, literalmente. Permaneció callado un minuto. Entonces volvió a decir algo, con un lenguaje corporal demasiado

amistoso esta vez, como si le estuviera tomando el pelo al que aún respiraba ahora que era consciente de que no sabía nada más. «Erais dos, ¿verdad? Y ellos también, ¿no? Uno, mujer. ¿Ha sido ella la que te ha pegado?». Y esto y lo otro, sarcástico y humillante. Desde donde me encontraba le veía la cara al que aún respiraba, que cada vez parecía más abatido. Y nervioso. Y aterrado. Como si supiera lo que iba a suceder.

Y que sucedió.

El titán se movió con una velocidad asombrosa para alguien de su tamaño. Su puño derecho era del tamaño de una bola de bolos, y su cintura y hombros se crisparon. Le sacudió tal derechazo en toda la cara que el fulano salió disparado contra la puerta izquierda de la furgoneta, rebotó y cayó al suelo, de bruces.

—Qué encantador —dije—. Desde luego, no son el tipo de habilidades de liderazgo que te enseñan en West Point.

El del suelo no se movía. El muchacho del pelo grasiento lo miraba boquiabierto. Casey Nice también miraba, también boquiabierto. ¡Tilín! De nuevo su teléfono. Otro mensaje. Apartó la vista de la ventana.

—El general O’Day me está enviando por correo electrónico los datos que le ha proporcionado el MI5 —me informó—. Debería llegarnos en cuestión de un minuto.

Deslizó el dedo por la pantalla para pasar a otra aplicación y esperó.

El titán se quedó parado un segundo y luego hizo un gesto hacia el Bentley con su enorme cabeza. El chófer se apresuró hasta la puerta del copiloto y se la mantuvo abierta. El titán se acercó, adoptó la posición de entrar y empezó a doblarse de nuevo para caber. El robot alienígena volvió a transformarse en un volquete. Dobló las rodillas, dobló la cintura, encajó los hombros, agachó la cabeza y entró de culo. El chófer cerró la puerta y volvió a describir un amplio círculo, esta vez para llegar a la suya. Dio marcha atrás, media vuelta y desaparecieron.

Dos de los del perímetro subieron al Jaguar y siguieron al Bentley, y los otros dos le dieron la vuelta al que respiraba, lo levantaron por las axilas y las rodillas y lo tiraron al interior de la furgoneta. Cerraron las puertas y guardaron la llave. Uno de ellos sacó un billete rosa de gran tamaño, cincuenta libras esterlinas, diría yo, y se lo entregó al muchacho. Luego subieron a la furgoneta, dieron marcha atrás, media vuelta y desaparecieron tras el Jaguar. El muchacho se quedó solo bajo la luz de la farola, con el dinero en la mano, con cara de esperarse otra cosa, quizás un asentimiento de cabeza, una palmadita en la espalda o la promesa de una futura iniciación. Parecía decepcionado, como en un anticlímax, como si estuviera pensando: «Si hubiera querido cincuenta libras de mierda, habría atracado a una vieja y punto».

El teléfono móvil de Casey Nice hizo un sonido diferente, una especie de clan apagado.

—El correo electrónico del general O’Day —dijo.

Ese mensaje estaba en blanco excepto por el archivo adjunto que contenía. Lo

tocó y un documento extenso se abrió deslizándose desde un lado de la pantalla. Nos sentamos en la cama, muslo con muslo, y ella sujetó el teléfono entre los dos para que ambos lo leyéramos. El título era una frase seca y académica de varias líneas sobre las actividades del crimen organizado en Romford y alrededores, Essex, escrito de una forma que, a todas luces, pretendía reflejar el estilo de los servicios clandestinos británicos. Algo típico de la Universidad de Cambridge. Como en el caso de Yale, pero diferente. Desde luego, no se parecía a West Point. Ni al mundo real.

El párrafo inicial era, primero, un descargo de responsabilidad, y después, una confirmación. No había ni pruebas ni condenas criminales, pero consideraban verídica toda la información contenida en el archivo. Decía que la ausencia de pruebas y de condenas se debía a que la banda había intimidado a los testigos y a otras razones que no se especificaban, y que di por hecho que hacían referencia al soborno de agentes locales de la ley.

El segundo párrafo empezaba con una frase escueta que decía que el crimen organizado de Romford, Essex, estaba dominado por una asociación compuesta por residentes de la zona a los que hace mucho que se conocía como Chicos de Romford. El tono resultaba pesaroso, como si a los de Cambridge les diera vergüenza hablar de algo que pertenecía tan claramente a la calle en vez de hacerlo de algo que se aprende en un aula. Seguía con un resumen de las actividades de los de Romford que, tal como nos había dicho O'Day, incluían la importación y la venta de narcóticos ilegales y armas de fuego ilegales; el control de la prostitución, incluida la trata de blancas; el cobro del impuesto de protección, que se creía que pagaban la mayoría de las tiendas y las empresas de la zona; y la usura a intereses desorbitados. Los ingresos anuales aproximados de estas actividades estaban estimados en decenas de millones de libras esterlinas.

Las biografías empezaban en el tercer párrafo.

El jefe era un tal Charles Albert White, al que todos llamaban Charlie. Tenía setenta y siete años, había nacido en el barrio y asistido a un colegio público hasta los quince. Según los informes laborales, jamás había trabajado por cuenta ajena, poseía una casa libre de cargas, como hipotecas o cualquier otro tipo de préstamos, estaba casado y tenía cuatro hijos adultos, todos ellos afincados en otros barrios de Londres y, por lo que se creía, sin conexión alguna con las actividades de su padre.

Una fotografía que se le había hecho durante una vigilancia secreta mostraba a un anciano corpulento, de hombros redondos, con el pelo gris y ralo, y una cara normal y corriente en la que solo destacaba su nariz bulbosa.

Debajo de Charlie, en orden jerárquico, había una especie de consejo ejecutivo compuesto por tres hombres. El primero, Thomas Miller, conocido como Tommy, de sesenta y cinco años; William Thompson después, conocido como Billy, de sesenta y cuatro; y, en tercer lugar, uno mucho más joven, de treinta y ocho años, Joseph Green, conocido como el Pequeño Joey.

El Pequeño Joey era el titán. No cabía duda. Su fotografía era dos centímetros y

medio más grande que la de los otros. Según la ficha, medía dos metros once centímetros y pesaba trescientas ocho libras que, por mis conocimientos de pesos y medidas extranjeros, venían a ser ciento cuarenta kilos. Era la fuerza bruta. De nuevo, el MI5 era muy escrupuloso y mencionaba que no había pruebas ni condenas, si bien su rápida ascensión a la altura de hombres que podrían ser su padre solo podía deberse a que se tratara de alguien eficaz en grado sumo. Estaba en los registros del MI5 por once homicidios y tantísimas palizas que era imposible llevar la cuenta. «Lesiones físicas graves» era el término legal que utilizaban, y que parecía apropiado.

—¿Por qué lo llamarán «pequeño»? —preguntó Casey Nice.

—Porque son británicos —respondí—. Muy dados a la ironía. Si lo llamasen «Gran Joey», se trataría de un enano.

Deslizó el archivo hacia abajo, pero el documento acababa ahí. Lo del Pequeño Joey era lo último.

—Necesitamos más información. Necesitamos a los figurantes, las ubicaciones y las direcciones. Coménteselo a O'Day.

—¿Ahora?

—Cuanto antes, mejor. Cuantos más datos, mejor. Y que nos envíe todo lo que tenga sobre los serbios de la parte oeste.

—¿Por qué?

—Necesitamos armas. Para cazar elefantes, a poder ser, ahora que hemos visto cómo se las gasta el Pequeño Joey. Dudo mucho de que los Chicos de Romford vayan a querer vendérselas, así que será mejor que consigamos otro contacto.

—No tenemos tiempo para eso. Pondría la mano en el fuego a que este hotel les paga el impuesto de protección. Y tenga por seguro que los Chicos de Romford van a empezar a llamar en busca de información.

Asentí.

—Vale. Acábase la pizza y nos vamos.

—Ya no tengo hambre. Deberíamos marcharnos cuanto antes.

Cerró el documento y volvió a la pantalla de inicio, como si así pretendiera dar énfasis a sus palabras.

—¿Adónde quiere ir? —le pregunté.

—No podemos volver al hotel —dijo—. Ya habrán estado allí. Es el primer sitio donde van a buscar.

—Pues sus cosas están allí.

No dijo nada.

—Podríamos arriesgarnos a hacer una incursión de cinco minutos —comenté—. Entrar y salir. A toda velocidad. Para recogerlas.

—No —dijo.

—¿Podrá pasar sin ellas?

—Usted no lleva nada.

—Estoy acostumbrado.

—Pues voy a tener que acostumbrarme yo también. Lo haremos a lo Sherlock Homeless. A ver, no puede ser tan malo. Pararemos en un supermercado y me compraré un cepillo de dientes.

—Uno nunca se pone ropa limpia por la mañana. Eso es lo peor.

—Ahora mismo, la alternativa es mucho peor.

—Y no hay pijama.

—Sobreviviré.

—De acuerdo. Vamos a ir al centro de la ciudad. Al Ritz, quizás. O al Savoy. Gracias a ellos tenemos muchísimo dinero. Y no dispondrán de ojos en sitios así.

—¿Cómo vamos a llegar? No podemos llamar a un taxi.

—Cogeremos el autobús. No creo que el sistema de transporte de Londres pague impuesto de protección.

Así que dejamos la cena en la habitación, la llave en recepción y salimos a la calle, a la noche.

Los grandes autobuses rojos pasaban en ambos sentidos y decidimos ir al sur, con la idea de hacer transbordo en el siguiente cruce importante y dirigirnos hacia el oeste y luego, al centro. Solo teníamos billetes grandes, cosa que supusimos que no sería bien recibida en un autobús, así que entramos en una tienda veinticuatro horas y compramos dos tarjetas de transporte que tenían el nombre de un molusco bivalvo. Después buscamos la parada de autobús más cercana y permanecemos en las sombras hasta que vimos llegar el que esperábamos, acercándose atropelladamente entre el tráfico. Eran más de las siete y estaba cansado. Casey Nice parecía agotada. Llevaba casi un día y medio sin dormir.

Las afueras de Londres eran vastas y el autobús avanzaba con lentitud, así que probamos suerte y nos bajamos en Barking porque sabíamos que había una estación de metro, transporte que supusimos más rápido. Consultamos el mapa que había en la estación y cogimos la línea District, que tenía una parada en un sitio llamado St. James's Park, cuyo nombre nos llevó a pensar que estaría próxima a enclaves agradables. Y así fue. Cuando salimos a la calle, a la noche, vimos un cartel que indicaba que la abadía de Westminster se encontraba en una dirección y el Palacio de Buckingham, en la otra. Y había un hotel enorme justo al otro lado de la calle. Cinco estrellas. No era el Ritz ni el Savoy, pero aquella flamante cadena internacional nos pareció adecuada en todos los sentidos.

Entramos y el recepcionista se aprovechó de nuestro evidente cansancio al asegurarnos que solo les quedaban libres *suites*, que costaban lo mismo que alquilar durante un mes una casa con piscina al otro lado de Pope Field, pero como invitaban los Chicos de Romford, nos dio igual. Pagué la desorbitada suma con parte de uno de los rollos grasientos y, a cambio, nos dieron dos llaves electrónicas e información pormenorizada del servicio de habitaciones, los restaurantes, los servicios especiales y las áreas de negocios, y también una contraseña para el *wifi*. Casey Nice compró un cepillo de dientes en la tienda del vestíbulo y cogimos el ascensor. La acompañé hasta la puerta de su habitación y esperé a que entrara. Luego fui a la mía, que no justificaba su categoría por ser especialmente grande, sino por tener la cama casi oculta debajo de un mar de almohadones recargados. Los tiré al suelo barriéndolos con el brazo y dejé mi ropa encima, me metí en la cama y me quedé dormido de inmediato.

Casey Nice me despertó once horas más tarde por el teléfono de la habitación. Parecía alegre, animada. Si se debía a tantas horas de sueño o a que la química le había mejorado la vida, no lo sabía.

—¿Quiere desayunar? —me preguntó.

Mi reloj interno marcaba algo más de las ocho de la mañana, y la luz ya entraba

brillante por la ventana.

—Por supuesto, llame a la puerta cuando esté lista.

Cosa que hizo unos diez minutos después de que me hubiera duchado y vestido. Como es evidente, llevaba la misma ropa del día anterior, pero no parecía que eso la incomodase especialmente. Bajamos al restaurante y nos dieron una mesa para dos en una esquina alejada. Estaba lleno de gente elegante y acicalada que hablaba de órdenes del día y cerraba negocios, algunos cara a cara, otros por teléfono. Pedí comida británica, con mucha grasa y azúcar, pero con café, no con té. Casey Nice pidió algo más ligero y dejó el móvil junto a la servilleta para consultarlo con facilidad.

—Según el general O'Day —dijo—, a estas horas de la mañana ni el MI5 ni la policía local saben nada de la baja sufrida por los Chicos de Romford. Parece que Charlie White quiere mantenerlo en secreto.

Asentí. Era de esperar. El procedimiento habitual. El muerto habría acabado en la trituradora de coches de algún desguace o en alguno de los comederos de cerdos de una granja de Essex más o menos a la misma hora a la que nos íbamos a la cama.

—Además —prosiguió—, dice que seis de los ocho países han intentado establecer contacto de manera encubierta con el cordón exterior y han fallado.

Asentí de nuevo. Evidente. Ahora, los Chicos de Romford actuarían con máxima cautela. Se arriesgarían a perder un buen trato con tal de proteger la misión.

—A lo largo del día —siguió— nos enviará un listado completo de los integrantes de la banda. Y de las ubicaciones. Aunque esto último será complicado. Existen muchas posibles, incluidas fincas rústicas distantes. Además de que lo más probable es que ya estén utilizando la infraestructura de Karel Libor, lo que les proporciona muchas más.

Asentí por tercera vez. Kott y Carson eran agujas en uno de entre, digamos, un centenar de pajares que ni siquiera sabíamos dónde estaban, y allí se iban a quedar de momento.

—Y la mejor manera de acercarse a los serbios es una tienda de empeños de Ealing —continuó—, un barrio que se encuentra en las afueras, en la zona oeste, casi a medio camino del aeropuerto. Ya lo he buscado en el mapa.

—Sí que ha estado ocupada. Espero que haya dormido algo.

—Así es. Me siento genial —me aseguró.

No le pregunté por las pastillas.

—Sabía que la empresa de minitaxis no era trigo limpio, ¿verdad? —dijo—. Desde el primer momento.

—Una suposición fundamentada —le respondí.

—Lo hizo para llamar su atención. Como lo de que nos recogieran en el hotel y nos llevaran a Wallace Court. Ese era el plan que trazó en el avión. Decidió que lo mejor era hacer que fuera el cordón el que estableciera contacto con nosotros.

Me estaba reconociendo más méritos de los que me correspondían. En especial,

por considerarlo un «plan».

—No tenía claro cómo se comportarían. Nunca lo tienes. Lo importante es cómo reaccionas.

Se quedó callada unos segundos.

—¿Quiere decir que no tiene ningún plan?

—Digamos que tengo un objetivo estratégico general.

—Que es...

—Salir echando leches antes de que empiecen a repasar las cintas.

—Venga, vamos a Ealing —dijo.

Volvimos a la estación de metro de St. James's Park y su mapa nos enseñó que la misma línea District en la que habíamos llegado continuaba en dirección oeste, hasta una estación llamada Ealing Broadway, que, según el móvil de Casey Nice, era a donde queríamos ir, lo que nos venía de perlas. Así que esperamos en la estación, que, literalmente, era tubular, como el nombre que recibía el metro en la ciudad, «Tube»; nos subimos al siguiente tren que llegó y nos preparamos para un viaje largo.

—Cuénteme algo —le pedí.

—¿Qué quiere que le cuente? —me respondió.

—Dónde nació. Dónde creció. El nombre de su poni.

—No tuve poni.

—¿Y perro, tuvo?

—Casi siempre teníamos alguno. A veces, más de uno.

—¿Cómo se llamaban?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Quiero oír cómo me lo cuenta.

—Nací en Illinois, al sur del estado. Crecí en Illinois, al sur del estado. En una granja. Por lo normal, a los perros les poníamos el nombre de los presidentes del Partido Demócrata.

—¿Dónde nació? —le pregunté.

—En Berlín Oeste. Se lo dijo al de Arkansas.

—¿Dónde creció?

—Según su ficha, por todo el mundo.

—¿Es algo que mi acento le revelaría?

—No tiene usted acento. Es como si no procediera de ningún lado.

—Por lo tanto, será usted la que hable en la tienda de empeños. Su acento es mejor que el mío. Lo más probable es que a los serbios les preocupe que les tiendan trampas, así que los acentos británicos harán que les salten las alarmas. Podría tratarse de un policía de incógnito. Es mejor ser extranjero. Y usted suena de lo más estadounidense. Suponiendo que los serbios sean capaces de reconocer la diferencia.

—Vale —dijo, animada.

Con pastillas o sin ellas, de momento lo llevaba bien.

Seguíamos adelante, traqueteando, moviéndonos hacia los lados por la velocidad, hasta que el tren salió de debajo de la tierra y siguió por la superficie, a plena luz del día, despacio y señorial, como todos y cada uno de los servicios públicos de la ciudad. Nos bajamos en Ealing Broadway, que se parecía a cualquier otra estación de la superficie, y salimos a la calle. Ealing era como los barrios que habíamos visto en la zona este: antiguos asentamientos rurales que la ciudad se había tragado y que, por lo tanto, parecía que estuvieran fuera de lugar. Había un centro comercial alargado, unos cuantos edificios públicos de grandes dimensiones y unos cuantos negocios familiares, uno de ellos con el escaparate blanco y un cartel en el que ponía «Minitaxis Ealing», justo al lado del cual había un negocio en el que parecía que —ya fuera papá, mamá o cualquier otro miembro de la familia— se dedicaran a prestar dinero a cambio de bienes pequeños y valiosos, porque los escaparates tenían barrotes y el letrero decía «Préstamos en metálico Ealing». Me esperaba tres esferas doradas colgando de una horca negra, que yo diría que era el símbolo tradicional de las tiendas de empeño británicas, pero me tuve que conformar con una pequeña réplica de neón en lo alto de uno de los escaparates, que, por lo demás, estaban llenos de bienes abandonados: algunos pequeños, algunos valiosos, algunos pequeños y valiosos, y algunos, ni lo uno ni lo otro.

—¿Preparada? —le pregunté.

—Preparada —respondió.

Abrí la puerta y la dejé pasar. La seguí al interior de una casa de empeños que en nada se parecía a las de las películas. Era rectangular, anodina, pintada casi por completo con un blanco sucio, con parqué en el suelo y fluorescentes en el techo. El mostrador, que nos llegaba por la cintura, tenía forma de herradura, era de cristal y en su interior había más empeños dispuestos de forma desangelada.

Detrás del mostrador había un tipo, a las once en punto, de tamaño mediano y entre cuarenta y cincuenta años, de piel muy oscura, sin afeitado y con un jersey marrón óxido que debían de haber tejido con unas agujas gordísimas. Inclinado sobre el mostrador, limpiaba con un paño que sujetaba entre los pulgares algo pequeño, un brazalete, quizá. Movié la cabeza hacia un lado, como un nadador para respirar, y nos miró, ni hostil ni interesado. Después de un larguísimo minuto nos dimos cuenta de que aquella mirada era el único saludo que nos iba a hacer, así que me quedé un paso atrás mientras Casey Nice se acercaba a él y le decía:

—¿Le importa que eche un vistazo?

La pregunta centró la atención del tipo en ella, pues había usado la primera persona del singular. «Eche», no «echemos». Quedaba claro que yo no iba a comprar nada. Yo no era nadie. El chófer, quizás. Aunque no dijo nada, asintió con la cabeza, un solo movimiento hacia arriba que, dada su postura, era en realidad de lado, lo que parecía adecuado para un espacio de techos bajos como aquel, y un tanto alentador, como si su respuesta fuera: «¿A qué espera?», pero desalentador también, como si al

mismo tiempo dijera: «Pero lo que ve es lo que hay».

Seguí donde estaba y Casey Nice empezó a ir de un lado para el otro, acercándose para mirar, tocando el vidrio del mostrador de vez en cuando como si pretendiera aislar algún objeto en particular para apreciarlo mejor, después seguía adelante como si todavía no hubiera visto nada que la convenciese. Recorrió la herradura de izquierda a derecha, y vuelta para atrás, de derecha a izquierda, antes de erguirse y soltar:

—No veo lo que estoy buscando.

El del jersey no dijo nada.

—Una amiga que tengo en Chicago me dijo que había venido aquí.

—¿Para qué? —dijo el del jersey.

No era inglés. Eso, seguro. Tampoco francés, ni holandés, ni alemán. Ni ruso, ni ucraniano, ni polaco. Lo más probable es que fuera serbio.

—A mi amiga le preocupaba su seguridad. Ya sabe, en una ciudad extranjera por primera vez... Sin poder tomar las precauciones que tan legales son en casa.

—¿Es usted estadounidense? —preguntó el del jersey.

—Sí, de Chicago.

—Esto no es un gimnasio, señorita. Aquí no enseñamos autodefensa.

—Mi amiga me comentó que tienen ustedes a la venta una serie de objetos.

—¿Quiere un reloj de oro? Llévase dos o tres y úselos para negociar por su vida.

—No es lo que compró ella.

—¿Y qué compró?

Casey Nice estiró la mano, por lo bajo, hacia atrás. Chasqueó los dedos. Mi turno, supuse. El chófer. O la ayuda. O el de la pasta. Di un paso adelante, saqué el rollo de billetes grasiento del muerto, que sostuve entre el índice y el pulgar sin presionarlo apenas, y di unos golpecitos con él sobre el mostrador como si se tratara de un vaso de *whisky* lleno de amargo y denso papel moneda. El del jersey lo miró con atención, luego me miró a mí y, a continuación, miró a Casey Nice.

—¿Quién es este? —le preguntó.

—Mi guardaespaldas. Pero no consiguió pasar la pistola por el detector de metales.

—Es que aquí tenemos leyes.

—Leyes hay en todos los lados. Pero, hecha la ley, hecha la trampa.

Volvió a mirar el dinero.

—Vayan a la oficina de minitaxis. La de la puerta de al lado. Alguien los llevará —dijo.

—¿Adónde?

—Eso que quiere no lo tenemos aquí. Demasiada policía. Hacen registros día sí y día también. Aquí tenemos leyes.

—¿Y dónde lo tienen?

No respondió. Cogió el teléfono e hizo una llamada. Pronunció a todo correr una

frase corta por lo bajo en un idioma extranjero. Ni en francés, ni en holandés, ni en alemán. Ni en ruso, ni en ucraniano, ni en polaco. Lo más probable es que fuera en serbio. Colgó, nos hizo gestos para que nos largáramos e insistió:

—Vayan. Ellos los llevarán.

Y allá que fuimos. Y, en efecto, nos llevaron. Un tipo salía de detrás del mostrador justo cuando nosotros entrábamos en la oficina. Era una versión del prestamista, solo que algo más joven, algo menos encorvado y con algún que otro kilo más, pero con la piel igual de oscura y también sin afeitar. Un primo, lo más probable, o un vecino del mismo pueblo, allá en la madre patria. Nos llevó hasta una berlina Skoda aparcada junto a la acera. Un taxi. Nosotros montamos atrás y él delante. Al volante. Arrancó, pisó el acelerador, se incorporó a la circulación y oímos el clic de los seguros cuando se alcanza una velocidad preestablecida.

No tenía sentido preguntar adónde íbamos. No se lo íbamos a sacar. El conductor silencioso era uno de los personajes de la obra. Aunque, qué más daba. Aunque solo fuese a grandes rasgos, ya lo sabíamos. Sin duda, íbamos hacia el norte. No era necesario que supiéramos cuál era el siguiente barrio engullido por Londres al que se llegaba siguiendo aquella dirección, siempre y cuando pudiéramos imaginárnoslo. O parte de él. La importante. Un almacén, lo más probable, en una zona industrial anodina y desierta construido en una de las deprimentes afueras del deteriorado casco urbano de la ciudad, o una especie de granero a campo abierto, cerca de un entramado de calles, o quizás un granero de verdad, en el campo, a una hora o más del norte de la ciudad. Quizá fuera a ser un viaje largo. Por su sonido, el motor del Skoda era diésel. Es decir, económico. Me incliné hacia delante y consulté el dial del combustible. Hasta arriba.

El tráfico era lento y el paisaje siguió siendo el típico de las afueras durante mucho tiempo. Vi el arco de un enorme estadio de fútbol, lo que me indicó que habíamos llegado a Wembley. Seguíamos hacia el norte. Pero resultó que, por largo que fuera a ser el viaje, no íbamos a salir de la ciudad. Giramos al poco rato y dimos unas cuantas vueltas, casi desandando el camino, hasta que vi un cartel que decía «Wormwood Scrubs». Una famosa cárcel de Londres, si no me equivocaba. Con lo que me hice una idea del tipo de barrio al que íbamos.

Sin embargo, no fuimos directos a la cárcel. Las calles por las que pasábamos se volvían un poco más oscuras y tristonas cada vez, pero dejamos la avenida principal unas manzanas antes de llegar a lo peor. Giramos a la izquierda de repente, y a la izquierda de nuevo para cruzar un paso que había en un muro de ladrillo, luego entramos directos en un enorme edificio, también de ladrillo, que bien podría haber sido una cochera para tranvías cien años atrás, o una fábrica de cuando la gente hacía cosas en la ciudad, no solo ruido y dinero. Ahora, a juzgar por lo que se veía, era un taller de reparación especializado en arreglos rápidos y chapuceros de minitaxis. Había pilas de neumáticos medio rotos, grises y polvorientos, y todos los coches eran similares al Skoda en el que nos habían traído. Había un montón de ellos, uno en lo alto de un elevador de dos columnas, otros con partes de la carrocería abollada, todos, por lo visto, en proceso de adecuación al código de los minitaxis. «Podríamos perder

la licencia», había dicho el de Barking. Estaba seguro de que había muchas maneras de perderla, además de haciendo una inadecuada contratación de sus servicios.

Nos detuvimos en un área de trabajo vacía, como si quisiéramos que nos cambiaran el aceite o que comprobaran la anchura del eje. El sonido de nuestro motor retumbaba al rebotar contra las paredes. Por detrás, un tipo salió de entre las sombras, cruzó el garaje y pulsó un botón grande y verde que había en la pared. Acto seguido, una traqueteante persiana de seguridad empezó a cerrar la puerta por la que acabábamos de entrar. La franja de luz diurna fue haciéndose cada vez más estrecha, hasta que desapareció por completo y quedamos iluminados únicamente por el brillo débil de los plafones eléctricos que colgaban de las vigas.

El que nos había llevado apagó el motor, bajó y le abrió la puerta a Casey Nice, no sé si debido a la anticuada caballerosidad de los Balcanes o porque estaba impaciente. Casey Nice bajó del coche y yo lo hice por mi lado y me abrí paso entre herramientas y tubos hasta el espacio vacío que quedaba detrás del minitaxi. El que había cerrado la persiana se acercó, igual que otros dos que salieron de un cuartucho y, de pronto, nos encontrábamos ante un grupito que nos superaba en número por dos a uno. Estaban cortados todos por el mismo patrón, ni jóvenes ni viejos, con la piel muy oscura y sin afeitar, de un tamaño muy adecuado, silenciosos y cautos. Ninguno de ellos era mecánico. Ninguno llevaba un mono manchado de aceite y una llave inglesa en la mano. Les habrían dicho que fueran a dar un paseíto hasta que acabaran con el negociete secreto.

Uno de los dos que habían salido del cuartucho nos miró de arriba abajo y nos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

Parecía que fuese a ser el que llevara la voz cantante.

—Somos estadounidenses con dinero que quieren comprarles una cosa —respondió Casey Nice.

—¿Cuánto dinero?

—Suficiente, estoy segura.

—Qué confiados... Al venir aquí, ¿no? Podríamos quitarles el dinero sin más.

—Podrían intentarlo.

—¿Llevan micros?

—No.

—¿Pueden demostrarlo?

—No pretenderá que me quite la blusa, ¿verdad?, porque no pienso hacerlo.

El jefecillo no dijo nada, pero su boca se humedeció y empezó a temblar ligeramente, como si estuviera pensando que obligarla a hacerlo sería una idea excelente.

—Puede usted echarle una ojeada a nuestro pasaporte —empecé a decir— y preguntarse qué probabilidades hay de que las autoridades británicas contraten a ciudadanos extranjeros para tenderles una mierda de trampa. Después puede echarle

un vistazo al dinero, y nosotros se lo echaremos a la mercancía. Así es como lo vamos a hacer.

—No me diga.

—Claro que se lo digo.

Se quedó mirándome con dureza, pero le mantuve la mirada. Lo más probable era que fuese su primera lucha de miradas del día, pero estaba destinado a perderla. Quedarse mirando no es difícil. Puedo tirarme todo el día haciéndolo. Sin parpadear, si quiero, que, aunque doloroso, siempre es útil. El truco consiste en no mirarlos de verdad, sino en enfocar la vista unos nueve metros más allá, en nada en concreto, lo que les confiere una expresión vidriosa a tus ojos y hace que el otro se preocupe, sobre todo, por lo que se te estará pasando por esa mirada vacía.

—Vale, enséñenme los pasaportes —dijo el tipo.

Fui el primero. Le tendí la rígida libreta azul, novísima pero indiscutiblemente legal. Pasó las hojas adelante y atrás, tocó el papel y comprobó la fotografía. Y, por lo visto, también los datos impresos, porque me miró y me dijo:

—No nació usted en Estados Unidos.

—Solo en la práctica. Los hijos de militares que sirven en el extranjero se consideran nacidos en Estados Unidos a todos los efectos legales y constitucionales.

—¿Ha sido militar?

—Seguro que nos recuerdan. Les pateamos el culo en Kosovo.

Se quedó callado un instante.

—¿Y ahora es guardaespaldas? —preguntó.

Asentí.

—Y será mejor que se lo crea —le aconsejé.

Me devolvió el pasaporte. No miró el de Casey Nice. Con uno le bastaba.

—Acompañenme al despacho y hablamos —dijo.

El despacho era cuadrado, de cuatro metros y medio de lado, y se había quedado un tanto pequeño. Se trataba de un hueco que se le había ganado al taller hacía décadas, siguiendo, seguramente, la disposición de los cables de la luz. Parecía que las paredes, enlucidas y pintadas con una especie de color institucional, un verde soso, como puré de guisantes, no tuvieran más de un ladrillo de grosor. Tenía una ventana con marco de aluminio, debajo de la cual había un escritorio y tres sillones. No había armeros. No había armarios. Tan solo era un sitio en el que hacer negocios, como el despacho de un comercial junto a un aparcamiento lleno de coches de diez años.

—Por favor, tomen asiento —dijo.

Pero como no lo hicimos, decidió sentarse él primero, puede que para dar ejemplo o para que confiásemos en él.

Nos sentamos.

—¿Qué están buscando? —preguntó.

—¿Qué tienen? —respondí.

—Pistolas.

—Pues dos. Ambos llevamos. La gente no se lo espera.

—¿Qué les gusta?

—Cualquier cosa que funcione. Y para lo que tenga munición.

—Lo que más tenemos son 9 mm. En Europa es fácil conseguirlas.

—A mí me parece bien.

—¿Les gustan las Glock?

—¿Es lo que tienen?

—Es de la que más tenemos. Glock 17 nuevecitas. Si es que quieren que sean iguales.

—Y cien balas para cada una.

Hizo una pausa corta y asintió.

—Voy a ver cuánto cuesta eso.

Se levantó, salió del despacho y cerró la puerta tras de sí. Con llave.

En un primer segundo, el clic de la cerradura me pareció normal, congruente en cierto modo con todo aquel folletín de intriga y misterio que nos habían hecho vivir desde el principio, empezando por el estereotipo con patas que había detrás del mostrador de la casa de empeños. La exageración de cerrar con llave la habitación al final de la operación podría resultarles realista a algunos compradores, y quizás incluso emocionante, por evocar situaciones similares, en almacenes llenos de cajas, todas ellas llenas de armas recién salidas de fábrica.

Pero en el segundo segundo deseché la teoría porque estaba fuera de lugar. En aquel punto todavía éramos dos partes en una negociación, ambas comportándonos con educación, cautelosas y escépticas, cómo no, como cuando compras un coche de segunda mano, pero con una buena conducta. Nadie encierra a los clientes. Al menos cuando el partido acaba de empezar.

Por lo tanto, el tercer segundo lo pasé dándome cuenta de que algo iba muy pero que muy mal y sintiendo en la cara, en el cuello y en el pecho unos pinchazos fríos que no me resultaban extraños. Miré a Casey Nice, que me devolvía la mirada, confirmando que aquello se acababa de poner feo, y empecé a repasar mentalmente, con el piloto automático encendido, los elementos a los que tendríamos que enfrentarnos: «Paredes, una puerta, una ventana, cuatro tipos fuera», y, entonces, en el cuarto segundo pensé en «quién» y «por qué», lo que empeoraba la situación.

Porque, en lo que a los serbios respectaba, éramos clientes, nada más. Quizá, vete tú a saber, se les hubiera pasado por la cabeza la peregrina idea de que éramos parte de un extraño programa de intercambio de estudiantes en el que agentes noveles del FBI viajaban becados a Londres, y que quizás incluso hubiera polis londinenses haciendo lo mismo en Nueva York, Los Ángeles o Chicago. Pero lo más probable era que no. Así que éramos clientes, no nos diferenciábamos en nada de un yonqui hablando con uno de sus camellos o de un pavo negociando con una puta. Y a los clientes se les da lo que piden, no se los encierra. O la empresa quiebra la hostia de rápido.

Entonces, ¿a qué se debía aquello? Solo cabían dos posibilidades, la primera de las cuales estudié en profundidad en el quinto segundo. Puede que los Chicos de Romford estuvieran tan paranoicos que hubieran conseguido que todo el mundo anduviera alerta, por ejemplo, poniendo precio a nuestra cabeza y haciendo llegar nuestra descripción a toda la red criminal. Puede que Charlie White tuviera un teléfono rojo sobre el escritorio, como el del Despacho Oval, para esas llamadas en las que los jefes tenían que tragarse el orgullo. Puede que en esa ocasión estuviera deseoso de aceptar ayuda de todo el que quisiera vendérsela.

O, durante el sexto segundo, la segunda posibilidad, que estaba ahí mismo, en las palabras de O'Day durante la reunión que había tenido lugar tras la barbacoa abortada en aquel asador: «Un grupo serbio del oeste de Londres y una banda londinense de

corte clásico, chapados a la antigua, del este. Según el MI5, Karel Libor era un grano en el culo para ambos». Para ambos. Lo que podía convertir la película en una coproducción. Una empresa conjunta. Una alianza que durase hasta que finalizase el asunto que se traían entre manos. Una tregua aislada. Compartirían esfuerzos, compartirían beneficios, compartirían quehaceres, compartirían información. Era imposible que Kott y Carson estuvieran más a salvo, porque todo Londres quedaría cubierto, de este a oeste, como la línea District. ¿Cuánto costaría eso? Un pulso firme, vista de águila y un proyectil del calibre 50, como es evidente, pero, probablemente, también dinero. «Están derrochando el dinero. No están reparando en gastos. Quieren soluciones fáciles y tienen el presupuesto necesario para obtenerlas».

Fuera como fuese, bien contratados para que les echaran una mano, bien socios a partes iguales, acababan de dejarnos encerrados por alguna razón. Que permaneciéramos allí hasta que tuviera lugar un acontecimiento predeterminado e inminente. Que, casi seguro, consistiría en la llegada de unos terceros. La escolta de los prisioneros y el principal interesado. El Pequeño Joey, seguro, rodeado de sus secuaces: toda una cohorte por detrás. Aparecería en el Bentley y vendría seguido de otros vehículos, más Jaguars, seguramente, y, por lo menos, una furgoneta negra.

Por nosotros.

Aquello no pintaba bien.

—Nos hemos metido solitos en la boca del lobo, ¿verdad? —preguntó Nice.

—Tenemos algo de tiempo —le dije.

—¿Cuánto?

—No estoy seguro. Pero Londres es grande y el tráfico es lento, y estamos en la otra punta de la ciudad. Tienen que organizar un pequeño convoy. Para eso tardarán diez minutos, por mucho que estén todos sobre aviso. Después tendrán que describir un círculo amplio hacia el norte o cruzar el centro de la ciudad. East End, Westminster, Paddington. Puede que tengamos una hora. O más. Yo diría que cerca de noventa minutos.

—¿Para qué?

—Para lo que sea preciso.

—¿Puede abrir la puerta de una patada?

La puerta era de madera robusta, endurecida con el paso del tiempo y encajaba a la perfección en el marco.

—Podría desde fuera —le dije—. Probablemente. Pero no desde dentro.

—Podríamos romper la ventana.

La ventana no era la original victoriana. Era un modelo de los años treinta, diría yo, con el que habían reemplazado la antigua en favor de los beneficios que aportaba la moderna. Poco mantenimiento, porque estaba hecha de aluminio o de algún tipo de metal galvanizado, y evidente solidez para soportar grandes hojas de vidrio que dejasen entrar más luz. Hojas tan altas como un hombre de estatura mediana. El cristal parecía normal y corriente.

—Creo que vamos a tener que romperlo, sí —le dije.

—¿Adónde da?

Se respondió a sí misma mirando por ella, a derecha e izquierda, bien cerca, con la nariz pegada al vidrio. Delante no había más que una pared de ladrillo.

—Es un callejón —me explicó—. Bastante largo y estrecho. Yo diría que está ciego por ambos extremos. Si saliésemos, quedaríamos atrapados. A menos que pudiéramos entrar por la ventana trasera de otro edificio. Y salir después por su puerta principal.

—No se preocupe por todo eso ahora mismo —le dije.

—¿Y cuándo debería empezar a hacerlo?

—Primero esperamos. Cinco minutos. Podríamos estar equivocados. Puede que solo haya sido un exceso de entusiasmo. Puede que vuelva con un precio.

Esperamos. Cinco minutos. El tipo no volvió, ni con precio ni sin él. El taller estaba en silencio. Desde luego, no se estaba llevando a cabo el mantenimiento de ningún vehículo de motor. Situación que, por lo visto, había malinterpretado por completo. Pensaba que a los mecánicos los habían mandado a dar una vuelta para que la venta de las armas se hiciera en privado. Pero era nuestra captura la que se supone que debía hacerse en privado.

Pistas malinterpretadas, conexiones malinterpretadas, aumento del riesgo.

Culpa mía.

«Dominique Kohl».

—Tenemos que hacer un inventario completo de la habitación —dije.

—¿Qué buscamos? —preguntó Casey Nice.

—Lo que sea. Cuando sepamos lo que tenemos, decidiremos cómo utilizarlo.

Pero no teníamos gran cosa. En cuanto a objetos grandes, fácilmente visibles, había tres sillones, un escritorio y una silla para el mismo. Los sillones eran de esos que se veían hace treinta años en la sala de espera de las empresas. Daneses, lo más probable. O suecos. Patas de madera gruesas y tirando a cortas bajo un sencillo tapizado, con el relleno aplanado y la tela ajada por el paso del tiempo. El escritorio era aún más viejo. De roble, de formas y estilo tradicional, con un cajón en el centro, sobre las rodillas, y tres más a cada lado, los de más abajo tan altos como para almacenar archivos. La silla que lo acompañaba parecía de comedor. O de cocina. Sin ruedecitas, sin brazos, sin mecanismo reclinable. Sin soporte lumbar, nada ergonómica. Cuatro patas robustas; un asiento duro con la vaga forma de unas posaderas y un respaldo recto.

Ni teléfono, ni lamparita de escritorio, nada en las paredes, ni cuchillos o tenedores olvidados tras comer a toda prisa en el trabajo. Ni cables eléctricos, ni cargadores de móvil, ni abrecartas, ni pisapapeles. En el cajón del escritorio que quedaba encima de las rodillas había tres clips olvidados hacía muchísimo tiempo

dado su aspecto, una solitaria viruta de lápiz de alguna vez que se le hubiera sacado punta a alguno y polvo y arenilla en los rincones, nada más. Cinco de los otros seis cajones estaban igual de vacíos, pero en el alto de la izquierda había un jersey apestoso y viejo que quizás alguien hubiera dejado allí un día de mucho calor y que allí se había quedado. Era de lana de color crudo, con coderas y hombreras de tela vaquera. Una talla M fabricada por alguien de quien jamás había oído hablar.

Nos quedamos parados.

—¿Qué esperaba encontrar? —preguntó Casey Nice.

—Una división acorazada habría estado bien —le respondí—. Pero me habría conformado con un par de MP5 Heckler & Koch y una decena de cargadores. Incluso con una caja de cerillas.

—Pues no tenemos nada.

—Tenemos lo que tenemos.

—¿Y qué vamos a hacer?

Así que le conté lo que íbamos a hacer y lo repasamos a conciencia una y otra vez antes de ponernos manos a la obra.

Cogí uno de los sillones con fuerza por el fino tapizado y me lo puse ante la cara, sujetándolo boca abajo, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, con las patas, gruesas y tirando a cortas, por delante. Di dos pasos largos y lo lancé contra la ventana. Las patas rompieron el cristal con un gran estrépito y el mueble rebotó y cayó primero sobre el escritorio y de ahí, al suelo, donde quedó de lado. Ruido, ruido, ruido.

Casey Nice se acercó a la ventana y yo cogí la silla del escritorio y me acerqué a la puerta a esperar. «No tiene sentido que saltemos por la ventana —le había dicho—. El callejón no lleva a ningún lado. Tenemos que conseguir que los cuatro entren en el despacho».

Y así fue. La naturaleza humana. Un estrépito repentino. Sin lugar a dudas, la ventana al romperse. ¿Qué otra cosa iban a hacer? Entrarían como una exhalación, mirarían a su alrededor, correrían hacia la ventana rota y asomarían la cabeza por el agujero a derecha e izquierda.

La cerradura hizo «clic», la puerta se abrió a toda velocidad y asomó el primero de ellos. Era el jefe, el fulano con el que habíamos hablado. Lo agarré por la nuca con la mano derecha y le ayudé a entrar con un empujón violentísimo que hizo que llegara enseguida a donde estaba Casey Nice, junto a la ventana. «Puedo encargarme de los que entren en segundo, tercer y cuarto lugar, pero el primero es suyo —le había dicho—. Envuélvase la mano en el jersey, coja la esquirra más puntiaguda que encuentre y clávesela en el ojo».

Cosa que esperaba con toda mi alma que estuviera haciendo, pero que no me detuve a comprobar, porque en aquel momento le estaba hundiendo la silla del escritorio en la cara al segundo fulano. Hundiéndosela, no golpeándole con ella. No como en las riñas de salón de las viejas películas del Oeste. Como un domador de leones en el circo. Porque usar una silla como extensión de un puñetazo hace que concentres toda la fuerza de tu cuerpo en los tres centímetros de diámetro de la pata. Masa y velocidad, como en el béisbol, como en todo. Esperaba, como poco, partirle el cráneo y, como mucho, provocarle la muerte cerebral instantánea. Albergaba la esperanza de que una astilla de hueso de dos centímetros y medio por dos centímetros y medio se le clavase en el tejido blando. Cosa que quizás hubiera conseguido. No lo podía saber a las primeras de cambio. Sería algo que determinarían en la autopsia. En cualquier caso, muerto o grogui, cayó al suelo como un saco. Era el que nos había traído en el Skoda. Tiré la silla y pasé por encima de él a toda prisa para encargarme de los otros dos.

«Enfrentarme a dos no me supone ningún problema —le había dicho—. No se preocupe por mí. Usted encárguese del primero. Si la esquirra no es suficiente para matarlo, remate la faena con el cajón del escritorio, golpéelo con la punta en el puente de la nariz. Fuerte. Y siga haciéndolo hasta que no se mueva».

El tercero había frenado en seco al presenciar lo que les había pasado a los dos primeros, y el cuarto había chocado de bruces con él, una escena cómica, sin duda, pero que terminaba ahí. El factor sorpresa ya no nos proporcionaba ninguna ventaja y, además, no eran idiotas. Dieron media vuelta a todo correr y se retiraron para reagruparse, que era lo más inteligente. Ninguno llevaba pistola, con lo que descendía el riesgo. Londres era diferente. Las pistolas eran para las ocasiones especiales, no para trabajos rutinarios. Me preocupaban más los cuchillos, porque no me gustan mucho, mientras que a los londinenses, por lo visto, les encantan. Pero tampoco empuñaban ninguno. Al menos de momento. Porque era imposible saber qué llevaban en los bolsillos.

El taller, desordenado a rabiar, era más grande que una cancha de baloncesto y estaba lleno de herramientas y tubos, bloqueado aquí y allí por coches y elevadores, iluminado solo con electricidad. La persiana seguía cerrada. Los dos que tenía delante se separaron unos seis metros entre sí, se detuvieron, se giraron y rebuscaron. El tercero se inclinó a la izquierda y cogió una llave de ruedas, mientras que el cuarto se agachó a la derecha y cogió una llave inglesa de un banco de herramientas. El tercero era el que había salido del despacho acompañando al jefe. El cuarto, el que había salido de entre las sombras y cerrado la persiana. Avanzaron un paso hacia mí, al unísono, balanceándose, preparados, con los brazos por delante, sin quitarme ojo, inexpresivos, decididos. No era la peor situación en la que me había encontrado. Vidas duras y conflictos marcados en su ADN, y puede que algún que otro año de servicio militar, y puede que algún que otro año de guerra de guerrillas y, desde luego, los huevos para trabajar de rompehuesos a las órdenes de tipos como Charlie White y Karel Libor y llevar una vida turbia en una capital extranjera. No iban a cagarse en los pantalones porque les gritara: «¡Bu!».

Imaginaba el Bentley del Pequeño Joey abriéndose paso entre el tráfico, pero supuse que aún me quedaba mucho tiempo. No tenía por qué apresurarme. Siempre es mejor que sean ellos los que vienen hacia ti. Que sean ellos los que atacan. Porque así te enseñan cómo se mueven, lo que te muestra cuáles son sus debilidades.

Permanecimos de pie casi un minuto, que sin embargo me pareció mucho más tiempo, mirándonos, conformando un inmóvil triángulo silencioso; los tres tensos, los tres balanceándonos un poco, pero calmados, ágiles, mirándome ellos a mí, mirándolos yo a ellos, primero a uno, luego al otro, confiando en la visión periférica, mientras memorizaba el territorio, estudiaba los ángulos y planeaba las rutas. A mi izquierda tenía el Skoda en el que habíamos llegado y más allá había, en un elevador, un coche que estaba negro y sucio por debajo, y luego había un espacio vacío, y luego, una berlina polvorienta aparcada en una esquina, con las ruedas desinfladas y sin uno de los laterales delanteros; y al otro lado, estantes con piezas guardadas en cajas de cartón sucias, y ruedas, algunas nuevas, con la etiqueta adhesiva todavía, pero la mayoría viejas, y una máquina para equilibrar neumáticos, y embudos para el aceite, y barriles llenos de trapos viejos, y una triste pila de silenciadores oxidados a

la espera de que alguien se deshiciera de ellos. Detrás de mí había más de lo mismo, además del despacho, del que salió un repentino quejido suave. Si de hombre o de mujer, no habría podido asegurarlo, pero no me giré para comprobarlo.

El cuarto se movió. La llave inglesa que empuñaba era una preciosidad enorme, de acero mate, yo diría que de unos cuarenta y cinco centímetros de largo, con mordazas de cinco centímetros de anchura en cada extremo. Para alguna pieza grande y reforzada, supuse. Para los casquillos de la suspensión, quizá. Fuese eso lo que fuese. No sabía nada de mecánica. Conocía algunos términos, pero no lo que significaban. Sujetaba la llave inglesa como un martillo, la levantó y dio un paso adelante. El otro debería haber venido a por mí mientras estaba distraído, pero no lo hizo. Quizá no le gustara trabajar en equipo. Cada cual por su lado. Lo que me venía muy bien. Enfrentarme a dos no me supone ningún problema, pero a nadie le gusta tener que esforzarse más de lo necesario.

Dio otro paso. Seguía con la llave inglesa levantada como un martillo. Yo también di un paso adelante porque quería que mi subconsciente tuviera claro qué había detrás de mí, que, por fuerza, tenía que ser el espacio vacío del que acababa de salir. Y porque moverse hacia delante siempre es mejor que hacerlo hacia atrás. Pone nervioso al rival, aunque solo sea un poco: «Tengo una llave inglesa, la sujeto como un martillo y he dado un paso adelante... ¿Por qué no sale corriendo?».

«Ven y descúbrelo, chaval».

Siguió adelante con un ligero gesto de incertidumbre en el rostro y, detrás de él, su colega también empezó a avanzar, un paso. Hora de que empezara el espectáculo. Observé al de la llave inglesa, observé sus caderas y su cintura, a la espera de la más mínima señal de acción inminente, y la vi. Preparó las piernas y elevó el codo unos pocos centímetros, con lo que su intención resultaba más clara que el agua. Se iba a lanzar a por mí con la llave inglesa bien alta y pretendía dejarla caer como si fuera un *tomahawk*, de lleno sobre mi cabeza a poder ser, aunque le daba igual que no fuese así porque tenía casi noventa centímetros de objetivo: mi hombro izquierdo, la cabeza, el hombro derecho. Con romperme la clavícula tenía de sobra.

Así que fui a por él, en dos zancadas, como un boxeador con el objetivo de noquear a un oponente indefenso, y en un suspiro toda su seguridad desapareció y pasó de una actitud ofensiva a una defensiva, de pánico, con lo que arqueó un poco la espalda e incluso levantó un poco más el codo, como si considerase que ahora tenía que darme un golpe mucho más terrible. Y esa fue su debilidad. Para golpear con instrumentos romos tienes que llevarlos hacia atrás primero, lo que es un malgasto de movimiento. En el momento decisivo, su arma se movía justo en la dirección contraria.

Puse la palma izquierda en la parte de abajo de su codo y empujé con fuerza, aprovechando su propio impulso, llevando su brazo mucho más atrás de lo que él había previsto, llevando su antebrazo más allá de la vertical, llevando el peso de la llave inglesa hasta su espalda, casi a punto de que le golpeará en el culo, momento en

el que pasé la mano derecha por detrás de él, cogí la herramienta, la retorcí para que la soltara y la alejé de su alcance. Lo que no era ningún malgasto de movimiento. Al alejar la llave inglesa de su alcance, ya la estaba llevando hacia atrás. La dejé caer acto seguido con todas mis fuerzas, plana, y le di en un lateral de la cara, justo debajo del pómulo, lo que debió de machacarle los molares superiores, si es que le quedaba alguno, y la articulación de la mandíbula, y moverle el cerebro dentro del cráneo como una medusa en una campana de cristal.

Se cayó hacia atrás de lado, como un árbol, sobre el hombro derecho, y oí cómo se le escapaba un «ufff» y su sien impactaba contra el suelo. Momento en el que yo ya avanzaba a paso ligero hacia su colega, casi convencido de que no iba a hacer lo único que podría haberle salvado. Y no lo hizo.

No me tiró la llave de ruedas. Siguió con ella en la mano, en repentina actitud defensiva, como su colega, retrocediendo, arqueándose hacia atrás.

Fin de la partida. Automático. Uno contra uno. Yo contra él. Dejé resbalar la llave inglesa por la mano hasta que noté uno de los bordes en la palma, la sujeté con fuerza y le clavé la herramienta como si fuera una espada; mi brazo medía metro y medio gracias a ella. Podrías haber peinado cualquier bosque tropical del mundo en busca del babuino o el orangután con los brazos más largos, que no habrías encontrado uno solo capaz de alcanzar tan lejos como yo. Mi rival podía sacudir su llave de ruedas como un hacha tanto como le viniera en gana, que jamás conseguiría acercarse a mí siquiera.

—¿Dónde están Kott y Carson? —le pregunté.

No respondió.

—Los dos que están escondiendo los Chicos de Romford. ¿Dónde están? —le pregunté otra vez.

Siguió sin responder.

Volví a clavarle la llave inglesa, en el pecho, visto y no visto. Las mordazas abiertas de la llave eran afiladas. Pegó un grito y se retiró casi un metro. Yo lo avancé.

—¿Dónde están? —insistí.

No sabía de qué le estaba hablando. Era evidente. Su mirada estaba vacía. No era una evasiva. Puede que las bandas estuvieran cooperando solo hasta cierto punto y que la información importante aún estuviera compartimentada.

—¿Dónde tenéis las pistolas? —le pregunté esta vez.

No respondió. Sin embargo, esta vez sí que noté una evasiva en su mirada. Y determinación. Lo sabía, pero no me lo iba a decir.

Volvió a salir un quejido suave del despacho y Casey Nice me gritó:

—¡Reacher, dese prisa!

Y es lo que hice. Pinché de nuevo al tipo con la llave inglesa y él, con la intención de protegerse, la golpeó con la de ruedas, lo que produjo un chirriante sonido metálico. Y volví a pincharle y él volvió a desviar la herramienta, esta vez

concentrándose en nuestras respectivas actividades, del tronco, la cabeza y las extremidades superiores, que era justo lo que yo pretendía que hiciera, porque así podía dar un paso adelante y pegarle una patada en las pelotas sin impedimento alguno.

Y menuda patada le di. Masa y velocidad, como en el béisbol, como en todo. Se le cayó la llave de ruedas y se dobló, se las agarró, esforzándose por respirar, con arcadas, con la cabeza colgando, arrodillado justo delante de mí. Lo que me proporcionaba el tiempo y el espacio para elegir el punto. Le pegué un golpe fuerte en la sien con la llave inglesa, en serio pero no letal, como un jugador de tenis calentando. Se desplomó de lado y se quedó tendido.

Entonces corrí al despacho para ver cómo se las estaba arreglando Casey Nice.

El primero estaba tirado en el suelo, prácticamente de espaldas, con una esquirra alargada, de unos treinta centímetros, en el ojo. Muerto, seguro. Era evidente por la postura informe y flácida del cuerpo. Inconfundible. La vida lo había abandonado hacía nada. No había mucha sangre. Un hilillo, ya detenido, que le corría por la mejilla como un gusano gordo y rojo. Además de un líquido espeso y transparente que bien podría tratarse del interior del globo ocular.

El de los quejidos era el segundo, al que yo le había dado con la silla. Estaba en el suelo, en el vano de la puerta. Tenía el pelo lleno de sangre, apelmazado, y había un buen charco debajo de su cabeza. Tenía los ojos cerrados. No creía que fuera a levantarse y darnos problemas. Al menos en un futuro próximo.

Casey Nice estaba apoyada en el escritorio, entre temblorosa y resuelta. Yo le había preguntado a Shoemaker: «¿Ha tomado parte la señorita Nice en alguna operación fuera del país? ¿Ha tomado parte en alguna operación?».

Ahora sí.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

—Eso creo —me contestó.

—Buen trabajo.

No dijo nada.

—Tenemos que registrar el taller —le dije.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —me respondió.

—Lo haremos. Después de registrar el taller. Necesitamos las pistolas. Para eso hemos venido.

—No las tendrán aquí. Era una trampa.

—¿Cuántos escondites seguros van a tener? Creo que están aquí. Cuando se lo he preguntado al cuarto se ha puesto nervioso.

—No tenemos tiempo.

Pensé en el Pequeño Joey en el Bentley. Cambiando de carril entre el tráfico. Semáforos en rojo y atascos. O puede que no.

—No tardaremos nada —le aseguré.

—Más nos vale —me dijo.

Empezamos buscando en los bolsillos del jefe. Pensé que si tenía una llave seríamos capaces de saber qué tipo de cerradura estábamos buscando y, por lo tanto, dónde estaba. La de una caja fuerte no se parecería a la de una puerta, que, a su vez, no se parecería a la de una taquilla. Etcétera. Pero la única que tenía era la de un coche. Mugrienta, con un llavero de cuero cuarteado en el que ponía «Minitaxis Ealing» impreso en letras doradas. Lo más probable era que alguno de los coches del taller fuera suyo. También llevaba dinero en metálico, botín de guerra que añadí a nuestro

tesoro. Y un teléfono móvil, que me guardé en el bolsillo. Pero no tenía nada más de interés.

Ya habíamos registrado el despacho, así que seguimos por el taller. En una de las esquinas del fondo había un cuarto de baño, que no contenía nada excepto las instalaciones básicas, pero infestadas de bacterias. Era como una placa de Petri gigante que no escondía más que enfermedades contagiosas. No había en las paredes paneles secretos ni compartimentos ocultos, ni ninguna trampilla en el suelo.

El resto del espacio era una gran zona abierta, llena de coches y trastos, como habíamos visto nada más llegar. Un caos, sí, pero en el que quedaba patente la ausencia de escondites obvios. No había puertas en ninguna de las paredes, ni armarios, ni grandes cajas cuadradas, ni compartimentos cerrados. No había nada disimulado en el hueco que conformaban las pilas de neumáticos.

—Aquí no hay armas —dijo Casey Nice—. Esto no es más que un taller. Lo que se ve es lo que hay.

No dije nada.

—Tenemos que irnos —comentó.

Pensé en el Pequeño Joey en el Bentley. Probablemente, a aquellas alturas por el centro de la ciudad. O por otro camino, a toda velocidad por una calle ancha que se dirigiera al oeste.

—Tenemos que irnos —insistió.

«En el Bentley».

—Espere —le dije.

—¿A qué?

«No hay grandes cajas cuadradas, ni compartimentos cerrados. ¡Venga ya!».

—¿Cómo va a conducir el jefe un coche tan destartado? ¿Por qué? Karel Libor tenía un Range Rover. Los Chicos de Romford conducen marcas de primera. ¿Por qué no iban a hacerlo los serbios? No creo que quisieran parecer los primos pobres.

—¿Y?

—¿Por qué iba a llevar la llave de una chatarra?

—Porque es lo que arreglan aquí. Es a lo que se dedican. O es su tapadera.

—No es trabajo del jefe encargarse de las llaves.

Volví al despacho, le metí la mano en el bolsillo y cogí la llave. Tenía el cuello y el cuerpo de metal, y la cabeza de plástico, pero no era una de esas bulbosas como las de los coches modernos. No tenía batería, ni chip, ni sistema de seguridad. Una llave, sin más.

Miré a mi alrededor. Empecé por la berlina polvorienta aparcada en la esquina, la de las ruedas desinfladas, a la que le faltaba uno de los laterales delanteros. ¿Por qué razón iba a permanecer un taxi en un taller tanto tiempo como para que se le deshincharan las ruedas? No era una buena estrategia comercial, desde luego. Los taxis tienen que estar en la carretera, ganándose el pan. Y si no se pueden reparar, lo suyo es que la grúa se los lleve al desguace. Porque los talleres también tienen que

ganarse el pan. Todo metro cuadrado tiene que dar algún beneficio.

Me fijé en el maletero. Era una gran caja cuadrada y también un compartimento cerrado. Allí mismo. Escondido a la vista.

Probé la llave.

No entraba.

—Reacher, tenemos que irnos —repitió Nice.

Probé en el coche de al lado, y en el siguiente. La llave no entraba. Probé en el Skoda en el que habíamos llegado, aunque sabía que no tenía sentido. Y, en efecto, no lo tuvo. Fui de coche en coche. La llave no entraba en ninguno de los maleteros.

—Se nos acaba el tiempo —me avisó.

Miré a mi alrededor y desistí.

—Vale —le dije.

Volví al vano de la puerta del despacho y me arrodillé junto al hombre que había allí tendido. Ya no emitía quejidos, aunque estaba vivo. Debía de tener el cráneo de cemento. Encontré la llave del Skoda en su bolsillo. Se la lancé a Nice y le dije:

—Vaya arrancando el coche. Voy a subir la persiana.

La persiana tenía un interruptor del tamaño de la palma de una mano metido en una caja, conectado mediante un largo conducto metálico al mecanismo que la subía y la bajaba. Pulsé el botón con fuerza, el motor cobró vida y empezó a tirar de la cadena que, a su vez, hizo que la puerta traqueteara y empezara a levantarse. La luz del día volvió a entrar, centímetro a centímetro. Se extendió por el suelo y subió por las paredes. Vi a Casey Nice al volante del Skoda. Vi cómo estudiaba los mandos. Vi salir una nube de humo negro cuando arrancó.

Y vi otro botón del tamaño de la palma de una mano metido en otra caja. Y otro. Y otro. En los elevadores. Mecanismos hidráulicos, para subir y bajar. Todos los elevadores estaban vacíos, menos uno. Uno que tenía izado un coche que estaba negro y sucio por debajo, con el maletero bien arriba, donde nadie alcanzaba. Donde no se veía y no pensabas en él. Menudo policía estaba yo hecho.

Fui corriendo al elevador mientras le hacía una señal a Casey Nice para que esperara. Pulsé el botón. El mecanismo empezó a descender con un chirrido, despacio, despacio, hasta la altura de los ojos, y más abajo. El coche era una antigualla de formas cuadradas. Cubierto de polvo. Con las ruedas desinfladas. El elevador fue frenando hasta que se detuvo y el vehículo se balanceó una vez antes de quedarse quieto y de que el chirrido cesara. Al mismo tiempo, la persiana de la entrada llegó al final de su viaje y el ruido que hacía también cesó. Lo único que se oía era el motor diésel del Skoda al ralentí.

Me acerqué al maletero, que, aunque polvoriento, tenía menos polvo que el resto del coche. Había muchas huellas de dedos alrededor de la cerradura y de palmas alrededor del borde. Lo habían abierto y cerrado mil veces desde que estaba allí subido.

La llave entraba.

La tapa se abrió por resorte, haciendo mucho ruido.

El coche era una berlina de buen tamaño y su maletero era bastante profundo, alto y largo. Lo suficiente para que cupieran varias maletas, dos o tres bolsas de golf o lo que se te ocurriera transportar. Y estaba lleno.

Pero no de maletas o de bolsas de golf.

Estaba lleno de pistolas y cajas de munición.

A primera vista, todas eran Glock, todas nuevas, todas envueltas en plástico, todas apiladas con esmero, la Glock 17 en su mayoría, la clásica original, alguna 17L, con el cañón más largo, y alguna 19, con el cañón más corto. Todas ellas 9 mm, a las que les venía de perlas la munición Parabellum que había apilada a su lado en cajas de cien unidades.

Casey Nice bajó del Skoda. Echó una ojeada y dijo:

—Sherlock Homeless.

—La 19 le encajará mejor en la mano. ¿Le parece bien una de cañón corto? —le pregunté.

Tardó un instante en responder.

—Claro.

Así que desenvolví una 19 para ella y una 17 normal para mí, y abrí una de las cajas de munición para cargarlas, luego cogí dos cajas enteras. Dejamos el elevador bajado y la tapa del maletero levantada y subimos al Skoda; Casey Nice al volante. Dio marcha atrás, giró y se dirigió a la salida.

—Espere un momento —le dije.

Frenó y el capó quedó bañado por la luz que entraba por la puerta.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Wormwood Scrubs —contestó.

—¿Con qué podríamos compararlo?

—Con el sur del Bronx, lo más probable.

—Pero versión británica. Donde no oyen disparos a diario.

—Seguramente no.

—De hecho, cuando los oyen, aún son de los que llaman a la policía. Que aparece con los SWAT y con vehículos blindados y cien detectives.

—Es probable.

—Y nunca confío en un arma si no tengo claro que funciona.

—¿Qué?

—Tenemos que probar las Glock.

—¿Dónde?

—Bueno, si lo hiciéramos aquí mismo, vendría la policía, acompañada de ambulancias por si alguien las necesita, y además conseguirían suficientes pruebas para meterse a saco con este tinglado que tienen los serbios montado. Lo que, en definitiva, podría considerarse un servicio público.

—¿Está loco?

—Apunte a los coches. Siempre he querido hacer algo así. Dos tiros cada uno. Y después nos las piramos.

Y eso es lo que hicimos. Bajamos las ventanillas, sacamos el hombro por ellas, nos giramos para apuntar, disparamos cuatro veces, espaciadas entre sí, atronadoras, a cuatro parabrisas diferentes y, antes de que el eco del último tiro nos alcanzase, salimos de allí despacio y sosegados, con normalidad, como un minitaxi adecuadamente reservado por teléfono.

Encontramos la calle principal tras encaminarnos hacia el este y nos dirigimos al centro de la ciudad. A menos de kilómetro y medio nos cruzamos con un pequeño convoy que avanzaba a toda velocidad, encabezado por un enorme Bentley cupé de color negro al que seguían cuatro Jaguar negros, seguidos a su vez por una pequeña furgoneta, también negra.

Aparcamos en una zona en la que estaba prohibido hacerlo, en una calle secundaria cerca de la estación de tren de Paddington. El plan consistía en cerrar el coche y marcharnos. En aquella parte de la ciudad había mucho movimiento y multitud de opciones de transporte. Autobuses, taxis negros, dos estaciones de metro muy cerca y trenes de cercanías. A pie podíamos dirigirnos al sur, hacia Hyde Park, o al norte, cruzando Maida Vale hasta St. John's Wood. Nos captarían las cámaras, seguro, muchas veces, pero tendrían que tirarse cientos de horas visionando con paciencia las cintas para saber quiénes éramos y de dónde habíamos venido, adónde habíamos ido y por qué.

Me adecenté para estar guapo cuando el público me observase. Mi chaqueta estaba hecha de un material fino y algo elástico, estupendo para tener libertad de movimientos en el campo de golf, sin duda, pero en el que se marcaba todo lo que llevara en los bolsillos. Cosa que me habría dado igual si se tratase de pelotas de golf, pero llevaba una pistola. La quería a la derecha, y no cabía bien. Más que nada, porque ya tenía otra cosa dentro del bolsillo. El móvil del jefe serbio.

Era uno de esos teléfonos prepago con los que no dejar rastro, como los que habíamos encontrado en la guantera de la furgoneta de los Chicos de Romford. Se lo pasé a Casey Nice.

—A ver si encuentra el registro de llamadas —le dije.

Hizo no sé qué con las flechas y el menú, fue hacia arriba y hacia abajo en la pantalla y me explicó:

—Hay una llamada de treinta segundos a lo que parece un teléfono móvil local y, tres minutos después, ese mismo número se la devuelve durante un minuto. Esos son los últimos movimientos.

Asentí.

—Seguro que el boletín de búsqueda y captura lo emitieron anoche mismo y que han puesto al día a todos los chicos malos de Londres a primera hora de la mañana, por lo que el serbio ha llamado a los de Romford y les ha dicho: «Oye, la pareja a la que estáis buscando la tengo encerrada en un cuartucho», pero puede que solo estuviera hablando con un capitán, que le ha dicho que enseguida lo llamaba y ha salido corriendo a contarle la noticia a Charlie White. Seguidamente, el gran jefe ha llamado en persona, tres minutos después, y lo ha organizado todo.

—Poca cosa se puede organizar en un minuto.

—Tan solo necesitaban una dirección. Seguro que el Bentley tiene GPS. Hasta nuestra camioneta de Arkansas tenía.

—Eso es verdad.

—Aunque no he oído la llamada.

Volvió a ponerse con el menú y las flechas.

—Lo tenía en silencio —me explicó.

Asentí de nuevo.

—Pues eso es lo que ha pasado.

—Debería darle al general O'Day el número de Romford. ¿No le parece? El MI5 podría rastrearlo.

—¿Hasta llegar a un pago en metálico en Boots the Chemist? ¿De qué nos iba a servir?

—¿Boots the Chemist?

—Una cadena de farmacias. Como CVS. La creó John Boot a mediados del siglo XIX. Seguro que se parecía al que levantó el muro alrededor de Wallace Court. Empezó con una herboristería en una ciudad llamada Nottingham, al norte de Londres.

—El MI5 podría rastrear el teléfono hasta una ubicación.

—Solo si está encendido. Y no lo estará mucho tiempo más. Lo destruirán en cuanto se enteren de lo que ha pasado en Wormwood Scrubs. Sabrán que hemos capturado el número.

—Es probable que ya se hayan enterado.

Le quité el móvil.

—Vamos a verlo —le dije.

Miré el teclado con detenimiento hasta que encontré un botón en el que ponía «rellamada». Lo pulsé con la uña del pulgar y el número apareció en la pantalla, apreté el botón verde y me llevé el teléfono a la oreja.

Un tono de llamada, el típico «pup-puup» británico, más apremiante que el lánguido sonido estadounidense. Esperé. Tres tonos, cuatro, cinco, seis.

Y lo cogieron. Alguien que había pasado los seis tonos comprobando su pantalla e identificando el número que lo llamaba, seguro, porque tenía la primera pregunta preparada. Una profunda voz londinense respondió:

—¿Qué cojones ha pasado? Acaban de pasar un centenar de monos.

Los monos eran la policía. Argot local.

—¿Dónde estáis? —pregunté.

—Aparcados a tres calles —respondió la voz.

—¿Eres el Pequeño Joey? —inquirió.

—¿Quién eres? —contestó.

—Soy el que se cargó a tu chico. Vi el berrinche que te llevabas. Anoche, en la parte de atrás de la furgoneta.

—¿Dónde estás?

—Detrás de ti.

Oí cómo se movía.

—Era broma —dije.

—¿Quién eres?

—Yo diría que el aspirante al título, pero me estaría subestimando.

—Estás muerto.

—Todavía no. Creo que me estás confundiendo con alguno de tus chicos. O con los serbios. Han sufrido alguna baja. Tenlo por seguro.

—Me han dicho que te tenían encerrado.

—Nada es para siempre.

—¿Qué quieres?

—A John Kott —respondí—. Y a William Carson. Y los voy a atrapar. Lo mejor que puedes hacer es apartarte de mi camino. O te pasaré por encima.

—No tienes ni idea.

—¿De qué?

—Del problema en el que te has metido.

—¿De verdad? Pues lo cierto es que me siento la mar de bien. No soy yo el que está perdiendo efectivos a diestro y siniestro. Tú sí, Joey. Así que es el momento de hacer caso al sentido común y pensar con la cabeza, ¿no te parece? Deja de proteger a Kott y a Carson, y te dejaré en paz. Ya se encargaron de Libor para ti y seguro que ya te han pagado. ¿Qué más esperas?

—Nadie se mete conmigo.

—Si nos paramos a analizar tu frase, es evidente que no es del todo correcta, ¿no te parece? Porque ya me he metido contigo. Y pienso seguir haciéndolo hasta que dejes de proteger a Kott y a Carson. Tú eliges, colega.

—Estás muerto.

—Eso ya lo has dicho. Con desearlo no basta.

No dijo nada más. Colgó. El teléfono se quedó en silencio. Imaginé la escena que estaría teniendo lugar al otro lado de la línea. Un secuaz menos. La batería a una papelera, la carcasa a otra y la tarjeta SIM rota en cuatro pedazos con la uña del pulgar y arrojada a una tercera. Un prepago que no iba a dejar rastro.

Limpié el móvil con la camisa y lo tiré a los asientos de atrás.

—¿Le hará caso? ¿Dejará de protegerlos? —me preguntó Casey Nice.

—Lo dudo —le dije—. Está claro que tiene por costumbre salirse con la suya. Si se echase atrás le explotaría la cabeza.

Empujé la Glock al fondo del bolsillo. Entraba a las mil maravillas ahora que no tenía competencia. Casey Nice me observaba e hizo lo mismo. Su bolsillo era más pequeño, pero su arma también. Oí cómo el cañón, grueso y corto, chocaba contra el botecito de pastillas.

—Guarde el botecito en el otro bolsillo. Puede ser una molestia para desenfundar —le aconsejé.

Se quedó parada un instante. No quería sacarlo. No quería que lo viera.

—¿Cuántas le quedan? —le pregunté.

—Dos —respondió.

—¿Se ha tomado una esta mañana?

Asintió.

—Y ahora, ¿quiere tomar otra?

Asintió.

—Pues no lo haga.

—¿Por qué?

—Porque no son las pastillas adecuadas. No tiene razones para estar nerviosa. Lo está haciendo muy bien. Lo lleva en la sangre. Ha estado magnífica toda la mañana. Desde la tienda de empeños hasta lo de la esquirra de cristal.

Cosa que, quizá, no debiera haber mencionado. Vi cómo movía la mano, sin pensar, como si la tuviese protegida por el jersey apestoso y viejo, y estuviera agarrando la esquirra más puntiaguda. Estaba reviviendo la experiencia. Y no le estaba gustando. Cerró los ojos y su pecho empezó a encabritarse, hasta que rompió a llorar. Tensión, conmoción, horror, todo eso se le vino encima. Temblequeó y aulló. Abrió los ojos sin dejar de llorar y miró hacia todos los lados. Me volví hacia ella y se dejó caer en mis brazos. La cogí con fuerza, en una especie de abrazo casto y extraño, aún sentados cada uno en su asiento, inclinados el uno hacia el otro. Enterró la cabeza en mi hombro y sus lágrimas me mojaron la chaqueta justo donde me había caído el cerebro de Eugeni Khenkin.

Al rato empezó a respirar más despacio y dijo un «lo siento» que quedó amortiguado por la chaqueta.

—No tiene nada que sentir —la tranquilicé.

—He matado a una persona.

—No es exacto —le dije—. Se ha salvado a sí misma. Y a mí. Piénselo así.

—Sigue siendo un ser humano.

—No es exacto —le repetí—. Mi abuelo me contó una historia. Vivía en París, donde se ganaba la vida tallando piernas de madera. Resulta que una vez, de vacaciones en el sur de Francia, sentado en una ladera desde la que se divisaba un viñedo, comiendo en el campo, sacó la navaja del bolsillo para abrir una nuez y vio que una serpiente se le acercaba, muy rápido, por lo que le pegó un navajazo justo en el centro de la cabeza y la clavó a la tierra, a unos quince centímetros de su tobillo. Eso es lo que ha hecho usted. Ese fulano era una serpiente. O algo peor. Porque las serpientes no son conscientes de su naturaleza. No pueden evitar ser así. Pero ese tipo sabía lo que había elegido. Como el de ayer, que no se dedicaba a ayudar a viejecitas a cruzar la calle, ni era voluntario en la biblioteca, ni organizaba colectas para África.

Se frotó la cabeza contra mi brazo. Puede que estuviera asintiendo. O no, quién sabe. Quizá solo se estuviera secando los ojos.

—Pues no me siento mejor —me dijo.

—Shoemaker me dijo que usted sabía para qué se había alistado.

—En teoría. Pero la práctica es diferente.

—Para todo hay una primera vez.

—¿Va a decirme que acaba uno acostumbrándose?

No respondí a eso.

—Reserve las pastillas. No las necesita. Y aunque las necesite, resérvelas. Esto

solo es el principio. La cosa se irá complicando.

—Eso no me consuela.

—No tiene de qué preocuparse. Lo está haciendo bien. Ambos lo estamos haciendo bien. Vamos a ganar.

Esta vez fue ella la que no dijo nada. Se quedó pegada a mí un rato más, después se apartó, nos retiramos ambos a nuestro propio espacio y nos sentamos rectos. Resopló, sorbió por la nariz y se secó la cara con la manga de cuero.

—¿Podríamos volver al hotel? —me dijo—. Me gustaría darme una ducha.

—Iremos a otro —le respondí.

—¿Por qué?

—Regla número uno: cambia de ubicación cada día.

—Pero me he dejado allí el cepillo de dientes.

—Regla número dos: lleva siempre el cepillo de dientes en el bolsillo.

—Tendré que comprar otro.

—Puede que yo también lo haga.

—Y quiero comprar ropa.

—No hay problema.

—Ya no tengo bolso.

—No es para tanto. Yo nunca he tenido. Es parte de mi estilo de vida. Uno se cambia en la tienda.

—No, la cuestión es que no tenemos dónde llevar la munición.

—En los bolsillos.

—No cabrá.

Tenía razón. Lo intenté. La caja quedaba medio fuera. Y mi bolsillo era mayor que el suyo.

—Bueno, pero estamos en Londres —le dije—. ¿Quién va a saber lo que es?

—Puede que solo una de cada mil personas —comentó—. Pero ¿y si resulta que es poli, como el de Wallace Court, y lleva un chaleco antibalas y un subfusil? No podemos ir por ahí con cajas de balas.

Asentí.

—De acuerdo, usaremos un bolso para llevarlas. —Miré los establecimientos que había en la calle, delante, detrás, a ambos lados—. Aunque no veo ninguna tienda de bolsos.

Señaló hacia la izquierda.

—En esa esquina hay un veinticuatro horas. De esos que son como supermercados en miniatura. Creo que es una cadena. Vaya y compre algo. Chiclos o caramelos.

—Sus bolsas son de plástico fino. Las conozco. Anoche trajo usted las Coca-Colas en una parecida. Son, como quien dice, transparentes. Será como llevarlas en los bolsillos.

—Tienen otras bolsas más grandes y gruesas.

—No me van a dar una bolsa grande y gruesa por comprar chicles o caramelos.

—Darle no le van a dar ninguna. En ese sitio tiene que comprarlas. Lo que significa que puede elegir la que usted quiera.

—¿Así que además de los productos tienes que comprar la bolsa en la que llevarlos?

—Lo he leído en una revista.

—Pero ¿qué tipo de país es este?

—Ecológico. Por lo visto, lo suyo es comprar una bolsa reutilizable y utilizarla una y otra vez.

Me bajé del coche sin decir nada y caminé hasta la esquina. La tienda era una versión muy limitada de un supermercado. Necesidades diarias, platos precocinados, latas de cerveza y de refrescos. Y bolsas, como Casey Nice había previsto. Había un montón de ellas junto a la caja. Cogí una. Marrón. Parecía tan ecológica como la que más. Como si hubiera sido tejida con fibras recicladas de cáñamo por vírgenes tuertas de Guatemala. Tenía el nombre del supermercado, aunque era casi imperceptible; seguro que porque estaba impreso con tinta vegetal. De zanahoria, lo más probable. Parecía que las letras fueran a desaparecer con un chaparrón. En cualquier caso, como bolsa estaba muy bien. Tenía asas, y cuando se abría adquiría forma de caja.

Como lo cierto es que no quería ni chicles ni caramelos, le pregunté a la cajera si podía comprar solo la bolsa. No respondió de inmediato. Me miró como si fuera idiota y pasó el código de barras por el escáner de la máquina registradora, que emitió un pip electrónico, tras lo cual la mujer dijo:

—Dos libras.

Y no me pareció mal. En una boutique de la Costa Oeste me habría costado cincuenta pavos. Además, invitaban los Chicos de Romford. Guardé el cambio en el bolsillo de atrás y volví al Skoda.

Que no estaba allí.

Me llevé la mano al bolsillo, a la Glock, y la parte trasera de mi cerebro le recordó a la delantera: «Diecisiete en el cargador más una en la cámara, menos dos disparadas en el taller de los serbios dan un total de dieciséis balas». Y entonces me hizo pegarme al escaparate de una inmobiliaria para pasar de trescientos sesenta grados de vulnerabilidad a ciento ochenta mientras me gritaba como loca: «¡Dominique Kohl!».

Respiré hondo y miré a derecha e izquierda. No había ningún policía de tráfico a la vista. Que habría sido lo más lógico. Casey Nice habría arrancado de inmediato si hubiera visto alguno. La información digital de un sistema de cámaras podía borrarse con solo pulsar un botón, pero su rostro y la matrícula del Skoda en la cabeza de una misma persona, juntos en una misma ecuación, no era algo que se pudiera gestionar con tanta facilidad. Mayores conspiraciones se han desbaratado con menos. Pero allí no había ningún poli. No había ningún individuo uniformado caminando a paso tranquilo con una libreta en la mano.

Y no había público mirando con la boca abierta el sitio donde había estado aparcado el coche, como si hubiera habido un altercado. Y Casey Nice no habría sido una presa fácil, ni para los Chicos de Romford, ni para los serbios, ni para nadie. Podía cerrar las puertas con el seguro y llevaba una pistola en el bolsillo. Con dieciséis balas, igual que yo. No es que la calle estuviera vacía, pero tampoco había nada más aparte del zumbido que produce la actividad normal de una ciudad. No había ocurrido nada grave. Eso parecía claro.

Me desplacé a lo largo del escaparate de la inmobiliaria y me metí en un portal para quedar expuesto solo noventa grados, como si estuviera en la punta de un campo de béisbol. La calle era de un solo sentido, de mi derecha a mi izquierda. El tráfico era fluido. Coches pequeños, de tres puertas; taxis negros, de vez en cuando una berlina; furgonetas de reparto. Ningún conductor pasaba mirando a uno y otro lado. Ninguno de los pasajeros iba quedándose con las caras. Nadie me estaba buscando. Salí un paso del portal y miré hacia las esquinas. Tampoco nadie me estaba esperando.

«Sabe para qué se alistó. Y es más dura de lo que parece».

«La capturó, la mutiló y la mató. Debería haber ido yo».

«No voy a arrestar a nadie. Pienso quedarme atrás. No va a suceder otra vez».

Me alejé del portal y caminé en sentido contrario al del tráfico. Había peatones en las dos aceras, caminando con premura en ambos sentidos, con trajes baratos y gabardinas finas, con paraguas pequeños por si acaso, algo común entre los británicos, y maletines, bolsas de la compra y mochilas, todos a lo suyo. Ningún comportamiento sospechoso. Nada de furgonetas negras aparcadas junto a la acera, ni grandullones mirando a uno y otro lado, ni coches de la poli.

Cogí el móvil que me había dado Scarangelo, busqué el número de Casey Nice en el directorio y la llamé. Una larga pausa, un silencio desapacible y nada más, a la

espera, quizá, de acceder a la red, esperando, quizá, un protocolo de encriptado. Y entonces escuché un tono de llamada, un largo y suave puuup estadounidense en el corazón de Londres, y otro, y otro, hasta seis.

No respondía nadie.

Colgué.

Esperé lo mejor, me preparé para lo peor. Puede que estuviera conduciendo y no pudiera hablar. Quizás algo la había asustado y había decidido dar una vuelta a la manzana. Alguna razón inocente. A la izquierda, a la izquierda de nuevo y a la izquierda una vez más, tantas veces como fuera necesario hasta que yo hubiera acabado de comprar en la tienda, momento en que aceleraría y vendría a recogerme.

Me quedé mirando la esquina que tenía delante.

No venía.

O, lo peor, que alguien tuviera su móvil, un cabrón al que se le iluminara la mirada al consultar la pantalla y ver mi nombre en ella. Quizá se detuviesen a mi lado e intentasen pescarme. Allí mismo. Un dos por uno. Un plan improvisado. Una trampa. Con Casey Nice de cebo. Una emboscada.

Miré la pantalla del mío.

No me devolvía la llamada.

Prepárate para lo peor. Solo tenía un número más en el directorio, el de O'Day. «Tanto su teléfono móvil como el mío tienen GPS, por lo que sabrán dónde estamos en todo momento». Él podría llevarme hasta ella. Paso a paso, literalmente. Siempre y cuando no se deshicieran de su móvil, claro. Llamé y me recibió el mismo silencio desapacible. Pero colgué, porque el Skoda dobló la esquina y apareció ante mí.

Casey Nice conducía, pero no iba sola. Sentada justo detrás de ella había otra figura, corpórea pero insustancial entre las sombras, inclinada hacia delante, como si estuviera observando por encima del hombro de la mujer. El vehículo se acercó y reconocí la silueta. Fornido, de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, un poco quemado por el sol, con el pelo rubio y cortado al rape, la cara cuadrada, un jersey y una cazadora de tela. Con unos vaqueros azules y botas de ante marrón, no me cabía duda. Puede que fuera el atuendo informal del Ejército británico para el desierto.

Bennett, el galés del nombre de pila impronunciable. Al que había visto por última vez dándose el piro en París. El agente del MI6. O del MI5. O de una organización a caballo entre ambos. O de otra completamente diferente. «De momento, todo va fluido», había dicho con aquel acento cantarín.

El Skoda se acercó a la acera y frenó con brusquedad delante de mí. Tanto Casey Nice como Bennett me miraron con el cuello estirado por detrás del parabrisas y con los ojos algo más abiertos de lo normal, suplicantes en cierto modo, más los de ella que los de él, como si estuviera pensando: «Actúa como si no pasase nada».

Subí al coche. Abrí la puerta del copiloto, me dejé caer en el asiento, metí las

piernas y cerré la puerta. Con la bolsa ecológica sobre el regazo. Casey Nice pisó el acelerador, giró el volante y volvió a incorporarse al tráfico.

—Este caballero es el señor Bennett —me dijo ella.

—Lo conozco —le comenté.

—Ya nos han presentado —le respondió él—. En París, donde una ráfaga de viento le salvó el pellejo.

—Ah, así que admite haber estado allí —solté.

—Nunca por escrito.

—¿Por qué ha secuestrado mi vehículo? Por un segundo me he preocupado.

—Hay un guardia de tráfico dos calles más allá. Ahora adjuntan una fotografía a la multa. Es mejor evitar una complicación así.

—¿Qué quiere?

—Aparque —dijo—. Donde quiera. Ya volveremos a arrancar si viene alguien.

Casey Nice redujo la velocidad y buscó un hueco, pero acabó con el culo en una parada de autobús. Lo que era ilegal, sin lugar a dudas, pero Bennett no parecía muy preocupado. Volví a preguntárselo:

—¿Qué quiere?

—Quiero acompañarlos uno o dos días —me respondió.

—¿Acompañarnos?

—Es evidente.

—¿Por qué?

—De momento, me han ordenado que vaya de aquí para allá, lo que he interpretado como que debería echar un ojo a los otros treinta y seis agentes secretos extranjeros que operan en Londres y acoplarme al que vaya por delante.

—No vamos por delante.

—Me temo que nadie va por delante, pero al menos ustedes se están divirtiendo.

—No tanto.

—Y algo han avanzado.

—¿Usted cree?

—No sea tan modesto.

—¿Lleva micro?

—¿Quiere cachearme?

—Lo haré yo —respondió Casey Nice, volviendo la cabeza—. Si es necesario. Hay reglas.

—Dijo el asesor no acreditado que operaba en territorio aliado con dos recientes homicidios en su haber.

—Ambos han sido cosa mía —dije.

—Inverosímil. ¿Cómo explica lo de Wormwood Scrubs? ¿Se ha encargado usted de uno y ella de tres? No lo creo. Deberían haber movido un poquitín los cuerpos. El patrón estaba demasiado claro. Yo diría que lo de la esquirra en el ojo ha sido cosa de la señorita Nice. Le concedo a usted el de la garganta destrozada, el de ayer. Así que,

de momento, van uno a uno. Un empate.

—¿Qué quiere? —le pregunté por tercera vez.

—No se preocupe —me contestó—. No se llevan micros en estos casos.

—¿Y cuáles son esos? —preguntó Casey Nice.

—Sin civiles propiamente dichos involucrados. No estamos muy interesados. Pero ellos sí. Ese es el problema. La contrapartida. Ahora los persiguen dos bandas.

—¿Cuánto es «no muy interesados»?

—¿Por nuestra parte? Tomaremos notas pero no haremos nada con ellas.

—¿Informes en papel?

—Inevitable, me temo.

—En cuyo caso, no hemos estado allí.

—¿Allí? ¿Dónde? —preguntó.

—En ningún lado —le respondí.

—La tecnología no dice lo mismo. ¿Saben? Observamos por dónde andan. El GPS es algo maravilloso. ¿Cómo, si no, iba a encontrarlos, así, sin más, aparcados a kilómetros del escenario del crimen en un coche robado, por increíble que parezca, y todo ello en un pispás?

—Nuestro teléfono está encriptado —dije.

Sonrió y dijo:

—Oh, venga.

—Venga, ¿qué?

—Piensen en por qué nos soportan ustedes. Es decir, ¿por qué nos eligen a nosotros en vez de a Alemania? ¿Qué aportamos?

—El GCHQ, el Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno —dije.

Asintió.

—Nuestra versión de su Agencia de Seguridad Nacional, de la NSA. Nuestro puesto de espionaje. Que es mucho mejor que la NSA, aunque les joda admitirlo. Nos necesitan. Por eso nos soportan.

—Nos están escuchando.

—No, no, les facilitamos que se comuniquen. Nosotros tan solo cogemos la información y la distribuimos. Ahora bien, puede que de vez en cuando hagamos alguna que otra prueba de audio. Una mera comprobación técnica.

—Seguro que es imposible descifrar las transmisiones de la CIA.

—Desde luego eso es lo que la CIA piensa.

—¿Han descifrado su código?

—Yo diría que el código que utiliza la CIA se lo vendimos nosotros. No directamente, claro está. No me cabe duda de que fue una operación encubierta de lo más complicada.

—Pues a mí no me cabe duda de que se supone que ustedes no deberían hacer algo así.

—No me cabe duda de que sucedió hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿les hemos prestado un servicio público? ¿Con lo de los serbios?

—Les han hecho daño. Pero no los han matado. Ha sido como cortarle un tentáculo a un pulpo. No es que no se lo agradezcamos, ya me entiende. Es más fácil pelear contra siete tentáculos que contra ocho. Aunque no sea una pelea en la que estemos muy metidos.

—Quieren más.

—Las dos bandas van por ustedes. Lo que quizá de pie a ciertas oportunidades. En mi opinión, ninguno de los integrantes de ciertos círculos se enfadaría porque hubiera unas cuantas bajas más.

—Y pretende acompañarnos.

—Como mero observador. Algunas de esas personas son ciudadanos británicos. Y como la señorita Nice ha señalado, hay reglas.

—¿Va a ayudarnos?

—¿Acaso lo necesitan?

—Hemos pedido un listado de ubicaciones.

Asintió.

—Sí, ya hemos visto esa transmisión.

—No hemos recibido respuesta.

—Lo de las ubicaciones es complicado. Y más ahora, si cabe, porque tenemos que poner en claro las casas y locales clandestinos de Karel Libor, y los de los serbios, como la de hace un rato, por ejemplo. Porque si es cierto que los serbios están cooperando con los Chicos de Romford, la lógica dicta que tengan a Kott en un sitio y a Carson en otro, lejos entre sí. Así es más seguro. Y la lógica también sugiere que estarán en escondites apartados. Y el terreno que rodea Londres es bastante llano. Ondulado, como mucho. Que no es el más adecuado para acercarse a granjas remotas y aisladas en las que se sospecha que se esconde alguno de los cuatro mejores francotiradores del mundo.

—Sigo queriendo el listado —le dije.

—De acuerdo, se lo enviaremos hoy mismo. Lo recibirá en cuanto se lo rebote O'Day.

—¿Están apostando ustedes por granjas remotas? ¿Separadas entre sí?

—No más que por otras ubicaciones. Barajamos diferentes posibilidades.

—¿Por ejemplo?

—Tienen pisos francos y muchas casas alquiladas y, por lo tanto, algún inquilino tendrán que esté deseoso de salir de la ciudad una o dos semanas. Y hay mucha gente que les debe dinero y que estaría encantada de que le alargaran el plazo para devolvérselo a cambio de dar de comer a un extraño tres veces al día y proporcionarle una cama en la que dormir por las noches; todo ello con la boquita cerrada, claro.

—Pero usted cree que lo mejor sería mantenerlos lejos de fisgones.

—Mucho mejor en un primer momento. Pero en los últimos tiempos se corren más riesgos, ¿no le parece? Supondrán que tenemos un plan para cerrar los accesos al

centro de la ciudad. Diseñado después de lo del 11 de septiembre. Seguro que todas las ciudades grandes lo tienen. No van a arriesgarse a quedarse fuera. Y menos necesitando que un enorme fusil atravesase el cordón. Por esa razón, creo que no tardarán en venir a la ciudad. De hecho, puede que ya estén aquí.

—Hemos visto unos cuantos centenares de buenas posiciones de tiro alrededor de Wallace Court.

—Que estamos investigando con detenimiento. Pero ¿y si están en alguna buena posición de tiro que se nos haya pasado por alto?

—¿Tienen un plan para cerrar Londres?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no lo han activado todavía?

—Porque seguimos siendo optimistas.

—Eso es lo que diría un político.

—El objetivo es dejar el tema visto para sentencia cuanto antes.

—Eso también parece dicho por un político.

—Son los políticos los que nos pagan.

—Bueno, ¿qué tipo de ayuda nos va a proporcionar?

—Les enseñaremos dónde vive el Pequeño Joey. Es quien se encarga de todos los fregados. Ustedes podrían estudiar sus idas y venidas y ver si sacan algo en claro.

—¿Quiere decir que ustedes no lo han sacado?

—Los movimientos que hemos observado hasta la fecha no han mostrado ningún patrón coherente.

—Entonces, puede que no sea en el Pequeño Joey en quien haya que fijarse.

—Charlie White es demasiado mayor y tiene demasiada categoría para estar yendo y viniendo, y Tommy Miller y Billy Thompson solo tienen diez años menos y, además, hoy por hoy, son poco más que funcionarios. Que es de lo que van las bandas en la actualidad. Estrategias de impuestos, inversiones legales y cosas por el estilo. El Pequeño Joey es el único que se mueve. Confíe en mí. Si hay que organizar una rotación de las guardias o enviar comida y mujeres, todo pasa por el camino de entrada de su casa.

—Solo que ustedes no han observado nada hasta la fecha.

—Hasta la fecha no.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que el pánico se adueñe de los políticos?

—No mucho.

—¿Tienen un plan B?

—Me resultaría de gran ayuda que no tuviéramos que llegar tan lejos.

—¿Así que le estamos ayudando?

—Lo estamos haciendo mutuamente. Se supone que es así como funcionan las cosas, ¿no?

—¿También escuchan la línea directa entre Downing Street y el Despacho Oval?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Interés personal.

—Por tradición, en eso no nos metemos.

—Es bueno saberlo.

—Venga, vamos a buscarles un nuevo hotel. Deberían descansar un poco. Les enviaré un mensaje cuando estemos listos para ir a casa del Pequeño Joey.

—¿Tiene nuestro número de teléfono?

No respondió.

—Qué pregunta tan tonta —solté.

Bennett le cambió el sitio a Casey Nice y nos llevó al sur, hasta Bayswater Street, que era el límite septentrional de Hyde Park, al este después por Marble Arch y al sur de nuevo en Park Lane, hasta Mayfair, que era un barrio rico y, por lo tanto, territorio neutral. Allí no había bandas, al menos del tipo de las que yo conocía. Dejamos atrás el hotel Grosvenor House y el Dorchester y aparcamos frente al Hilton.

—Aquí no los buscarán. Con todo el dinero que les han birlado, supondrán que han ido a uno con más clase. A alguno con más nombre, como el Brown's, el Claridge's, el Ritz o el Savoy.

—¿Cómo sabe lo del dinero? —le pregunté.

—Lo contaba la señorita Nice en su informe a O'Day.

—Que, ¡menuda casualidad!, coincidió con una de sus pruebas de audio.

—Las pruebas se determinan de acuerdo con un procedimiento aleatorio. Es una lotería. Pura ingeniería. Tiene algo que ver con no sé qué del tiempo que pasa entre los fallos de la línea.

—Deberíamos tirar los móviles.

—No podemos —comentó Casey Nice.

—Estoy de acuerdo —convino Bennett—. No pueden. Tienen que ponerse en contacto con O'Day de cuando en cuando. Es el trato que el general hizo con Scarangelo. Si pasan a silencio de radio, adiós al trato, y los repudiarán a todos los efectos, en cuyo caso lo mejor sería que saliesen del país en cuestión de una hora o se les daría caza como a fugitivos comunes.

—¿También conoce a Scarangelo?

—Ya le he dicho que todo lo que acaba en el estado de Maryland pasa primero por el condado de Gloucestershire. Y al revés.

—Deben de estar escuchando a todo el mundo.

—Más o menos.

—Entonces, ¿quién está costeadando los gastos de Kott y de Carson? ¿Lo han descubierto ya?

—Todavía no.

—¿No se supone que son ustedes el Equipo A? ¿Los cerebritos? ¿Que son mucho mejores que los paletos de Fort Meade?

—Por lo general lo hacemos bastante bien.

—Pero, por lo visto, esta vez no ha sido el caso. Así que quieren cargarnos el muerto. Quieren que sigamos comunicándonos con O’Day para que ustedes puedan escucharlo todo mientras somos nosotros los que corremos los riesgos.

—No gobernábamos el mundo porque fuéramos amables.

—¿Quiénes gobernaban el mundo, los galeses?

—No, los británicos. Y los galeses son británicos. Tanto como los escoceses. Incluso tanto como los ingleses.

No dije nada. Casey Nice me pasó las cajas de munición y las metí en la bolsa ecológica, salimos del coche y entramos en el hotel.

El Hilton colmaba con creces nuestras necesidades. No era de la famosa cadena, pero había adoptado todas las sofisticaciones necesarias en honor a Park Lane, junto al que se alzaba. Precios en consonancia. Y esnobismo. Empezaron mostrándose un poco extrañados por nuestra falta de equipaje. Pero es que solo llevábamos la bolsa con las cajas de balas. Después, tampoco les pareció normal que quisiéramos pagar en metálico, aunque cuando vieron lo gordos que eran los rollos de billetes que sacamos nos ascendieron por la vía rápida de turistas de bajo presupuesto a oligarcas excéntricos. Rusos no, probablemente por el acento. Quizá texanos. En cualquier caso, se volvieron de lo más educados. La falta de equipaje abatió en especial a los botones. Habían olido propinas de cincuenta libras.

Nos dieron habitaciones en pisos diferentes, pero fuimos juntos a la de ella para comprobar que todo estaba en orden y porque creí oportuno que se quedase una caja de munición. Era muy improbable que tuviéramos que morir con las botas puestas en la habitación de un hotel, pero las cosas muy improbables también suceden, en cuyo caso, ciento dieciséis era un número de balas mucho más bonito que dieciséis, que eran las que llevaba en la pistola.

La habitación estaba vacía y no había nada en ella que resultara amenazador. Tenía la misma estructura que las miles de habitaciones de motel en las que me había alojado, pero estaba decorada según un estándar mucho más elegante y elevado, en concreto esto último, pues se encontraba a veinte pisos de altura del parque, del que tenía una buena vista. Metí una de las cajas de munición en el cajón de la mesilla, miré a mi alrededor una vez más y me encaminé a la puerta.

—Todavía me quedan dos —me dijo—. Ahora me siento bien.

—Cuénteme cómo ha subido Bennett al coche —le pedí.

—Sin más. Se ha subido. Lo he visto en la acera de enfrente, marcando un número en el móvil. Se ha quedado escuchando, como hace la gente, por lo que he pasado a considerarlo uno más, pero en ese momento me ha sonado el teléfono, he respondido y era él. Ha cruzado la calle y se ha sentado detrás de mí. Me ha dicho que el general O’Day le había dado mi número y que el general Shoemaker se lo había confirmado, y que debía arrancar y dar la vuelta a la manzana porque estaba aparcada en una zona donde el estacionamiento estaba prohibido y se acercaba un policía de tráfico.

—¿Y ha arrancado?

—Era evidente que era legal. Me ha parecido que el hecho de que conociera el nombre de ambos generales demostraba que era de los nuestros.

—¿Y qué opina ahora?

—Que no es del todo legal, pero que está de nuestra parte.

Asentí.

—Eso mismo pienso yo. ¿Se traga lo que nos ha contado?

—Creo que exageraba en ciertos momentos. A menos que estuviera siendo tan franco como para hablar tan abiertamente de un programa que debe de ser altísimo secreto. Al menos, entre los británicos. Que reaccionarían, no me cabe duda, si alguien fuese contando por ahí con tal ligereza asuntos clasificados tan importantes como ese.

—Hay personas cuya franqueza alcanza cotas suicidas. Acaban por odiar las gilipolleces. Nadie reacciona porque, en realidad, da lo mismo. Esa gente no es peligrosa para la seguridad. Tenerlo todo al alcance de la mano es lo mismo que no tener nada. Los británicos están pirateando nuestra señal. Los británicos no están pirateando nuestra señal. Ambas situaciones son posibles. Lo que no nos sirve para determinar cuál de ellas es cierta.

—Entonces, ¿la están pirateando?

—Piense en cuando no exageraba.

—Que ha sido...

—No le ha importado confesar que no estaban llegando a ningún lado ni con los movimientos del Pequeño Joey ni con dar con los pagadores.

—¿Y?

—Bajo rendimiento.

—Nadie es perfecto.

—Pero este juego se les da muy bien a los británicos. Se podría decir que lo inventaron ellos. No me trago lo de que haya una gran diferencia entre la NSA y ellos, pero puede que estén a la par. Tenemos que admitirlo. Quizás incluso sean un poco mejores. Es gente muy hábil en el fondo. En el mejor sentido de la palabra. Buenos jugadores de cartas, por lo general. Y son duros cuando es necesario. Además, cuando no queda otra, hacen lo que sea preciso. Pero no están llegando a ningún lado.

—Es un caso complicado.

—¿Tanto como para que ni la NSA ni la GCHQ puedan meter baza?

—Supongo.

—Entonces, ¿qué posibilidades tienen una analista novata y un policía militar retirado de marcar la diferencia? ¿Qué vamos a ver nosotros que no hayan visto ellos?

—Podría haber algo.

—No, no hay nada. La cuestión es que Bennett está pensando igual que O'Day. Solo que unos días más tarde. Bennett estaba en París. Sabe que Kott me apuntaba a mí. Y sabe que Kott está en Londres. Y piensa que conseguirá que cometa un error si me pone justo delante de él. Como objetivo. Es un pase a la desesperada. Kott es la pieza clave. A Bennett le da igual lo que nos pase. Está esperando a ver el fogonazo. Es lo único que quiere. Antes de que el pánico se adueñe de los políticos.

—Seguro que usted había planeado que le pusieran delante de Kott.

—Pero no como objetivo.

—¿Acaso importa el nombre que se le dé?

—No. Tenemos que hacerlo de todas maneras. No hay alternativa. Y lo mismo pasa con los teléfonos móviles. Tenemos que informar a O'Day. Vamos, que de una u otra forma, Bennett consigue lo que quiere.

—Pero solo porque nosotros también conseguimos lo que queremos. Y antes que él, de hecho. Así que no importa.

—Ahora son dos los gobiernos que nos ven como cebo. Un gobierno de más, para mi gusto. Dependemos de ellos en muchos aspectos. Qué nos proporcionen dependerá de lo que piensen de nosotros. O lo que piense su subconsciente, mejor dicho. Podría aflorar algún prejuicio. Debemos estar atentos.

—¿Y qué haríamos?

—Tenemos que pensar por nosotros mismos. Puede que tengamos que ignorar ciertas órdenes.

Desvió la mirada y no dijo nada, pero acabó asintiendo de un modo que podrías haber considerado tanto profundamente contemplativo como decidido pero con remordimientos, o en cualquier punto intermedio. Era difícil determinarlo.

—¿Todavía se siente bien? —le pregunté.

—Tenemos que hacerlo de todas formas —me dijo.

—No es lo que le he preguntado.

—¿Debería seguir sintiéndome bien?

—En cualquier caso, no tiene por qué estar preocupada. Al menos, por saber qué agencia la traicionará. Porque, antes o después, todas lo harán.

—Eso no me anima.

—No pretendo animarla. Intento que ambos estemos en la misma onda. Que es como tenemos que estar.

—Nadie va a traicionarnos.

—¿Pondría la mano en el fuego?

—Por algunos de los que conozco, sí.

—Pero no por todos.

—No.

—Pues con eso es suficiente.

—Que es lo que le preocupa.

—Más le preocupa a usted.

—¿Y no debería?

—¿Sabe cuál ha sido su mayor error?

—Seguro que usted me lo dice.

—Enrolarse en la CIA en vez de hacerlo en el Ejército.

—¿Por qué?

—Porque todos esos nervios que tiene se deben a que piensa que la seguridad nacional descansa en exclusiva sobre sus hombros. Y esa es una carga excesiva. Pero lo piensa porque no confía en sus colegas. No en todos. No cree en ellos. Lo que la

aíslo. Ha de encargarse usted de todo. Pero el Ejército es diferente. Por muchas cosas malas que pasen, siempre puede confiar en sus hermanos soldados. Y creer en ellos. Esa es la cuestión. Estaría mucho más contenta.

Se quedó callada un instante.

—Estudié en Yale.

—Podría cambiar en este mismo instante. Yo mismo puedo llevarla a la oficina de reclutamiento.

—Estamos en Londres. Esperando un mensaje del señor Bennett.

—Cuando volvamos. Piénselo.

—Puede que lo haga.

El mensaje de Bennett llegó dos horas después. Estaba solo en mi habitación, que era igual que la de Casey Nice pero más arriba y orientada justo hacia el otro lado. Desde la mía se veían los prósperos tejados de Mayfair, todos ellos de pizarra gris o teja roja y con ornamentadas chimeneas. La embajada de Estados Unidos estaba cerca, más o menos en dirección norte, aunque no la veía desde allí, tumbado en la cama, con el móvil cargándose sobre la mesita de noche. Sonó una sola vez y la pantalla se iluminó: «En el vestíbulo dentro de diez minutos». Llamé a Casey Nice por el teléfono de la habitación y me confirmó que había recibido el mismo mensaje, así que me quedé tumbado cinco minutos más, metí en el bolsillo la Glock recargada y me encaminé al ascensor.

Me la encontré en el vestíbulo. Bennett nos esperaba aparcado en la puerta. Llevaba uno de esos coches de fabricación nacional, uno de la General Motors, un Vauxhall, nuevo y recién lavado, de color azul marino, tan anónimo que solo podía ser un vehículo del parque móvil de los cuerpos de seguridad. Supuse que el Skoda se lo habrían quitado de encima después de dejarlo más limpio que una patena o que le habían pegado fuego. Era la última hora de la tarde y el sol lucía muy bajo sobre el parque.

Me senté atrás y Casey Nice se puso al lado de Bennett, que pisó el acelerador y se incorporó al tráfico.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Tardó un buen rato en responder porque tuvo que bajar Park Lane y volver a subirla tras dar una vuelta de trescientos sesenta grados alrededor de Hyde Park Corner, que era un punto viario tan caótico como la place de la Bastille.

—A Chigwell —me contestó.

—¿Y eso dónde está?

—Linda al noroeste con Romford. Es adonde te mudas cuando empiezas a hacer dinero. Tiene una zona residencial. Casas grandes y mucho espacio entre ellas. Muros, verjas y pijadas por el estilo. Algunos árboles y zonas verdes.

—¿Y el Pequeño Joey vive allí?

—En una casa que ha diseñado él mismo.

Pasamos por delante de muchas casas y diseños antes de divisar la del titán. El viaje fue lento. El tráfico era terrible, más que nada porque íbamos en el mismo sentido que los que salían de la ciudad: un millón de personas que intentaban volver a casa. Había embotellamientos en cada semáforo, en cada esquina. No obstante, no parecía que a Bennett le preocupara el tiempo. Lo más probable era que se alegrara de llegar después de que el sol se hubiera puesto.

Dejamos atrás varios barrios históricos y nos internamos en los remotos confines de la ciudad, siempre en dirección norte, pero un poco torcidos al este. Hicimos una pequeña parte del camino por autopista, entramos por un acceso y salimos por el siguiente, y ya estábamos en Chigwell. No tardamos en ver calles que le habrían derretido el corazón hasta al tipo más frío, con el sol, dorado, poniéndose entre ellas; con casas formidables construidas con brillante ladrillo rojo, algunas con vallas de hierro, otras con muros y verjas, como Wallace Courts en miniatura, la mayoría con árboles y arbustos, todas con caros automóviles de lujo en la entrada, cuyos detalles cromados destellaban cada vez que el sol se escapaba entre las sombras.

—¿Vamos a aparcar en la puerta? —pregunté.

—No, no va a ser tan fácil —dijo Bennett.

Y tenía razón, al menos, geográficamente hablando. Dejamos el coche en un aparcamiento de gravilla, detrás de un *pub*, pero no entramos en él. Solo pasamos por delante. Puede que tuvieran un acuerdo con el dueño. No se decía nada, no se le pedía nada, no se le ofrecía nada pero, de todos modos, el entendimiento entre ambas partes era total. «No llame a la grúa y no haga preguntas». Luego giramos a derecha e izquierda por una serie de calles arboladas que sin duda los vecinos vigilaban con atención tras cortinas de encaje, porque los británicos son cautelosos. Ahora bien, era evidente que nosotros teníamos el «beneficio de la duda». No éramos más que tres personas anónimas que daban un paseo. El sol fue cayendo hasta que, por fin, el cielo se quedó a oscuras y pasamos junto a una larga valla de tablas de madera al final de la cual, antes de que empezara la siguiente, había un hueco de casi un metro de ancho, que era la entrada de lo que parecía un sendero público largo, recto y estrecho, con malas hierbas pisoteadas, gravilla negra diseminada, una alta valla de tablas de madera a cada lado, a unos noventa centímetros la una de la otra, en paralelo durante todo el recorrido. Bennett el primero, Casey Nice después y yo a continuación avanzamos en fila india durante unos ciento cincuenta pasos, hasta que llegamos a un claro de gravilla con una caseta que no hacía mucho que habían pintado y que tenía tres palabras en blanco encima de la puerta: «Club de bolos». Detrás había un inmenso cuadrado de césped muy bien recortado.

—Qué manera tan distinta de jugar a los bolos —comentó Casey Nice.

—Es un deporte muy popular —dijo Bennett.

—De ahí que la sede del club sea gigantesca —solté—. Claro, como tienen que acomodar a tantísimos socios... Eso lo explica todo. Para cuando juegan las revanchas.

—Hay infinidad de clubes —empezó a explicar Bennett—. Todos ellos mucho mayores que este.

Luego, se agachó a recoger una llave de debajo de una piedra. Parecía una copia hecha recientemente. La metió en la cerradura. Tuvo que moverla adelante y atrás, a un lado y a otro. Pero lo consiguió. La puerta se abría hacia dentro. Vi que el interior estaba en penumbra y capté cierto olor a humedad, madera, lana, algodón y cuero almacenados demasiado tiempo en malas condiciones. Sujetó la puerta con la mano y usó la otra para indicarnos que pasáramos.

—¿Qué hay aquí? —pregunté.

—Compruébelo —dijo él.

Lo que allí había era un montón de equipamiento para jugar a bolos, pero estaba todo apilado a un lado para que quedara una franja de espacio libre ante las ventanas, que daban a un claro de hierba inmaculada. Delante de cada una de las tres ventanas había un taburete de cocina, cada uno de ellos detrás de unos enormes binoculares de visión nocturna que descansaban sobre un recio trípode.

—El invierno pasado hubo vendavales. Nada serio, pero a un vecino le arrancaron un tablón de la valla y a otro le tumbaron una conífera de seis metros de altura, accidentes que, por casualidad, revelaron una línea de visión con la casa del Pequeño Joey. Y ya es buena suerte, porque no podemos acercarnos más. Por lo visto, los vecinos de al lado trabajan para él, le son leales o le tienen miedo.

—Así que ¿esta caseta es el cuartel general desde el que lo vigilan?

—A caballo regalado...

—¿Se quedan aquí sentados durante horas y de espaldas a la puerta?

—Eso háblelo con el carpintero, aunque debió de morir hace cincuenta años.

—¿Y con la llave debajo de una piedra?

—Es cuestión de presupuesto. Es el tipo de recorte que sugieren. ¿Por qué no compartir la llave en vez de hacer diez copias? Así tienen para comprar un ordenador nuevo.

—¿Y no lo graban?

—En esas cosas sí que les gusta gastar dinero. Los prismáticos tienen incorporado un sistema que envía los datos directamente, sin cables. Las veinticuatro horas del día. Alta definición, pero en blanco y negro.

—¿Saben los del club que están ustedes aquí?

—Digamos que no.

—Genial.

Supuse que pedirle al presidente metomentodo de un pequeño club que mantuviera la boca cerrada era como poner un anuncio en un periódico.

—¿Y si vienen a jugar unas partidas? —preguntó Casey Nice.

—Hemos cambiado la cerradura —dijo Bennett—. Esta la pusimos nosotros. Pensarán que pasa algo con la llave. Organizarán una reunión. Votarán si gastar fondos del club en pagar un cerrajero. Unos pronunciarán discursos a favor y otros en contra. Para ese momento, o dará lo mismo, o habremos puesto la cerradura antigua y nos habremos ido a casa con viento fresco.

—¿Qué tal se ve desde aquí? —le pregunté.

—Compruébelo.

Así que me acerqué despacio, me senté en el taburete del centro y lo comprobé.

Era evidente que los binoculares disponían de alguna especie de última tecnología fantástica, porque la imagen era espectacular. Nada de verde y granulada, que era a lo que yo estaba acostumbrado, sino clara y plateada, precisa hasta decir basta. Tenía ante mí una casa que se encontraba a algo más de trescientos cincuenta metros y en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Veía grandes tramos de la parte frontal y de uno de los laterales a través de la valla de hierro que se elevaba sobre el murete de ladrillo rojo de unos cuarenta centímetros de altura que la rodeaba, un murete con pilares, también de ladrillo, cada cierta distancia. Un elemento que le confería a la vivienda un aspecto lujoso pero cuyo gasto seguro que había sido más cabal, no tan descabellado como el del que rodeaba Wallace Court.

La casa era muy grande, de construcción consistente, de ladrillo, de corte georgiano o palladiano, o de uno de esos estilos simétricos que estuvieran en boga. Era de lo más convencional. Tenía un tejado, ventanas y puertas; todo ello en la cantidad y en los sitios adecuados. Era como si le hubieras dado un papel y unas ceras a un niño y le hubieras pedido que dibujara una casa. «Muy bien, ahora ponle más habitaciones». Tenía un camino de entrada y salida, con dos verjas eléctricas. El camino era como de ladrillos que parecían plateados, pero que bien podrían haber sido pintados. Había un pequeño coche deportivo de color negro frente a la puerta, aparcado en diagonal, como si hubiera llegado con prisas.

Me recosté.

—¿Es la casa del Pequeño Joey? —pregunté.

—En efecto —afirmó Bennett.

—Un campo visual magnífico.

—Tuvimos suerte.

—¿La diseñó él mismo?

—Es uno de sus muchos talentos.

—Parece una casa más.

—Obsérvela de nuevo —me dijo Bennett.

Me incliné hacia los binoculares. Volví a comprobarlo. Tejas, ladrillos, ventanas, puertas y canalones dispuestos en una estructura con aspecto de caja rectangular que ocupaba casi todo el solar.

—¿En qué debería fijarme? —le pregunté.

—Empiece por el Bentley —respondió.

—No lo veo.

—Está junto a la puerta.

—No, no es el Bentley. Es mucho más pequeño.

—No, la casa es mucho más grande.

—¿Que un coche?

—Que una casa normal. El Pequeño Joey mide dos metros diez centímetros. No

le gustan los techos de dos metros y medio. En las puertas normales tiene que agacharse. Su casa es una casa normal, con la excepción de que las dimensiones de todo son un cincuenta por ciento mayores. Todo en perfecta proporción. Como si la hubieran hinchado, pero de manera uniforme. Lo contrario que una casa de muñecas. Una réplica, pero más grande en vez de más pequeña. Las puertas miden dos metros setenta y cinco. Los techos son mucho más altos.

Volví a mirar y me concentré en el coche, me esforcé por verlo del tamaño del que era en realidad, con lo que la casa hizo justo lo que había dicho Bennett: se hinchó. En las proporciones perfectas. Una réplica, pero más grande.

No era una casa de muñecas. Era la casa de un titán.

Me recosté.

—¿Cómo se ve la gente normal cuando entra y sale? —le pregunté.

—Como muñecas —dijo Bennett.

Casey Nice pasó apretándose por detrás de mí, se sentó en el taburete y lo comprobó por sí misma.

—Cuénteme lo que han visto hasta ahora —le pedí.

—Antes de nada, recuerde dónde estamos. Estamos al lado de la M25 y de la autopista que va a Anglia Oriental, por las que se puede o bien ir al este o al oeste, o bien perderse en el East End en cuestión de diez minutos. Es un estupendo centro de operaciones. Es por eso por lo que todos pasan por aquí. No solo porque el Pequeño Joey sea un loco del control. Escogió este sitio. Por eso construyó la casa aquí, estoy seguro. Es de los que piensan que un buen jefe es aquel que controla hasta el más mínimo detalle.

—¿A quiénes han visto pasar?

—A muchas personas. Pero sabemos en qué anda cada una.

—Empiece.

—Sabíamos que iba a suceder algo porque, de pronto, el Pequeño Joey dobló su guardia personal. En ese momento desconocíamos la razón, pero ahora suponemos que fue entonces cuando Kott y Carson contactaron por primera vez con ellos, antes del trabajito de París. Y ahora están aquí, como prometieron, y necesitan sus propios guardias, comida, entretenimiento; todo lo cual pasa por ahí.

—¿Aunque estén escondidos en granjas remotas?

—Para Joey Green, al otro lado de la M25 ya es remoto. No hace falta irse a las Highlands escocesas. El paraje más lejano del que ha oído hablar está, como mucho, a media hora de aquí.

—Pero no han sacado ustedes nada en claro.

Bennett negó con la cabeza.

—Esperábamos descubrir un patrón coherente, algo extraordinario además de su actividad habitual, pero somos incapaces de desentrañarlo. De vez en cuando llegan vehículos desconocidos y los seguimos hasta donde podemos. Hemos llegado incluso a hacer simulaciones por ordenador basadas en las direcciones que toman. Nunca van

a ningún sitio relevante.

A mi lado, Casey Nice dijo:

—Quizá Kott y Carson volvieran a Francia, para esperar. Allí son mucho menos vulnerables, ¿no les parece? Porque los estamos buscando aquí. Quizá se trate de una actuación puntual. Quizás estén planeando volver en el último momento. Eso explicaría lo que están viendo ustedes. O no viendo. No es necesario dar de comer a alguien que no está aquí.

—¿Por qué iban a arriesgarse a que cerremos la ciudad? —le preguntó Bennett—. No sería profesional.

—Cosa que Carson es, ¿no? —intervine.

—¿Y Kott?

—Kott tendría en cuenta la posibilidad de que se cierre la ciudad igual que tiene en cuenta todo lo demás. Distancia, viento, elevación. Todos los datos. No se arriesgaría, porque es imposible predecir un cierre. Porque obedece a lo emotivo, no a lo racional. Yo diría que Kott lleva días en Londres.

—Nosotros también. Pero no se observa ningún patrón. Tan solo las idas y venidas habituales.

—¿Está el Pequeño Joey en casa en estos instantes? —le pregunté.

—Por supuesto. El coche está fuera.

Volví a inclinarme hacia delante y observé. La puerta, tan grande que empequeñecía el coche. Las ventanas, como mesas de billar.

—Puede que Kott y Carson estén en un escondite al que no sea necesario que los chicos del Pequeño Joey les lleven comida. Quizá la pidan a domicilio. Pizza, pollo o hamburguesas con queso. O kebabs. Da la sensación de que en esta zona de la ciudad hay dónde elegir. O quizás estén ambos a dieta. Y puede que no les interesen las putas.

—Kott ha estado quince años en prisión. Tiene que ponerse al día.

—Quizá la meditación le haya servido para enderezarse y purificarse.

—En cualquier caso, necesitarían guardias. En parte por el mero hecho de que tienen que descansar y dormir, pero también porque al Pequeño Joey le encanta aparentar. De cuatro en cuatro como mínimo, lo que significa doce tipos al día. Aquí es donde harían las rotaciones. No hay otra manera. Para dar el parte y para que se lo dieran a ellos. El Pequeño Joey es un fanático de los informes. Cuanto más sabe, más tranquilo está. La información es poder. Querrá conocer sus secretos. Podrían serle útiles en el futuro. Lo de Karel Libor se va a poner de moda. Todos van a querer tener su propio francotirador, como una mascota.

—¿Qué come? —le pregunté.

—Recibe las entregas habituales.

—¿Come mucho?

—El doble que yo. Es el doble de grande. Una furgoneta entra hasta la parte de atrás, donde está la cocina. En ocasiones, dos veces al día. ¡Los gánsteres no van al

supermercado!

—¿Prueba sus putas?

—Sabemos que alguna vez ha catado la carne fresca. Pero no a menudo. Le gusta montárselo a lo bruto. Y no es bueno para el negocio que las nuevas estén marcadas las primeras semanas que pasan en el mercado. Así que, en general, se va al lado contrario del espectro. Remata a las que están bien usadas.

—¿Algún incremento reciente en la frecuencia?

—Siempre hay valles y colinas.

A mi lado, Casey Nice dijo:

—¿Por qué no lo han arrestado?

—La última vez que alguien se atrevió a testificar contra los Chicos de Romford, usted no había nacido —le contestó.

Seguí mirando por los binoculares. No sucedía nada. La escena era estática.

—¿Qué teorías barajan? —le pregunté.

—Algunos de los nuestros piensan que esta colaboración con los serbios podría haber empezado hace un mes. Que quizás el acercamiento inicial de Kott y Carson fuera conjunto. En cuyo caso tendría sentido dejar que los serbios los cobijaran. Así es más seguro. Estamos todos volcados en la parte oriental de Londres, por razones obvias, mientras que ellos están ocultos en la occidental. La clásica distracción.

—Pero el Pequeño Joey no recibiría el parte.

—Es el punto débil de la teoría. Pensamos que sería capaz de vivir sin conocer los secretos de Kott y Carson, porque no puedes echar de menos lo que no has tenido, pero que sería incapaz de vivir siendo consciente de que los serbios sí que se los están sonsacando. ¿Qué emoción prevalece? Es lo que está debatiendo ahora mismo el subcomité de Comportamiento Psicológico.

—¿El qué?

—El subcomité de Comportamiento Psicológico.

—¿Algo más?

—La lógica nos dice que hay un piso franco en algún lado y que el problema se resolverá en cuanto lo encontremos. Londres está lleno de cámaras y programas informáticos de reconocimiento, y recibimos un enorme tráfico de datos en tiempo real. Tenemos a los programadores trabajando duro, y a los analistas más todavía.

—Todos ellos son muy inteligentes, ¿no?

—Muchísimo.

—Razón por la que son ustedes mejores que la NSA, ¿no?

—Y más baratos.

Me recosté.

—Me pregunto por qué nos ha traído aquí —le dije—. Todo esto podría habérselo contado en cualquier parte. Le habría bastado con algo como: «El Pequeño Joey tiene una casa en la que no sucede nada de nada».

—Estamos compartiendo la información.

—No, la están embarullando. O corriendo una cortina de humo.

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Para que les diga que voy a tener que creer en lo que me dicen.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—Es una sencilla cadena lógica, pero he de confiar en cada uno de los eslabones.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —insistió.

—Por todo lo que nos ha contado antes. Tienen ustedes un protocolo sin civiles propiamente dichos involucrados, pero con varios procedimientos. Están pirateando nuestro teléfono, y eso que en teoría somos particulares. Están pirateando las comunicaciones de la CIA en general. Podrían escuchar lo que se dice por la línea directa del Despacho Oval si quisieran, pero no lo hacen, simple y llanamente, por educación. Si todo eso es cierto, debería tratarse como información clasificada. Y el que hable de ello, derecho a la Torre de Londres. Y, ¡hala!, decapitado. O cualquiera que sea su equivalente moderno. Cadena perpetua por traición.

—No voy a ir a la cárcel.

—¿Por qué?

—No les he contado nada que haya sacado del archivo.

—¿Qué archivo?

—El que sea.

—Entonces, ¿qué nos ha contado?

—Ya saben cómo va esto. Hay historias y rumores a barullo. La inmensa mayoría son tonterías. Pero siempre hay tres o cuatro que podrían ser ciertos. La cuestión es que se contradicen entre sí. Así que pones a trabajar esa habilidad y ese buen juicio como agente sobre el terreno que tanto te ha costado alcanzar y decides en cuál de ellos vas a creer.

—¿Por qué hay que creer en alguno?

—Porque es muy probable que uno de ellos sea cierto.

—Piratear nuestro teléfono no es ni una historia ni un rumor. Es un hecho.

—Un hecho insignificante. Y los hechos insignificantes que conocemos pueden ser el indicador de hechos significativos que desconocemos. Todo ello es parte del proceso de razonamiento. Si atacamos a los asesores estadounidenses de menor rango, ¿por qué no íbamos a atacar a los de mayor? Es la misma electricidad corriendo por los mismos cables. Y si atacamos a asesores de mayor rango, ¿por qué no íbamos a escuchar las conversaciones del Despacho Oval?

—Vamos, que lo que nos ha contado no son sino las teorías en las que usted cree.

—No puedo demostrarlas.

—¿Pero?

—Sé que son ciertas.

—¿Cómo lo sabe?

—La naturaleza humana —dijo—. Ya sabe a qué me refiero. Sean cuales sean sus intenciones, si tiene usted la posibilidad de hacer algo, lo hará, antes o después. La

tentación siempre está ahí. Y no puede uno resistirse toda la vida. No me diga que no piensa lo mismo.

—¿Qué hay de lo demás que nos ha contado?

—¿Como qué?

—Que piensa que Kott y Carson están en Londres.

—Estoy cien por cien seguro.

—¿Basándose en su habilidad y buen juicio de agente experimentado?

—Toda la información de que dispongo indica que están aquí.

—Y los Chicos de Romford los están custodiando, alimentando y entreteniendo.

—Así es como se hacen las cosas. La cortesía es muy importante.

—¿Cien por cien seguro?

—Cien por cien —repitió.

—Y los guardias, la comida y el entretenimiento son todo responsabilidad del propio Joey.

—No me cabe duda. Cien por cien seguro.

—Pero no hay nadie que vaya de esa casa adondequiera que están los otros.

—Y eso no es algo que yo crea. Es un hecho.

—La señorita Nice y yo hemos tenido una conversación. El gobierno británico no está llegando a ningún lado. ¿Qué posibilidades tienen una analista novata y un policía militar retirado de marcar la diferencia?

No respondió.

—Supongo que es eso lo que quieren que parezca. Quieren que sea uno de nosotros el que dé un paso al frente y lo diga. Así podrán hacerse los sorprendidos. Para tranquilizar un poco su conciencia.

No dijo nada.

—Es una sencilla cadena lógica —repetí—. Kott y Carson están en Londres. Los Chicos de Romford los están ocultando. Ahora bien, no hay novedades en el ir y venir que se produce ante la casa del Pequeño Joey.

—Todo eso es cierto —dijo Bennett.

—En ese caso, Kott y Carson están en casa del Pequeño Joey.

Se quedó callado.

—Ha doblado su guardia por alguna razón. Claro, estaba esperando invitados. Es decir, ¿dónde iban a estar más seguros? La policía no puede acercarse a la casa y los civiles no se atreven a hacerlo. Y si el Pequeño Joey quiere tener cerca a esa gente, quizá de cara al futuro, en casa como en ningún sitio. Dejará que se escondan allí hasta que quieran. Se marcharán cuando sea el momento adecuado. Si fuera necesario, desde aquí podrían incluso ir andando a Wallace Court. Llegarían en uno de esos vehículos que ustedes nunca antes han visto. Quizás entraran por la parte de atrás. De nada servía seguir al vehículo cuando se marchaba porque no iba a ningún sitio en particular. Su cometido era meter algo en la casa, no sacarlo. Aparte de eso, están viendo ustedes justo lo que esperan ver. Dos turnos de guardia rotando en la

casa y un montón de comida. Suficiente para tres personas.

No dijo nada.

—Es el momento de decir: «¡Vaya, podría tener usted razón! No teníamos ni idea y sentimos mucho haberlos traído a poco más de trescientos cincuenta metros de la ventana por la que están mirando dos de los mejores francotiradores del mundo».

—Lo siento —dijo.

—Pero traernos aquí podría tener un lado positivo, ¿eh? Todo lo tiene. Si vieran ustedes cómo se dispara un arma desde esa casa, podrían ordenar que entraran todos los SWAT y vehículos blindados del mundo. Y, ¡hala!, caso resuelto. Si vieran cómo disparan un arma. Cosa que no es probable que hagan. Pero que lo sería un poco más si tuvieran algo a lo que disparar.

—No ha sido idea mía —confesó.

—¿De quién, entonces?

—Como ya les he dicho, no gobernaban el mundo porque fueran amables.

—¿Gobernaban?

—Gobernábamos. Pero yo no. No en persona.

—No se disculpe. Es justo aquí donde quería estar —le dije.

Permanecí justo donde quería estar durante una media hora más, con Casey Nice a mi lado, mirando por sus propios binoculares, ambos mirando la estática escena e intentando extraer de ella todas las conclusiones posibles. Bennett estaba detrás de nosotros, tomando nota de las actividades que habíamos presenciado y respondiendo a las pocas preguntas que teníamos.

—¿Qué tipo de causa serviría para que pusieran ustedes un pie ahí dentro? —le pregunté.

—¿Además de un fogonazo? —contestó.

—Esperemos que la cosa no llegue tan lejos.

—Una identificación visual positiva de cualquiera de los dos bastaría.

—Pero no la han conseguido todavía.

—Todavía no.

Había luz en algunas de las ventanas, tanto en el piso de arriba como en el de abajo, detrás de lo que parecían unas cortinas enrollables. Pero no se proyectaba en ellas ninguna sombra: ni figuras, ni movimiento. Ni se veía el resplandor azulado de una televisión. Lo más probable era que la parte de la casa donde más vida se hacía fuera la de atrás o la que daba al otro lado, y no teníamos a la vista ninguna de las dos. Una cocina y una sala de estar, seguramente, con dormitorios de invitados arriba. O una *suite* independiente. Como una segunda vivienda, solo que con unas dimensiones un cincuenta por ciento mayores. Diseñada, bien para situaciones como la que nos ocupaba, bien para unos padres gigantescos e incapacitados dentro de veinte años.

—¿Tiene usted alguna opinión formada acerca de cuándo tomarán posiciones en Wallace Court? —le pregunté.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no cree? —me contestó.

—¿Y cuál es la respuesta del millón?

—Cerraremos las carreteras uno o dos días antes de la reunión. Estoy seguro de que eso lo saben. Y estoy seguro de que saben que, a veces, uno o dos días significan, en realidad, tres o cuatro. Así que calculo que saldrán de ahí cinco días antes.

—Es una larga espera.

—A los francotiradores les pone cachondos toda esa mierda de permanecer tumbados. Es parte de la mística.

—¿Pueden detenerlos de camino?

—Podríamos, si supiéramos qué día y a qué hora van a salir. Podríamos llevar a cabo un control rutinario de tráfico. Una luz de freno rota o algo así. Pero no lo sabemos. Así que tendríamos que parar a todos los vehículos que salieran de la casa durante cosa de una semana, para asegurarnos. Después de la tercera o la cuarta vez, el viejo Charlie White empezaría a pedir que le devolvieran algunos favores. Tiene comprados a algunos políticos de la ciudad y, por lo que creemos, también a parte de

la policía local. Podría merecer la pena aunque solo fuera por lo que íbamos a divertirnos. Tendríamos a media docena de ciudadanos íntegros y responsables dispuestos a jurar que sí, que vale, que quizás el viejo Charlie sea un chuloputas, un ladronzuelo y le guste traficar con armas pero que, desde luego, no es ningún terrorista.

—¿A quiénes se refiere cuando dice «podríamos» y «tendríamos»? —le pregunté.

—De momento, todo va fluido.

—¿Por qué?

—El objetivo es dejar esto visto para sentencia cuanto antes.

—Eso es lo que diría un político.

—Que hace y deshace como quiere. Levanta algunas barreras con un sencillo trazo de estilográfica. Suaviza ciertas regulaciones. De hecho, está deseando hacerlo. Es capaz de revocar lo que sea, aunque para ello tenga que llegar a la Carta Magna. Un ataque de esta naturaleza en territorio británico sería peor que una catástrofe. Sería embarazoso.

—¿Y por qué no cancelan la reunión?

—Eso sería más embarazoso todavía.

—¿Cuántas buenas posiciones de tiro han contado alrededor de Wallace Court? —le pregunté.

—Lo que pasó con usted en París nos ha hecho cambiar un poco la forma de pensar. Fue un disparo a más de mil cuatrocientos cincuenta metros de distancia que habría dado en el blanco de no ser por la ráfaga de viento. Así que si nos circunscribimos al patio trasero y a la zona verde de atrás y trazamos un radio de mil cuatrocientos cincuenta metros alrededor de estos, diríamos que hay unas seiscientas.

A mi lado, Casey Nice dijo:

—Lo que significa que tienen que registrar ciento veinte al día para asegurarse de que los encuentran allí. ¿Pueden hacerlo?

—¡Ni por asomo! —dijo Bennett—. Además, también nos preocupa la M25. No hay sitio mejor para disparar en el momento más apropiado, ¿no les parece? Imaginen, un tráiler de esos altos que aparca junto a la cuneta, con una especie de plataforma de disparo elevada construida en el interior y un agujero que pase inadvertido en un costado. Y unas miras enormes para los fusiles. Podrían cubrir todo el patio y todo el jardín.

—¿Y por qué no cierran la autopista? —le propuse.

—¿La M25? Inadmisibile. Se colapsaría todo el suroeste de Londres. Estamos hablando de cortar el arcén que da a Wallace Court y el primer carril con la excusa de que se está reparando el pavimento, pero hasta eso es mucho pedir. La dinámica del tráfico es muy extraña en esa carretera. Como la teoría del caos. Una mariposa bate las alas en Dartford y doscientas personas pierden el avión en Heathrow, a sesenta y cinco kilómetros.

Me recosté.

—En definitiva, que tenemos que pillarlos antes de que salgan de casa del Pequeño Joey —dije.

—Yo diría que ese sería un resultado muy conveniente.

—Y de acuerdo con todo eso de lo que está seguro al cien por cien van a estar en ella, por lo menos, varios días más.

—En realidad, eso solo es una suposición. Pero muy convincente.

Oí que, a mi lado, Casey Nice respiraba hondo.

—Esta noche no —dije.

—¿Demasiado pronto? —preguntó.

—Las cosas hay que hacerlas bien y a la primera.

—Entonces, ¿cuándo?

—Le enviaremos un mensaje. Tenemos su número.

Bennett cerró la puerta del club de bolos con la llave, la dejó debajo de la piedra y volvimos por donde habíamos venido: desde el claro de gravilla al sendero largo, recto y estrecho, y por las silenciosas calles después, hasta el *pub*, que rodeamos para llegar a donde nos esperaba el Vauxhall, obediente, donde lo habíamos aparcado, incólume y sin que lo hubieran encajonado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bennett.

—A una farmacia que no cierre por la noche —le contesté.

—¿Por qué?

—Queremos comprar un par de cepillos de dientes.

—¿Y después?

—Al hotel.

—Pensaba que los estadounidenses tenían una ética del trabajo.

—Empezaremos a primera hora —le dije—. Esté listo, esperándonos. Nos llevará usted.

—¿Adónde?

—A Wallace Court.

—¿Para qué?

—Quiero ver el patio de atrás.

—Wallace Court da lo mismo si los pillamos antes de que dejen la casa —dijo Bennett.

—Espera lo mejor, prepárate para lo peor. Podría resultar que el partido tuviera que resolverse en los cinco últimos minutos, justo antes de que aprieten el gatillo. Hay que conocer el terreno. Tenemos que hacer una selección entre esas seiscientas ubicaciones. Me gustaría saber cuáles son las diez mejores. O las cincuenta mejores.

—Esas calles están llenas de Chicos de Romford.

—Mejor que mejor. Quiero que me vean, incluso aquí, husmeando. Así, antes le llegará el mensaje a John Kott.

—¿No sería mejor lo contrario? Podrían cogerlos por sorpresa.

Asentí.

—El factor sorpresa está bien. Pero a veces es preferible ponerlos nerviosos.

—No son el tipo de gente que se pone nerviosa.

—A mil cuatrocientos cincuenta metros de distancia no se necesita mucho para fallar. Un par de latidos por minuto, quizá. Kott me odia porque lo envié a la cárcel. Se odia porque me permitió penetrar en sus defensas. Cada uno de esos pensamientos suma un par de latidos por minuto. Si ambos se le pasan por la cabeza, dos y dos son cinco. Quiero que tenga presente que voy a por él, porque esa es la única manera que tengo de sobrevivir el tiempo suficiente para llegar a la casa.

Bennett nos dejó en la puerta del Hilton y entramos en el hotel. Él se fue y nosotros quedamos en encontrarnos al cabo de veinte minutos en el famoso restaurante del último piso. Una cena tardía, los dos solos. Sabía que ella quería ducharse, y yo también lo hice. Llegamos casi al mismo tiempo hasta el *maître*, que aguardaba detrás de un atril. Casey Nice tenía buen aspecto, parte de lo cual se lo atribuí a su carácter resuelto y parte, a que tenía veintiocho años y, por lo tanto, estaba aún llena de energía y resistencia, e incluso de cierta cantidad de optimismo.

Nos dieron una mesa cuadrada junto a una ventana desde la que teníamos una vista espectacular de una ciudad donde todo centelleaba excepto el negro rectángulo del parque. Además, el cristal era reflectante, lo que nos permitía ver la zona del comedor que teníamos a la espalda. Ambas eran interesantes y resultaban seguras al mismo tiempo. Un dos por uno. Pedimos las bebidas: una botella de agua para ella, café solo para mí. Había velas, cristal y las notas de un piano nos llegaban desde algún lado.

—Qué sitio tan glamuroso —comentó Casey Nice—. Es como en las películas.

—Supongo que sí —dije.

—Y esta es la escena en la que intenta deshacerse de mí, ¿no?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque ahora se complica el asunto.

—Entonces sería más inteligente mantener el número, no reducirlo.

—Pero usted se preocupará por mí. Me mirará y verá a Dominique Kohl. Y eso sumará un par de latidos por minuto.

—Suponga que le digo que no voy a preocuparme por usted.

—Entonces le diría que debería hacerlo. La única manera de cumplir esta misión es encargarse primero del Pequeño Joey. Alguien de quien será difícil encargarse. Al que le gusta montárselo a lo bruto con las putas novatas. Si lo capturan a usted, le meterán un tiro en la cabeza. Si me capturan a mí, imploraré que me lo metan.

—Suponga que no nos capturan a ninguno de los dos. Es lo más probable. No debería ser tan difícil encargarse de él. Es un objetivo grande. Tiene varios centros de

masa.

—Con un chófer y cuatro guardias en un Jaguar que lo acompañan allí a donde va.

—Hasta que los mandemos al paro. Entonces se esfumarán. No van a pelear gratis.

—¿De verdad quiere que le acompañe?

No respondí. Dominique Kohl me había preguntado: «¿Tiene inconveniente en que sea yo quien haga el arresto?». Que era una pregunta que deseaba haber respondido de forma muy diferente.

Vino un camarero y nos tomó nota. Pedí un entrecot y Casey Nice, pato, y cuando el camarero se marchó, volvió a preguntármelo:

—¿De verdad quiere que le acompañe?

—No soy yo quien toma esa decisión —le dije—. La jefa es usted. Es lo que me dijo Joan Scarangelo.

—Creo que la estrategia es sensata.

—Yo también.

—Pero su ejecución va a ser compleja.

—Aceptaré toda la ayuda que me ofrezcan.

—Suponga que no hubiera cogido aquella revista —me dijo—. ¿Dónde estaría ahora?

—En Seattle, lo más probable. O en la siguiente parada.

—Y todo esto estaría sucediendo sin usted. ¿Se lo ha planteado?

—Lo cierto es que no. Porque cogí la revista.

—¿Por qué llamó? ¿Por curiosidad?

—Lo cierto es que no —le repetí—. Sabía que O'Day estaría metido en el asunto. Y prefiero no sentir curiosidad por su manera de hacer.

—Entonces, ¿por qué llamó?

—Le debía un favor a Shoemaker.

—¿De cuándo?

—De hace unos veinte años.

—¿Qué tipo de favor?

—Mantuvo la boca cerrada en un asunto.

—¿Me lo cuenta?

—Preferiría no hacerlo —le dije.

—¿Pero?

—Podría argumentarse que la naturaleza del incidente tiene relevancia en la misión. En cuyo caso tiene usted derecho a conocer la información.

—¿Qué es...?

—En resumen: disparé a alguien que intentaba escapar.

—¿Y eso es malo?

—Lo de que intentaba escapar se inventó para el informe. Fue una ejecución

rutinaria. La seguridad nacional es un tema peliagudo. Lo único que importa es la imagen pública. Por lo tanto, a veces, los castigos son públicos y a veces no. A algunos traidores los arrestan y los llevan a juicio y a otros no. Algunos acaban sufriendo trágicos accidentes, quizá sean víctimas del disparo mortal de unos atacadores en una esquina de un barrio peligroso de la ciudad.

—¿Y el general Shoemaker lo sabía?

—Fue testigo accidental.

—¿Y puso alguna objeción?

—En principio no. Lo entendió. Estaba en inteligencia militar. Pregunte por ahí. La CIA era igual. Vivíamos un periodo pragmático.

—Entonces, ¿por qué le debe un favor?

—También disparé al amigo del que intentaba escapar.

—¿Por qué?

—Me dio mala espina. Y resultó que hice bien, porque llevaba una pistola en el bolsillo y su casa resultó ser un cofre del tesoro. Dio la casualidad de que era el contacto del fulano del que tenía que encargarme. Algo que tenía que ver con el espionaje. Consiguieron dos por el precio de uno. Incluso más, al final. Hicieron arrestos tanto en las bajas como en las altas esferas. Pero el comité de investigación quería tener bien claro que había visto el arma antes de dispararle. Zarandajas legales. Pero no, no la había visto. Y Shoemaker no me delató.

—Y ahora va a luchar usted esta batalla por él. Le está devolviendo un favor muchísimo mayor. Me parece desproporcionado.

—Así es como funciona lo de los favores. Igual que en las pelis de la mafia. Uno de los personajes dice: «Algún día tendrás que hacerme un recado». No te da la posibilidad de elegir. Además, puede que al principio fuera la batalla de Shoemaker, pero ahora también es la mía. Porque O'Day tenía razón. Este es un mundo muy grande, pero no puedo pasarme la vida mirando hacia atrás. Así que Kott ha conseguido que le dé la revancha.

—¿Quiere que le acompañe?

—Solo si usted quiere hacerlo. En el plano ético, para empezar. Lo del favor es una excusa. Como si fuera un guion que debo seguir. O'Day quiere un verdugo. No quiere ni arrestos ni juicios.

—En el plano que sea, ¿quiere que lo acompañe?

—¿Dónde quiere estar usted? —le pregunté.

—Quiero formar parte del asunto.

—Ya forma parte del asunto.

—Entramos en una fase que no se adapta del todo a mis habilidades.

—¿Qué tienen de malo sus habilidades?

—Soy una tiradora mediocre sin aptitudes para el combate cuerpo a cuerpo.

—No importa. Nos complementaremos. Porque la parte física es la menos importante. La partida se la llevan los que piensen más rápido. Que es lo que se le da

bien. En cualquier caso, dos cabezas son mejor que una.

No dijo nada.

—Empezamos de nuevo a las siete de la mañana —le dije—. Tómese el resto de la noche libre.

Entramos juntos en el ascensor. Pero salí solo, en mi planta, que estaba un par por encima de la suya. Una doncella había hecho la habitación. Abrí las cortinas y miré los tejados. Supuse que la mayor parte de lo que veía se encontraba a unos noventa metros. La cómoda distancia media en una ciudad abarrotada. Un ángulo cómodo y un punto de mira lógico. Levanté la mirada un poco e intenté enfocar algo más allá, el doble, ciento ochenta metros, y un poco más, trescientos sesenta, y un poco más, setecientos veinte, y una última vez, mil cuatrocientos cuarenta. Estaba mirando muy muy a lo lejos.

Si Romford fuera Mayfair, tendríamos que buscar diez mil buenas posiciones de tiro.

Kohl me había preguntado: «¿Tiene inconveniente en que sea yo quien haga el arresto?».

«Quiero que lo haga», le había respondido.

Como recompensa, a decir verdad. O como reconocimiento. O a modo de elogio. Como una condecoración por entrar en combate. Un privilegio que se había ganado. Era ella la que había hecho todo el trabajo. Y tenido todas las ideas y obtenido todos los logros. De ahí la recompensa. Que, en el lenguaje de los militares, era «sustancial», pues teníamos un gran enemigo. No en el plano físico. Al menos, no que yo recuerde. Le clavé un escoplo en el cerebro varios años después y no me pareció un hombre grande. Sí que lo era en lo que a poder se refiere. Y prestigio. E influencia. Un disparo a larguísima distancia. En especial, para una mujer. Que fue, en parte, por lo que le di permiso. Había sucedido hacía muchos años. El reconocimiento era importante. Y se lo merecía. Hizo el trabajo, tuvo las ideas, obtuvo los logros. Era meticulosa y muy inteligente.

Nada de lo cual había servido para que se salvase.

Me desnudé y me metí en la cama. Dejé descorridas las cortinas. Pensé que quizás el resplandor de la ciudad me reconfortaría y que el amanecer me ayudaría a despertar.

A las siete menos un minuto de la mañana siguiente salíamos para Wallace Court en el coche de Bennett, que no era el anónimo Vauxhall azul marino del día anterior, sino un anónimo Vauxhall plateado. Idénticos por lo demás. Como coches de alquiler. Seguimos casi la misma ruta, solo que más rápido, porque el tráfico de las mañanas avanzaba en sentido contrario. Llegaba a la ciudad, no salía. Hora punta, pero no para

nosotros. Parecía que Bennett estuviera cansado. Casey Nice tenía buen aspecto. No hablamos. No había nada que decir. Era evidente que el galés pensaba que estaba haciéndole perder el tiempo. Lo que era posible. Incluso probable. Pero el azar desempeña cierto papel en todo. Aunque solo sea para no tener que llegar a decir: «Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora...». Frase que se usa a menudo. Mi madre la decía a todas horas. En su caso, y aunque lo creía a pies juntillas, le servía también de ejercicio de pronunciación, como esas personas que están aprendiendo un idioma extranjero, cosa que, en efecto, estaba haciendo, con toda su atención puesta en los sonidos vocálicos de final de palabra y ninguna en los consonánticos: «Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora...».

«Lo que sé ahora». Eso sonaba en ese momento como redobles solemnes y un poco siniestros, como los golpes de timbal al principio de una sinfonía melancólica. Shostakovich, quizá.

«Lo que sé ahora».

Pero lo supe cuando llevábamos veinte minutos de visita.

Según nos acercábamos empecé a reconocer parte de lo que habíamos visto desde el segundo minitaxi, el que habíamos reservado adecuadamente por teléfono. Ya había visto antes algunas de las calles, típicas de las afueras pero que parecían sentirse incómodas por llevar un tráfico más denso y veloz del que debieran y ser más estrechas de lo que les gustaría. Recordaba incluso alguna de las tiendas. Alfombras, telefonía móvil, pollo, hamburguesas con queso, kebabs. Y, de repente, una zona verde con una maravillosa casa antigua y aquella locura de muro, que seguía desafiando a Londres después de tantísimos años.

El mismo policía achaparrado y con cara de pocos amigos, el del chaleco de Kevlar y el subfusil, volvía a estar de servicio. Bennett le hizo un gesto con la cabeza y el agente dio un paso hacia la verja, pero cuando se fijó en mí, se acercó y me dijo:

—Usted es el señor de la guía turística. El de los seis peniques por ver los jardines. Bienvenido, señor.

Después volvió a la verja y la abrió. Ni comprobación por radio, ni papeles de por medio. Ni placas tampoco. Con un guiño había bastado. El policía iba, como quien dice, vestido para entrar en combate, pero con un uniforme azul con las palabras «Policía Metropolitana» aquí y allí, tanto bordadas como impresas en el Kevlar, en insignias apagadas, escritas con hilo negro o tinta negra, junto con versiones en blanco y negro de esos cascos altos, como si fueran una marca comercial, con lo que me quedaba tan claro que el hombre era policía como que Bennett no lo era; pero un simple guiño de este último había sido suficiente para que el otro se pusiera a mover el rabo.

«De momento, todo va fluido».

Condujimos por la avenida de entrada y aparcamos en la gravilla, junto a la puerta, donde había otro policía armado de servicio. La casa tenía salientes aquí y allí, donde se habían erigido las extensiones posteriores, pero, en esencia, era rectangular: mucho más ancha que profunda. No es que fuera estrecha. Ni mucho menos. Seguro que era muy espaciosa. Pero las proporciones estaban dominadas por la fachada, larga y un tanto mal trabada. De eso no había duda. Era como si hubieras puesto seguidas, en fila, cuatro cajas de zapatos. Puede que en la época de la reina Isabel fuera difícil encontrar troncos de roble tan largos como para hacer vigas que fueran desde el frontal hasta la parte trasera. El padre de Darby había construido la Marina Real. Muchos barcos de roble. Habían talado bosques enteros.

Bajamos del coche y Bennett le hizo un gesto con la cabeza al segundo policía, que se lo devolvió, y nos urgió a que entráramos, impaciente, como si le diese vergüenza que lo vieran con nosotros en público. O quizá le preocupasen las miras de los fusiles. Quizá no quisiera estar a mi lado a campo descubierto. El galés había sobrevivido en París y no tenía intención alguna de caer en Londres.

La puerta, para cuya construcción se había utilizado gran parte de un árbol, tenía

casi quinientos años de antigüedad, refuerzos de hierro con forma de bandas y remaches con la cabeza tan grande como pelotas de golf. En el interior, el techo lo cubría un artesonado oscuro, casi negro por efecto del paso del tiempo, encerado y brillante; el suelo, gastado, era de baldosa; y había una enorme chimenea de piedra caliza. Había también escaños de roble y sillas tapizadas, y bombillas eléctricas en candelabros de hierro. Y retratos al óleo de hombres de gesto solemne con ropajes de estilo Tudor. Bennett tomó un pasillo que se abría a la derecha y le seguimos hasta una habitación modernizada, pintada de blanco y con techo falso. Al lado había otra, similar pero más pequeña, con una puerta muy grande en la pared del fondo.

—Aquella es la entrada lateral —dijo Bennett—. Allí es donde estará la carpa de su presidente. Suponemos que todos la utilizarán. Pasarán a esta habitación, desde donde tendrán acceso seguro a cualquier sitio de la casa. Todas las habitaciones tienen ventanales por los que entra mucha luz, pero son muy grandes, y aquellas en las que está previsto que se sienten los mandatarios tienen los asientos dispuestos en la zona central, por lo que en ningún momento quedará nadie tan cerca de los ventanales como para que lo vean desde el exterior. Los paseos espontáneos por el jardín y la fotografía son los únicos puntos débiles.

Desandamos parte del camino, pero esta vez giramos a la derecha bastante antes de llegar al vestíbulo, por otro pasillo, este con un suelo de madera de láminas anchas que crujía a nuestro paso y que daba a una habitación estrecha dispuesta de izquierda a derecha frente a nosotros y en cuya pared del fondo solo había unos ventanales franceses, cristal de arriba abajo, no todos ellos del mismo periodo, con el patio al otro lado.

—Esta habitación se usa de sala de espera —prosiguió Bennett—. Entran, se ponen en fila y los cuentan para asegurarse de que nadie se ha quedado encerrado en el baño. Después, salen.

Me quedé allí un instante, donde estarían ellos, como si fuera uno más, y miré a través de los cristales. Estábamos en la parte derecha del edificio, según la simetría del mismo, y el patio estaba construido con una suave curvatura, lo que significaba que saldríamos, más o menos, a uno de los lados de la zona más profunda. Lo que estaba muy bien. Haría que el grupo de colegiales pareciera natural en términos geométricos en vez de desesperado en términos políticos. Y también significaba que la escalera de peldaños poco altos que daba al césped estaba un poco más cerca, por lo que los presidentes de menor estatura tendrían menos distancia para dar simpáticos empujoncitos a los demás. Lo más probable era que los fotógrafos estuvieran acorralados en la esquina derecha, lo que significaba que la casa quedaría en diagonal por detrás, que era mejor que tener una pared de ladrillo de fondo, como si se tratara de una foto para una ficha policial.

Puse la mano en el pomo y me pregunté si los habría juzgado a la ligera al imaginar sus carcajadas forzadas y su cara de sorpresa fingida por tener que cambiar de marcha con tantísima rapidez. Quizá no fuera fingida. En la carpa, en la puerta

lateral, por el acceso seguro, sin poder acercarse a los ventanales, aquella gente era esclava de una seguridad militar que les indicaba cuándo hacer esto y cuándo aquello, y también cómo hacerlo, cada segundo de su vida, hasta el punto de que, quizá, salir a un jardín les pudiera resultar, sinceramente, fascinante. Pisarlo, pasear por él, con la cabeza alta, mirando a otros tipos que tienen tanto miedo como tú, quedándose quietos después, mirando al frente, sacando pecho, sonriendo, sin moverse, con el cielo en lo alto y vete tú a saber qué en la distancia.

«No será lo mismo ahora que hay un francotirador buscándole».

Abrí la puerta, salí al jardín y me quedé quieto.

El aire de primera hora de la mañana era frío y un poco húmedo. El suelo del patio estaba recubierto de piedra de color grisáceo, ajada por el paso del tiempo y pulida por la lluvia. Fui hasta el centro del pavimento, me erguí y miré hacia el frente; di media vuelta a la izquierda y me quedé mirando en aquella dirección; giré a la derecha, caminé hacia delante, hasta donde la escalera y la hierba se encontraban, y me quedé como un buzo en la borda, y con las manos a la espalda, sacando pecho y con la cabeza alta, como si estuviera posando para una fotografía o ante un pelotón de fusilamiento.

Delante de mí había una ancha extensión de hierba y, a continuación, la parte de atrás del muro y, luego, una zona pública llena de maleza, una valla de seguridad después y, más allá todavía, la M25, que a esa altura debía de tener ocho carriles por los que iban vehículos a toda velocidad a derecha e izquierda. Y en aquel mismo instante deseché la idea de la autopista de Bennett. Desde allí no iba a hacerse ningún disparo. No era una buena posición de disparo. El tráfico era rápido y denso. Denso tanto por la densidad del tráfico por minuto como, literalmente, por los pesos pesados que lo recorrían. Algunos de los camiones eran gigantescos y los más grandes iban por el primer carril. Ahora bien, iban todos a gran velocidad. proyectiles inmensos que cortaban el aire. A su paso, agitaban con violencia árboles que crecían más allá del arcén. A un camión aparcado lo zarandearía la aspiración provocada por los demás. En la plataforma construida en su interior se notaría muchísimo. Se balancearía y se estremecería casi de continuo, con momentos peores y otros más tranquilos, pero que tendrían lugar a intervalos impredecibles. La distancia debía de ser de unos mil doscientos metros, así que un balanceo o un estremecimiento, por ligero que fuera, provocaría que el disparo ni siquiera acertara en la casa. No era una posición inteligente. Descartada.

En cualquier caso, ¿podrían bajar dos personas de un vehículo y disparar?

No tendría sentido. No había buenas posiciones de disparo entre la casa y la autopista. Ninguna, a menos que apoyases una escalera en el muro y disparases desde lo alto. Cosa de la que te disuadirían, sin duda, tipos achaparrados con cara de pocos amigos, chaleco de Kevlar y un subfusil.

La parte que tenía ante mí era muy segura.

Y que la parcela en la que se alzaba la mansión tuviera forma de trozo de pizza era una ventaja. Porque hacía que no solo la parte que tenía ante mí fuera muy segura. El terreno se curvaba hacia las esquinas con suavidad, en ambas direcciones, a mi derecha y a mi izquierda, describiendo un arco amplio y vacío desde las diez en punto hasta las dos.

La forma de trozo de pizza también hacía que las calles que flanqueaban la mansión no lo hicieran en paralelo. Se alejaban de nosotros: una hacia la derecha y la otra hacia la izquierda, como las varillas de un abanico. Lo que, a primera vista, estaba bien. Significaba que cuanto más lejos estuviera la casa, más oblicua sería su línea de visión, tanto que quizá también pudiéramos eliminar algunos edificios. Un francotirador no podía asomarse por la ventana y apuntar casi en paralelo al vidrio, como si cabalgase a mujeriegas.

Pero, una vez tenido esto en cuenta, tampoco estaba tan bien, porque el ángulo nos dejaba expuestos a tantas ventanas laterales como frontales. Unas veces se gana y otras se pierde. Comprobé todo aquello que alcanzaba a ver dentro de una zona que empezaba a partir de unos setecientos veinte metros de donde me encontraba y llegaba hasta unos mil cuatrocientos cuarenta. Primero la parte norte y la sur después. Había en ella miles y miles de ventanas, la mayoría de las cuales me devolvían el reflejo del sol de la mañana con un guiño, en una secuencia lineal desigual, con puntos móviles de color rosa, primero una calle y, después, había un espacio hasta la siguiente, como si el vecindario lo hubieran construido antiguos astrónomos para celebraciones solares.

Cuando acabé, tenía la impresión de que la zona sur era peor que la norte. Había más edificios y, en general, eran más altos. Elegí uno al azar, a unos mil trescientos cincuenta metros, más de un kilómetro, no más grande que la uña de un dedo gordo; un inmueble alto y estrecho, de ladrillo rojo, bonito, con un tejado a dos aguas bastante empinado. Parecía que tuviera buhardillas. Que bien podrían serlo. Con solo quitar una teja tenías una ventana más. Imaginé a John Kott tumbado sobre un saco de dormir, en un tablón dispuesto entre vigas, sobre un falso techo de escayola, con una rendija por la que entrase la luz justo delante de él, donde se había apartado la teja, imperceptible desde el exterior, demasiado arriba, sola entre en un mar de ellas. «El invierno pasado hubo vendavales», había dicho Bennett con su acento cantarín.

Imaginé el ojo de Kott, paciente y sin parpadear detrás de la mira, la rendija de dos centímetros y medio en el tejado que le proporcionaba a él casi veinte metros de margen, a años luz de donde se desarrollaba todo. Imaginé su dedo en el gatillo, relajado, pero listo para apretarlo, a la espera, quieto, moviéndolo después, como si pulsara el pequeño interruptor de un mecanismo; el tic silencioso de un componente de precisión que daba pie a una inmensa explosión química; el retroceso corcoveando; la bala lanzada a un largo, larguísimo, viaje. Más de tres segundos en el aire, «mil..., dos mil..., tres mil», un centímetro veinticinco de ancho, como el pulgar

de un ser humano, volando como un misil, recta y precisa, sujeta solo a los inmutables efectos de la gravedad, la elevación, la temperatura y la humedad, el viento y la curvatura de la Tierra. Me quedé mirando el inmueble lejano y conté tres largos segundos con el pensamiento mientras intentaba imaginar el vuelo de la bala. Parecía que fuera posible verla venir. Directa hacia mí. Como un pequeño punto cada vez más grande.

Fogonazo, «mil..., dos mil..., tres mil», fin de la partida.

Que es cuando lo supe.

«Más de tres segundos en el aire».

Entrar en la sala de espera me costó mucho menos de lo que me había costado salir de ella. Bennett me observaba y le pregunté:

—El cristal antibalas de París era nuevo, ¿verdad?

—Sí —me respondió—. Al menos, mejorado.

—¿Sabe algo de él?

—No, aparte de que es de cristal y que es a prueba de balas.

—Quiero saberlo todo acerca de él. Quién lo diseñó, quién lo desarrolló, quién lo financió, quien lo fabricó, quién hizo las pruebas y quién dio el visto bueno.

—Eso ya se nos ocurrió a nosotros.

—¿El qué?

—Pedir prestados los cristales y traerlos en avión desde París. Poner uno a cada lado. No son muy anchos pero, dado cómo están dispuestas las calles, cada uno de ellos reduciría el campo de tiro, digamos, un diez por ciento. Al final decidimos no hacerlo. Los políticos son civiles. Permanecerían detrás de ellos, acobardados. Quizás inconscientemente. Además, no podrían pasarse ahí todo el rato, con lo que, antes o después, los malos los tendrían a tiro en el ochenta por ciento del tiempo. Así que con todo esto en cuenta decidimos que no tenía sentido.

—No es eso en lo que estaba pensando. Solo quiero la información. Sin que nadie se entere, a ser posible. No quiero levantar la liebre. Como si fuera algo entre usted y yo. Una aventura que corriéramos usted y yo nada más, saliéndonos de lo convencional. Como un pasatiempo. Pero a toda prisa.

—¿Cuánta prisa?

—Tanta como le sea posible.

—¿Qué pinta en esto el cristal antibalas? Ya le he dicho que no vamos a utilizarlo.

—Puede que quiera utilizarlo yo. O que quiera saber si se vende al por menor.

—¿Lo dice en serio?

—Es una aventura aparte, señor Bennett. Una pequeña investigación. No tiene nada que ver con nada en concreto. Pero a toda prisa, ¿vale? Y solo cara a cara. Nada escrito. No informe al resto de la cadena. ¿Entendido? Como si fuera un pasatiempo.

Asintió y miró el pasillo que, sin lugar a dudas, llevaba a otros pasillos, y a escaleras, y a habitaciones, y me preguntó:

—¿Necesita ver algo más?

—No, hemos terminado —le dije—. Nos vamos y no volveremos jamás. Como los Darby cuando construyeron la autopista, por muchos años que llevarán aquí. No quiero saber nada más de Wallace Court.

—¿Por qué?

—Porque no vamos a tener que llegar tan lejos.

—¿Está seguro?

—Al cien por cien.

No dijo nada.

—Dijo usted que ese sería un resultado muy conveniente. Dijo que nos estábamos ayudando mutuamente. Dijo que así es como se supone que funcionan las cosas.

—Así es —afirmó.

—Entonces, relájese. Confíe en mí. Esboce una sonrisa. No vamos a tener que llegar tan lejos.

No esbozó ninguna sonrisa.

Nos llevó de vuelta al hotel, esta vez sumergidos en un embotellamiento. Puede que fuera el periodo crítico de la hora punta de la mañana, una hora más o menos después de que hubiera amanecido, o quizá justo después del mismo. En cualquier caso, era igual de malo. La ciudad, cada vez más grande, cada vez más descontrolada, iba barajando a los que llegaban, pero no solo acababa de empezar, sino que lo hacía muy despacio. Llegamos a Park Lane dos horas después de habernos marchado, tres cuartos de las cuales las habíamos pasado en el coche. Peor que Los Ángeles.

Bennett le dio las llaves al aparcacoches como si fuera un civil más y subimos los tres al restaurante de la última planta, pues supusimos que aún estarían sirviendo desayunos. Nos sentamos a una mesa que había tras una columna de carga y cuyos sofás tenían un respaldo muy alto. Peores vistas, pero una privacidad mucho mayor. Bennett pasó un buen rato tecleando algo en el móvil. Dijo que estaba pidiendo material para nosotros, incluidos mapas gubernamentales muy detallados, el proyecto presentado por el arquitecto, que conservaban las autoridades de urbanismo de la zona, y tres grupos de imágenes aéreas. Tomadas por satélite las de uno. Las de otro por un helicóptero que, digamos, se había desviado de su rumbo por accidente. Y por una fuente desconocida las del tercero, lo que según el galés quería decir que las había sacado un dron estadounidense, pero como oficialmente en Gran Bretaña no había drones estadounidenses, las catalogaban como fuente desconocida. Dijo que los suyos cargarían la información en una tableta segura y que la traerían al hotel.

Y añadió:

—No podemos permitirnos daños colaterales. Allí no. Algunas de las personas que hay por esa calle son inocentes. No muchas, pero algunas lo son. Lo que es una vergüenza. Deberíamos habernos ocupado de esto hace mucho tiempo. Deberíamos haber puesto una bomba y decir que había sido un escape de gas.

Acto seguido se fue pero Casey Nice y yo nos quedamos un rato más, disfrutando de un café yo y de unas tostadas mini ella.

—¿Por qué le interesa tanto el escudo antibalas de repente? —me preguntó.

—Tengo una teoría —le dije.

—¿Y no debería ponerme al tanto?

—Aún no. No cambia lo que hay que hacer a continuación.

—¿Le conseguirá Bennett esa información?

—Creo que sí.

—¿Y por qué? ¿Acaso ahora le debe un favor? ¿Me he perdido algo?

—Camaradería entre soldados. Debería probarlo. Estaría mucho más contenta.

—¿Es del Ejército británico?

—Piense en eso que no para de decir de que todo va fluido. Eso solo puede significar que están utilizando todas las unidades especiales. Lo mejor de lo mejor. Todas las diferentes agencias, como un combinado deportivo de estrellas. ¿Quién estaría al mando?

—Todos querrían estarlo.

—En efecto. Tanto, que la cabeza les explotaría si no lo estuvieran. Pero ¿qué cabeza explotaría con más violencia? ¿Quién es el que aparece con una pistola bien explosiva en las reyertas con navajas?

—No lo sé.

—El SAS, el Servicio Aéreo Especial. Por no gustarles, no les gustan ni sus propios oficiales. Así que está claro que no van a trabajar para otros. Lo más sencillo es ponerlos a ellos al cargo. Que obviamente es lo que han hecho. Un buen movimiento, por otro lado. Porque son los que mejor se las arreglan. Además, se consideran parte interesada. Carson es un renegado. Bennett tiene tantas ganas de cazarlo como yo a Kott.

—¿Bennett es del SAS?

—Sin lugar a dudas.

—¿Y qué es lo que tenemos que hacer a continuación?

—Entrar en casa del Pequeño Joey.

—¿Entrar?

—Preferiría que fueran ellos los que salieran. Pero conseguir eso es muy difícil. De hecho, es una cuestión táctica para la que nadie tiene respuesta. Lo estudiamos en clase. Es mucho más sencillo asegurarse de que no volverán a salir nunca, pero ese no es el asunto. ¿Cómo se consigue que salgan por voluntad propia? Nadie lo sabe. Nadie lo ha sabido nunca. Recuerdo que mi padre lo estudiaba cuando éramos niños. Solía involucrarnos en esos temas. Con las preguntas que nos hacía después. A mi hermano se le ocurrió usar una máquina gigantesca, una especie de altavoz de graves que emitiera contra ellos ondas infrasónicas: frecuencias muy pero que muy bajas a un volumen muy pero que muy alto, porque argumentaba que algunos científicos creían que el ser humano moderno tiene poca tolerancia a dicho tipo de sonidos.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Tenga presente que yo era el pequeño.

—¿Qué dijo?

—Prender fuego a la casa. Porque estaba segurísimo de que el ser humano moderno tiene poca tolerancia a las llamas. Supuse que saldrían, antes o después.

—¿Va a prenderle fuego a la casa de Joey Green?

—Es una opción, qué duda cabe.

—¿Qué otras baraja?

—Todas ellas conllevan sacarlo de allí y lidiar con él por separado. Lo primero. Antes de nada. Porque, de esa forma, cuando entremos en el rancho nos recibirá un gran vacío de liderazgo. Lo que nos dará mucha ventaja.

—¿Porque nos enfrentaremos a un enemigo menos efectivo?

—Exacto.

—Pero a alguien nos enfrentaremos.

—El que no arriesga, no gana.

—Dijo que no pelearían gratis. Porque tras eliminar al Pequeño Joey los habríamos mandado al paro. Dijo que se esfumarían.

—Espera lo mejor, prepárate para lo peor.

—Que será...

—Lo mismo de siempre.

—Que es...

—Algo intermedio entre lo mejor y lo peor.

La tableta llegó una hora después. La trajeron los de Bennett. Tenía un aspecto muy moderno, y «los suyos» tenían el mismo aspecto que en todas partes, es decir, de lo más normal pero con un algo inquietante. Uno de ellos era hombre; el otro, una mujer. Ambos habían dejado bien atrás los años de novato, ambos se mostraban callados, contenidos y competentes, y, a simple vista, a ninguno le incomodaba aquella tarea de correo que les habían asignado, sin lugar a dudas, por haber sacado la pajita más corta. Era evidente que se les daba muy bien jugar en equipo. Lo mejor para los mejores. Nos explicaron que, en circunstancias normales y dado lo sensible del contenido, nos pedirían que firmáramos la entrega, pero que el señor Bennett había dicho que en esa ocasión no era necesario. Nos explicaron que la tableta requería dos contraseñas. Nos explicaron que las contraseñas eran el número de la Seguridad Social de la madre de la señorita Nice y el nombre del prisionero al que el señor Reacher había disparado cuando intentaba escapar. Nos explicaron que reconocían mayúsculas y minúsculas y que había que introducirlas a la primera. Nada de tres intentos; los programas informáticos británicos no se andaban con paños calientes.

Después se fueron.

Subimos con la tableta a la habitación de Casey Nice. Era como la mitad de un ordenador portátil. Sin el teclado. Solo la pantalla. Una pantalla vacía.

—Recuerda el nombre, ¿verdad? —me preguntó Nice.

—Recuerdo el de ambos —le respondí.

—Supongo que la contraseña será el del primero. El importante.

—El objetivo.

—Eso es. ¿O acaso el otro también intentaba escapar?

—De hecho, él fue el único que intentó escapar. El objetivo ya había caído. No me vio llegar.

—¿Por cuál de los dos lo investigaron?

—Técnicamente, por el segundo.

—¿Hablaba la gente del caso?

—No si querían seguir con vida. Se trataba del asesinato de un ciudadano estadounidense en suelo estadounidense.

—Pero si hubieran hablado de ello, ¿cómo lo habrían llamado? Al caso en general, me refiero.

—Seguro que como el primer tipo.

—Que era el objetivo. Y el señor Bennett es británico y, por lo tanto, irónico. Lo que significa que debemos suponer que su mención de la huida es una broma. Lo que vuelve a llevarnos al objetivo. Que fue el que cayó primero. Que es el nombre que deberíamos utilizar.

—¿Nombre o apellido?

—El apellido. Era del Ejército de Estados Unidos, ¿no?

—¿O el nombre en clave?

—¿Tenía un nombre en clave?

—Tenía dos. Uno se lo pusimos nosotros. Otro, los iraquíes.

—¿Se despierta en mitad de la noche, sudoroso, pensando en ello?

—¿Pensando en qué?

—En esa operación.

—Lo cierto es que no.

—Si lo hiciera, ¿cómo lo llamaría? No sé, algo así como «no debería haberle hecho eso a...».

—¿Piensa que hice algo malo?

—Desde luego, ese tipo no estaba ayudando a viejecitas a cruzar la calle para llegar a una biblioteca de África.

—Es usted tan mala como Scarangelo. Tenemos que sacarla de ahí cuanto antes y alistarla en el Ejército.

—¿Cómo se llamaba?

—Hábleme de su madre —le pedí.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Sabe cuál es su número de la Seguridad Social?

—Le echo una mano con el papeleo. Está enferma.

—Lo siento.

—Tiene un tumor cerebral. No se lo pueden extirpar. Y no puede pensar con claridad. Me encargo del seguro, la minusvalía y todo eso. Yo diría que conozco más en detalle sus asuntos que los míos.

—Lo siento —le dije—. Debe de ser joven.

—Demasiado para tener que pasar por eso.

—¿Tiene usted hermanos?

—No —me contestó—, soy hija única.

—¿Cree que, por lo normal, la gente sabe el número de la Seguridad Social de su madre? —le pregunté.

—No tengo ni idea. ¿Sabe usted cuál era el de la suya?

—Ni mucho menos. ¿Suele ir a visitarla?

—Tanto como puedo.

—¿Al sur del estado de Illinois? Es un vuelo muy largo.

—Me mantiene ocupada.

—Y, además, cuando no puede ir se preocupa, ¿verdad? Como ahora.

—No puedo hacer nada al respecto.

—¿Cuándo se lo diagnosticaron?

—Hace dos años.

—Lo siento —repetí.

—Así son las cosas —dijo ella.

—¿Cuándo empezó a ir al médico Tony Moon?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Está del todo segura?

—Mi madre no está aquí, ¿no le parece?

—Pero piensa usted en ella.

—Un poco.

—Y, por lo tanto, siente cierta ansiedad.

—Pero no por ella. No tiene nada que ver.

No dije nada.

—Me queda una pastilla —me dijo.

—¡Se ha tomado la otra!

—Anoche. Tenía que dormir.

—¿Saben sus jefes lo de su madre? —le pregunté.

Asintió.

—Es un requisito. Hay que informar de las situaciones familiares. Me han apoyado mucho. Me dan los fines de semana libres siempre que pueden.

—Así que en alguna parte de Langley hay un expediente de Recursos Humanos en el que pone que su madre está enferma y que se encarga usted de sus papeles. Cosa que tendría que ser confidencial. Como lo es todo lo que tiene que ver con la CIA. Y hay otro en alguna del Pentágono en el que pone el nombre de un fulano al que disparé en la cabeza hace veinte años. Expediente que no me cabe duda que tendría que ser confidencial. Pero, por alguna razón, el MI5 de Londres tiene acceso a ambos y los utiliza para obtener dos contraseñas inviolables: una para usted y otra para mí. Contraseñas que son como el ADN o las huellas dactilares.

Asintió.

—Puede que las teorías del señor Bennett acerca del pirateo sean ciertas. En cuyo

caso, con esto está alardeando.

—A menos que sea O’Day quien le ha enseñado los expedientes.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso se lo preguntaremos a Bennett.

—¿Cómo se llamaba el tipo?

—Archibald —le dije.

—No es un nombre que se oiga a menudo.

—El nombre proviene del sur de Escocia. A donde llegó vía el francés antiguo y el alto alemán antiguo. El tercer conde de Douglas se llamaba Archibald el Negro. En el de mi caso, en cambio, no había nada de romanticismo. El mío se llamaba Archibald el Gran Pedazo de Mierda.

Pulsó un botón, la pantalla se iluminó y apareció una ventana de diálogo. Le dio un suave toque con el dedo y un cursor empezó a parpadear en ella al tiempo que la imagen de un teclado aparecía por debajo. Tecleó «Archibald», nueve letras, con la «A» en mayúscula y el resto en minúscula. Comprobó que lo había escrito bien: «A-r-c-h-i-b-a-l-d», me miró con las cejas enarcadas y asentí a modo de confirmación. Pulsó «Intro» y, tras una pausa, apareció un símbolo de color verde detrás del nombre que había tecleado y la ventana desapareció, reemplazada por una segunda, exacta a la anterior. Pulsó una tecla que cambiaba el teclado de letras a números y tecleó tres dígitos, un guion, dos dígitos más, otro guion, y cuatro dígitos más. Lo repasó y pulsó «Intro»; el símbolo de color verde volvió a aparecer y la ventana desapareció, reemplazada por una serie de columnas de imágenes en miniatura.

Los mapas del gobierno nos habrían sido de inestimable ayuda si hubiéramos querido arreglar algún albañal o tender cable de fibra óptica. Mostraban cantidad de detalles subterráneos, tanto debajo de las aceras como de la calzada. Si hubiéramos estado en una película, habríamos encontrado una boca de alcantarilla tan ancha como mis hombros que diese a la mismísima cocina, me habría metido por ella dos calles más allá y avanzado centímetro a centímetro hasta que una tormenta repentina hubiera amenazado con ahogarme antes de que llegara a mi destino. Habría sido una secuencia de mucha tensión. Pero en la práctica no había ninguna boca de alcantarilla. No había nada que fuera más ancho que mi muñeca. Tuberías de gas, líneas telefónicas, suministro eléctrico, cañerías de agua y colectores. De hecho, la casa se mostraba como un mero receptor de dichos servicios públicos. Estaba dibujada como un gran rectángulo vacío, sin detalles interiores de ningún tipo.

El proyecto del arquitecto, que nos habían conseguido en la Oficina de Urbanismo, era más útil. Se veía en pequeño, pero Casey Nice apoyó el pulgar y el índice juntos sobre la imagen y los alejó, lo que aumentó el tamaño de la misma, y luego la movió a uno y otro lado para que examináramos cada una de las zonas en detalle. O podíamos imaginar que éramos nosotros los que nos movíamos, no el plano, y dar paseos en miniatura por la casa, de habitación en habitación, e incluso subir y bajar la escalera. El plano estaba lleno de comentarios escritos a mano. Una letra que se parecía a la de cualquier otro arquitecto. Puede que fuera una asignatura de la carrera. Pero lo que ponía era de lo más normal. Daba los detalles estructurales. Madera, metal, ladrillo, yeso y cristal. Estaba bien saberlo. Casi todos los elementos estaban hechos a medida. Normal. Si necesitas una puerta de noventa centímetros de anchura, vas a la tienda. Si la necesitas de metro treinta, buscas a algún anciano que siga trabajando en su taller. Seguro que eso de que todo tuviera que ser un cincuenta por ciento mayor había hecho que el precio se disparase.

La casa solo tenía dos pisos. Nada de buhardillas habitables o sótanos. Arriba había dormitorios y cuartos de baño, además de una *suite* independiente para invitados compuesta por dos dormitorios con cuarto de baño y una sala de estar común. Abajo estaban la cocina, con un añadido para desayunar; el comedor y muchas habitaciones más: sala de estar, salita, biblioteca, estudio, despacho y rincones diversos. En un primer momento la planta baja parecía íntima, acogedora incluso, hasta que recordabas lo grande que era. Los rincones diversos eran tan grandes como la sala de estar de las casas normales. Y una vez y media más altos, lo más probable. Como salas de museo por la noche. Que, sin ser desproporcionadas, tampoco están construidas a escala humana y tienen mala iluminación y demasiado eco.

—¿Ve alguna forma de entrar? —me preguntó Casey Nice.

—No tenemos ningún vehículo blindado —le dije—, por lo que estamos

limitados a las puertas y a las ventanas.

—Que estarán protegidas con una alarma.

—Lo que está de más. No van a necesitar que una campanita los avise desde el tejado de que ya estamos allí.

—¿Con «allí» se refiere a esa casa en la que quedarán cuatro matones y dos asesinos de primera fila, y que, por lo tanto, nos superan en tres a uno, y cuya estructura es mucho más fácil defender que atacar?

—Suponiendo que se trate de una pregunta retórica, creo que ha hecho un buen resumen.

—¿Cuánto tardaríamos en construir un altavoz de graves gigante?

—Debería haber comprado mecheros además de la bolsa.

—Ahora en serio —le dije—. Estuve un tiempo en Fort Benning. Nos decían que teníamos que repensar los planes desde cero al menos durante cien horas.

—¿Quién les decía eso?

—Los instructores.

—Que han conseguido vivir lo suficiente como para convertirse en instructores gracias a que improvisaron a cada paso que daban. Saben que los planes son inútiles.

—Reacher, hay que trazar un plan.

—Miremos las fotografías aéreas —le dije.

Las fotografías eran, por un lado, fantásticas, porque eran muy nítidas, precisas y en alta definición y a color, tomadas desde un satélite que orbitaba a varios kilómetros de la Tierra, por un dron silencioso que volaba tan alto que era imposible verlo y por un helicóptero sacudido por el viento a mil pies de altura. Por el otro, en cambio, eran inútiles, porque no nos mostraban nada que no hubiéramos visto con los binoculares de visión nocturna. La misma «nada», de hecho, solo que desde otro ángulo. En las fotografías tomadas por el helicóptero había una nota que decía que la casa no era el objetivo principal de la misión, sino una reunión que celebraron en el jardín mientras tomaban unas copas. Las imágenes se incluían a modo de referencia, pero en ellas solo se veía a tres hombres con las manos apoyadas en la cabeza. No obstante, y aunque por accidente, la cobertura de la casa era la mejor de las tres. Se veían las cuatro paredes bastante bien. Puertas, ventanas y los puntos fuertes y los débiles. Y eran muchos más los fuertes que los débiles. No era un objetivo sencillo, incluso sin plantearnos quién o qué nos encontraríamos dentro.

—Ya se nos ocurrirá algo —le dije—. Tenemos mucho tiempo. Al fin y al cabo, primero hay que encargarse del Pequeño Joey.

—¿Tiene un plan para eso? —me preguntó.

—Lo que hice la última vez funcionó bastante bien. Imagine que hubiéramos estado en aquel aparcamiento. Junto al pequeño supermercado. En las sombras. Habría sido imposible fallar.

—¿Quiere volver a hacerlo?

—Querer, querer... Estaré encantado de que me dé otras ideas.

—¿Cree que funcionaría de nuevo?

—Buena pregunta. Lo más probable es que no, si lo repetimos con un secuaz que tenga el mismo rango. El Pequeño Joey podría darse cuenta de que hay gato encerrado. Vamos a tener que apelar a su sentido de la cortesía. Tenemos que dar con alguien a quien no pueda negarle la ayuda.

—¿Como quién?

—El bueno de Charlie White sería el mejor. Pero supongo que estará siendo más precavido de lo normal. Así que creo que tendríamos que fijar la atención en Tommy Miller o en Billy Thompson. Lo que podría desatar algún tipo de disputa interna. Un conflicto por los despojos. En cuyo caso, puede que los tres aparecieran en el escenario, para vigilarse. En cuyo caso, podríamos conseguir que los Chicos de Romford sufrieran un serio vacío de liderazgo.

—Joey Green ha de ser la prioridad.

—Lo será. Pero si surgen casualmente otros blancos una vez que él haya caído, deberíamos estar preparados para reaccionar en consonancia.

—Debería comentarlo con el general O'Day.

—Adelante. Ahora bien, pregúntele primero a Bennett cómo es la seguridad de que disponen Miller y Thompson. Vamos, que si es igual, mejor o peor que la del Pequeño Joey. Y explíquele por qué se lo pregunta.

Sacó el teléfono móvil y sus pulgares empezaron a bailar. Oí el sonido del primer mensaje al salir, un sonido cómico, como el que haría un personaje de dibujos animados al resbalar con una cáscara de plátano. Y siguió tecleando, sin interrupción. Poniendo al día a O'Day, seguro. Complicidad total. El general provocaba aquel efecto en las personas. Me puse a pensar en el cristal antibalas.

—¿Le había comentado a O'Day que hoy por la mañana iríamos a Wallace Court? —le pregunté.

—Se lo estoy poniendo en el primer párrafo —me contestó.

—No, me refiero a si se lo dijo antes de que fuéramos; si le dijo que íbamos a ir.

Empezó a teclear más despacio y me habló también despacio, haciendo ambas cosas a la vez.

—No, no se lo había dicho. No tenía tan claro que fuéramos a ir. Porque no tenía claro para qué íbamos a querer volver. Así que pensé que sería mejor comentárselo en un informe retrospectivo.

—De acuerdo —le dije.

De nuevo tecleaba a toda velocidad y me quedé observándola. Acabó el mensaje un rato después, lo repasó y lo envió. Salió con el mismo sonido de resbalón con cáscara de plátano de antes.

—¿Tenemos la dirección de Miller y de Thompson? —le pregunté.

—No estaban en las fichas —respondió.

—Pues envíele otro mensaje a Bennett. Seguro que él las conoce.

La mayor parte de la siguiente hora se la pasó cruzándose mensajes con Bennett y con O'Day, haciendo y respondiendo preguntas, y reuniendo datos. Miller y Thompson también vivían en Chigwell, a cuatro manzanas el uno del otro, y a cuatro del Pequeño Joey. No por razones logísticas. Sencillamente, porque Chigwell era a donde te mudabas cuando empezabas a hacer dinero en Romford. Sus medidas de seguridad eran las mismas que las del titán, al menos, en teoría. Cada uno tenía un conductor y cuatro guardaespaldas. Tres turnos diarios. Miller tenía un Range Rover último modelo, negro, y Thompson, un Range Rover Sport último modelo, también negro. Tan buenos como el Bentley, en opinión de muchos. Tres capitanes, todos con el mismo rango. Al menos, en teoría. Ahora bien, Bennett decía que los matones asignados a Miller y a Thompson eran de segunda. Por lo visto, era el Pequeño Joey quien tenía a la flor y nata. En parte, porque era el Pequeño Joey y, en parte, porque Miller y Thompson eran meros funcionarios. Vitales, pero no llegaban a ensuciarse las manos. De ahí que su peso específico fuera tan diferente. No había nada por lo que elegir a uno frente al otro. Cualquiera de los dos sería un objetivo igual de blandito.

—En comparación, querrá decir —comentó Casey Nice.

—Necesitamos un vehículo —le dije.

—El general Shoemaker nos dio tarjetas de crédito. Alquilemos uno.

—No es buena idea. Demasiado papeleo.

—Quizás el señor Bennett nos preste uno.

—Seguro que todos los suyos tienen un rastreador por satélite, en cuyo caso le preocuparán las citaciones ante un comité.

—¿Entonces?

—La segunda opción es robar uno. Lo ideal sería encontrar a otro par de soldaditos y robarles una furgoneta panelada. Eso nos daría unos segundos de ventaja tanto con Miller como con Thompson. No verían llegar la amenaza. Pareceríamos de los suyos. Al menos, al principio.

—En ese caso tendríamos que llevar a cabo dos ataques, no uno.

—Y faltarían dos más. Los soldaditos, luego Miller o Thompson, luego Joey Green y, para acabar, quienquiera que haya escondido en la casa.

—Así que tenemos que sobrevivir a cuatro enfrentamientos. ¿Cuántas probabilidades hay?

—Tantas como en las Series Mundiales de Béisbol. Es complicado, pero todos los años hay alguien que lo consigue.

—Suman un total de dieciocho personas.

—Veinte. Se está olvidando de los conductores. Miller y Thompson tienen uno cada uno y el Pequeño Joey otro. Pero no hay que enfrentarse a los veinte al mismo

tiempo. Esa es la buena noticia. Como máximo, a seis a la vez, que será cuando vayamos a por los peces gordos, que van acompañados de un conductor y cuatro matones.

—Algunos de los cuales son la flor y nata y acompañan a un tipo que mide dos metros diez.

—Siempre podemos apuntar por encima de la cabeza de los machacas.

—Me parece una locura.

—Porque no está segura de lo que ha de esperar. Pero ¿qué digo yo al respecto?

Lo pensó y lo repitió punto por punto. Tenía buena memoria para las palabras.

—Dice que nadie lo sabe. Nunca. En ninguno de los bandos. Pero que eso es bueno. Significa que la partida se la llevan los que piensan más rápido. Y que es en eso último en lo que tengo que concentrarme.

—Así es. Vamos a vivir situaciones extrañas, otras cambiarán sobre la marcha y es probable que el suelo tiemble bajo nuestros pies. Pero si seguimos pensando rápido, no nos pasará nada.

—¿Está seguro?

—Como bien ha dicho antes, todo depende de con qué se compare. En conclusión, tenemos que pensar más rápido que Joey Green. Y la historia dice que tenemos ventaja. El ser humano moderno sobrevivió al hombre de Neandertal.

—¿Qué ha querido decir con eso de que vamos a vivir situaciones extrañas?

—Que nada sale como uno espera.

—Parecía que se estuviera refiriendo a algo más concreto. ¿Me está ocultando algo?

No respondí.

Cuando Bennett volvió subieron las apuestas. Recibimos una llamada en la habitación de Casey Nice con la que nos comunicó que se encontraba abajo. Nos pidió que nos reuniéramos con él en el restaurante. Que nos invitaba a almorzar. Casey Nice apagó la tableta, que guardó aquellas fotografías medio útiles tras teclear nuestra contraseña gemela, cogimos el ascensor y lo encontramos en una mesa junto a la ventana. Ya había pedido nuestras bebidas: una botella de agua para Casey Nice y café solo para mí, momento en el que me di cuenta de que nos iba a pedir un favor muy muy gordo.

Cosa que, en efecto, hizo.

Nos explicó que el subcomité de Comportamiento Psicológico se había reunido para estudiar el informe que les había enviado aquella mañana. Y por lo visto se había excedido en su cometido, estudiar, y se había puesto a pensar. Lo que se había debido a que habían llegado a la misma conclusión que yo, a lo de las luchas internas. Si Miller o Thompson caían, entonces, dependiendo de cómo se repartieran las ganancias Charlie White y sus capitanes —cosa que nadie sabía—, quizás entre el

quince y el veinte por ciento del beneficio neto de los Chicos de Romford quedase sin dueño. Para quien lo quisiera reclamar. Lo que daría pie a una situación interesante.

Aunque, probablemente, no tanto como la que se daría si las apuestas subían un poco más todavía. Una situación, digamos, mucho más edípica. Supongamos que el primer ataque lo lleváramos a cabo contra el propio Charlie White. Sería como cortarle la cabeza al pulpo, no solo un tentáculo. Y, sin lugar a dudas, eso haría que los tres capitanes entraran en escena. Yo no tendría que encargarme de ellos; serían ellos mismos los que se destripasen entre sí, porque no tardaría en desatarse una guerra de sucesión. Las dos cabezas viejas enfrentándose al joven usurpador para quedarse con todo el pastel. Las dos cabezas viejas conocían los entresijos del negocio y el joven usurpador medía dos metros diez, lo que haría que las primeras escaramuzas fueran de lo más entretenidas, lo que quizá provocaría que durante los primeros compases se olvidaran de que el bueno de Charlie pagaba a la poli y a los concejales puntualmente cada semana, lo que podría dar pie a un corto periodo sin sobornos que desembocara en arrestos y denuncias.

Así que ¿qué se nos ocurrió?

—¿Qué tal le va con la información que le pedí acerca del cristal antibalas? —le pregunté.

—Falta poco —me contestó.

—¿Cuánto?

—¿Tan urgente es?

—La quiero al minuto de que la reciba. Y quiero que la consiga cuanto antes.

Asintió.

—¿Qué vamos a hacer con Charlie White? —preguntó.

—¿Vamos?

—Bueno, van.

—¿Dónde vive? —le pregunté.

—Él sigue en Romford. Nació y se crio allí. Se considera un hombre del pueblo.

—¿Vive en una casa?

—¿Cómo «en una casa»?

—Se refiere a si es un edificio unifamiliar —añadió Casey Nice como si fuera la traductora.

—Por supuesto. De proporciones normales, pero también tiene un muro alrededor, como la del Pequeño Joey. Y una verja, o como quieran llamarlo. Ladrillo y hierro forjado. Para mantener alejado al proletariado.

—¿Seguridad?

—Seis guardias y un conductor.

—¿La flor y nata?

—Competitivos.

—¿Sale a menudo?

—Esta noche va a salir, por ejemplo.

—¿Adónde?

—A reunirse con los serbios. A expresarles sus condolencias.

—¿Una de esas importantes cortesías?

—Una de las fundamentales. Comparten el negocio y los serbios han sufrido una baja. Lo mismo sucedió anoche, pero al revés, por lo del tipo al que usted golpeó en la garganta.

—¿Va a pedirnos el subcomité de Comportamiento Psicológico dentro de una hora que les quitemos de encima también a los serbios?

—Nada nos gustaría más pero, a decir verdad, no deberían cargárselos a todos al mismo tiempo.

—No hemos accedido a cargarnos a nadie.

—El subcomité me ha pedido que señale que podríamos haber infravalorado la calidad de la seguridad de Miller y de Thompson. Es mejor de lo que creíamos. Con eso quieren hacerles ver que no habría tanta diferencia con ir a por White.

—¿Es eso cierto?

—No. Hay mucha diferencia.

—Y, claro, son un subcomité psicológico.

—Harán lo que sea necesario.

—Como investigarnos, ¿verdad? ¿Ha visto ya nuestros expedientes?

Sonrió y dijo:

—Veo que lo han pillado. Por lo de las contraseñas, me refiero. Fue O'Day quien me las pasó.

—¿Por qué?

—Porque se las pedimos.

—En otra época le hubiera mandado al cuerno.

—Ya no es lo que era. Está de capa caída. Su estrella lleva desvaneciéndose un par de años.

—Khenkin me dijo lo mismo en París.

—Podríamos ayudarlos, si lo necesitan. Cuatro de los guardaespaldas de Charlie irán en otro coche, como es obvio. Podríamos encargarnos de ellos. Un control rutinario de tráfico, o algo así. Entonces solo tendrían que ocuparse de dos, además del chófer y del propio Charlie.

—¿Un guardaespaldas delante con el conductor y el otro detrás con Charlie?

—Así es.

—¿En qué coche?

—Un Rolls-Royce.

—¿Negro?

—Cómo no.

—¿Blindado, como el Range Rover de Karel Libor?

—Solo las puertas de atrás y el parabrisas trasero. Y solo contra pistolas. Creo que a ese extra lo denominan «antiasesinos oportunistas». Para esos clientes que

tienen enemigos a los que les gusta descerrajarles un tiro cuando pasan por su lado.

—¿Y el coche de apoyo es un Jaguar?

—Tienen decenas.

No dije nada.

—Los controles rutinarios de tráfico son caros —continuó Bennett—. No solo por lo que cuestan. Nos quedamos expuestos, y hay riesgos y responsabilidades. Supongan que una embarazada no llegara al hospital. Que un anciano sufre un infarto por los nervios. En las altas esferas se harían preguntas. Es una táctica que no podríamos justificar a menos que la recompensa potencial fuera significativa.

Era mi turno de sonreír.

—Bueno, no gobernaban ustedes el mundo porque fueran amables —le dije—. Lo que está diciendo es que si vamos a por Charlie White se encargarán ustedes del segundo coche. Pero que no lo harán si decidimos encargarnos de Tommy Miller o de Billy Thompson. Así que tenemos que elegir entre enfrentarnos a dos de los guardaespaldas de Charlie o a cuatro de cualquiera de los otros. Los de Charlie serán mejores, pero dudo mucho de que el doble de mejores. Por lo tanto, nos está presentando un incentivo. Propuesto y recomendado por el subcomité de Comportamiento Psicológico, ¿a que sí?

—Tenemos que ayudarnos mutuamente. Así es como se supone que funcionan las cosas.

—¿Y cuándo me va a proporcionar la información acerca del cristal antibalas?

—Al minuto de que la reciba.

—¿Que será cuándo?

—Cuanto antes.

—¿A qué hora saldrá de casa el bueno de Charlie para hacer esa visita?

—Tarde. Tiene que haberse puesto el sol. Una manía cultural. Ellos también tienen sus rituales. Tenemos algunos detalles, incluida una posible ruta. Y creemos que hemos encontrado el punto en el que librarlos del segundo coche. Les enviaré lo que tenemos con otra tableta.

Y se marchó.

—¿Ha sido esta una de las situaciones extrañas que íbamos a vivir? —preguntó Casey Nice.

—No, esto era predecible —le respondí.

La nueva tableta la trajeron los mismos que la anterior. Nos explicaron que, en el caso de Casey Nice, la nueva contraseña era el teléfono de atención al cliente del seguro médico de su madre, y que, en el mío, el nombre del otro tipo al que Shoemaker me había visto disparar. Luego se marcharon y, al igual que habíamos hecho antes, subimos con la tableta a la habitación de Casey Nice, introdujimos la información privada y en la pantalla apareció una larga lista de archivos y carpetas.

La mayoría de los datos consistían en pequeños elementos de información sin ton ni son, recopilados con sangre, sudor y lágrimas a lo largo de muchos años, y llevados de uno a otro ordenador, de aquí para allá, con la esperanza de que el pasado fuera capaz de predecir el futuro. Datos como: «Charlie White jamás toma la M25 para cruzar la ciudad de este a oeste, sino que opta por la carretera de Circunvalación Norte, que, junto con la carretera de Circunvalación Sur, formó parte de un intento temprano de crear un sistema de circunvalación que, en su momento, rodeaba la ciudad por fuera, mientras que ahora ha sido tragada sin remedio por el crecimiento desmesurado de la misma», «El bueno de Charlie ha seguido el camino largo el 85,7% de las veces. El otro 14,3% ha ido directo por el centro». Les parecía que eso indicaba una gran preferencia. En mi opinión quería decir que hay un solo domingo a la semana. Cuando el centro está tranquilo, la línea recta es lo que menos quebraderos de cabeza da. Entre semana es mejor recorrer más kilómetros. La semana tiene siete días, y cien dividido por siete da catorce coma tres. Solo que en la vida moderna no hay gran diferencia entre los domingos y el resto de la semana. Pero Charlie era muy mayor. Y es difícil cambiar las viejas costumbres. Quizá recordase Londres como una ciudad fantasma los domingos y la M25 como sembrados y granjas.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté.

—Viernes —me informó.

Bennett había asegurado el tiro planificando ambas rutas y había llamado a la segunda opción «línea recta por el centro» y a la primera, «arco por la Circunvalación Norte». Pero daba lo mismo porque, como era obvio, el arco se encontraría con la línea recta en algún punto, en la zona oeste en este caso, más o menos a las nueve si consultásemos un reloj. Y ese era el sitio más inteligente donde montar el control rutinario con el que cazar el segundo coche. Dos pájaros de un tiro. Que es lo que había hecho Bennett. Teníamos una fotografía aérea del punto en el que se cortaban ambas carreteras, una superficie surrealista de asfalto, una intersección con cuatro señales de Stop pero de un tamaño muchísimo mayor, aunque proporcionada, como la casa del Pequeño Joey.

La dirección de la casa de Charlie White se mostraba con una chincheta gráfica en el mapa, y el destino, con otra, en una dirección de Ealing, que era donde vivía su homónimo rival. Una reunión en la cumbre. Había una fotografía de la vivienda, que era una enorme pila de ladrillos rojos, elegante pero de aspecto no tan residencial. No

parecía que estuviera tan lejos de Chigwell, pero lo estaba. La calle tendría unos treinta años más que la del titán, pero se encontraba allí por la misma razón. En alguna parte tiene que vivir la gente con éxito.

El último Rolls-Royce de Charlie tenía su propio expediente. Con fotografías. Era grande y feo, con extrañas puertas traseras suicidas, pero imponente. De eso no había duda. «El 93,2% de las veces, Charlie se sienta detrás del conductor, con un guardaespaldas a su lado, y el otro, en el asiento del copiloto. El otro 6,8% de las veces, este despliegue lineal varía a un despliegue diagonal, con el guardaespaldas de atrás sentándose detrás del conductor». No habían sido capaces de percibir si aquello obedecía a algún patrón. Patrón que supuse que habrían intentado trazar con la ayuda de ordenadores. No con la del sentido común. Era evidente que el chófer habitual de Charlie era bajito. El volante estaba en la parte derecha del coche y el coche circulaba por la izquierda de la calzada, y puede que Charlie no se sintiera cómodo al lado de la acera cuando se detenían en un semáforo o el tráfico denso hacía que fueran despacio, por lo que iba cerca del centro de la calzada, detrás del conductor y la mar de cómodo porque, como ya he dicho, el fulano era bajito. Ahora bien, al chófer también había que darle días libres, por lo que, y dado que el otro chófer era más alto, Charlie se veía obligado a cambiar de sitio de vez en cuando, quizás unas veinticinco veces en un periodo de doce meses, que bien podría ser el mínimo legal, y que daba un total de 6,8% al año.

—Quiero comprar un cuchillo muy muy afilado —le dije.

—Vale —respondió Casey Nice.

Caminamos once manzanas por Piccadilly y toda Bond Street y vimos muchos cuchillos, pero unos eran de plata, para comer pescado, y otros, navajitas con cachas de nácar, para pipas de brezo, ninguno de los cuales me servía de nada. Hasta que llegamos a una ferretería de esas que tienen de todo. Vendían todo tipo de instrumentos resistentes, la mayoría de ellos con mangos de madera teñida de oscuro, incluidos unos cuchillos de linóleo con una extraña hoja curva. Compré dos, junto con un rollo de cinta americana plateada y el dependiente metió los tres productos en una bolsa de papel marrón, por la que no me cobró.

Casey Nice quería ropa, así que hicimos de Oxford Street el tercer lado de nuestro cuadrado, y escogió una tienda en la que eligió un nuevo conjunto. En la puerta del probador me dio la cazadora para que se la sujetara y me dijo:

—No hace falta que lo compruebe. Sigue quedándome una pastilla —me dijo.

Cinco minutos después salió vestida con la ropa nueva, volvió a ponerse la cazadora y nos dirigimos a la salida, pero pasamos por delante de las escaleras mecánicas que subían hasta la planta de ropa para hombre, y las cogimos, que es lo que Casey Nice me dio a entender que debíamos hacer.

Lo compré todo nuevo excepto los pantalones, porque ninguno me quedaba bien.

Sin embargo, la chaqueta era mucho mejor que la de jugar al golf de Arkansas. Bolsillos más grandes en los que no destacaba el contorno de la Glock. Era una mejora, sí, pero me sentía mal por dejar la vieja. Era como enterrar a un amigo. En ella había caído parte del cerebro de Khenkin y las lágrimas de Casey Nice.

Después bajamos hasta Grosvenor Place, dejamos atrás nuestra embajada y nos encaminamos al hotel.

—Yo diría que esta noche Bennett nos va a ofrecer un coche del gobierno —le dije—. En cuyo caso lo aceptaremos, pero lo abandonaremos en cuanto podamos.

—¿Por qué?

—No quiero que nos rastreen.

—¿Cree que lo harán?

—Por supuesto. Tienen que cubrirse las espaldas. Y que escribir un informe para mañana. «El 20,2% del tiempo me lo pasé tocándome las narices».

—¿Para qué necesita dos cuchillos de linóleo?

—No, no necesito dos. Yo solo necesito uno, el otro lo necesita usted.

—¿Para qué?

—Como ya le he dicho antes, tenemos que pensar por nosotros mismos y puede que tengamos que ignorar ciertas órdenes.

No dijo nada.

—Tenemos lo mejor de ambos mundos —proseguí—. Estamos haciendo el trabajo, pero lo estamos haciendo a nuestra manera.

—Vale —dijo.

—Razón por la que, esta noche, vamos a dejar los móviles en casa.

Bennett volvió justo después de que dieran las cuatro de la tarde. Nos dio las llaves de su Vauxhall plateado y nos dijo que había programado la intersección elegida en el GPS. Nos sugirió que esperásemos junto a una callecita que quedaba al oeste de la intersección, para que nos situáramos detrás del Rolls-Royce en cuanto ellos detuvieran el segundo coche. Era de la impresión de que Charlie White no se iba a detener a esperarlo ni a intervenir para ayudar en modo alguno. La etiqueta era muy importante. No pensaba llegar tarde a Ealing. Sería una descortesía, incluso una falta de respeto. Estas cosas eran importantes para los gánsteres londinenses.

A Charlie lo esperaban en la casa del jefe serbio a las diez en punto de la noche, lo que, por lo visto, significaba que había un ochenta y cuatro por ciento de posibilidades de que saliera de casa justo una hora antes, lo que le daría un margen de veinte minutos en caso de que el tráfico fuera muy denso o de que surgiera cualquier otro tipo de retraso. Si era preciso aparcaría a la vuelta de la manzana y esperaría. Ese era su comportamiento habitual en situaciones tan delicadas. La etiqueta lo era todo. Las diez en punto son las diez en punto. Lo más probable era que en el arco que describiese de este a oeste por la Circunvalación Norte no se topase con ningún imprevisto y que, por lo tanto, pasase por la intersección antes de las nueve y media. Bennett nos explicó que su equipo estaría alerta en el escenario una hora antes y nos aconsejó que nosotros hiciéramos lo mismo.

—¿Qué tal lleva lo de mi información sobre el cristal? —le pregunté.

—La tendrá en cuanto la reciba —me contestó.

—Eso lo sé. La cuestión es cuándo va a recibirla.

—Esta noche como muy tarde. Con suerte, antes de que comience la operación, antes de las nueve. Si no es así, justo después de que acabe.

—¿Quién se la proporciona?

—Sabe que eso no se lo voy a decir.

—¿Con quién más ha hablado y qué tipo de notitas ha escrito?

—Con nadie y de ningún tipo. Más secreto, imposible. Que es, probablemente, por lo que está tardando tanto.

—Vale —le dije—. Relájese. Descanse. Es lo que vamos a hacer nosotros. Esta noche nos vemos. Puede que usted no nos vea, pero no olvide que estamos ahí, en alguna parte, y que dependemos de usted.

Me miró pero no dijo nada. Se marchó.

Comimos a las cinco y media porque queríamos estar a tope de energía y bien nutridos tres horas y media más tarde, y la digestión del ser humano se vuelve más lenta con los nervios, no más rápida. Luego, pusimos los móviles en el alféizar de la ventana de la habitación de Casey Nice, el uno junto al otro, veinte pisos por encima

de Hyde Park, y me dijo:

—Voy a soltarle al general O'Day que sospechamos que los servicios de inteligencia británicos están controlando nuestros teléfonos. Es la única defensa posible. Con esto me estoy saltando órdenes muy estrictas.

—Entendido —le dije.

—Y podremos valernos de ello en una sola ocasión. Llegarán a algún acuerdo a cambio del que pedirán que dicho control sea legítimo. Con lo que no podríamos irles con otra excusa sin que se nos viera el plumero. Así que esta va a ser la única vez que podamos hacerlo. ¿Merece la pena que sea por los británicos?

—Solo tenemos que hacerlo una vez. No habrá una segunda.

—¿Y por qué ahora?

—Es tan buen momento como cualquier otro.

—¿Qué quiere decir eso?

—Salimos de aquí a las siete y media.

A las siete y media estábamos junto al Vauxhall plateado, en la entrada del Hilton, poniendo en común y contrastando nuestras impresiones de la geografía local y llegando a una conclusión desafortunada. Que era que para llegar a donde íbamos tendríamos que seguir o bien un complicado laberinto de calles secundarias, o bien Hyde Park Corner en dirección al Palacio de Buckingham. Casey Nice consideraba que ir por las calles secundarias era demasiado arriesgado, que podíamos perdernos y, por lo tanto, no llegar a tiempo por la más tonta de las razones. Yo estaba de acuerdo con ella. Tras eso comentó que Hyde Park Corner era como un circuito de carreras y que tener un pequeño roce con otro coche o que nos pusieran una multa serían razones igual de tontas. En eso también estaba de acuerdo con ella. Luego argumentó que en las calles secundarias también era posible tener algún roce o que nos pusieran una multa. Espacios reducidos, vehículos aparcados, prohibido girar a la derecha, prohibido girar a la izquierda, Stops en vez de ceda el paso. Lo más probable era que el riesgo fuera mayor. Así que optamos por Hyde Park Corner. Me ofrecí a conducir, pero insistió en hacerlo ella. Lo que me pareció bien. Se le daba mejor.

Fue como saltar a los rápidos de un río y dejarse llevar por la corriente un rato, y luego dabas un acelerón, lo que implicaba realizar dos maniobras distintas y valientes mientras contenías el aliento entre ambas. Pero Casey Nice las hizo muy bien las dos y llegamos a Grosvenor Place sanos y salvos, pegados al muro lateral del Palacio de Buckingham, que se parecía mucho al de Wallace Court. Puede que los hubiera levantado el mismo contratista. Puede que en aquella época tuviera una larga lista de clientes, todos ellos preocupados por lo mismo.

Abandonamos el coche en una zona en la que estaba prohibido aparcar, a algo menos de cien metros de la estación de metro de St. James's Park. Nos pareció que esa distancia era suficiente para que no fuera sencillo determinar nuestro destino.

Podríamos haber ido a cualquier sitio. Había muchas direcciones a las que dirigirse desde allí. Y en la estación paraban dos líneas, una de ellas la Circle Line que, como su propio nombre indica, describe un círculo subterráneo, aunque no tan amplio como el de las circunvalaciones de la superficie, más bien como el Loop del centro de Chicago. La otra era la línea District, nuestra vieja amiga, la que queríamos, la que recorría Londres de este a oeste.

Nos detuvimos en una luminosa franquicia de Boots the Chemist y compramos dos teléfonos prepago con dinero en metálico. Luego seguimos hacia el metro y usamos las tarjetas compradas con dinero en metálico para entrar y bajar al andén, donde esperamos a que pasara un metro en dirección este, uno que se alejara de Ealing, que se alejara de la enorme intersección, que se alejara de Bennett.

Nos bajamos en Barking y fuimos andando hasta una oficina de minitaxis, donde Casey Nice encendió su teléfono nuevo y pidió un minitaxi. Aparcada fuera se veía la típica selección heterogénea de berlinas: viejos Ford, Volkswagen, Seat y Skoda, modelos que no nos resultaban familiares pero que, a ojos vista, eran ideales para ese negocio, como los Crown Victoria en Estados Unidos o los Mercedes-Benz en Alemania. Un hombre salió de la oficina un minuto después. Buscaba la llave en el bolsillo. Era de mediana edad y parecía autóctono y un tanto somnoliento. Nos vio y no reaccionó. Quizá solo trabajase a media jornada y no estuviera al día de los boletines de búsqueda y captura emitidos por el crimen organizado local.

—¿Adónde los llevo, señores? —preguntó.

—A Purfleet —dije por el mero hecho de que me gustaba cómo sonaba aquella palabra.

La había visto en un cartel de tráfico. Me había parecido que quedaba al este y un poco al sur de Barking. El taxista nos señaló un Ford Mondeo del color del agua sucia lleno de arañazos y dijo:

—Suban.

Cosa que hicimos, cada uno por su lado, ambos en el asiento de atrás. Él se sentó al volante y arrancó, con suavidad, competente, girando a derecha e izquierda por calles secundarias, cambiando de marchas, manteniendo el ronroneo del diésel. Me figuré que su intención era coger la calle principal de Purfleet lo más tarde posible para evitar el tráfico, lo que me pareció bien. Esperé hasta que vi ante nosotros un tramo desierto, con las aceras cubiertas de maleza, edificios con las ventanas tapadas con tablones y una larga fila de pequeños comercios y talleres con la persiana echada y aspecto desolado, y saqué la pistola y se la mostré por el retrovisor el tiempo suficiente para que se diera cuenta de lo que era, luego se la puse en el cuello y le solté:

—Aparca aquí.

Cosa que hizo de inmediato, sudando y alterado.

—No llevo pasta —dijo.

—¿Te han robado alguna vez? —le pregunté.

—Muchas —contestó.

—Esto es diferente. No te vamos a robar. Te vamos a pagar por el tiempo que has invertido. Por cada minuto. Incluso te daremos propina. Pero ahora vamos a conducir nosotros y tú vas a ir detrás. ¿Vale?

No respondió.

—Pon las manos a la espalda —le ordené.

Cosa que hizo, y le ató las muñecas con casi un metro de cinta americana y después los codos con un metro más. Incómodo, pero necesario para que no nos diera problemas.

—¿Respiras bien por la nariz? —le pregunté.

—¿Qué? —dijo.

—¿Que si tienes congestión nasal, el tabique desviado, vegetaciones, síntomas de gripe?

—No —respondió.

Así que le puse otro metro y medio alrededor de la cabeza, tapándole la boca, vuelta tras vuelta. Tras eso bajé del coche y abrí su puerta. Busqué la palanca con la que se reclinaba el asiento, lo tumbé y le até los tobillos y las rodillas con la cinta. Luego le levanté las piernas y lo empujé hacia atrás y cabeza abajo hasta los asientos traseros. Casey Nice lo cogió por los hombros y lo dejamos en el suelo. Estaba un poco apretado, pero no se iba a morir. Encontré un teléfono móvil en uno de los bolsillos de su pantalón y lo tiré a la acera. Le metí dos de los billetes de cincuenta libras de los Chicos de Romford en el bolsillo de la camisa. Nos pareció que la propina era buena. Luego, Casey Nice se puso en el asiento del copiloto y yo al volante, y volvimos a incorporarnos al tráfico, a las ocho y veinticinco de la noche, a unos cinco kilómetros de a donde queríamos ir, que era Romford.

Avanzamos entre una mezcla cambiante de estimaciones certeras y recuerdos, tanto de las veces anteriores que habíamos estado allí como de los mapas que habíamos visto en la segunda tableta de Bennett, y llegamos a Romford bien, con unos veinte minutos de antelación. Entonces estuvimos de acuerdo en que necesitábamos más detalles y precisión, por lo que aparqué y Casey Nice se acercó a un quiosco y volvió con un callejero. Nos quedamos en el coche, con el taxista atado con cinta americana y gruñendo en la parte de atrás, y encontramos la dirección de Charlie White, para llegar a la cual teníamos que conducir de la página en la que estábamos a la siguiente. Cinco minutos como mucho. Ya no era hora punta y el tráfico era fluido. Aunque más lento de lo que nos había parecido, porque tardamos siete minutos, no cinco, en llegar a la calle de Charlie White.

Era como la del Pequeño Joey, pero baqueteada, austera y sencilla. Las casas eran una generación más antiguas, con chimeneas un poco más altas y los ladrillos un poco más brillantes, aunque en esencia eran iguales. Muchos muros, muchas vallas y verjas, y muchos automóviles de lujo.

Incluido un Rolls-Royce negro y un Jaguar, también negro, aparcados uno detrás del otro dos casas más a la izquierda, detrás de una tapia como la del titán. Un murete de ladrillo rojo con pilares, también de ladrillo, que se alzaban a intervalos regulares y entre los que había una reja de hierro forjado, negra y con los barrotes retorcidos como palos de regaliz, con dos verjas eléctricas, también de hierro forjado negro. Una para entrar y otra para salir. El Rolls-Royce estaba aparcado delante del coche de apoyo, lo que era lógico, al menos desde un punto de vista lingüístico. Ambas verjas estaban cerradas.

«Había un 84% de posibilidades de que saliera de casa justo una hora antes». Faltaban cinco minutos.

Miré el mapa y comenté:

—Van a ir por la carretera de Circunvalación Norte. Girarán a la izquierda al salir de casa. Se alejarán de nosotros. Tenemos que situarnos en la otra punta de la calle.

—¿Nos arriesgamos a pasar por delante o damos la vuelta a la manzana? —me preguntó Nice.

—Para eso hemos elegido un minitaxi. Podemos pasar despacio por una calle, como si buscásemos una dirección, dar la vuelta, aparcar en un momento dado y permanecer parados, esperando al cliente.

—La gente que vive aquí tiene chófer.

—No todos. Solo los héroes de la clase trabajadora.

Eché un poco para atrás, giré y conduje como lo haría alguien que busca una dirección, despacio, como es evidente, mirando por la ventanilla todo el rato. Charlie vivía en una casona ornamentada, construida cuando contratar un albañil costaba menos que los ladrillos. El jardín frontal hacía tiempo que se había convertido en un camino curvo que empezaba en la primera verja y acababa en la segunda, hecho con losas de piedra y gravilla, y que pasaba entre jarrones y ángeles de cemento, algunos de los cuales sujetaban sobre la cabeza platillos para que bebieran los pájaros.

Giré dos casas después, aparqué junto a la acera y esperé.

La etiqueta lo era todo. Y las diez en punto son las diez en punto. Por lo tanto, una hora antes significaba las nueve en punto. Y a las ocho y cincuenta y nueve, como un clavo, se abrió la puerta de la casa y Charlie salió por ella. Era igualito que en la fotografía. Setenta y siete años, corpulento, de hombros redondos, con el pelo gris y ralo, y una cara normal y corriente en la que solo destacaba una nariz como una patata. Llevaba un traje negro y una corbata negra por debajo de la gabardina negra. Detrás de él salió un hombre mayor y bajito, que supuse que era el chófer. Detrás de este salió un chorro de seis jóvenes, todos vestidos con sencillez, con la cabeza afeitada y un tamaño muy adecuado. Cuatro de ellos se dirigieron al Jaguar y los otros dos siguieron hacia el Rolls-Royce, justo detrás de Charlie, porque el conductor se había adelantado para abrirle la puerta al jefe.

Que era incómoda, porque era una puerta suicida, pues tenía la manilla delante, justo al lado de la del conductor, que era una puerta normal, y Charlie llegaba desde atrás, lo que significaba que tenía que colocarse detrás del chófer, esperar a que este la abriera, torcer sus pasos y, por fin, subir al vehículo. Entre los dos, acabaron consiguiéndolo. Charlie se puso cómodo y el conductor cerró la puerta, abrió la suya y se sentó al volante, tras lo cual los dos guardaespaldas se montaron por el otro lado: uno delante y otro detrás.

La verja empezó a abrirse a las nueve en punto.

Me aferraba a dos suposiciones cruciales, la primera de las cuales era que el tipo bajito que conducía el Rolls-Royce se consideraba una especie de artista. Puede que fuera un conductor veterano, un viejo profesional capaz de adaptarse a cualquier circunstancia, ya fuera huir a toda velocidad tras el robo de un banco o ser el chófer silencioso del jefe, de esos que acababan adoptando en secreto sus obsesiones, como lo de la puntualidad, en especial a la hora de llevarlo a destinos importantes. Por lo tanto, supuse que empezaría a pisar el acelerador justo cuando la verja se hubiera abierto una distancia concreta, de manera que, cuando el coche llegase a ella estuviera tan abierta como para pasar sin tener que esperar, pulcra y diligentemente, a pocos centímetros, como si la precisión mecánica del chófer fuera una especie de homenaje a la precisión cronológica de su jefe. Imaginaba que era así como se comportaría un artista.

Siendo así, tenía que calcular cuándo pisaría el acelerador el artista y pisar yo el mío unos tres segundos antes, porque no estaba aparcado justo al lado de la casa y tenía que recorrer cierta distancia. Ahora bien, como no podía permitirme llegar ni pronto ni tarde, empecé a rodar despacio, lo que me pareció normal, porque un taxista podía necesitar tomar alguna nota o guardar el bolígrafo antes de levantar la mirada y prepararse para incorporarse al tráfico. El Rolls-Royce empezó a moverse cuando la verja se había abierto dos tercios, despacio y con suavidad, con una aceleración leve, susurrante, como si el conductor pretendiera salir a la calle sin detenerse y con fluidez.

Me fijé en la velocidad de la verja y en la del coche, en la anchura del camino, en la distancia que había entre donde yo estaba y donde iba a tener que estar, y dejé que fuera la parte trasera de mi cerebro la que tomase la jodida decisión de cuándo acelerar, cosa que hice a fondo en cuanto me lo indicó. El mugriento y viejo Ford pegó un salto hacia delante, diez metros, veinte, entonces pisé a fondo el freno, y se detuvo en seco justo donde el Rolls-Royce quería ponerse, por lo que su conductor tuvo que pisar el freno a fondo y su magnífica rejilla se quedó a sesenta centímetros de la puerta de Casey Nice, y, detrás de él, el coche de apoyo se quedó a sesenta centímetros de su parachoques.

En el instante siguiente, Casey Nice salió, deslizándose por el estrecho hueco que quedaba al abrir su puerta, y se dirigió a la izquierda, empuñando la pistola como todos los agentes federales, mientras yo volaba alrededor del capó por el otro flanco, también con la pistola en la mano, hacia la derecha, a toda hostia, hacia el lado en el que iban los guardaespaldas, a por las manillas casi juntas en mitad del coche, de manera que podías asirlas y tirar de ambas al mismo tiempo.

La segunda suposición crucial a la que me aferraba era que los automóviles modernos tienen un sistema de cierre automático de puertas que baja el seguro cuando se ha alcanzado cierta velocidad. Que era imposible que hubieran alcanzado.

A esas alturas no. Todavía no.

Sujeté la Glock con el pulgar y el índice, y agarré ambas manillas.

Y tiré.

Ambas se abrieron.

En el lado de Casey Nice también se abrieron ambas, lo que nos dejó justo donde queríamos estar en relación con el coche de apoyo, que era a salvo: cada uno de nosotros tras un bloque de acero blindado y cristal a prueba de balas. «Solo las puertas y los cristales traseros están blindados», había dicho Bennett con aquel acento cantarín suyo. Y las puertas traseras se abrían hacia atrás, y del todo, noventa grados, en perpendicular con el vehículo, como las orejas de soplillo del Pequeño Joey, de manera que nos protegerían mientras íbamos a lo nuestro. «Y solo contra pistolas», había seguido diciendo el galés, lo que me parecía bien, pues no creía que los del segundo coche llevaran algo más grande. Aunque tampoco creía que fueran a ponerse a disparar. Corrían demasiado riesgo de acertarle a Charlie. Seguro que sabían que el parabrisas trasero también estaba blindado; pero Bennett no había mencionado nada más, así que no se arriesgarían a que una bala se desviase y atravesase una chapa de nada, como la del maletero o la del arco de una de las ruedas traseras, porque podría entrar desbocada por el tapizado y acertarle a alguno de los pasajeros de los asientos de atrás en cualquier sitio entre el culo y el cuello. Así que yo esperaba que se quedasen paralizados un segundo, que reaccionaran después, que cambiaran de idea de inmediato y que, al final, acabasen haciendo lo que deberían haber hecho en un primer momento: salir cagando leches del coche y lanzarse sobre nosotros. Pero eso sería lo cuarto que hicieran, no lo primero, lo que me daría tres segundos enteros para encargarme de lo mío, «mil..., dos mil..., tres mil», como el largo y solitario vuelo de la bala de John Kott a través del frío aire parisino.

«Lo mío» consistía en apuntar la Glock a la cabeza de Charlie White con aire amenazador mientras usaba el cuchillo de linóleo que llevaba en la otra mano para cortar el cinturón de seguridad del guardaespaldas del asiento de atrás en dos puntos, «ras, ras»; luego, inclinarme sobre él y darle un codazo como de revés en la nuca para que cayera fuera del coche; después, tenía que dar un paso lateral y hacer lo mismo con el del asiento del copiloto. «Ras, ras», codazo de revés, el tipo se cae fuera. Y más tarde girarme y darle una patada en la cabeza al del asiento de atrás y otra al del asiento del copiloto para mantenerlos en el suelo, fuera de combate, y volver corriendo al Ford, apartarlo de en medio y salir de un acelerón. Momento en que se cumpliría el cuarto segundo y los demás guardaespaldas bajarían del coche de apoyo.

En cualquier caso, tenía que disparar. Era parte del plan. Pero no a las ruedas. El ángulo no era el más adecuado. La bala habría rebotado. Es curioso lo duros que pueden llegar a ser los neumáticos. La mejor manera de inutilizar un coche moderno es disparar a través de la rejilla. Bajo el capó. Allí hay un montón de cables, chips y sensores.

Y eso es lo que hice. Cuatro tiros, espaciados pero rápidos, agachado tras la

puerta blindada, «bang, bang, bang, bong», lo que obligó a los cuatro a dar un paso atrás y me dio tiempo a mí para girarme y estirar el brazo, cerrar de golpe la puerta delantera de mi lado, saltar sobre los guardaespaldas tumbados en el suelo, girar sobre mí mismo, sentarme junto a Charlie y cerrar la puerta. Entonces, Casey Nice, al volante ya, pisó el acelerador, después de haber usado su Glock y su cuchillo para deshacerse del conductor bajito. Y el Rolls-Royce salió encabritado hacia delante y aullando calle abajo. Los del coche de apoyo corrieron media manzana detrás de nosotros, como en las pelis, al poco se detuvieron y se quedaron mirando cómo desaparecíamos.

El Rolls-Royce era tal como suponía, dado lo que va contando por ahí la gente. Muy silencioso y muy suave. El asiento de atrás era como el sofá de un club de oficiales. Profundo, ancho y mullido. A mi lado, Charlie White seguía con el cinturón de seguridad puesto. Tenía el cuerpo hacia el frente, pero tenía la cabeza ladeada y me miraba con atención. Se le había despeinado un mechón. De cerca, su nariz se parecía más a un aguacate. En general, no obstante, era como cualquier otro jefe criminal. Lleno de energía, fuerza y seguridad en sí mismo.

—Charlie, ¿llevas armas? —le pregunté.

—Chico, sabes que acabas de firmar tu sentencia de muerte, ¿verdad? —me dijo—. Espero que lo tengas claro. Nadie hace lo que acabas de hacer.

—¿Pero?

—Pero nada.

—Siempre hay un pero, Charlie.

—¿Te haces una idea del problema tan gordo en el que te acabas de meter?

—¿Tanto como para decidir que lo mejor es pegarte un tiro en la cabeza y largarme ahora que puedo?

—Eso o que decida suspender tu ejecución el tiempo suficiente para que salgas del país —contestó—. Es mi oferta. Pero solo digo las cosas una vez y me quedo con la primera respuesta que me dan. Así que será mejor que te pongas el gorro de pensar, chico, y te plantees la que se te viene encima, lo duro que va a ser y lo complicados que te van a resultar todos y cada uno de los días que te quedan de vida.

—¿Y qué quieres que hagamos a cambio de eso?

—Bajaros del coche.

—Respuesta incorrecta, Charlie. Te he preguntado que si llevas armas.

—Voy de camino a un funeral. Claro que no llevo armas.

—¿Es por lo de la importancia de la cortesía?

—¿Qué?

—¿Llevas teléfono móvil?

—¿Es que te parezco el tipo de persona que hace sus propias llamadas?

—Si nos ponemos puntillosos, ibas de camino a unas honras fúnebres. Ahora vas de camino a otra parte. Voy a tener que atarte las muñecas con cinta americana. No admite discusión. Y sería mejor para mí si también te tapara la boca pero, para serte sincero, me preocupa que no respires bien por esa nariz.

—¿Que te preocupa qué?

—Que te asfixies si te tapo la boca.

—A mi nariz no le pasa nada.

—Me alegra saberlo. Pues decidido.

—¿Qué pretendes? —preguntó.

—No te preocupes por eso —le contestó—. No eres más que parte de los daños

colaterales.

—Pero ¿de qué? Tengo derecho a saberlo.

—No, señor White, no lo tiene —soltó Casey Nice desde el asiento del conductor—. Es más, no tiene usted ningún tipo de derecho. La ley no está de su parte. Su socio, Joseph Green, está dando amparo a personas que cualquier juez del mundo consideraría terroristas.

—No estoy al tanto de que Joseph esté amparando a nadie.

—Tiene invitados.

—Serán amigos suyos.

—Usted es responsable de lo que él hace.

—No ha hecho nada.

—Pero lo va a hacer —dije.

Casey Nice redujo la velocidad y giró en dirección a Chigwell.

Dejamos atrás el *pub*, que ambos recordábamos bien, en aquel enorme coche que se sentía más cómodo allí que en Romford, e hicimos cuanto pudimos por seguir los giros que habíamos dado a pie, hasta que llegamos a la larga valla de tablas de madera al final de la cual, antes de que empezara la siguiente, había un hueco de casi un metro de ancho. Casey Nice aparcó, apagó el motor y yo ayudé a Charlie White a quitarse el cinturón de seguridad y a que me diera la espalda. Le ató las muñecas, los codos y le tapé la boca, vuelta tras vuelta alrededor de la cabeza. Después me incliné hacia su puerta, la abrí y lo empujé hacia fuera, salí detrás de él y lo guie hacia la boca del sendero.

Casey Nice se llevó el coche a algo menos de cien metros y aparcó frente a cinco casas opulentas, al lado de las cuales un hueco de casi un metro entre dos larguísimas vallas era invisible. Vino corriendo, veloz, alerta, intranquila, y entró en el sendero por detrás de nosotros. Apretó el paso para adelantarnos y encabezó la marcha. Yo iba empujando a Charlie detrás de ella. El viejo no dejaba de resollar, aunque no sé si por indignación o porque no estaba en forma. En cualquier caso, había sido honesto al decir que a su nariz no le pasaba nada.

Llegamos al claro de gravilla. Casey Nice la primera, mirando a derecha e izquierda; luego Charlie, trastabillando, con sus mejores pantalones ondeando, y después yo, comprobando la retaguardia, el flanco derecho, el izquierdo y la caseta de madera que había delante de nosotros con las palabras «Club de bolos» pintadas encima de la puerta. Casey Nice se acuclilló, movió la piedra, volvió a ponerse en pie y dijo:

—No está la llave.

Charlie White respiraba con dificultad.

No dije nada.

—Y, sí, estoy segura de que he mirado en la que era —me dijo.

—¿Han cambiado la cerradura? —le pregunté.

—¿Por qué iban a hacerlo?

No respondí. Una caseta de madera, construida mucho antes de que yo naciera. «Eso háblelo con el carpintero, aunque debió de morir hace cincuenta años», había dicho Bennett. Un buen artesano, sin duda, pero trabajar con los pobres materiales de después de la guerra, además de los sesenta veranos y los sesenta inviernos que, más o menos, debían de haber pasado, significaba que, por fuerte que hubiera sido la construcción en su momento, ya no lo sería tanto. Di tres zancadas, golpeé la cerradura con el talón y la puerta se abrió de golpe y rebotó contra la pared.

Los binoculares no estaban.

Los taburetes de cocina no estaban. Los trípodes no estaban. La franja de espacio libre que había frente a las ventanas ya no estaba.

—¿Es esta una de las situaciones extrañas que íbamos a vivir? —me preguntó Casey Nice.

—No —le dije—. Esta es aún más extraña pero, como se suele decir, te toca lo que te toca.

Empujé a Charlie White para que entrase y le obligué a sentarse en un rincón, apoyado en una bolsa llena de chismes típicos de un club de bolos. Encendí el teléfono móvil, marqué el número de Bennett, que recordaba de su mensaje de texto del día anterior, y le envié uno. «Tenemos a Charlie White».

Imaginé unos superordenadores zumbando en el condado de Gloucestershire y apagué el móvil de inmediato.

—¿Saldrá bien? —me preguntó Nice.

—No tengo ni idea —le contesté—. Pero seguro que algo pasa.

Charlie White nos observaba. Sus ojos siempre habrían ocupado un lugar secundario frente a su nariz a la hora de describir su cara, pero eran bastante bonitos, y vivarachos, y saltaban de Casey Nice a mí, o quizás entre dos interpretaciones diferentes del aprieto en que se encontraba. La primera podría estar representada por mí, una especie de enorme matón estadounidense, lejos de su hogar e intentando abarcar más de lo que era capaz de masticar, tan tonto como para ir a por el pez gordo, lo que era una garantía de supervivencia para él, no para mí. Solo era cuestión de tiempo. Puede que tuviese que padecer algunas situaciones incómodas, pero el resultado final no admitía discusión. Era un mierda seca demasiado valioso como para que le diéramos pasaporte. ¿Y qué eran unas cuantas situaciones incómodas para un chico de Romford? En peores situaciones se había visto.

Ahora bien, Casey Nice representaba la segunda interpretación posible: joven y con tremenda energía, y ese acento de Illinois, del sur del estado, pero tamizado en Yale y Langley, todo ello impregnado de esa claridad resonante que lo más probable era que se debiera a que había crecido en una granja con más de un perro. Un estereotipo, un producto del mundo moderno, puede que reconocible hasta en Londres. Federal, no había duda. En cuyo caso, el chiste del daño colateral podría ser

cierto, que era como decir que lo considerábamos un mero peón. Y ni por el forro iba a permitir Charlie White que lo considerasen un peón. Ahora bien, a veces también hay que sacrificar alfiles y caballos. Porque los gobiernos mundiales son los reyes, con todas sus agencias con siglas de tres letras y unidades que operan en las sombras, que era de donde la chica debía de provenir. ¿De dónde, si no? Debía de formar parte de alguna importantísima operación internacional, cosa que, por una vez en la vida, no tenía nada que ver ni con Londres ni con Charlie White, lo que anulaba su garantía de supervivencia. Y, desde luego, un peón no era un mierda seca demasiado valioso.

Charlie no sabía qué pensar.

—Compruebe si le ha respondido. Ya debería haberlo hecho.

Encendí el móvil de nuevo y vi cómo buscaba una señal, la encontraba y me presentaba todo lo que me había perdido entre tanto, que no era más que un mensaje de texto de Bennett. «DÓNDE ESTÁN MUY URGENTE NUEVA INFORMACIÓN REPITO EXTREMADAMENTE URGENTE NUEVA INFORMACIÓN TENEMOS QUE HABLAR DE INMEDIATO». Ni puntuación ni nada.

Nos habíamos cuidado muy mucho de que no nos captaran las cámaras y resulta que ahora los británicos nos pedían que asomásemos la cabeza y les dijéramos dónde estábamos.

—Creo que deberíamos hacerlo —comentó Casey Nice.

No dije nada.

—Ha estado apremiándolo para que le consiga la información —continuó—. Lo del cristal antibalas. Pues ya la tiene. Debe enterarse de lo que ha descubierto. Podría ser importante. De hecho, seguro que lo es. Mire cómo ha escrito.

—A menos que esté fingiendo. Puede que esté cabreado porque hemos desaparecido del mapa. Él es quien está al mando. Se supone que debería saber dónde estamos. Quizá se lo haya tomado como un desafío.

—Es un soldado como nosotros. Mire lo que ha puesto. ¿Iba a mentirle hasta tal punto?

—No gobernaban el mundo porque fueran amables.

—Usted sabrá —dijo ella.

Puse el dedo sobre el botón de apagado del móvil y lo mantuve así, tocándolo pero sin presionarlo. Pero cambié de opinión y le tendí el teléfono a Casey Nice. Sus pulgares eran más rápidos. Y pequeños.

—Dígale que tiene que venir solo —le pedí.

Yo no tenía claro cuánto tiempo habría estado esperando Bennett en las inmediaciones de la enorme intersección del oeste de Londres, pero lo más probable es que se hubiera coscado bastante pronto de que las cosas no estaban yendo según el plan, por lo que puede que ya hubiera cerrado el chiringuito y fuera camino de casa. En cuyo caso podía estar en Chigwell al cabo de veinte minutos. O cuarenta si, en realidad, se había quedado hasta el final. No había manera de saberlo.

Para un peatón solo había una manera de llegar al club de bolos, que era el sendero de apenas un metro de ancho. Seguro que había antiguas servidumbres y derechos de paso por los terrenos colindantes, para los cortacéspedes y los rodillos pesados y cualquier otro trasto necesario para mantener bien la hierba. Si venían los SWAT, lo harían en helicóptero y aterrizarían en el campo de juego. Pero si Bennett venía solo, lo haría por el sendero.

Charlie White seguía observándonos. Inseguro. Pasé la mayor parte del tiempo mirando por la ventana; pero sin la visión nocturna y el aumento de la imagen no había mucho que ver. Solo un espacio oscuro, un esbozo de árboles y el fulgor lejano de la calle del Pequeño Joey a algo más de trescientos cincuenta metros. Sin detalles. Apenas era capaz de adivinar su casa, y mira que era grande. Casey Nice se sentó sobre una bolsa de lona llena de bultos, con las manos metidas en los bolsillos de la

cazadora, una de ellas, sin duda, alrededor de la culata de la Glock, y la otra, quizás, alrededor del botecito de pastillas. Me daban ganas de decirle: «Supongo que no es la noche para dejar de tomar Zoloft», pero no lo hice, porque supuse que preferiría que me tomase la situación en serio. Además, cabía la posibilidad de que no estuviera pensando en las pastillas, en cuyo caso no quería recordárselas bajo ningún concepto. Quizá solo quisiera mantener las manos calientes. El aire era frío. Había hecho un día agradable, pero la temperatura había descendido nada más ponerse el sol.

A los quince minutos salí, cerré la puerta reventada tras de mí y caminé por la gravilla hasta la zona más alejada del claro de hierba, lo que me proporcionaba una vista lateral de lo que quedaba entre la boca del sendero y el club de bolos. Que era el mejor sitio en el que me podía poner. No quería estar en el mismo sendero. No quería estar en la calle. Quería tener una ruta por la que huir, por si acaso, y nuestra mejor opción era hacerlo por los jardines y céspedes circundantes, no por vías y senderos públicos, que estaban llenos de peligros.

Además, quería ser un poco precavido. Si Casey Nice tenía que liarse a tiros, dispararía desde la parte frontal de la caseta, por lo que era lógico que yo disparase en un ángulo de noventa grados respecto al suyo. Triangulación básica. Por muchas buenas razones. Y no es que viera muy bien. Era evidente que el club de bolos no había aprobado en junta poner iluminación exterior de ningún tipo. Algunas de las casas cuya parte trasera daba al claro tenían ventanas iluminadas, y también se veía en el cielo el típico fulgor urbano y que la ciudad recibía reflejado en las nubes nocturnas más bajas y se convertía en un amarillo nublado. Pero, aparte de tan débiles fuentes de luz, la noche era negra como boca de lobo. La parte trasera de mi cerebro me recordó que Bennett era de estatura mediana y que su centro de masas estaría noventa y cinco centímetros por debajo del fogonazo de su disparo.

Aguardé.

Estuve allí, aguantando el frío, siete minutos más, que, sumados a los quince del principio, hacían un total de veintidós, lo que me confirmaba que, en efecto, Bennett se había ido pronto y se había escondido en algún punto céntrico para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Oí sus pasos en cuanto entró por la boca del sendero. Un sonido suave, como un susurro, amplificado y modificado al mismo tiempo por las vallas paralelas. Cuando se fue acercando oí el crujido apagado de las suelas de sus zapatos sobre la gravilla diseminada y, en un momento dado, una especie de corto martilleo, como si se hubiera tropezado con aquel terreno irregular y algo que llevara en la mano hubiera golpeado las tablas de madera. Algo de cuero, me pareció, dado el sonido.

Entró en el claro y se detuvo. Veía su cara, aunque imprecisa, un mero resplandor pálido, pero no veía nada más. No le veía las manos.

Aguardé.

Entonces habló con ese acento cantarín, como si estuviéramos en la misma habitación y me encontrase a dos metros de él:

—¿Reacher? Supongo que está usted a noventa grados a mi derecha o a mi izquierda. Llevo una linterna. No le voy a alumbrar con ella. Me voy a alumbrar a mí mismo, y después voy a alumbrar el sendero para que vea que vengo solo.

No dije nada.

Oí un clic y un haz de luz empezó a bailar sobre el suelo, acto seguido vi cómo le daba la vuelta y se enfocaba a uno y otro lado a toda velocidad, como si aquel chisme lanzara espuma y él estuviera en llamas. Iba con la ropa habitual. Lo que llevaba en la mano era un maletín. Acabó enfocándose la cabeza, desde arriba, como si estuviera bajo la alcachofa de una ducha.

—Vale, le creo —dije.

Miró en mi dirección, dentro aún de su cono de luz, dejó de alumbrarse y se dirigió a la caseta. Lo seguí adentro y dejó la linterna apoyada boca arriba en el suelo, con lo que su luz se reflejaba en el techo y nos iluminaba a todos. Lanzó a Charlie White una mirada larga y dura, y se volvió hacia mí.

—¿Qué ha pasado con los prismáticos? —le pregunté.

—Ordené que se los llevaran —me respondió.

—¿Por qué?

—No eran unos prismáticos cualesquiera, ¿recuerda? Eran grabadoras. Piense en qué suele suceder. ¿Quién se mete en menos problemas, el tipo que sale en la cinta o el que no sale porque, para empezar, ni siquiera había cinta?

—¿Lo ha hecho por nosotros?

—Tenemos que ayudarnos mutuamente.

—Gracias.

—Esperaba que esta noche hubiera algo de acción.

—¿Tiene la información que le pedí?

Se quedó callado un segundo. Luego dijo:

—Tengo información.

—Pero no la mía.

—En cierto modo, creo que sí. Creo que debería dársela. Muchas de las ideas fueron tuyas.

—¿Qué ideas?

—Las equivocadas —me dijo.

Se acuclilló y abrió el maletín. Dentro vi una fotografía en blanco y negro que cogió y puso a la luz. Nos la ofreció tanto a mí como a Casey Nice al mismo tiempo, como una ceremonia, por lo que ella cogió el borde izquierdo y yo el derecho y la sostuvimos entre ambos. No estaba impresa en papel fotográfico, sino mediante un ordenador. El papel era fino, con la superficie mate. Puede que fuera el adjunto de un correo electrónico y que lo hubieran impreso en una oficina.

En la imagen salía un hombre muerto en lo que parecía la cama de un hospital. De

uno extranjero. Las paredes eran muy diferentes. De un país tropical, quizás. El típico donde el suelo de un establecimiento así podría ser de baldosas amarillas. La cama era estrecha y de tubos de hierro pintados de blanco. Las sábanas estaban lisas, sin una arruga, y la manta era blanca y no ponía nada en ella. Tal pulcritud quizá se debiera a que el equipo de enfermeras tenía un grado de exigencia muy alto. O a que lo habían preparado así para la foto. Porque era evidente que la instantánea formaba parte de los documentos de un informe oficial. Alguien se había puesto al pie de la cama y había tomado una imagen para un archivo. El ángulo y el encuadre elegidos así lo revelaban. Como las fotografías del escenario de un crimen. Había también una fecha y una hora. Dependiendo de en qué parte del mundo la hubieran hecho, o era muy reciente, o era increíblemente reciente.

El hombre de la cama no había muerto por causas naturales. Eso estaba claro. Tenía en la frente lo que parecía una herida de bala. La piel estaba hecha trizas. No era un orificio de entrada. Tampoco de salida. Era un surco. Como un golpe dado de refilón, que corta la piel pero solo raja el hueso, en vez de perforarlo. Quizá fuera un rebote desafortunado.

No era una herida nueva. Ni mucho menos. Casi podía olerla a través del papel. Había visto heridas como aquella. Tenía entre doce y veinte días. A mi entender. Y no se había curado. Ni siquiera había empezado a hacerlo. Parecía que se había infectado enseguida, y complicado, lo que, sin duda, le provocó una fiebre alta que lo tumbó, que hizo que se retorciera y sudase, se sacudiese y tiritase, adelgazase, palidiese, se convirtiera primero en poco más que piel reluciente recubriendo unos pómulos altos y luego, al final, en el protagonista de la foto de un apático funcionario del gobierno. Descanse en paz, donde sea que esté. Era imposible saber qué aspecto tenía aquel hombre tres semanas antes, a excepción de que lo más probable era que fuera de raza blanca y que su cráneo tuviera un tamaño normal.

—¿Y? —le pregunté.

—Es uno de los francotiradores retirados a los que les seguíamos la pista — contestó.

—¿Y?

—Lo contrataron en Venezuela. Pero el asunto se torció. Ya sabe cómo va. Los unos traicionan a los otros. Se vio envuelto en un tiroteo con la policía y, aunque escapó, lo alcanzaron en la cabeza. Y nadie le trató la herida porque estaba en busca y captura. Se escondió en un gallinero de vete tú a saber dónde e intentó aguantar allí. Comía huevos crudos y bebía de un caño por las noches. Pero la infección era grave. Una mujer lo encontró delirando y lo llevó al hospital en la trasera de su camioneta. Para entonces, los análisis de sangre decían que estaba podrido por dentro. Murió un día después. Desconocían su nombre y tampoco llevaba nada que le identificara. Pero les parecía extranjero, así que metieron sus huellas en la base de datos de la Interpol.

—¿Y?

—Es William Carson.

—Ahora Kott es el único cuyo paradero se desconoce —comentó Bennett—. Y eso nos presenta dos posibilidades. Y que el pánico se adueñe de los de arriba, claro está. Porque ahora tienen que elegir. O está usted equivocado y el mismo tipo puede hacer ambos disparos, o los que están equivocados son ellos y hay en el mundo más francotiradores de los que creían.

—¿Por cuál de las dos se inclinan? —le pregunté.

—Estoy seguro de que les encantaría culparle a usted, pero se supone que han de comportarse de manera racional. Lo cierto es que no tienen ni idea.

—¿Ni siquiera el subcomité de Comportamiento Psicológico?

—Ni siquiera.

—Es la primera posibilidad. Kott está solo.

—¿En qué se basa?

—En un paleta desdentado de Arkansas.

—¿Está admitiendo que se equivocaba?

—Admito que hubo algo que hizo que me confundiera.

—¿El qué?

—Eso no importa todavía. No cambia lo que hay que hacer a continuación.

—Que es...

—Conseguir que el Pequeño Joey salga de casa.

—¿Cómo?

—Vamos a negociar con él. Cara a cara, dado la importancia del trato.

—Que es...

—Le vamos a vender a Charlie.

—¿Como un rescate?

Negué con la cabeza.

—Con un precio de venta al público. Lo único que saben de momento es que Charlie ha sido secuestrado por unos desconocidos, por lo que ahora lo podemos revender, en negro, y el Pequeño Joey podrá sacarle a palos toda la información que quiera, que nunca nadie lo sabrá. Gritará: «¡Trato hecho!». Porque pasará a tener todos los números de cuenta y las contraseñas, y sabrá dónde están enterrados los cadáveres. De golpe y porrazo se convierte en el nuevo jefe.

—¿De verdad cree que será eso lo que haga?

—¿Está de broma?

—Es decir, ¿será capaz de entender esa lógica?

—Esas cosas se llevan en el ADN. Como las ratas. Vendrá a todo correr. Que es lo que queremos.

—¿Por qué no le ha sorprendido más lo de Carson?

—Un palpito.

—¿Debido a qué?

—El Pequeño Joey dobló la guardia. No la triplicó. Sin embargo, le encanta aparentar. En la casa solo había dos personas. Kott y él.

—¿Por qué no Carson y él?

—La bala de París la disparó Kott. Lo dice la química. Confíe en mí. Este asunto solo tiene que ver con John Kott.

—No, tiene que ver con el G8.

—El G8 está a salvo. Confíe en mí también a ese respecto.

—No estará a salvo hasta que no detengamos a Kott. Solo queda él.

—El G8 jamás ha sido su objetivo —le aseguré.

—Entonces, ¿cuál ha sido?

—Necesito la información acerca del cristal.

—Se la daré. ¿Cuál es el objetivo?

—Uno que no cambia lo que hay que hacer a continuación.

—No vamos a hacer nada a continuación. Aún están hablando.

—¿Quiénes?

—Los comités.

—John Kott está en casa del Pequeño Joey. Es lo único en lo que tienen que pensar. Dígaselo de mi parte.

—Dirán que su credibilidad está dañada.

—Y yo les diré lo mismo que me decía mi madre cada vez que me ponía farruco: «Voy a contar hasta tres».

—¿Qué significa eso?

—¿Sabe usted contar hasta tres?

—Por supuesto.

—Demuéstremelo.

—Un, dos, tres.

—Hágalo como si contase el paso del tiempo —le pedí.

—Un segundo, dos segundos, tres segundos —dijo.

—¿Es así como se hace en Gales?

—Es como se hace en todo el mundo.

—Ni mucho menos. Nosotros decimos «mil..., dos mil...».

—Se supone que debe sonar como un reloj. Que es como suena mi método. Segundos, segundos, segundos. Como el reloj con péndulo que hay en el salón de toda abuelita.

—Qué bonito.

—¿Adónde quiere llegar?

—John Kott está en casa del Pequeño Joey.

Bennett se quedó callado un instante, miró hacia la esquina de la caseta y dijo:

—Deberíamos pedirle al señor White que confirme ese rumor descabellado.

El bueno de Charlie se echó para atrás un poco cuando oyó aquellas palabras. Sin duda, de vez en cuando los Chicos de Romford tenían que hacer preguntas a fuentes

reacias a responder y, también, sin duda, usaban para sacárselas métodos que comprendían todo el espectro: desde brutales hasta letales. Y era evidente que no esperaba que un agente del gobierno fuera a ser más tolerante.

El galés se le acercó y se quedó observándolo un rato largo. Luego sacó una navaja automática del bolsillo. De muelles. Una quitapenas en argot local. Pulsó el botón y la hoja salió de golpe, con un chasquido seco. Toda una antigüedad, probablemente. Eran ilegales hacía tanto tiempo que resultaba difícil encontrar una buena. Balanceó la empuñadura en el pulgar, con los cuatro dedos a lo largo de la cacha superior, y le acercó la hoja a la mejilla, como si fuera un barbero a punto de empezar a afeitar con una hoja recta.

Charlie White se echó hacia atrás, hasta que su cabeza chocó con la pared.

—¿Va a quedar constancia de todo esto? —preguntó Casey Nice.

—No se preocupe —le respondió Bennett.

Metió la punta de la hoja por detrás de la cinta americana con la que le habíamos rodeado la boca. Levantó un poco la cinta y la sostuvo con la uña. Le hizo un corte de algo más de medio centímetro y volvió a empezar, levantando, sosteniendo y cortando. Algo más de medio centímetro cada vez. Hasta que la cortó de arriba abajo. Con la navaja levantó una solapa, que cogió con el índice y el pulgar de la mano izquierda. Acto seguido, la despegó de los labios. Ni despacio ni rápido, como una enfermera que cambia un vendaje. Charlie tosió y se llevó la boca al hombro para limpiársela.

—¿Quién está viviendo en casa del Pequeño Joey? —le preguntó Bennett.

—No lo sé —respondió Charlie.

El galés no había cerrado la navaja. Charlie seguía teniendo las manos atadas a la espalda. Estaba tan agazapado como podía contra la esquina de la caseta. No podía moverse.

—Vende armas a todo tipo de matones del país —le dijo Bennett—. Trafica con heroína y cocaína. Le presta a un hombre con bocas que alimentar cincuenta libras, pero o le devuelve cien o le rompe las piernas. Trae adolescentes de Letonia y Estonia, y las exprime hasta la última gota de jugo, y cuando están secas se las entrega al Pequeño Joey. Así que, en una escala del uno al diez, ¿qué probabilidades hay de que a alguna persona, a lo largo y ancho del planeta, le importe una mierda lo que yo le haga a continuación?

No respondió.

—Necesito una respuesta, señor White —dijo Bennett—. Para que nos entendamos. En una escala del uno al diez. Donde diez es «muy probable» y cero «nada probable». Diga un número.

No respondió.

—Ah, ya entiendo —prosiguió—. No sabe qué responder. Porque es una pregunta con trampa. La escala tendría que ser más baja. A ninguna persona, a lo largo y ancho del planeta, le va a importar una mierda. A ninguna. Aunque tampoco se van a

enterar. Mañana estará usted en Siria o en Egipto, o quizás en la bahía de Guantánamo. Las reglas han cambiado. Sabemos que su organización está dando cobijo a un francotirador que planea disparar al primer ministro británico y al presidente estadounidense. Es usted el nuevo Osama Bin Laden. O, como poco, el nuevo Khalid Sheikh Mohammed.

—Eso es una gilipollez —soltó Charlie White.

—¿El qué?

—Todo. Jamás permitiría que disparasen al primer ministro.

—¿Por qué?

—Le voté.

—¿Quién está viviendo en casa del Pequeño Joey?

—No sé quién es.

—Pero sabe que hay alguien.

—Pero nunca lo he visto.

—Ha matado a Karel Libor para usted —le dijo Bennett—, le ha procurado una gran suma de dinero, le ha persuadido para que se diera la mano con los serbios y le están proporcionando ustedes alojamiento y seguridad veinticuatro horas al día, y me quiere hacer creer que, con un trato de esa magnitud, ¿nunca ha hablado con él cara a cara?

No respondió.

—Pues yo diría que han hablado largo y tendido —continuó Bennett—. Diría que está usted al tanto de todos los detalles. Incluido quién es el objetivo.

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Charlie.

—¿Qué parte de «bahía de Guantánamo» no ha entendido? —le preguntó Bennett.

No respondió.

—Hablemos hipotéticamente, entonces —prosiguió Bennett—. Por ahora. Si alguien en su situación se viera envuelto en un trato de ese tipo, ¿no cree que querría aprobar ciertos detalles?

—Pues claro que querría. Hipotéticamente.

—¿Incluido el objetivo?

—El objetivo en especial.

—¿Por qué?

—Tendría que ser admisible.

—¿Qué no lo sería?

—Mujeres y niños, qué duda cabe. Y la Casa Real.

—¿Y el primer ministro?

—Eso sería dar un paso muy grande. Yo diría que esa gente de la que habla, hipotéticamente, ni siquiera se acerca a políticos de esa envergadura.

—¿Solo se atreve con los de andar por casa?

—Hipotéticamente.

—Así que sabe cuál es el objetivo. Porque ha dado su beneplácito.

No respondió.

—Es como una de esas cuestiones filosóficas que dejan caer los periódicos y sobre las que la gente debate después —dijo Bennett—. Suponga que tiene hasta el amanecer para encontrar la bomba. ¿Hasta dónde llegaría, tanto en términos legales como éticos?

No respondió.

—¿Cuál es el objetivo, señor White?

No respondió. Miraba a Bennett, me miraba a mí, a Bennett de nuevo, una y otra vez, con una especie de súplica en la mirada, como si quisiera permiso para darnos una respuesta diferente a cada uno de los dos.

—Déjelo por ahora, Bennett —dije—. No cambia lo que hay que hacer a continuación.

El galés me miró, miró a Charlie y miró a Casey Nice; después se encogió de hombros y volvió a donde estaba al principio: junto a la ventana. Y justo cuando llegó allí la puerta reventada se abrió de golpe y un hombre con una pistola entró en la caseta seguido de inmediato por otro. Y, de pronto, aquello estaba abarrotado de gente, y aún se puso peor la cosa. Apareció una pierna del tamaño del tronco de un árbol, y una rodilla doblada, y un descomunal hombro, y una espalda doblada, y una cabeza agachada, justo por debajo del dintel, donde ponía «Club de bolos». Y allí teníamos al Pequeño Joey delante, en la caseta, de pie, dos metros diez de altura, con el tejado a un agua enmarcando su cabeza y sus hombros descomunales.

La desmesurada corpulencia del Pequeño Joey empujó hacia delante a sus dos matones y no nos quedó sitio para retirarnos, así que acabamos todos apretujados, como en un vagón de metro, lo que supuso que estableciéramos contacto pronto y que uno de los que acompañaba al titán se pegara a Casey Nice, la agarrara del codo y se pusiera detrás de ella, lo más probable es que apuntándola con una pistola en la espalda, y que el otro machaca hiciera lo mismo con Bennett, con lo que me quedé sin ángulo de tiro. Dejé la Glock en el bolsillo. Lo único que podía hacer era intentar evitar que me diera un calambre en el cuello.

De cerca, el titán era peor de lo que me temía. No se parecía en nada a los atletas que había visto, años atrás, en las visitas que jugadores de fútbol americano o baloncesto universitarios hacían al campus de West Point. Aquellos tipos eran inmensos, pero callados y concentrados y, por encima de todo, contenidos, como cuando es el lóbulo frontal el que te dirige. Pero él no tenía ese aspecto. Era lo opuesto a un tipo bajito y nervioso, pero le daban los mismos espasmos. Como si estuviera trastornado. Tenía los ojos hundidos y el labio inferior le colgaba por encima de donde debería haber estado la barbilla. Tenía saliva entre los dientes. No dejaba de zapatear con el pie derecho. Tenía la mano izquierda cerrada con fuerza y la derecha abierta a más no poder, rígida.

Miró a Charlie White primero y apartó la vista. Miró a Casey Nice de arriba abajo; luego, a mí, lo mismo, de arriba abajo, y luego, a Bennett a los ojos, y le dijo:

—¿Creíais que no me había dado cuenta de lo del tablón de la valla? ¿Y de lo del árbol? ¿Creéis que soy idiota? ¿Creéis que sois los únicos que se pueden permitir prismáticos con visión nocturna? Creíamos que os habíais ido pero, aun así, hemos venido a comprobarlo. ¡Y mirad con qué nos encontramos!

Bennett no dijo nada. Reconocí a los dos matones del Pequeño Joey. Eran dos de los que estaban en el aparcamiento del supermercado. Del cordón de seguridad que salió del Jaguar negro. Dos de los cuatro. La flor y nata. Al lado de su capitán parecían seres humanos en miniatura. Supuse que los otros dos estaban fuera. Chupando frío, a oscuras. Supuse que el conductor seguía en el Bentley, en la otra punta del sendero de casi un metro de ancho. Metí las manos en los bolsillos. En el derecho tenía la Glock, y en el izquierdo, el cuchillo de linóleo. Miré por la ventana, los vagos contornos de la calle, a unos trescientos cincuenta metros, y deseé con todas mis fuerzas que Kott no tuviera una mira con visión nocturna para el fusil. Podría haber elegido cuál de los ojos atravesarme.

Detrás de mí, Charlie White dijo:

—Joey, sácame de aquí, ¿quieres?

Pero el titán no respondió, lo que me hizo albergar cierta esperanza. Puede que estuviera dando el primer pasito por un camino que a nosotros nos llevaría a un destino propicio. «Esas cosas se llevan en el ADN. Como las ratas».

—Están armados, Joey —le dijo Charlie—. Tienen pistolas y cuchillos.

El Pequeño Joey asintió, dos centímetros y medio hacia arriba y dos centímetros y medio hacia abajo, pero que parecieron milímetros, dado su tamaño. El que tenía a Bennett le soltó y empezó a cachearle. Encontró la navaja automática, ahora cerrada, y una SIG-Sauer semiautomática, una P226, me pareció ver, la preferida de las Fuerzas Especiales de todo el mundo. Acto seguido, el que tenía a Casey Nice hizo lo mismo y encontró la Glock, el cuchillo de linóleo y, por último, el botecito de pastillas, con su único ocupante repiqueteando con discreción. El Pequeño Joey alargó la mano, del tamaño de la tapa de un cubo de basura, y el matón le dio el bote, que sostuvo entre un pulgar y un índice enormes. Se lo acercó a los ojos.

—¿Quién es Antonio Luna? —preguntó.

Vacilante, Casey Nice acabó diciendo:

—U-un amigo mío.

—¿Eres adicta?

Tardó un instante en responder.

—Intento que no se convierta en una adicción —dijo.

Lo abrió con la uña, del tamaño de una pelota de golf, y la tapa cayó al suelo. Y vació el botecito en la palma de su mano, donde la solitaria pastilla parecía diminuta.

—¿La quieres? —le preguntó.

Casey Nice no respondió.

—¿A que sí?

No respondió.

—La quieres, ¿verdad?

No respondió.

El Pequeño Joey se llevó la palma a la boca con rapidez y se tragó la pastilla.

Tiró el botecito al suelo.

—Venga, Joey —le apremió Charlie White.

El titán adelantó un brazo del tamaño de la rama de un árbol y apartó a los suyos a uno y otro lado, con lo que uno apretó a Casey Nice contra la pared, y el otro, a Bennett contra la ventana, al tiempo que les pasaban el brazo alrededor del cuello y quedaban a la vista las pistolas con las que me apuntaban: Brownings GP-35 belgas.

Saqué las manos de los bolsillos.

El Pequeño Joey se puso de lado y pasó entre sus matones de una sola zancada monstruosa y se quedó parado frente a mí, cara a cara. O cara frente a clavícula, mejor dicho.

Medía quince centímetros más que yo. Y era quince centímetros más ancho de hombros. Todo músculo y hueso. Pero no era uno de esos culturistas. Un tipo normal, solo que muy fuerte e hinchado de manera uniforme, como su casa. Olía a sudor, acre y ácido, y le latía una vena en el cuello. Lo que activó a golpes las zonas más ancestrales de la parte trasera de mi cerebro, en especial, la más ancestral de todas, la que nos ha mantenido a salvo durante siete millones de años —y los que nos

mantendrá—. El instinto de huir, y el mío me decía que saliera cagando hostias de allí. Pero no lo hice. No tenía por dónde. Detrás de mí había una pared, tenía otra a la derecha, otra a la izquierda y al Pequeño Joey delante. Lo miré a los ojos y, a pesar de las sombras que proyectaban sobre ellos aquellas cuencas profundas, vi que una de las pupilas se ponía casi del tamaño de una moneda de dos céntimos y la otra no era sino un mero puntito.

—¿Qué más estás tomando, Joey? —le pregunté.

—Cállate —me dijo.

Levantó las manos. Tenía los dedos largos y gruesos. Pero no como salchichas. Habría sido una mala descripción. Eran más anchos y más duros. Se parecían más a latas de refrescos con nudillos y las puntas eran el doble de anchas que las mías, y las uñas, el doble de grandes.

Metió esas puntas de los dedos en los bolsillos de mi chaqueta y rebuscó hasta bien adentro, diez centímetros, quizás, acercándose a mí, respirándome encima, y me arrancó el forro de los bolsillos. La pistola y el cuchillo cayeron al suelo con estrépito. Los pisó y los deslizó por detrás de él. Luego dio media vuelta y volvió a la puerta, con otra única zancada monstruosa.

—¡Joey, no me dejes aquí! —le espetó Charlie White.

El Pequeño Joey cambió el peso de un pie al otro y el suelo crujió, lo que provocó que la linterna se cayera y rodara, y proyectara su rayo de luz entre nuestros tobillos. Charlie White empezó a moverse, impaciente, intentando librarse de la cinta de las muñecas. El capitán tenía cosa de segundo y medio para tomar una decisión. Si tardaba más, no habría vuelta de hoja. Los lazos de la confianza se romperían. La desconfianza se instalaría ya para siempre entre ellos. Charlie jamás olvidaría que a su subordinado se le había pasado por la cabeza justo lo que yo le había bosquejado a Bennett.

Segundo y medio. Tomó la decisión incorrecta.

Giró su titánica cabeza y gritó a los de fuera.

—Entrad y llevaos al señor White a casa.

Lo que era imposible, al menos mientras él estuviera bloqueando la puerta. Así que volvió a agachar la cabeza, a encorvar los hombros, a doblar la espalda, a doblar las rodillas y salió con esfuerzo de la caseta, de lado. Primero la pierna derecha, agachándose, luego la pierna izquierda. Y, de pronto, ya no estaba.

Los que sujetaban a Casey Nice y a Bennett seguían alerta, con el brazo alrededor de su cuello y la pistola en diagonal, lista para la acción, ni apuntándolos a ellos ni a mí, sino a medio camino entre ambos. Miré a Bennett y le pregunté:

—¿Cómo se llama ese nuevo equipo en el que le han puesto?

El que lo estaba agarrando me dijo de malos modos:

—Cállate.

—Oblígame —le dije.

Cosa que no hizo. No estaba autorizado a intervenir, supuse, excepto en caso de emergencia. Porque sin una emergencia de por medio, nuestro destino y el camino por el que nos llevaran a él lo decidirían las altas instancias, más tarde.

—Lo cierto es que no tenemos nombre —me contestó Bennett—. Aún no. Pero, de momento, todo va fluido.

—¿Trabajan las Fuerzas Aéreas con ustedes?

Asintió.

—Integradas al cien por cien.

—¿Podría conseguir que voláramos con ellos?

—¿Para llevarlos a casa?

—A Fort Bragg.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo sería genial. Pero digamos que dentro de un par de horas.

—Es usted optimista.

—Intento no perder la sonrisa, pase lo que pase.

—¿No les pone O'Day un avión?

—Quiero volar con la RAF —le dije—. Se lo cambio por conocer a la reina.

Entonces entraron los otros dos, pasaron entre todos y ayudaron a Charlie White a ponerse en pie. Le cortaron la cinta de las muñecas y de los codos con un cuchillo. El jefe se frotó los brazos y movió los hombros para activar la circulación, después se estiró. Ya no era un rehén, sino que volvía a ser un líder criminal, lleno de energía, fuerza y seguridad en sí mismo. Me miró y me dijo:

—Has perdido, chico. Es una pena. Porque ahora es cuando entra en vigor la sentencia de muerte.

Miré fuera, hacia el campo de bolos, a la calle oscura que había a unos trescientos cincuenta metros. ¿Estaría observándonos Kott? Imaginé la ventana de un vestíbulo, un cincuenta por ciento más alta y ancha que las ventanas de los vestíbulos de los demás, con un trípode detrás de ella y un par de binoculares con visión nocturna, comprados por internet, quizás, o robados de un almacén militar de cualquier punto de Gran Bretaña o Europa. Y a Kott agachado tras ellos, con los ojos en los anillos de goma, mirando más allá de donde había estado la valla, de donde había estado el árbol; viendo todos los detalles con precisión plateada. Pero el campo de visión era estrecho. Nosotros podíamos ver la casa y él podía ver la caseta, pero ninguno alcanzaba a ver mucho más.

Lo que estaba bien.

¿Qué escucharía a trescientos cincuenta metros de distancia? La Browning GP-35 era una 9 mm y, al igual que todos los productos de la Fabrique Nationale, estaba muy bien hecha, por lo que no haría más ruido del imprescindible. Pero lo oiría. A trescientos cincuenta metros y a aquellas horas en un barrio residencial, los disparos se oirían.

Seguro.

Probablemente.

¿Tendría una mira con visión nocturna para el fusil?

—Charlie, espera —dije.

El jefe se detuvo y dio media vuelta, y le pegué un puñetazo en la cara, un derechazo colosal, con los dos pies bien apoyados en el suelo, con todas mis fuerzas, en parte porque no me caía nada bien y en parte porque tenía que llegar sin dilación hasta el tipo que sujetaba a Nice. Que vino a ser lo que sucedió. Le di justo en la nariz, cosa que no tenía mérito porque se trataba de un objetivo bien grande, y sentí que el puñetazo le traspasaba, que iba incluso más allá. El peso de su cuerpo tiró de él hacia abajo y apartó la cabeza como un latigazo de delante de mi mano, que aún se movía. Y noté que el impulso me empujaba, con el hombro por delante, a la altura de Casey Nice primero, y a la del que estaba detrás de ella después.

En aquel momento éramos ocho en la caseta, y lo bueno de pelear en un sitio tan estrecho, con una linterna dando vueltas por el suelo, eran todos los empujones, tirones y tropezones a los que daría pie un combate cuerpo a cuerpo casi a oscuras, lo que haría casi imposible atinarle a nada, en especial con el jefe por en medio, a punto de convertirse en un daño colateral, en particular porque Bennett ya estaba forcejeando con uno de los matones, y yo, con otro. Casey Nice sabía muy bien lo que estaba sucediendo y se quitó de en medio como un espectro, pero no sin antes sacarle partido al poco espacio que ocupaba, dándole un rodillazo en los huevos al suyo mientras se giraba. Lo que me resultó de considerable ayuda, porque hizo que la cabeza del fulano estuviera descendiendo justo cuando mi codo ascendía, lo que multiplicó por dos la potencia del golpe y me permitió ponerme de inmediato con los escoltas de Charlie que, a aquellas alturas, todavía tenían las manos vacías y se estaban yendo, convencidos de que el jefe los seguía de cerca, cosa que, en efecto, así había sido hasta que había caído redondo.

Uno de ellos puso los puños como un boxeador, bastante altos, por lo que le golpeé en la tripa que, de hecho, era un golpe mucho mejor en un espacio tan reducido, un golpe fuerte al cuerpo, sin necesidad de extender el brazo. El otro se me echó encima como si fuera a darme un abrazo de oso, lo que habría sido un movimiento razonable si hubiera conseguido llevarlo a cabo pero, por atestado que esté un espacio cerrado, siempre hay sitio para pegar un cabezazo, que impactó en el objetivo con un chasquido. Una fuerte crispación de los músculos a cambio de un par de centímetros de impulso. Cayó al suelo y me giré hacia el tipo al que había golpeado en la tripa, le solté un rodillazo bajo el mentón y también cayó al suelo. Debían de haber pasado tres segundos, muy ruidosos, sí, pero no me preocupaba que el Pequeño Joey entrase, en parte, porque era imposible que lo hiciera de prisa por ninguna puerta de tamaño normal y, en parte, porque, aunque lo consiguiera, no iba a preocuparme por él de inmediato.

Había una cosa que sabía de él.

Bennett se las estaba arreglando muy bien. Tenía el pulgar metido en el ojo a su contrincante y con la otra mano estaba deformándole la garganta a un segundo matón. En el sentido más literal de la palabra. Tenía las yemas de los dedos en el cuello, agarrándole la laringe, estrujándosela y desgarrándosela. No habían gobernado el mundo porque fueran amables. Y me estaba quedando muy claro. Recogí la linterna y esperé a que el del galés cayera redondo. Después busqué por el suelo y por las chaquetas de los tipos que se habían desmayado, y encontré nuestras tres pistolas y cuatro Browning GP-35 idénticas: las de los matones del titán. Las Browning eran un modelo reciente, con las mejoras de seguridad para ambidiestros. Más seguras, más complicadas de disparar. Estaban cargadas hasta arriba. Ahora bien, la recámara estaba vacía. Habíamos estado más a salvo de lo que había supuesto. Las repartí, una para cada uno, y a la cuarta le quité el cargador y se la di a Casey Nice para que se la guardara en el bolsillo.

—Vamos a por el Pequeño Joey —dije.

Di media vuelta y me dirigí a la puerta, pero Bennett me agarró del brazo y me dijo:

—No podemos salir. Y menos con una linterna. Seremos objetivos fáciles.

—No nos pongamos a pensar demasiado —le contesté.

El galés miró a Casey Nice, suplicándole en silencio, como si me considerase un demente.

—Seguro que no nos pasa nada —dijo ella.

Sonreí. Ella también se había dado cuenta. Lo más probable era que a raíz de lo del botecito de pastillas.

—No va armado —dije—. Téngalo por seguro.

—¿Cómo vamos a estar seguros? —soltó Bennett.

—Porque no ha disparado una pistola en su vida adulta. Ni una escopeta, ni una carabina de aire comprimido, ni ninguna otra arma del estilo.

—Insisto, ¿cómo está tan seguro?

—Porque no hay gatillo en el mundo tan grande como para que le quepa el dedo. Jamás conseguiría meterlo. Es imposible, no hay manera. No ha tocado un gatillo desde que tenía, digamos, siete años. Y me apuesto lo que sea a que incluso entonces le costaba que le cupiese el dedo. Ahora mismo está ahí fuera, en el solar, desarmado, mientras que nosotros tenemos ciento cuatro balas y una linterna.

La linterna la llevaba Casey Nice. Yo, una pistola en cada mano, digamos que porque no iba muy sobrado de bolsillos. Bennett iba detrás de nosotros, zigzagueando, vigilando la retaguardia, vigilando los flancos. Casey Nice movía el haz de luz a uno y otro lado, muy rápido, pintando la noche, iluminando los objetos como un estroboscopio, dejando que fuera la persistencia de la visión la que imaginara el resto, como si fuera un ejercicio de rellenar los huecos.

Ni rastro del Pequeño Joey. Al principio. La linterna iluminó buena parte del sendero de algo menos de un metro de ancho, y allí no estaba. Y si hubiera echado a correr hacia él, tendría que haber estado. Porque, desde luego, una vez dentro no podría haber corrido. Habría tenido que seguirlo de lado, desplazando los pies en lateral, lo que lo habría obligado a ir despacio. Miramos en la esquina en la que me había quedado esperando a Bennett, pero allí tampoco estaba. Miramos en la esquina contraria. Tampoco.

Nos quedamos callados y escuchamos. No se oía nada. El fulgor amarillento seguía iluminando el cielo, pero las casas que nos rodeaban estaban más a oscuras. Llega un momento en que la gente se acuesta. Y apaga la luz. Los niños ya estaban en la cama. Dentro de muy poco estaríamos rodeados de gente durmiendo. Aquí y allá yo veía el parpadeo azulado de la televisión de algún noctámbulo, que lo más probable era que estuviera viendo una película, un partido de fútbol o un documental, que ojalá fuera esclarecedor en el plano educativo porque, desde luego, en el visual no estaba siéndolo. Intentábamos cazar un titán a oscuras. Y no llegábamos a ninguna parte.

Hasta que hice en cuarto lugar lo que tenía que haber hecho en el primero, que era ponerme en su pellejo, pensar como él, ser como él, aunque solo fuera durante unos instantes. ¿Qué habría hecho yo? Sin armas, sin guardaespaldas, con el chófer demasiado lejos para pedirle ayuda, sin poder huir por el sendero porque habría ido demasiado lento. Aunque no es que necesitase echar a correr, ni tampoco ayuda. Podía arreglármelas muy bien solo. Era el Pequeño Joey Green y lo había sido toda la vida.

Pero me gustaba tener público.

Cosa de la que allí estábamos escasos, al menos en aquel momento en particular. El mundial de bolos sobre hierba no se estaba celebrando aquellos días. A nuestro alrededor la gente estaba cerrando las cortinas y los ojos. Solo había un lugar en el que podría tener público. A lo mejor. Un solo espectador, sí, pero entregado. Un aliado, quizás, incluso un amigo a aquellas alturas. Hasta podría ser que el Pequeño Joey lo considerase ya un colega.

Puede que John Kott estuviera observando a través de los binoculares con visión nocturna.

O de una mira de precisión con visión nocturna.

Le hice una señal a Casey Nice, que apagó la luz, y avanzamos muy poco a poco hasta el extremo más alejado de la caseta, a la altura de las ventanas, lo que significaba que estábamos a uno o dos grados de la misma vista que habíamos tenido con los binoculares y desde la que se veía el campo de césped tan bien cuidado. Solo que esta vez el Pequeño Joey estaba justo en medio. El titán, a solas bajo el nocturno cielo amarillo, bailando, balanceando las caderas, moviendo los pies, agitando los brazos arriba y abajo, y girando la cabeza de lado a lado.

Entendí enseguida qué pretendía, el cómo y el porqué. Era una especie de astucia animal. Una especie de inteligencia de roedores. «Esas cosas se llevan en el ADN. Como las ratas». No empuñaba ningún arma. ¿Cómo podía neutralizar las nuestras? «Dentro de muy poco estaríamos rodeados de gente durmiendo». «Los niños ya estaban en la cama». Bailaba para que falláramos el tiro. Cosa que no podíamos permitirnos. Allí no. No es que fuéramos a fallar. Acertaríamos noventa y nueve de cada cien veces. O un poco más. «Es como una de esas cuestiones filosóficas que dejan caer los periódicos y sobre las que la gente debate después». ¿Qué porcentaje de probabilidad necesitaría una persona responsable para disparar? Porque, aunque acertáramos, la bala podría atravesarle. El tejido blando del cuello, por ejemplo, no detendría la bala. Siguiente parada: un dormitorio pintado de azul o de rosa. O la bala podría arañarle el hueso y rebotar en un ángulo impredecible, bajo y amplio. Y podría darle a un noctámbulo antes de que acabase el partido. Empate, quizás, y a punto de ir a la prórroga. Nunca sabría cómo había acabado todo.

¿Podía disparar? Claro que sí, joder. El Pequeño Joey era muy grande. ¿Debería hacerlo? ¿Con niños durmiendo a sus espaldas, a su derecha y a su izquierda, detrás de delgadas ventanas de cristal?

Volvimos a escondernos en las sombras y nos apoyamos en la pared de la caseta. Podíamos permitirnos dejarle bailando un minuto más. Quizá se cansara. Lo que nos sería muy útil. Confiaba.

Casey Nice y Bennett se deslizaron alrededor del terreno de juego hasta el lado más alejado por lo que parecía una pista de gravilla deteriorada. Puede que fuera por donde los árbitros corrían arriba y abajo. O «jueces», llámalos como quieras. Desconocía las reglas. Bennett se alejó más que Nice, hasta que los separaban unos seis metros, triangulando, de manera que a ambos les quedara la caseta justo detrás del titán. Así, si se veían obligados a disparar, porque no les quedaba otra, al menos había muchas posibilidades de que aquella madera de sesenta años detuviera los disparos fallidos. O, al menos, los ralentizara.

Yo no tenía bolsillos en la parte delantera, así que guardé las pistolas en los de atrás del pantalón. Luego entré en el terreno de juego. Avancé hacia la izquierda para

que el enorme volumen del titán quedara delante de su lejana casa y de las numerosas y excelentes posiciones de disparo de sus descomunales ventanas. Algo más de trescientos cincuenta metros. Menos de un segundo. Fogonazo, «mil..., dos mil...», fin de la partida.

Yo caminaba despacio. Hacia el Pequeño Joey. Observó cómo me acercaba. Se alzaba amenazador bajo el fulgor amarillento. Vi un relampaguear, unos dientes cuando sonrió y retrocedió hacia la esquina más alejada del campo, dando los mismos pasos que yo, dirigiéndome, manteniéndome a tiro de la lejana casa. No era idiota. Con tres pasos que dio hacia atrás, salió de la zona de seguridad de Casey Nice, y con el cuarto, de la de Bennett. Noté que encorbaba los hombros y, en aquel silencio, oí el tintín que hacía el teléfono del galés al recibir un mensaje. Esperaba que fuera la información acerca del cristal. Lo que podría ser interesante. Siempre y cuando yo sobreviviera para leerla.

El titán miró hacia atrás para comprobar su posición, ajustó su alineamiento con la casa y se detuvo. Empezó a bailar de nuevo, saltando a uno y otro lado, inclinándose hacia aquí y hacia allí. Sus enormes pies estropeaban la perfecta hierba al caer sobre ella. Me dio la impresión de que el club de bolos se iba a cabrear de lo lindo. Esperé que tuvieran seguro. O una bolsa enorme de semillas.

—Escucha, Joey, la cuestión es la siguiente —le dije—. Tengo que entrar en tu casa. Sin que estés tú dentro, claro. La primera opción es que accedas ahora mismo.

—¿Y la segunda? —me preguntó.

—Te aconsejo que elijas la primera.

—El hogar de un inglés es su castillo.

—Eso lo comprendo. De verdad. Pero considérame un vikingo. O un saqueador. O un invasor de cualquier tipo. Voy a asaltar tu castillo. Si te interpones, saldrás mal parado.

—¿Y si eres tú el que sale herido?

—Me vendría bien tu ayuda. Podrías decirme dónde está Kott, y sus guardaespaldas, e indicarme los demás peligros. ¿Hay alguna alfombra suelta? ¿Alguna lámpara colgada demasiado baja? No quiero resbalarme y caerme.

—Estás muerto.

—Ah, ¿sí? ¿Acaso llevas armas?

No respondió.

—A mí me parece que no —le dije—. ¿Hay alguien más contigo, aparte de los cuatro que están en la caseta, inconscientes y con los huesos rotos?

No respondió.

—A mí me parece que no —repetí.

Seguía bailando, pero menos. Se movía a derecha, a izquierda, y yo me movía con él, manteniéndolo siempre entre la casa y yo. Lo tenía a un par de pasos, lo que significaba que él me tenía a mí a uno. Tan cerca como para preocuparme, dado lo rápido que lo había visto moverse en el aparcamiento del supermercado.

Se llevó la mano al bolsillo. A la derecha de su chaqueta. Una mano enorme. Un bolsillo enorme. Sacó un teléfono móvil. Se lo puso frente a la boca y dijo:

—Llama a Gary.

Luego se lo llevó a la oreja, como una persona normal. Tenía los dedos demasiado grandes para marcar. Su teléfono obedecía órdenes de voz. Y por lo visto funcionaba, porque alguien descolgó al otro lado.

—Gary, soy Joey —dijo—. Llámame dentro de diez minutos. Si no respondo, abandona la nave. Sálvese quien pueda. ¿Entendido?

Seguro que sí, porque el titán cortó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo. Después se quedó allí, de pie.

Mi madre tenía reglas para las peleas. Estaba educando a dos niños en bases de los marines, por lo que no podía prohibirles que pelearan. Pero podía freírlos a restricciones. La primera regla era de tipo práctico: «No se pelea cuando se lleva ropa nueva». Que, ironías de la vida, era mi caso en aquel momento. La segunda regla podía considerarse ética o moral, pero para mi madre era simplemente «lo que estaba bien», un concepto muy diferente en francés. Decía que nunca debíamos empezar una pelea. Ahora bien, la tercera decía que, de igual manera, tampoco debíamos perderla jamás.

Las dos últimas me suponían cierto conflicto cuando era pequeño. A veces tienes que pegar el primer puñetazo, porque si no lo haces no ganarás, jamás. Aquellas dos reglas me parecían incompatibles. Basándome en la experiencia. Eso se convirtió en un asunto importante en la familia. Teníamos discusiones de todo tipo al respecto. Corría la década de 1960 y mi madre era francesa. Acabó admitiendo que las reglas eran, en efecto, incompatibles. Así que quizás hubieran sido un test de Rorschach. ¿Eras un muchacho de la regla dos o de la regla tres? Mi hermano era un muchacho de la regla dos. Yo, de la tres. Por primera vez nuestros padres nos miraban de manera un tanto diferente. No sabíamos quién de los dos hacía bien. Nos enviaban señales equívocas. Eran personas decentes, pero también marines.

Yo era de los de la regla tres. «Nunca pierdas una pelea». Me había sido útil. Aunque supusiera tener que pisotear la regla dos de vez en cuando. A veces tienes que ser quien empiece la pelea. Como, por ejemplo, en aquel instante. Estaba claro que tenía que pegar al Pequeño Joey antes de que él me pegara a mí.

Y entonces me vino con:

—Soy un Chico de Romford.

—Alguien tiene que serlo, ¿no? —le dije.

—Mantenemos nuestra palabra. Para acercarte al señor Kott, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Pues va ser como ir al dentista. Si no me queda más remedio, voy.

—¿Crees que me vas a poder?

—Lo más probable.

—El señor Kott no me cae muy bien —me confesó.

—A mí tampoco —le dije.

—Pero soy un Chico de Romford. Mantengo mi palabra.

—¿Y?

—Hagámoslo interesante. —Y se quedó callado de repente, pensativo, como si hubiera encontrado la manera de resumir una explicación larga y tediosa. Se señaló el bolsillo—. Has oído la llamada, ¿no?

—Sí —le contesté.

—Gary es el jefe de equipo de esta noche. Del que protege al señor Kott. Ya has oído lo que le he dicho. Si respondo a su llamada significará que estás fuera de combate y que podemos seguir con lo nuestro como de costumbre. Soy un Chico de Romford y habré mantenido mi palabra. Pero no quiero que los míos tengan que encargarse de esta mierda si no estoy yo para supervisarla. Así que, si no respondo, se esfumarán y el señor Kott será todo tuyo.

En un aula, y mediante algún método socrático, quizás hubieran podido desentrañar alguna de las implicaciones de las palabras del Pequeño Joey que, por lo visto, hablaban de afrontar grandes riesgos y se basaban en concepciones irreales de la lealtad, el honor y el sacrificio. O puede que le gustase pelear, sin más, y no consiguiera oponentes si no era pagando. En cualquier caso, no le presté más atención, porque dio un paso atrás y flexionó un poco las rodillas, como si estuviera esperando a que sonase la campana. Que debió de oír antes que yo, porque salió disparado contra mí de entre las sombras como si fuera una bola de demolición, el doble de rápido que en el aparcamiento del supermercado, con el codo derecho por delante, como un relámpago, lanzándolo de arriba abajo, una versión escalofriante del golpe que le había dado yo al de la furgoneta. Quería fulminarme a las primerísimas de cambio. «La única manera de enfrentarse a un codazo repentino es girarte, moverte hacia delante y recibirlo en la parte carnosa del brazo, la superior», que es lo que hice. «Lo que siempre resulta doloroso y a veces, incluso, te lo deja dormido», que es lo que sucedió. «Pero, por lo general, evita que te tumben», cosa que, en efecto, evitó.

Pero por muy poco. Trescientas ocho libras, en medidas y pesos locales, todas lanzadas contra mí con gran fuerza. Ante eso la única respuesta posible era deslizarse por su costado y ponerme detrás de él. Lo que me dejaba de espaldas a su casa, pero Casey Nice y yo habíamos convenido que en situaciones así me alumbraría con la linterna, poco rato, dos segundos, pues considerábamos que aquello sería suficiente para cegar cualquier mira con visión nocturna y me proporcionaría la ventaja de distraer al titán, aunque fuera un instante. Así que aproveché para soltarle un gancho de izquierdas en el cuello y un derechazo corto y rápido en el riñón, más fuerte de lo que le había pegado a nada en la vida, muy bien colocados. Después me retiré describiendo el mismo círculo amplio, de manera que si Kott disparaba a ciegas, le diera al Pequeño Joey en vez de a mí y, además, para comprobar cuánto daño le había causado.

Que no había sido mucho. Lo que no resultaba alentador. El tamaño no importa. No en sí mismo. Los tipos de los que de verdad tienes que cuidarte son esos que se hinchan tanto que acaban no sintiendo el dolor. Algo tendrá que ver con la química. El cuerpo es incapaz de decirles que paren. En ese caso, el tamaño sí que importa. Y mucho. Y, claro, era el caso del Pequeño Joey. Le había dado dos golpes, dos golpes muy buenos, pero no solo seguía en pie, sino que ni siquiera le había borrado la sonrisa de los labios; seguía sacándome quince centímetros de altura y pesando casi treinta kilos más que yo.

—Diez minutos, eso es lo que tienes —me advirtió—. Un poco menos ahora, supongo.

Lo dijo con cara de felicidad, como uno de esos antiguos púgiles profesionales

que luchaban sin guantes, un hombre del siglo XIX suelto por el XXI, un londinense, como uno de esos personajes de pelis basadas en obras de Charles Dickens. Un tipo joven al que le gustaba lo viejo, anticuado hace tiempo. Un mero rompepiernas, nada más. Mientras tanto, la parte trasera de mi cerebro me decía que siguiese golpeándole en el riñón derecho, con la esperanza de que, por accidente, le rompiera el móvil que llevaba en el bolsillo y Gary no obtuviera respuesta, lo que les facilitaría la misión a Casey Nice y a Bennett.

El Pequeño Joey movía los pies. Un púgil, sí, pero no de los buenos. Me lanzó un gancho derecho que vi venir a kilómetros y me agaché, abajo y arriba, como cuando haces sentadillas en el gimnasio, y su puño zumbó por encima de mi cabeza. El impulso le obligó a describir una curva, lo que significaba que su riñón derecho venía directo hacia mí, así que volví a golpeárselo, otro rechazazo corto y rápido, un puñetazo colosal, un puñetazo capaz de quebrar un árbol joven o matar a un mulo en el acto. Entre mis tres mejores de todos los tiempos, que ya era decir. Y sufrió todos los efectos mecánicos correspondientes. Se dobló con violencia hacia atrás por efecto de la fuerza del golpe, soltó un ¡ufff! cuando la sacudida le llegó a la parte trasera de los pulmones, se tambaleó y una pierna se le puso rígida.

Pero no cayó al suelo aullando de dolor, que es lo que debería haber pasado. Una persona normal estaría en coma. Todos los órganos internos en llamas, como si le hubieran clavado un millón de cuchillos en la espalda, sin aire suficiente para gritar. Pero aquel titán solo había resollado una vez y se había retorcido como un quiropráctico aficionado antes de volver a ponerse en guardia. Puede que el Zoloft le estuviera echando un cable. Nota mental: preguntarle a Casey Nice cuáles eran los beneficios físicos.

Así que cambié de plan y pasé a una guerra de movimientos. Si no podía derribarle, quizá consiguiera que se cayera solo. Porque la partida no acabaría hasta que no estuviera tendido sobre la hierba. No había otra forma. Lo había aprendido cuando era niño. Bailé para aquí, para allá, a su alrededor y vuelta atrás, ridículamente torpe para los estándares boxísticos pero, a su lado, y por una vez en la vida, yo era el pequeño, el que se movía arriba y abajo, el que zigzagueaba y soltaba picotazos.

La hierba estaba blanda y él pesaba mucho, por lo que trastabilló en tres ocasiones. Seguí moviéndome con rapidez, en especial por Kott, y en parte por la inexacta teoría que defiende que, en todo combate, el grandote se cansa antes. Dimos vueltas y revueltas y, en un momento dado, sus pies quedaron por detrás de su cuerpo durante medio segundo y entonces lancé un codazo, que bloqueó como yo había hecho con el suyo, lo que nos alejó y me obligó a empezar de nuevo.

Cambié de plan por segunda vez. Tampoco iba a caerse solo. Iba a necesitar ayuda. Y me alegraba de poder proporcionársela. Y me alegraba más y más por momentos. «¿Crees que me vas a poder?». Puede que Scarangelo tuviera razón. «No soportaba que lo desafiases». Aunque eso tampoco era exacto. No tenía que ver con

el desafío. Tenía que ver con el rival, siempre. Joey Green no me caía bien. En parte por las razones que eran de cajón, como lo de las quinceañeras de Letonia y Estonia y el hombre con bocas que alimentar, pero también por otras, ancestrales y salvajes, ya que por cada año que los humanos llevamos siendo modernos, hemos sido primitivos setecientos, lo que te deja un poso, y para ese momento del combate la parte trasera de mi cerebro tenía el control absoluto. «Mi tribu quiere que te vayas, amigo. Y, además, eres feo. Y un mierda».

Bailé hacia la derecha, hacia la izquierda, y aposté por la pierna que se le iba quedando atrás, a cuya rótula le solté un taconazo, en el mismo ángulo y con la misma extensión de la pierna que usaría para reventar la cerradura de una puerta, pero más fuerte que contra ninguna de las que había pateado en la vida. Juntas. Puede que su respuesta al dolor estuviese trastornada, pero el hueso es hueso y, si se rompe, se rompe, que es lo que le pasó al suyo. Noté el chasquido a través del zapato. Pero la rótula no es un hueso estructural. Y no se cayó. Por el contrario, avanzó con la pierna buena y me golpeó en el pecho, otro gancho de derechas, pero más rápido, demasiado para verlo venir, y que me tiró al suelo y me dejó jadeando, tosiendo e intentando respirar, girar sobre mí mismo y ponerme a cuatro patas. Cosa que conseguí, y me hice a un lado antes de que me matara de una patada, con la rótula destrozada o sin ella.

A esas alturas de la pelea estaba embravecido, y al verme en el suelo vino a por mí con desorden y confusión, con algún que otro renqueo en la zancada, quizá, pero en tropel. Tanto que me obligó a escabullirme a todo correr. Me puse de pie, lo esquivé y empecé de nuevo. Se me habían acabado los planes y me quedaban unos seis minutos. Seguí moviéndome, sin quitarme su casa de la cabeza, maniobrando siempre y, en un momento dado, conseguí que se retorciera tanto que aproveché para darle otra patada en la rótula rota, fuerte, toda una infracción por exceso de velocidad, que, no obstante, tuvo un precio, porque me soltó un revés, puede que solo como reacción furiosa, puede que tras calcular con cuidado dónde iba a encontrarme, pero con el que, en cualquier caso, ganó la apuesta. Me sacudió tal manotazo en la frente que sentí como si me estampase a toda velocidad contra las cuerdas de un tendedero de ropa.

Caí de espaldas cuan largo era, pero los golpes que le había dado en la rodilla me salvaron la vida. No podía darse la vuelta. Era incapaz de encontrar la manera de hacerlo. Tenía la articulación hecha puré. Puede que no le doliera, pero la ingeniería es la ingeniería. Me incorporé como pude y tuve que apoyarme para ponerme en pie. Me quedé parado un segundo, con las manos en las rodillas, resollando, sorprendido, sin poder creer lo que veían mis ojos, como un ordenador incapaz de procesar la orden que acabas de darle. Lo había golpeado en cinco ocasiones: un zurdazo, dos rechazos, dos patadones a la rodilla, y el tipo seguía en pie. Y el segundo rechazazo habría tumbado a cualquier ser humano. O caballo. O gorila. O elefante.

Tenía un problema.

Entonces me acordé del partido de fútbol que debían de estar viendo los noctámbulos y miré la hierba, suave, lisa y uniforme, resbaladiza por efecto de la niebla nocturna. El titán estaba de espaldas a mí. Tomé carrerilla, eché a correr, me tiré al suelo y me dejé resbalar de lado, con la cadera besando la hierba justo cuando mis espinillas golpeaban sus corvas, en ángulo; una clara falta en fútbol, merecedora de tarjeta amarilla, incluso de roja si había mala intención, como era el caso. Mucha mala intención. Lo seguí: corvas, tobillos y tacones. Salió volando por los aires y cayó de espaldas, echándole tanto teatro como una de esas consentidas estrellas futbolísticas europeas.

Después solo tuve que ponerme de pie, darme la vuelta, dar un paso largo, coger la Glock del bolsillo trasero, saltar, como un niño que se lanza emocionado y con las rodillas por delante sobre un montón de nieve, solo que esta vez no había emoción alguna y que el montón de nieve era la tripa del Pequeño Joey, y golpearlo también con la Glock, de manera que los tres puntos impactaran a un tiempo, en un triángulo perfecto: mi rodilla derecha, mi rodilla izquierda y la boca de la pistola. Que se clavó en su plexo solar con toda la fuerza de mi peso, ciento diez kilos en movimiento. Y apreté el gatillo.

Yo era de los de la regla tres.

En clase de ciencia forense lo habrían denominado «orificio de entrada aracniforme». El cañón había estado presionado con fuerza contra el cuerpo y, como es natural, la primera cosa en salir había sido la bala, que le hizo un limpiísimo agujero de nueve milímetros en la carne; pero que no aguantó limpio mucho rato porque lo siguiente en salir fue una explosión de gas, la cual no tenía otro sitio por el que ir que el orificio de la bala, que llegó hasta bien adentro del cuerpo del Pequeño Joey, cuerpo que, dado que no era tan duro como el cañón de acero de una pistola, dio pie a que el gas se hinchara de inmediato, a gran temperatura, hasta alcanzar el tamaño de una pelota de baloncesto que le reventó la piel en el punto de entrada. De manera que, después de que el gas se dispersara y el cuerpo recuperase su forma habitual, la herida parecía una estrella de cinco puntas.

La primera ventaja era que había muerto al instante. En esa zona, por el centro más o menos, dentro de un cuerpo humano había un montón de cosas. La columna, el corazón, los pulmones, arterias a porrillo. La segunda ventaja era que, si la bala lo había atravesado, lo único que habría matado a su paso serían lombrices de tierra. Puede que larvas de insectos parásitos también. En cuyo caso, el club de bolos tendría que agradecermelo. La tercera ventaja era que el interior del pecho del Pequeño Joey había amortiguado el sonido. Como si le hubiese puesto al arma un silenciador del tamaño de un barril de petróleo. Y lo había hecho muy bien. El sonido del disparo había sonado muy apagado.

No obstante, Bennett quería jugar sobre seguro. Se acercó y me dijo:

—Lo he oído.

—Claro que lo ha oído. Solo estaba a quince metros —le dije.

—Si lo he oído yo, lo han oído los vecinos.

Sacó el móvil y mandó un mensaje con una sola palabra.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Quiere decir que ha sido uno de los nuestros. Si alguien llama a la policía, le dirán que ha sido el petardeo de un motor o de un tubo de escape y que no se preocupe.

—¿Eso se puede hacer?

—Acabo de hacerlo.

—¿Desde cuándo?

—Algunos inconvenientes se eliminaron en las primeras etapas del proceso.

No dije nada.

El teléfono del Pequeño Joey empezó a sonar. Y a sonar. Y dejamos que sonara hasta que se calló.

—Hay que ir moviéndose —dije—. Tenemos que asegurarnos de que Kott no escapa con los guardaespaldas. Tenemos que vigilar el frontal de la casa. Pero más de cerca.

—La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta —dijo Casey Nice antes de ponerse a caminar en la dirección de la que venía la tormenta.

Y la seguimos por encima del tocón del árbol de un vecino y por el hueco en la valla de un vecino.

Yo diría que atravesamos ilegalmente unas cinco propiedades hasta quedarnos detrás de un muro ornamental, justo al otro lado de la calle en la que estaba la casa del Pequeño Joey. La teníamos en primer plano. Mucho mejor que observarla con binoculares, por buenos que fueran. Había un Jaguar negro en el camino de entrada. Las verjas estaban cerradas. La enorme puerta estaba cerrada. Tenía un buzón de latón, un picaporte y un embellecedor con una sola bocallave. Sin duda, una de esas sofisticadas cerraduras de varias palancas; la recomendada por las compañías de seguros del mundo entero, aunque el único seguro que Joey Green necesitaba era su nombre.

Justo entonces empezaron a abrirse las verjas y la enorme puerta se abrió también y por ella salieron cuatro individuos, espaciados uno detrás del otro, como paracaidistas tirándose de un avión. Parecía que estuvieran confundidos. Inseguros. Tropezaban, miraban a derecha e izquierda, uno poniéndose bien el abrigo, otro peinándose con los dedos. Se subieron al Jaguar, salieron por la verja y se largaron a toda velocidad, cada vez más lejos, hasta que los perdimos de vista. Habían dejado las verjas abiertas.

John Kott no salió. Ni después de un minuto, ni de cinco, ni de diez. Se iba a quedar dentro para resolverlo a golpes.

Miré a Bennett y le dije:

—¿Ha conseguido la información sobre el cristal?

—Está en francés —me contestó.

La dispuso en la pantalla de su teléfono móvil. Era la imagen escaneada de la fotocopia o el fax de un documento clasificado. Muy larga. Tuve que deslizarla con el dedo por la pantalla varias veces. Estampillada como documento de máximo secreto en varios puntos diferentes.

—¿Se autodestruye en cinco minutos? —le dije.

—No, pero puede que yo sí —me respondió.

—Gracias por conseguirlo.

—No hay de qué. Tan solo espero que le sea útil.

Estaba en francés porque el cristal es muy importante en Francia. Una manufactura exitosa cuya historia ha dado la vuelta al mundo. Copas de todo tipo y menaje de hotel, con énfasis en la eficacia industrial y en la resistencia. Podías lanzar el vaso de un restaurante francés como si fuera una pelota de béisbol y lo más probable es que no se rompiera. ¿Qué mejores antecedentes para avanzar, para ir un paso más allá, en la tecnología antibalas moderna? Un laboratorio de investigación y desarrollo parisino había aceptado el reto. Como siempre, la misión era combinar la transparencia óptima con la resistencia óptima. No tenía sentido poner a un presidente

detrás de un material seguro pero turbio. El efecto visual es importante. Las agencias de seguridad de los países principales de la OTAN habían contribuido con fondos. Los parisinos habían cogido el dinero y se habían puesto manos a la obra.

La primera sorpresa fue que no lo llamaban cristal antibalas. Lo llamaban «armadura transparente». La segunda, que no era cristal. Ni la más mínima parte de su composición. Los anteriores paneles antibalas eran laminados, compuestos por varias láminas de cristal recubiertas de policarbonatos suaves o de materiales termoplásticos. Algunas de las láminas eran duras y otras lo eran menos para favorecer la flexibilidad. Los resultados eran buenos, pero había dos problemas. Que, una vez montados, de canto parecían madera contrachapada. Y que el índice de refracción era diferente en el caso de cada capa, por lo que, dependiendo del ángulo, parecía que estuvieras mirando a través de seis piscinas. Un efecto visual imperfecto. No daba bien en televisión.

Así que los científicos le dieron la espalda al cristal y empezaron a hacer pruebas con el aluminio. Lo que me pareció rarísimo, pero en el campo de la química nada es lo que parece. La sustancia en cuestión era oxinitruro de aluminio, de la que explicaban que era una cerámica policristalina transparente con estructura de espinela cúbica compuesta por aluminio, oxígeno y nitrógeno. Se incluía una fórmula química llena de letras grandes, números pequeños y elegantes paréntesis. Había un dibujo de la molécula, que parecía la lámpara de araña que tenía mi abuela en el comedor de su casa de New Hampshire.

Empezaban trabajando el oxinitruro de aluminio en forma de polvo, que se tamizaba con cuidado, como la harina de un pastel, tras lo cual se compactaba en un chisme llamado «prensadora isostática en caliente», después se horneaba a una temperatura elevadísima y más tarde se lijaba y se pulía hasta que parecía más cristal que el propio cristal. El efecto óptico era perfecto. Pesaba mucho, pero no tanto como para herniarse.

Y era resistente. El informe de las pruebas aseguraba que aguantaba el impacto de un proyectil perforante del calibre 50 y se explicaba el procedimiento de las mismas con todos sus pormenores y gran minuciosidad. Lo leí con mucha atención. Entendía la mayor parte de lo que ponía, aunque cierta parte del lenguaje era demasiado técnica y se me escapaba. Pero los números son iguales aquí y en Sebastopol, y no me costaba reconocer un cien cuando lo veía. Los paneles de prueba habían obtenido un cien por cien de efectividad contra pistolas de 9 mm y contra Magnum del calibre 357 y del 44 a diferentes distancias, desde quince metros hasta a quemarropa, como en el caso del Pequeño Joey.

Así que enviaron por avión unos paneles hasta Draguignan, en el sur de Francia, cerca de donde mi abuelo había acuchillado a la serpiente, a una enorme base militar con fusiles capaces de disparar a muchísimas distancias. Dispusieron los paneles a noventa metros y obtuvieron un cien por cien de efectividad contra las Remington del calibre 223 y los proyectiles de 7,62 milímetros de la OTAN. Momento en el que los

científicos decidieron jugársela. Debían de estar contentos. Redujeron la distancia a sesenta metros, increíblemente corta para los calibres más grandes, motivo por el que quedaron en ridículo contendientes de lo más capaces, como el Winchester del 308 y el British del 303, y fueron directos a por el Remington Magnum del 44. A sesenta metros. Como un acorazado disparando al muelle.

Obtuvieron un cien por cien de efectividad.

Entonces llegó el momento de la verdad. Cargaron el proyectil del calibre 50 y se prepararon para dispararlo. Munición perforante. Para la que una distancia de sesenta metros era todavía más increíblemente corta. Pero entendí lo que pretendían demostrar.

Obtuvieron un cien por cien de efectividad.

Y a treinta metros. Y a quince. Incluso a siete y medio. Eso sí, los científicos aconsejaban que los paneles en los que hubiera quedado alguna que otra marca después de un incidente debían ser reemplazados. Hasta ellos entendían lo suficiente de política como para saber que un candidato no se pondría detrás de un panel con marcas de disparos de anteriores intentos fallidos de asesinato. Parecería que era de los que salen escopeteados a las primeras de cambio. Y eso no es bueno para la imagen. La gente se forma una opinión.

Había mucho dinero extranjero en el proyecto y la vida de muchos extranjeros importantes dependían del resultado, así que las pruebas las supervisaron, paso a paso, cada uno de los representantes de las partes interesadas. Comprobaron los números, hicieron preguntas, miraron hasta debajo de las piedras. Todos eran especialistas en inteligencia militar, en espionaje, pero de ciencia sabían lo justo. La vieja guardia, que no tenía nada mejor que hacer, todos ellos de lo más experimentados. A los parisinos no les importó. Era como una evaluación más. Solo que llevada a cabo en mucho menos tiempo. Deslicé hacia arriba el documento para consultar la lista de participantes, no tuve que bajar mucho, buscaba la «E», de «États-Unis d'Amérique».

Estados Unidos de América.

El Pentágono había enviado a Tom O'Day.

Miré la casa del Pequeño Joey por encima de su muro. Las verjas seguían abiertas y las luces, encendidas. Pero no sucedía nada. Le devolví el móvil a Bennett y le dije:

—¿Por qué no se va a dar una vuelta?

—¿Por qué iba a hacerlo? —me contestó.

—Quiero hablar con la señorita Nice a solas.

—¿Qué le va a decir?

—Algo que usted no va a poder oír desde donde se encuentre.

Dudó unos instantes, después desapareció entre la oscuridad de la noche. Como por arte de magia, como en la terraza del apartamento de París. Casey Nice y yo nos agachamos uno al lado del otro, apoyados de espaldas en el muro.

—Esta es la escena en la que intento deshacerme de usted —le dije.

No dijo nada.

—No por las razones que usted cree —continué—. Su ayuda me sería muy útil en una decena de situaciones diferentes. Pero esto es entre Kott y yo. Quiere borrarle del mapa, por lo que yo también quiero borrarle a él. No sería justo implicar a otras personas en una disputa privada. A Bennett le voy a pedir lo mismo.

—Bennett se mantendría al margen de todas formas. No le queda otra. Hay reglas. Pero yo tengo libertad para hacer lo que quiera.

—Esto es entre Kott y yo. Lo que también tiene reglas. Ha de ser el uno contra el otro.

—Eso lo establece usted.

—Porque lo pienso de verdad.

—Está intentando ser amable.

—Esa es una acusación que no escucho a menudo.

—¿Por qué el Pequeño Joey se ha tomado la pastilla? —me preguntó.

—¿Tomar en el sentido de apropiarse de ella o en el sentido de tragársela?

—De tragársela.

—Yo diría que tomaba todo tipo de pastillas. La gente tan grande tiene molestias y dolores. En la espalda, en las articulaciones. Así que se aficiona a los opiáceos y a los analgésicos. Y acaba probando todo lo que pasa por sus manos. Pastilla que ve, pastilla que prueba. Gajes del oficio.

—No quiero volver a tomarlas. ¿Ha visto su boca? Era asqueroso...

—Desde luego, ahora mismo no puede tomarlas. Aunque quiera.

—¿Es por eso? Cree que voy a perder los papeles, ¿verdad?

—¿Va a hacerlo?

—No por ansiedad, en cualquier caso. En estos instantes no sé ni qué significa esa palabra.

—No nos va a pasar nada.

—¿Nos?

—A usted aquí y a mí allí.

—Debería ayudarlo.

—Esto es entre Kott y yo —le dije de nuevo—. No pienso atacarle en grupo. No me sentiría bien, después.

Las verjas seguían abiertas, pero no iba a ir por delante. Era la entrada más obvia. La parte que más vigilada iba a tener Kott. Seguro que el MI5 le asignaría un valor numérico. «Kott pasó el sesenta y uno por ciento del tiempo vigilando la zona delantera». La segunda parte más vigilada sería el patio trasero. La tercera y la cuarta, las paredes laterales. Pero ¿cuál de ellas sería la tercera y cuál la cuarta? Yo diría que la tercera sería la que se veía desde el club de bolos. Allí era donde había transcurrido la acción hasta el momento. Así que me dirigí al lado contrario, a la cuarta opción, lejos de la visión nocturna, arrastrándome por las sombras, trepando el muro después. Lo que no fue sencillo, pero tampoco imposible, porque la reja tenía detalles que hacían las veces de los peldaños de una escalera. Al bajar me encontré en un macizo de flores. El lateral de la casa estaba allí mismo, al otro lado de un caminito estrecho. Había ocho ventanas en la planta baja. Seguro que el niño con la cera las había dibujado todas pequeñas, pero incluso alguien de mi altura podría entrar de pie por cualquiera de ellas.

Me fijé en la más cercana. El alféizar me llegaba por el pecho. Daba a una habitación pequeña. En términos relativos, claro. Una antecámara, una salita. Una biblioteca, un despacho o una sala de estar. Pasé a la siguiente ventana. Daba a un pasillo. Mucho mejor. Se veía el pie de una escalera a unos diez metros. Supuse que el pasillo giraba noventa grados a la derecha en un momento dado y que daba a la puerta principal.

Permanecí inmóvil y tomé aire. Respirar y espirar. Y una vez más. Después usé la culata de la Browning para romper el cristal, «clac, clac», allí donde alcanzaba, hasta que abrí un hueco tan grande como para caber por él. Supuse que Kott lo interpretaría como un farol. Una mera distracción. Para hacerle venir a investigar y que, mientras, entrara yo por la puerta delantera y lo atacara por la espalda. Es lo que iba a pensar. Así que iría a vigilar la puerta. Solo que era un profesional paranoico, por lo que, nada más darle forma a aquel razonamiento, se le ocurriría que podía tratarse de un doble farol y vendría hacia la ventana para enfrentarse a mí cara a cara. Así que decidí echarme un triple farol. Corrí a la puerta principal. Sabía que estaba abierta. Con ese tipo de cerraduras tienes que echar la llave tanto desde fuera como desde dentro. Y los matones que habían salido a la carrera no se habían detenido a hacerlo. Se habían subido al Jaguar a toda prisa y habían pisado el acelerador, sin demorarse lo más mínimo.

La cerradura era fastuosa, de pulcro estilo georgiano, con una plancha que mediría unos setenta y cinco centímetros de alto. Al girarla me di cuenta de que el

picaporte era del tamaño del antebrazo de una persona normal. Una vez dentro me encontré en un vestíbulo con suelo de mármol blanco y negro, y con una araña del tamaño de la copa de un manzano.

Ni rastro de Kott.

Lo que estaba bien, porque me permitió abrir la puerta del todo, como si se tratara de un campo de tiro sin restricciones. Del vestíbulo salía una larga sección de pasillo que acababa en una escalera, lo que significaba que la parte de este que daba a la ventana rota quedaba a la izquierda, a noventa grados.

Entré.

Ni rastro de Kott.

Eso significaba que si solo había doblado el farol que yo había triplicado, se encontraba frente a una ventana rota o buscando, una por una, en las habitaciones vecinas, en toda antecámara, salita, biblioteca, despacho y sala de estar.

Estaba a mi izquierda. A noventa grados.

Avancé hasta el pasillo. Al igual que cualquier otro pasillo, era rectangular, mucho más largo que ancho, con las típicas decoraciones que se ponen en los pasillos y con puertas a derecha e izquierda que darían a ese tipo de habitaciones que suele haber en las casas grandes. Pero aunque no era la primera casa grande en la que estaba, la del titán no se parecía a ninguna de ellas. Yo recordaba puertas que estaban más alejadas de lo normal las unas de las otras, lo que implicaba que las habitaciones que había al otro lado eran enormes y que, una vez dentro, resultaban incluso más grandes de lo esperado, en especial porque las paredes no acababan nunca, como si la propia habitación te dijera: «Soy grande, mis paredes siguen y siguen». Proporción, en otras palabras. Pero aquella era una casa normal, solo que hinchada por todos los lados por igual. Las habitaciones eran descomunales, sí, pero no era la impresión que transmitían, porque las puertas estaban a la distancia normal, solo que medían dos metros setenta y cinco, tres con el marco, lo que hacía que la «distancia normal» no fuera sino una ilusión óptica.

Las baldosas de mármol del suelo, que habrían sido de sesenta centímetros de lado en cualquier revista de decoración, eran de noventa. Casi un metro. Los zócalos de una elegante casa victoriana tendrían unos treinta centímetros de altura. En casa del Pequeño Joey tenían cuarenta y cinco. Los pomos normales me llegaban casi a la cadera. Los de aquella casa, a las costillas. Etcétera. El efecto hacía que me sintiera muy pequeño. Como si un científico loco me hubiera encogido. Puede que fuera el siguiente proyecto que acometieran los del aluminio cristalino.

Y me sentía lento. Evidente. Tardaba un cincuenta por ciento más en llegar a cualquier lado. Los tres pasos para ir de A a B se convertían en cuatro y medio. Era como caminar a paso de tortuga. O hacerlo hacia atrás. Como si fueses corriendo a todas partes y nunca llegases a ningún lado. Como intentar subir por la escalera mecánica que baja. Desorientaba, como si se tratara de una dimensión diferente.

Me detuve a lo que parecían algo menos de dos metros del codo del pasillo.

Aunque bien podrían haber sido algo más de dos y medio. En cualquier caso, contuve el aliento y escuché. Pero no oí nada. No se oía el crujido de cristales pisoteados, ni de puertas que se abrieran o se cerraran. Así que avancé de centímetro en centímetro hacia la esquina, o de tres cuartos de centímetro en tres cuartos de centímetro, o de centímetro y medio en centímetro y medio. Lo que fuera. Llevaba la Browning en la mano izquierda y la Glock en la derecha, con una bala en la recámara y doce en el cargador. Ya había disparado cinco: cuatro contra la rejilla del Jaguar en casa de Charlie White y una contra el suelo del club de bolos, a través del Pequeño Joey.

Supuse que si Kott estaba esperando que una cabeza asomase por el pasillo, esperaría, por mero instinto, que lo hiciera a una altura normal. Pero ¿qué consideraría normal? ¿A la altura de los ojos, más o menos a un metro sesenta y siete del suelo que era, probablemente, el cincuenta y cinco por ciento de la altura de una habitación normal? Lo que traducido a aquella casa de parque de atracciones serían unos dos metros y medio. Eso significaba que Kott estaría mirando bastante por encima de mi cabeza. Aun así, decidí no jugármela. Me aseguré de que estuviera mirando muy por encima. Me arrodillé y me asomé a la altura del zócalo, que, dada la exagerada carpintería, no parecía arrodillarse mucho. Imaginé mis cejas y mis ojos, visibles de repente, pero pequeños al lado de la extravagante moldura.

Ni rastro de Kott.

Vi esquirlas de cristal sobre el mármol. De la ventana. Vi todas las puertas cerradas. A salitas, bibliotecas y salas de estar. No vi a Kott. ¿Estaría detrás de alguna de ellas? Puede que durante un rato. O puede que ni siquiera se hubiera movido de donde estaba. Puede que siguiera en el piso de arriba, en la *suite* de invitados, paciente, como son los francotiradores, con su Barrett del calibre 50 sobre la mesa, apuntando a la puerta.

Pensé en el proyecto del arquitecto que habíamos visto horas antes. La *suite* independiente estaba en el cuadrante izquierdo de atrás. Sobre la cocina, como quien dice. Subiendo la escalera y girando a la derecha. Me puse de pie y miré en las cuatro direcciones, tomé aire y lo expulsé.

Empecé a subir la escalera.

La escalera ascendía hacia la izquierda la mitad del camino, hasta un descansillo, después giraba ciento ochenta grados y ascendía hacia la derecha. Y como todo en la casa, los escalones eran normales y corrientes, solo que más grandes, por lo que tuve que hacer un esfuerzo un cincuenta por ciento mayor para subir cada uno. Es decir, que para llegar al siguiente escalón tenía que levantar las piernas una mitad más de lo que mi memoria muscular esperaba, y repetir el proceso una y otra vez. Además, era consciente de que, en un momento dado, mi nuca iba a empezar a asomar por el pasillo del piso de arriba a través de los balaustres que el carpintero hubiera tenido a bien poner. Kott bien podía estar allí arriba, tumbado, con la boca del fusil apuntando al pasamanos. Me dispararía por la espalda antes de que llegara al descansillo. A unos tres metros y medio de distancia. Algo menos de cuatro yardas. Y yo no estaba hecho de oxinitruro de aluminio.

Así que me pegué a la pared y subí hacia atrás hasta que tuve a la vista el pasillo del piso de arriba. Vacío. Ni rastro de Kott. Subí deprisa el resto de los escalones y llegué a lo que parecía un calco del pasillo de abajo, solo que el suelo estaba enmoquetado. Una extensión tan ancha que parecía una pradera recién segada. Vi un puñado de puertas, todas ellas de dos metros setenta y cinco, tres con el marco. Un pasillo con más puertas. Todas cerradas. Dos a la derecha, dos a la izquierda y una al fondo, que era la de la *suite* de invitados, supuse. Tendría que caminar de frente hacia ella.

La ventaja de caminar de frente por la casa de un titán hacia aquella puerta en concreto era que tenía mucho espacio para hacerlo zigzagueando. Por lo normal, el pasillo de un piso superior sería un campo de tiro estrecho. Pero un cincuenta por ciento de tamaño más me daba la oportunidad de no estar tan próximo al eje. Porque puede que Kott tuviera algo preparado. Su arma, apuntada de antemano, fija, lista para disparar a través de la madera. Quizá tuviera una mira de infrarrojos. O quizá tuviera gafas de rayos X.

Pero llegué a la pared del final sano y salvo, me puse de espaldas junto a la puerta y usé el cañón de la Browning para llamar.

—Kott, ¿estás ahí? —grité.

No respondió nadie.

Volví a llamar, esta vez más fuerte.

—Kott, abre la puerta —dije.

Cosa que supuse que quizás hiciera. En términos balísticos, de hecho, ya estaba abierta. Cualquiera de los dos podríamos haber disparado a través de ella. En su caso, de hecho, podría haber disparado a través de lo que le viniera en gana. Si hubiera querido dispararme guiándose solo por el sonido, podría haberlo hecho. Para él no existían ni el suelo ni las paredes. Vivía en una casa transparente.

Pero puede que quisiera verlo. Lo más seguro. Un tipo que pone tu foto a tamaño

natural en su pared —lo último que ve antes de cerrar los ojos cada noche, lo primero que ve al abrirlos por la mañana— tenía que querer contemplar cómo recibía la bala. Tenía que querer contemplar cómo caía. Lo más probable era que se lo hubiera imaginado cada día en clase de yoga. «Visualiza el éxito». Había esperado dieciséis años. Seguro que abriría la puerta.

—Kott, primero deberíamos hablar —dije.

No respondió nadie.

—El que nada hace, nada teme. Tú te olvidas de mí y yo me olvido de ti —continué—. Cada cual por su lado. Ya lo superarás. No hace falta ponerse así. Envié a muchos más a la cárcel y ninguno se ha puesto como tú.

Oí un crujido y, por un segundo, pensé que era la puerta, pero era detrás de mí, en lo alto de la escalera. Por el rabillo del ojo vi como a un chiquillo revolotear. Increíblemente deprisa. Subir la escalera, cruzar el pasillo y ponerse a cubierto. Un niño pequeño, me pareció. ¿Cómo es que Bennett no me había avisado? ¿Dónde estaba la madre? ¿Qué cojones estaba pasando? Relajé el dedo con el que tenía presionado el gatillo de la Glock.

Entonces, la parte trasera de mi cerebro me dijo que no se trataba de un niño. Ni rollizo, ni huesudo, ni elástico. Sino rígido, cascado, tenso, como un adulto. Un hombre de baja estatura, de un metro setenta, corriendo junto a una balaustrada de metro y medio de altura, y zócalos de cuarenta y cinco centímetros, bajo techos de cuatro metros y medio.

No era un niño pequeño.

Era John Kott.

Volví al plano del arquitecto. Quería recordar los detalles. El pasillo del piso de arriba recorría la casa desde la parte frontal a la trasera, desde lo alto de la escalera hasta la ventana que había encima de la puerta principal, y también de lado a lado, hacia la *suite* de invitados por uno de ellos, que era donde yo estaba, y por el otro hacia el dormitorio principal. Kott no había pasado por delante de mí y supuse que tampoco había estado colgando de la ventana que había sobre la puerta de entrada. ¿Por qué iba a hacerlo? Así que había ido al dormitorio del Pequeño Joey.

Oí una voz en el piso de abajo. Era Bennett, desde el vestíbulo.

—¡Reacher! ¿¡Todo bien ahí arriba!?! —preguntó.

—¡Márchese! ¡No tiene por qué involucrarse! —le contesté.

Me mantuve a la espera de una posible respuesta, pero no oí nada más.

Intenté abrir la puerta de la *suite* de invitados. No estaba cerrada con llave. Entré. Miré a mi alrededor. Había visto habitaciones parecidas en hoteles, pero más pequeñas. Alojamientos con todas las comodidades, independientes. Un pequeño recibidor propio, un aseo, una cocinita, una sala de estar y dos dormitorios, uno a la derecha y el otro a la izquierda, cada uno con su propio cuarto de baño. El dormitorio

que quedaba a mano izquierda no estaba ocupado. En el que quedaba a mano derecha estaban las pertenencias de Kott. Aunque no eran gran cosa. Un saco de dormir y una mochila, había supuesto Casey Nice en Arkansas, y casi había dado en el clavo. El saco de dormir era una funda de dormir militar y la mochila, un morral de cuero negro cosido a arañazos y lleno de camisetas, calzoncillos y munición.

Había balas de 9 mm Parabellum y otras del calibre 50 preparadas para competición. Incluso a ojos vista había gran diferencia entre ambas. Las de la pistola parecían pequeñas y refinadas. Como joyas. Las del fusil, proyectiles de cañón vistos desde un bombardero. Las cajas de cartuchos medían diez centímetros de largo.

Miré en todos los lados que se me ocurrieron y no encontré pistola alguna. El rifle sí que lo encontré. Estaba debajo de la cama, metido en una maleta hecha a medida. Un Barrett Light Fifty, un bicharraco de más de metro y medio, y algo más de trece kilos y medio con la mira, y cargado. Hecho en Tennessee. Que cuesta como un cinco puertas de segunda mano. Le pegué una patada a la mira para estropearle la alineación, que era lo único a lo que me daba tiempo, y volví corriendo al pasillo.

El plano decía que tenía que caminar nueve metros y girar a la derecha, y caminar seis metros más y girar a la izquierda, hasta llegar a una especie de antecámara que había justo delante del dormitorio. En el plano se la consideraría un simple hueco o rincón, sin duda. La puerta del dormitorio estaba en la pared que daba al pasillo. Seguía llevando la Browning en la mano izquierda y la Glock en la derecha, como uno de aquellos pistoleros de las películas en blanco y negro. No es que me creyera aquellas historias. Jamás había conocido a nadie capaz de apuntar con ambas manos a un mismo tiempo. Al menos bien. Era mejor concentrarse en la Glock, como si fuera la única que empuñaba y si, además, conseguía disparar la Browning al mismo tiempo, sin apuntar ni sincronizarla, pues mucho mejor. Daño no me iba a hacer.

Doblé la primera esquina. Delante de mí tenía la ventana que descansaba sobre la puerta principal. Todavía me quedaba un largo trecho. Empezaba a descodificar con facilidad las dimensiones de aquella casa de parque de atracciones. Con la Glock apuntaba a la esquina de la antecámara que más cerca me quedaba, a una altura equivalente a tres zócalos, es decir, a un metro treinta y cinco centímetros, donde se encontraría el pecho de Kott. En ese momento estaba a cuatro metros y medio, y la 9 mm Parabellum es una bala rápida y pequeña. Si Kott se asomaba, estaría muerto un octavo de segundo después. A lo que había que sumarle mi tiempo de reacción. Que sería muy pequeño. Joder, tenlo por seguro.

Pero Kott no se asomó. Llegué a la antecámara. La puerta del dormitorio estaba cerrada. Dos metros setenta y cinco centímetros de altura, tres con el marco; el pomo por las costillas.

Oí una voz de mujer al otro lado.

Pero no palabras. Inarticulada. No era un grito ni un quejido, sino una especie de

jadeo de frustración. Algo quería hacer, o conseguir, o alcanzar, pero no podía. No, «querer» no era la palabra adecuada. No estaba molesta. Estaba desesperada. Necesitaba hacer algo, o conseguirlo, o alcanzarlo.

Pero no podía.

Di un paso atrás y pregunté por encima del hombro:

—¿Bennett? ¿Sigue ahí abajo?

No respondió nadie.

Repentino silencio en el dormitorio.

Me aparté a un lado por si acaso disparaba a través de la puerta.

No lo hizo.

«¿Cómo se consigue que salgan por voluntad propia? Nadie lo sabe. Nadie lo ha sabido nunca». Por lo general, habría permanecido con la espalda pegada a la pared y hubiera abierto la puerta alargando el brazo cuanto pudiera, fuera de su campo de visión, pero las puertas de aquella casa eran demasiado anchas. Aquel entorno era tan nuevo para mí como para el chiquillo, así que me incliné hacia delante, giré el pomo, le pegué una patada a la puerta, me incliné hacia atrás y apunté.

Y disparé. Y le di a John Kott en el centro de la frente. Solo que no fue así. Era un espejo que había en una de las paredes laterales. El disparo rugió y el cristal plateado se rompió en grandes láminas. Y, al poco, el mundo volvió a quedarse en silencio. Kott soltó desde dentro:

—¿Qué ha pasado con eso de que ibas a olvidarte de mí y seguir tu camino?

Hacía dieciséis años que no oía su voz, pero no había duda: era él. Ese acento de Ozark, el deje quejumbroso, el tono de ofendido...

—No has respondido —le contesté.

—No merecía la pena.

—¿Quién está contigo?

—Entra y compruébalo.

Volví a imaginar el plano del arquitecto.

—Estás en la planta de arriba de una casa muy alta —le dije—. Estoy en la única puerta por la que podrías escapar. Acabo de disparar una pistola en Londres. En cinco minutos habrá cinco mil policías ahí fuera. Aguantarías cosa de tres semanas sin comida. Y después, ¿qué?

—La poli no va a venir —aseguró.

—¿Tú crees? —le pregunté.

—Bennett les dirá que ha sido uno de los suyos.

—¿Qué sabes de Bennett?

—Mucho.

—¿Quién está contigo?

—Podría habértelo enseñado en el espejo, pero lo has hecho trizas. Vas a tener que entrar.

Retrocedí un paso y grité:

—¡Bennett, ¿sigue ahí abajo?!

No respondió nadie.

—Nice, ¿está usted ahí?

No respondió nadie.

Volví a acercarme a la puerta y dije:

—Supongo que sabes que el Pequeño Joey ya no está con nosotros. Y que los suyos han huido. Así que puedo quedarme aquí tanto como sea necesario. Aunque la policía no venga, te morirás de hambre igualmente.

—Entonces volverás a mancharte las manos de sangre inocente. Porque no estoy solo. Pero eso ya lo sabes, ¿no?

Después musitó algo, no a mí, puede que un «díselo, nena», y volví a oír la voz de mujer, inarticulada todavía, no como un jadeo de frustración esta vez, sino como un grito amortiguado. Estaba amordazada. Y si estaba amordazada, también estaba atada. Volvió a gritar.

—¿Se supone que eso debería impresionarme? —le pregunté.

—Es lo que esperaba —respondió Kott.

—¿Por qué me has tomado, por un asistente social?

Otro grito, el tercero, largo y fuerte, pero amortiguado por la mordaza. Se iba apagando hasta convertirse en un sollozo burbujeante, cargado de dolor y resquemor, tristeza y humillación.

—Pues a mí me está impresionando la hostia —le dijo Kott.

El plano decía que el dormitorio era cuadrado y que tenía, más o menos, nueve metros de lado, con un vestidor a la derecha y un cuarto de baño a la izquierda. Me situé en el mismo punto desde el que había disparado y miré el espejo, en el que solo vi una madera áspera y manchada que nadie había esperado que quedase jamás a la vista, pero en la que había visto a John Kott cuando el cristal estaba intacto. Apenas tenía ángulo desde donde me encontraba, por lo que él tampoco lo tendría mejor. De hecho, tenían que ser iguales. Física del instituto. Óptica básica. Era probable que la cabecera de la cama estuviera cerca de mí, al otro lado de la pared, y la cama era un sitio lógico en el que poner a una mujer atada y amordazada. En cuyo caso, Kott estaría sentado a los pies del mueble, lo más probable. Suposición que tenía mucho sentido hasta que repasé los ángulos y me di cuenta de que a los pies de la cama estaría demasiado cerca de mí. Disparejo. Imposible. Pero entonces recordé que seguramente la cama del titán mediría dos metros setenta y cinco, puede que tres, y la suposición volvió a cobrar sentido.

Di un paso. No entendía ni de herrajes domésticos ni de construcción, pero tenía ojos y memoria, y calculé que todas las bisagras de las puertas que había visto en la vida tendrían un eje de un centímetro veinticinco de ancho, por lo que en esa casa serían de unos dos centímetros, pues una bisagra ha de acomodarse al tamaño de la puerta para cumplir bien con su cometido: que esta encaje en el marco, se abra y se cierre. Las matemáticas más sencillas decían que la separación máxima entre la

puerta y la jamba, en el lado de las bisagras, se daría cuando estuviera abierta noventa grados. Que en el caso de las de aquella casa sería de algo más de dos centímetros y medio. Pero la puerta no estaba abierta noventa grados. Estaría abierta unos treinta y cinco grados. Puede que un par más. Lo que significaba que la separación era un pelo superior a dos quintos de pulgada en el sistema imperial. Es decir, diez milímetros en el métrico decimal.

Y una 9 mm Parabellum tiene nueve milímetros de ancho.

Aparté un poco la mirada de la rendija, al igual que hace un francotirador con la mira, porque no quería que Kott notara un oscurecimiento repentino u oyera una respiración a través de un canal estrecho. Estaba sentado a los pies de la cama, medio girado para mirar hacia la puerta. Sí, habían pasado dieciséis años. Tenía patas de gallo y arrugas alrededor de la boca. Parecía más serio, más maduro. Vestía pantalones y camisa marrones, ropa barata, como la que habría elegido yo. Tenía las manos apoyadas en el regazo. Y una pistola en ellas. Una Browning GP-35. La favorita del lugar.

A su lado, en la cama, había una mujer desnuda. No la conocía. Con la piel blanca y el pelo rubio. Podría haber tenido desde dieciocho hasta cuarenta años. Tenía las manos retorcidas a la espalda, atadas por las muñecas. Tenía los tobillos atados. Tenía un trozo de tela en la boca.

Tenía las manos retorcidas de manera que la cara interior de los codos miraba hacia fuera, lo que no era un deleite para la vista precisamente. Cardenales verdes y amarillos, cicatrices y coágulos de sangre.

Kott cogió una jeringuilla y se la enseñó, después se la acercó al codo. La mujer giró la cabeza y observó con los ojos como platos. Le tocó la piel con la punta de la aguja. Ella observaba y observaba, anhelaba y anhelaba.

Pero Kott retiró la jeringuilla.

La mujer se dejó caer y soltó el mismo jadeo de frustración que ya había oído antes. Angustia, desilusión, dolor. «Necesitaba hacer algo, o conseguirlo, o alcanzarlo. Pero no podía».

Retrocedí un paso largo sobre la misma línea y guardé la Browning en el bolsillo trasero de mi pantalón, separé los pies y levanté la Glock con ambas manos. Un movimiento sencillo, natural, que había hecho miles de veces. Y disparé a través de la rendija al John Kott de verdad, no a su reflejo. Volví a darle en el mismo sitio, en el centro de la frente. Cuatro metros y medio. Un octavo de segundo. Vi un orificio de entrada negro y limpio al instante, y, casi de inmediato, la parte de atrás de su cráneo salió por los aires, lo que no tuvo nada de limpio, y el rugido del disparo hizo que me llevara las manos a los oídos mientras Kott seguía sentado, como una estatua, sentado... sentado... hasta que por fin se derrumbó de lado y cayó de la cama.

No me paré a comprobar su estado. Había caído de bruces y al entrar vi el interior de su cerebro. Con eso era suficiente. Lo que hice fue mirar a todo correr en sus bolsillos, donde encontré un teléfono móvil como el mío. Luego le desaté los tobillos a la mujer, y las muñecas, y le saqué el retal de la boca, después me di media vuelta en busca de una bata, una sábana o una toalla con la que taparla. Ella me apartó de un empellón, cogió la jeringuilla y se la pinchó en el brazo.

Cerró los ojos y empujó el émbolo, poco a poco, poco a poco, hasta el final.

Esperó.

Al rato empezó a hacer sonidos que no le había oído hacer antes, como un zumbido de alegría, una risita somnolienta y un bostezo de pura alegría. Se puso de pie, despacio, mareada, tambaleándose.

—Quiero irme de aquí —dijo.

Su acento parecía extranjero. Del este de Europa. De Letonia o Estonia, lo más probable. Al hablar era como si contrajera algunas sílabas. Al principio me había parecido que decía: «Quiero vivir aquí». Aunque puede que así fuera.

—Sácate la aguja del brazo —le dije.

Se la quitó y la tiró al suelo.

—¿Dónde está tu ropa? —le pregunté.

—No tengo —respondió.

Así que me di un paseíto hasta el cuarto de baño y cogí una toalla del tamaño de una cama de matrimonio. Lo más probable es que en el mundo del Pequeño Joey no fuera sino una de mano. Volví con la mujer y se la eché por los hombros. Captó el mensaje, por lo que se arrebujo en ella de manera que quedaran tapadas sus partes pudendas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunte.

—Primero, el dinero —contestó.

Dio un paso tambaleándose, así que guardé la Glock en el bolsillo y la sostuve por los codos.

—¿Puedes andar? —le dije.

Respiró hondo y me di cuenta por la posición de sus labios de que estaba a punto de decir que sí, pero entonces se le pusieron los ojos en blanco y se desmayó con otro zumbido de pura alegría. Evité que se cayera al suelo y la cogí en brazos. Decidí llevarla al piso de abajo y dejarla en algún lado hasta que encontrara a Bennett. Que fuera él quien llamara a una ambulancia después de que Casey Nice y yo nos hubiéramos marchado. La mujer no iba a morir de inmediato. No necesitaba cuidados urgentes y no los necesitaría hasta que no volviera a darle el bajón.

La cogí de manera que tanto ella como yo estuviéramos tan cómodos como fuera posible. Salimos a la curiosa antecámara y giré hacia el pasillo. Donde me topé cara a cara con Charlie White. Llevaba una pistola en la mano, una Browning GP-35, sí, y me apuntaba a la cabeza.

Toda la parte delantera del traje de los funerales de Charlie White estaba manchada de sangre por el puñetazo que le había dado en la cara. Puede que tuviera la nariz aplastada o incluso rota, pero era difícil determinarlo. El pelo lo tenía revuelto. Pero estaba de pie. Lo que no estaba mal para un anciano de setenta y siete años.

—Me has mentado. Me has dicho que no llevabas —le soltó.

—Y no llevaba —me contestó—. Es la de Joey. Sé dónde las guarda.

—Guardaba —puntualicé—. Ahora ya no guarda nada.

—Lo sé. Lo he visto.

—Como para no verlo.

—Deja a la puta en el suelo.

Cosa que hice de mil amores, porque así me quedarían las manos libres. Dejé a la mujer con cuidado sobre la moqueta del pasillo y la cabeza se le cayó hacia donde se encontraba Charlie, como si lo mirase.

—Esa es de las buenas —comentó—. Cuántas horas de diversión... De verdad. Hace lo que sea por un pico. Como lo oyes, lo que sea. Tú lo sueñas y ella lo hace realidad. Ver para creer.

Después pasó a apuntarme al pecho. Estaba a algo menos de dos metros y medio de mí. Menos de una centésima de segundo.

—Extiende los brazos —me ordenó—. Como si intentaras volar.

Aquel era el momento de la verdad. «Levanta las manos», «Pon las manos detrás de la cabeza» o «Junta las muñecas frente a ti» habrían sido órdenes convencionales previas a que te las ataran con unas esposas o con cuerda, o para que no supusieras ninguna amenaza para el rival mientras decidía qué paso dar a continuación. Pero si me pedía que estirara los brazos era porque iba a ejecutarme. Aquello me dejaría a uno, dos, tres, cuatro y cinco grandes pasos de la salvación. Bajar las manos, echarlas atrás, coger el arma, llevar la mano hacia delante y apuntar. Por lento o atontado que estuviera el viejo, me mataría antes de que yo hubiera llegado a empuñar la pistola. Casi dos metros y medio. Fogonazo, fin de la partida. Sin nada entre medias. En teoría vería el fogonazo. La luz es más rápida que las balas. El fogonazo estallaría cuando la bala hubiera recorrido veinte centímetros, tras lo cual las ondas de luz la adelantarían al instante e impactarían en mis ojos antes de que la bala lo hiciera en el pecho. Si iba a darme tiempo a pensar «eso parece un fogonazo», era harina de otro costal. Lo más probable era que no.

—Extiende los brazos.

Algo se movió detrás de él. Una sombra, en la escalera.

—Plantéatelo, Charlie —le dije—. Tienes que jubilarte.

La sombra se movió de nuevo. Había algo junto a las escaleras que se movía despacio, se detenía, se movía despacio, en el más absoluto silencio. Frente a una lámpara de mesa que había sobre un mueble del vestíbulo y que hacía que proyectase

una sombra larga. Me di cuenta de que John Kott me habría visto desde arriba mucho antes de que asomase mi nuca.

—Este no es jueguito para viejos, Charlie —continué—. Y acabas de perder a la nueva generación. El mundo está cambiando. Tienes que esfumarte mientras puedas.

—El mundo cambia constantemente. Por lo general, a peor. —Señaló la pistola con la cabeza—. Nada ha vuelto a ser lo mismo desde que estos cacharros reemplazaron a las palizas de toda la vida.

La sombra volvió a moverse. Alguien subía los enormes escalones en silencio, de uno en uno, treinta y cinco centímetros cada vez, como escalando las peñas de la falda de una montaña.

—Por eso, es hora de dejarlo —le dije.

—No tiene por qué —me contestó Charlie—. La de Joey no es una pérdida tan grave. Además, nos estamos apartando de todo eso. Ahora nos interesan los ordenadores. Se puede hacer mucho más dinero con números de tarjetas de crédito.

La sombra se convirtió en una cabeza y unos hombros. Que iban ascendiendo poco a poco. O, bueno, de treinta y cinco centímetros en treinta y cinco centímetros. No dejé de mirar a Charlie a los ojos en ningún momento. Confiaba en mi visión periférica. No quería darle pistas.

—Extiende los brazos —me ordenó.

—¿Quién es el familiar más cercano de Joey? —le pregunté.

—¡Qué más te dará!

—Estaba pensando en lo difícil que va a ser vender esta casa. El volumen de compradores va a ser muy pequeño. O grande, depende de cómo se mire.

La sombra siguió creciendo. Una cabeza, unos hombros, un torso, en una contrahuella, en un peldaño, en la siguiente contrahuella, en el siguiente peldaño. Como un animal de dibujos animados, aplastado, adaptándose a la forma de la escalera.

—Deberías venderles el negocio a los serbios. Antes de que se lo queden de balde —le dije.

Por el rabillo del ojo vi pelo y una frente. Pelo rubio. Ojos verdes y un rostro en forma de corazón. Subía mirando hacia atrás, como había hecho yo. Una chica lista.

—Los serbios no se van a quedar con nada —me contestó—. Permanecerán en la zona oeste, como siempre.

—¿Piensas dividir el negocio de Libor en partes iguales?

No respondió.

Por el rabillo del ojo la vi de cintura para arriba. Llevaba la Glock en la mano, levantada, cerca del hombro.

—Así que tu idea es no darles ni las migas de lo de Libor, ¿eh? —le pregunté—. ¿Y piensas que se van a quedar tan panchos?

—Nosotros estábamos primero.

—¿Y quiénes había antes que vosotros? Les arrebatasteis el negocio, ¿no? Fueran quienes fuesen. Me hago a la idea. Cuando eras joven y estabas lleno de vitalidad. Te acuerdas, ¿verdad? Pues ahora los jóvenes y vitales son los serbios. Deberías llevarte toda la pasta que puedas ahora que todavía estás a tiempo.

Llegó al descansillo. Lista para dar el giro de ciento ochenta grados. Lista para el segundo tramo de escalera.

—No he venido para hablar de negocios —me soltó Charlie.

Subió el primer escalón. Treinta y cinco centímetros.

—Entonces, ¿para qué has venido? —le pregunté.

Otro escalón. Otros treinta y cinco centímetros.

—Hay reglas —me respondió Charlie—. Te las has saltado todas.

Otro escalón.

—Te estaba ayudando —le dije—. Apartándote del resto del ganado. Darwinismo en estado puro. Tienes una tripulación débil, Charlie. No veo el talento por ningún lado. Y no veo que tengas a ningún cerebritito para lo de las tarjetas de crédito.

—Nos arreglamos muy bien. No te preocupes por nosotros.

Llegó al pasillo de la planta de arriba. Estaba a seis metros de él. Era corpulento, de hombros redondos. Con la espalda ancha. Seis metros por delante de ella. «Soy una tiradora mediocre sin aptitudes para el combate cuerpo a cuerpo».

—Lo saben todo de tus sobornos —le comenté—. En cuanto dejes de hacerlos, caerán sobre ti como lobos.

Se acercó más. Silenciosa sobre la moqueta. A unos cinco metros, quizá.

«Sigue adelante —pensé—, después, apunta al centro de masas. No quieras lucirte. Nada de tiros a la cabeza».

—Nunca voy a dejar de pagar los sobornos —dijo Charlie—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Un paso más en silencio. Cuatro metros y medio. Se detuvo.

«¡Demasiado lejos!».

Levantó la Glock.

—¿Alguna vez has disparado una pistola, Charlie? —le pregunté.

Aguantó la respiración.

—¡Qué más te dará! —me contestó.

—El FBI tiene unos diagramas. Al otro lado del charco. Investigación y análisis. La distancia más adecuada para disparar un arma con éxito es de algo menos de tres metros y medio.

Bajó la Glock. Dio un paso adelante.

—Pues estoy incluso más cerca —me dijo.

Y otro más.

Asentí.

—Solo te lo comentaba. Es más difícil de lo que parece. Aunque no tendría por qué serlo. La gente se complica la vida. Lo mejor es relajarse. Hacerlo con

naturalidad. Como si apuntases con el dedo. De esa manera, es imposible fallar.

Y otro paso adelante.

—No voy a fallar —aseguró—. Aunque quizá debiera hacerlo. A propósito. Quizá debiera herirte primero. Para darte una lección.

Y otro más. A dos metros setenta y cinco.

—No necesito lecciones —le contesté.

—Sí, tienes que aprender modales.

Otro paso. Estaba a poco más de dos metros.

—No te preocupes por mí —le dije—. Me las compongo bien.

—Puede que antes. Ahora no tanto —me replicó.

Estiró los brazos. Tenía la pistola a un metro veinte de la espalda de Charlie White. Momento en que empecé a preocuparme. Por un montón de cosas. El viejo la olería. Olería el arma. Notaría cierta alteración en el aire que lo rodeaba. Ese instinto primitivo. Setecientos años de evolución ancestral por cada año que llevábamos siendo modernos. Además, si disparaba a metro veinte de distancia, la bala lo atravesaría y me pillaría también a mí, de lleno, igual que si hubiera disparado él.

Lo miré a los ojos y le dije:

—Dentro de un segundo voy a caer redondo.

—¿Qué? —exclamó.

Y lo hice. Me dejé caer al suelo como un abrigo que se cae de un perchero, y ella le disparó por la espalda a un metro veinte, y vi que del pecho le salía un escupitajo de sangre y carne, y oí que la ventana que había detrás de mí, sobre la puerta principal, se hacía añicos, y caí al lado de la mujer envuelta en la toalla, que se revolvió en sueños y me pasó un brazo por el cuello, me besó en la oreja y me dijo:

—Ay, cariño.

Menos de dos minutos después estábamos sentados en la parte de atrás de un Vauxhall verde menta. Delante estaba la pareja que nos había traído las tabletas. El hombre y la mujer, ambos callados y contenidos, ambos contentos con aquellas misioncillas asignadas a la pajita más corta. Buenos jugadores de equipo. Bennett se había quedado en casa del Pequeño Joey y no creía que volviera a verlo.

Nos metimos en la autopista de East Anglia nada más salir de Chigwell. La M11, como la denominaban en las señales de tráfico. Nos dirigíamos a un puesto de la RAF, la Fuerza Aérea Real, que había en un pueblecito llamado Honington. Que estaba, a su vez, cerca de una ciudad llamada Thetford. Noventa minutos, nos había prometido Bennett, pero supuse que serían menos. La mujer conducía a una velocidad endiablada. El terreno era llano. En el plano estratégico, Gran Bretaña era un portaaviones amarrado de continuo en la costa europea y tenía muchísimo espacio para cubiertas de despegue.

Resultó que de puesto, nada. RAF Honington era una base grande, y casi por completo a oscuras. La mujer condujo a través de varias verjas, directa a la pista. Igual que el SEAL en McChord, cosa que parecía que hubiera sucedido hacía una eternidad. Describió el mismo tipo de semicírculo bien calculado y se detuvo también junto a la escalerilla del avión. Bajamos del coche, cerramos las puertas y el Vauxhall verde menta se marchó.

El avión era uno de esos como el Gulfstream de O'Day: corto, con el morro en punta y pinta de rápido, pero de color azul oscuro, muy brillante, con la tripa azul celeste a partir de una franja dorada y las palabras «Royal Air Force» escritas encima de las ventanillas. En lo alto de la escalerilla, en la boca oval de la cabina, apareció un hombre. Llevaba un uniforme de la RAF.

—Señor, señora, por favor, suban —nos dijo.

Dentro no había cuero de color *toffee* ni revestimiento de nogal. Por el contrario, el cuero era negro y el revestimiento parecía de fibra de carbono. Serio pero deportivo. Un toque muy diferente. Como un Bentley moderno, quizá. Como el del Pequeño Joey. El uniformado nos explicó que su último pasajero había sido un miembro de la Casa Real. La duquesa de no sé dónde. Cambridge, quizá. Lo que me hizo pensar de nuevo en el MI6, y en el MI5, y en todo lo que hay entre medias. Casey Nice y yo nos sentamos cada uno a un lado del pasillo, pero enfrentados. El uniformado desapareció y un minuto después estábamos en el aire, subiendo a toda velocidad, directos hacia el oeste, hacia Estados Unidos.

El soldado nos dio de comer, después se retiró a un compartimento discreto y nos dejó solos. Miré a Casey Nice, a quien, pese a encontrarse al otro lado del pasillo, tenía al alcance de la mano, y le di las gracias.

—No hay de qué —me contestó.

—¿Está usted bien?

—¿Por lo de Charlie White? Sí y no.

—Concéntrese en lo que le haga pensar que sí —le dije.

—Ya lo hago. Se lo aseguro. Esa manera en la que hablaba de la chica... Lo he oído desde la escalera. Les satisfacía atormentarla.

—Más las armas de fuego, los narcóticos y los préstamos con vencimiento el día de cobro.

—Pero no deberíamos ser juez, jurado y verdugo; todo en uno.

—¿Por qué no?

—Se supone que somos seres civilizados.

—Y lo somos —le dije—. Y mucho. Estamos volando en un avión en el que ha viajado una duquesa. No gobernaban el mundo porque fueran amables. Y tampoco lo hicimos nosotros cuando nos tocó el turno.

No dijo nada.

—Al menos —continué—, ha demostrado una cosa. Que puede ser agente de campo.

—¿Se refiere a que no necesito las pastillas? ¿Va a volver a decirme que las deje?

—No voy a decirle nada, excepto gracias. Me ha salvado la vida. Tome cuantas pastillas quiera. Pero, al menos, esté segura de por qué lo hace. Es una sencilla cadena lógica. Sufre ansiedad por sus actuaciones profesionales y por lo de su madre, pero solo una de las dos razones justifica que las tome. Es decir, que su madre está enferma. Lo que está bien. Tómelas durante tanto tiempo como lo necesite. Pero no dude de sus habilidades. Son dos temas separados. Es buena en lo suyo. La seguridad nacional está a salvo. Es su madre la que no lo está.

—No pienso alistarme en el Ejército —me dijo—. Voy a quedarme donde estoy.

—Hará bien. Ahora las cosas han cambiado. Sabe lo que ha sucedido de verdad. Ha subido un peldaño. Ahora es más difícil traicionarla.

Seguimos volando, intentando dar caza al reloj, sin fortuna, y aterrizamos en Pope Field a las dos de la madrugada. El avión giró una vez en la pista y nos acercó al pequeño edificio administrativo en cuyo cartel rezaba «47° de Logística, Centro de Mando del Apoyo Táctico». Los motores se apagaron y el uniformado abrió la puerta y bajó la escalerilla.

—Señor, señora, tengo entendido que tienen que ir a la puerta roja —nos informó.

—Gracias —le respondí. Me saqué del bolsillo los rollos de dinero británico de Romford y Ealing y se los di—. Córrase una juerga en el casino. E invite a la duquesa.

Y seguí a Casey Nice escalerillas abajo y por la oscuridad hasta la puerta roja.

La puerta roja se abrió cuando estábamos a algo menos de dos metros y Joan Scarangelo salió por ella. Llevaba un maletín. Había estado esperándonos pero jamás lo reconocería. Pretendía que pareciera como si se fuera a casa después de un largo

día de oficina.

Se detuvo, me miró y me dijo:

—Lo retiro.

—¿El qué? —le pregunté.

—Lo ha hecho muy bien. El gobierno británico nos ha dado las gracias de manera oficial.

—¿Por qué?

—Su contribución a la operación ha tenido una conclusión muy satisfactoria.

—¿Bennett?

—Indica en su informe que no lo habría conseguido sin usted.

—¿Cuánto tiempo hemos pasado en el aire?

—Seis horas y cincuenta minutos.

—¿Y ya ha presentado un informe?

—Es británico.

—¿Y qué es lo que no habría conseguido sin mí?

—Eliminar a John Kott en la casa de un gánster londinense. A donde solo se le ocurrió entrar porque usted se lo sugirió. De ahí su gratitud. Por el camino se vio obligado a neutralizar a cierto número de miembros de la banda, incluidos dos jefazos, por lo que Scotland Yard también está agradecida. Escribe tantísimos parabienes que yo diría que vamos a vivir un glorioso periodo de cooperación. Nuestras operaciones en Londres nunca habrán sido mejores.

—Nos aseguró que escuchan sus comunicaciones —le dije.

—Sí, lo sabemos —comentó.

—¿Y lo hacen?

—Eso creen ellos.

—¿Qué significa eso?

—Construimos un sistema nuevo en secreto. Lo ocultamos en los datos rutinarios de los satélites meteorológicos. Nos comunicamos por ahí. Pero seguimos con el sistema viejo. Eso es lo que escuchan. Lo llenamos con todo tipo de memeces.

No dije nada.

—No gobernamos el mundo porque seamos idiotas —soltó.

Y se marchó, con sus buenos zapatos, las medias oscuras, su traje negro de falda y chaqueta, y balanceando el maletín. Me quedé observándola durante unos veinticinco metros, lo que no me costó ningún esfuerzo porque el conjunto era muy armónico, en especial las medias y la falda, hasta que salió del haz de luz de la última farola y la engulló la oscuridad. Oí sus tacones durante un minuto más, hasta que Casey Nice abrió la puerta roja y entró.

La habitación del bufé estaba vacía. Ni bollitos ni café. Se lo llevaban todo al final del día, a la espera de las entregas de la mañana. Aquella escalera la subimos con

mayor facilidad y rapidez dado que tenía dimensiones normales. El despacho de Shoemaker estaba vacío. La sala de reuniones estaba vacía. Pero O'Day tenía la luz encendida.

Estaba sentado al escritorio, con la americana y el jersey. Inclinado hacia delante, apoyado en los codos, leyendo. Tenía la cabeza gacha y no la movió para mirarnos, sencillamente levantó la vista.

—La reunión será por la mañana —nos dijo.

Aguardamos.

—Aunque tengo una pregunta previa —continuó—. ¿Por qué han vuelto con la RAF? Nuestro avión los estaba esperando.

Me senté en una de las sillas que tenían pinta de pertenecer a la Marina. Casey Nice se sentó a mi lado.

—¿Podremos hacerle nosotros también una pregunta previa? —le dije.

—Supongo que es lo justo.

—Hemos vuelto con la RAF por mera diversión. Queríamos comprobar lo bien que viven.

—¿Solo por eso?

—Queríamos que Bennett se estirara a cambio de lo que iba a conseguir a nuestra costa.

Noté que se relajaba.

—Nuestra pregunta es la siguiente: ¿cómo es que no detectaron el dinero ni la NSA ni la GCHQ?

Noté que se tensaba.

No respondió.

—Un año del alquiler de Kott —continuó—, gastos pagados y honorarios, el fusil, toda la munición para practicar, el vecino, el avión privado a París, lo que costase lo de los vietnamitas, las dos bandas de Londres y, lo más probable, el viaje de vuelta a casa. No son decenas de millones de dólares, pero es más de lo que costó el 11 de septiembre. Por lo tanto, estoy seguro de que a sus ordenadores no se les pasó por alto. Y los del GCHQ son chicos listos. Y motivados, porque, pase lo que pase, a ellos también les van a echar las culpas. Y todo empieza con el dinero. Así que ¿cómo es que no lo vieron?

—No lo sé.

—Porque no estaba allí.

—Tenía que estarlo. Sin dinero no había operación.

—Exacto. No había operación.

—¿Es que se ha dado un golpe en la cabeza? Usted estaba en la operación. Ha encontrado a John Kott a cinco kilómetros del escenario de la cumbre del G8.

—Se suponía que la primera bala rompería el cristal —le dije—. La segunda mataría al presidente. Pero no había segunda bala.

—Porque el cristal no se rompió.

—Eso daba igual. No está pensando como el francotirador de la segunda bala. Que el cristal se rompiera o no era un futurible. Usted vio el vídeo de París. ¿Cuánto tardaron los de seguridad en echarse encima del presidente después de que la bala impactase en la mampara?

—Un par de segundos —respondió—. Eran muy buenos.

—Ahora piense en el alcance. Mil trescientos metros. La bala está en el aire tres segundos enteros. Lo que significa que no puedes esperar. Porque, ¿qué sucede si lo haces? Aprietas el gatillo, esperas tres segundos y, ¡bien!, el cristal se ha roto, así que aprietas el gatillo de nuevo, vuelves a esperar tres segundos y, entonces, la segunda bala llega. Solo que para ese instante el presidente está enterrado bajo agentes de seguridad. Oportunidad desaprovechada. La única manera de matarlo es que la segunda bala salga chupándole el culo a la primera. Tienen que ir seguidas, con medio segundo de diferencia. Así que ambas balas vuelan juntas, una detrás de la otra. De hecho, viajan juntas durante más de dos segundos completos antes de que la primera alcance el cristal. Entonces la segunda bala atraviesa los añicos en los que se ha convertido el escudo e impacta en el presidente antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar, ni siquiera él mismo, que es, al fin y al cabo, el que más cerca está.

No dijo nada.

—O, si el cristal no se rompe, la segunda bala también impacta en él, medio segundo después, y los científicos han de analizar dos portillos de nada en vez de uno solo.

No dijo nada.

—Nunca ha habido una segunda bala. Y no la iba a haber. Alguien envió a John Kott a París para que hiciera un solo disparo. Contra un escudo a prueba de balas. Un sinsentido. El cristal podía romperse o no romperse, pero, aunque se hiciese añicos, la bala quedaría aplastada o saldría rebotada, por lo que no serviría para nada. Vamos, que o disparabas dos balas o no merecía la pena disparar ninguna. La única razón para disparar una sola es que sabes que el escudo va a funcionar.

—¿El fabricante? ¿Para hacerse publicidad? —preguntó O’Day.

—Sí, una especie de publicidad, supongo —le respondí—. Pero no por fuerza para el fabricante. ¿Quién más se beneficia? Tiene usted que repasar sus notas y comprobar a quién se le ocurrió la idea de la prueba.

—¡Y qué importa eso!

—Suponga que dirige usted una agencia. Busca la manera de aumentar su notoriedad. Resulta que sabe a ciencia cierta que ese nuevo cristal funciona. Tiene ante sí un método del todo gratuito para ponerse en primera fila. Hace que Kott dispare un solo tiro, el cristal aguanta, provoca usted una estampida, y de pronto se convierte en el perro dominante de la mayor cacería humana del mundo y los mandatarios mundiales le dan besitos en el culo. ¿Cuántos directores de agencia matarían por algo así?

—¿Lo pregunta en serio? Todos. Pero no habría muchos que confiaran en sí

mismos. Un puñado, a lo sumo, en todo el mundo.

—Pues reduzcamos la muestra. ¿Quién puede usar fondos para pagar a asesores no acreditados como John Kott sin que la NSA y el GCHQ se den cuenta?

—Eso no reduce nada. Cualquiera puede hacerlo.

—¿Quién necesitaba recuperar notoriedad?

—¿Con qué objetivos? Eso es una percepción personal.

—¿Quién sabía que el cristal no se rompería?

—Cualquiera que presenciase las pruebas.

—No estamos reduciendo mucho la muestra, ¿no le parece? —le dije.

—No mucho —contestó.

—¿Quién conocía a John Kott?

Se quedó callado un segundo y respondió:

—Podría estar en varios radares.

—Hace dieciséis años.

No dijo nada.

—¿Cuántos directores de agencia siguen al cargo dieciséis años después? —le pregunté.

No respondió.

—Quizá sea un dato que deberíamos tener en cuenta, para descartar —continué—. Otra casilla que marcar. ¿Qué director de agencia que llevase en el cargo dieciséis años después necesitaba recuperar notoriedad, sabía que el cristal no se rompería, podía usar fondos a su antojo y conocía a John Kott?

No dijo nada.

—Si quiere, podemos tratar el tema punto por punto. Su notoriedad era tan escasa que lo enviaban a pruebas de cristales antibalas. El gran O'Day, humillado. Era una señal, claro está. Querían que se retirase. Todo el mundo lo sabía. Incluso Khenkin, en Moscú. El SVR hablaba de usted como de un viejo caballo de guerra al que habían enviado a pastar. Pero usted encontró la manera de volver. Sabía que Kott estaba a punto de salir. Había estado cuidando de él. Quizás incluso hubiera trabajado para usted dieciséis años antes. Puede que usted estuviera tan cabreado conmigo como él. Así que le hizo una oferta. Si iba a París y disparaba una sola e inservible bala, le prometía usted mi cabeza en bandeja, antes o después, al aire libre, a su alcance.

No dijo nada.

—Yo era el único objetivo —proseguí—. Yo, no el G8, ni la Unión Europea, ni el G20. Eso no eran más que fuegos artificiales.

—Chorradas —dijo.

—Para ponerlo cachondo le envié todo lo malo que incluía mi expediente —seguí hablando—. ¡Cómo se puso! Y fue muy beneficioso para la economía local. El de la fotocopistería debió de forrarse. Entonces, para acabar, se lo llevó volando. «Ya está hecho», le comunica él. Da usted la idea de que se trata de una prueba. Ahora es el perro dominante. Le dice a Kott que aguante escondido. Que el anuncio está en la

revista. Y no tarda usted en encontrarme. Kott está encantado. Me envía a París. Sabe muy bien que saldré a esa terraza y cuándo, más o menos. Lo avisa por teléfono. Prepara la visita. Da el visto bueno al itinerario. Así que Kott me dispara, pero falla.

—Chorradas —repitió.

—Así que el circo viaja a Londres. Mi teléfono tiene GPS. Sabe usted dónde estoy. Y se lo chiva a Kott. Habla usted con él todo el rato. Tiene un teléfono como el mío. Usted sabe que, antes o después, iremos a Wallace Court. Pero la señorita Nice no se lo comunica con antelación. De pronto, el GPS lo avisa de que estoy allí, pero no consigue movilizar a Kott a tiempo. No estaba prevenido. Pero da lo mismo. Mañana será otro día. Y, mientras tanto, usted es el rey de la baraja. Ha cundido el pánico entre los políticos. Harán lo que sea por usted. Le extienden cheques en blanco. Empiezan a desaparecer las inconveniencias. En todo el mundo. Hasta la poli de Londres lo ama. Nadie va a permitir que se retire. Usted gana en cualquiera de las situaciones. Si Kott me mata, lo vende usted de inmediato a Bennett y ha salvado al mundo entre bambalinas. Si soy yo quien mata a Kott, ha salvado al mundo gracias a su audaz utilización de los asesores no acreditados. En cualquier caso, vuelve a ser usted una estrella. De vuelta a los libros de texto.

No dijo nada.

—Fue usted quien le dio el dinero al vecino —le dije—. ¿Cómo, si no, iba a saber lo de que está desdentado?

No dijo nada.

—«Alguien más lo sabe» —solté—. Las cuatro palabras más peligrosas en el negocio del espionaje. Pues ahí lo tiene. Lo sé yo. Y lo sabe la señorita Nice. Que es por lo que hemos vuelto con la RAF. Porque, ¿dónde habría aterrizado su avión? Puede que en Guantánamo. Pero no lo cogimos y estamos de vuelta en Estados Unidos, limpios y en libertad. Y lo sabemos. Estoy seguro de que podría usted hundir la carrera de la señorita Nice, pero a mí no me encontrará nunca. Yo siempre estaré ahí. Y ya me conoce, general. Hace muchos años que nos conocemos. Ni perdono ni olvido. Y no tendré que hacer gran cosa. Con que le diera un poco a la lengua sería suficiente. Suponga que el SVR descubre que fue culpa suya que Khenkin muriera. Quizás empezasen a cancelarle algunos cheques. Y podría haber represalias. Podrían empezar a correr rumores acerca del pobrecito Tom O'Day, que estaba tan desesperado que ideó un plan que no tenía ni pies ni cabeza. Piense en todos los novatos, descojonándose de usted. En todo el mundo. Toda la comunidad. Ese podría ser su legado. Desde luego, es una posibilidad. Tendrá que vivir con ello, me temo. O no. Pero ni se plantee ignorarlo. Ahora solo quedamos usted y yo, general. Este asunto no va a tener un final feliz.

Me puse de pie y dejé sobre el escritorio de O'Day la Browning con la que Charlie White había estado a punto de matarme, abandoné el despacho tras los pasos de Casey Nice, bajamos la escalera, cruzamos la puerta roja y nos recibió la noche.

Me llevó cinco kilómetros en aquel horroroso Bronco, hasta un cruce en el que podría coger un autobús nocturno. No hablamos. Casey Nice se detuvo pero no se bajó porque tenía que mantener el pie en el freno, así que repetimos el mismo abrazo casto de Londres. Le pedí que se despidiera de mi parte de Shoemaker, bajé de la camioneta y me acerqué al banco, desde donde vi cómo se despedía con la mano y se marchaba. Me tendí en el asiento y observé las estrellas hasta que oí acercarse el autobús.

Estuve en varios pueblos y ciudades, no los recuerdo todos, pero sé que un mes después, en Texas, en un autobús que pasaba cerca de Fort Hood, un soldado uniformado dejó el *Army Times* en el asiento. La cara de O'Day aparecía en primera plana. En el interior estaba su esquela. Había artículos anteriores editados con nuevos añadidos. El disparo había sido accidental. Estaba examinando un arma desconocida capturada en Europa. Era posible que el hecho de que fuera tan tarde explicara el incidente. No era cierto el rumor de que un avión de la RAF hubiera aterrizado minutos antes en la base. Iban a concederle tres medallas póstumas y a ponerle su nombre a un puente que cruzaba la estatal de Carolina del Norte sobre un riachuelo que estaba seco la mayor parte del año.



Lee Child, (Coventry, 1954) es un escritor británico cuyo verdadero nombre es Jim Grant. Sus novelas son thrillers protagonizados por el personaje de ficción Jack Reacher, un exoficial de la policía militar del ejército americano que decide después de dejar el ejército comenzar una vida de vagabundo a lo largo de los Estados Unidos.

En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Trabajó en teatro, y durante dieciocho años en la productora Granada Televisión, hasta 1995.

Abandonó la televisión tras una reestructuración de la compañía y fue entonces cuando comenzó a escribir novelas. En 1997 fue publicada su primera novela, *Killing Floor*, y en 1998 se trasladó a vivir a los Estados Unidos.

No sólo tiene la capacidad de atraparnos con narraciones de alta tensión y pulso narrativo, sino que ha hecho gala en sus novelas de un minucioso conocimiento del engranaje de la defensa y la política norteamericana. Sus novelas poseen tramas con grandes dosis de realismo, que ha sabido encajar en episodios recientes de la política exterior de Estados Unidos. Es el único escritor británico que, después de J. K. Rowling, ha liderado la lista de los más vendidos en todos los formatos a ambos lados del Atlántico.

Notas

[1] La distancia más corta entre dos puntos de la superficie de una esfera siempre es el arco de círculo máximo que los une. (*N. del e.*) <<